ESPAÑA

BAJO EL REINADO

DE LA CASA DE BORBON,

Desde 1700, en que subió al trono Felipe V, hasta la muerte de Cárlos III, acaecida en 1788.

ESCRITA EN INGLÉS

POR GUILLERMO COXE,

Y TRADUCIDA AL ESPAÑOL CON NOTAS, OBSERVACIONES Y UN APÈNDICE:

POR DON JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.

TOMO II.

MADRID: 1846.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE D. F. DE P. MELLADO.—*Editor*.

CAPITULO XVII.

1710.

Crecen sin cesar las desgracias de Francia, y hállase Luis XIV en la necesidad de anudar otra vez las negociaciones. —Principios, progresos y rompimiento de las conferencias de Gertruydemberg.

Desgracias no interrumpidas aquejaron á Francia, durante el año de 1709; en los Paises Bajos, teatro principal de la guerra, la sangrienta batalla de Malplaguet aumentó ciertamente la gloria y la reputacion que de valientes tenian las tropas francesas; pero el ardimiento de estas no pudo preservarles de la espantosa derrota que sufrieron. Villars, que era el mas entendido, así como el mas feliz de los generales que tenia Francia, se vió precisado á causa de haber sido herido, de abandonar el mando del ejército, y los aliados rompieron mas y mas aquella cadena de hierro que ceñia y guardaba la frontera, y hasta entonces habia atajado su triunfadora marcha, apoderándose de Tournay y Mons. Al ver el monarca francés los progresos de un enemigo vencedor, y por otra parte, teniendo en cuenta el estado de aniquilamiento en que se hallaba la nacion, no podia pensar sin terror en la campaña próxima, ni en las funestas consecuencias que podria acarrearle. Agravaba además la dureza de su posicion la conducta del elector de Baviera, quien no confiando ya en la fortuna de

Francia, hizo proposiciones á los aliados, ofreciéndoles entregar á Luxemburgo y demas plazas fuertes de los Paises Bajos que conservaba en nombre de Felipe, en cambio de un territorio equivalente ó de la restitucion de sus estados (1).

Durante esta malhadada campaña, ocupaba á Luis XIV incesantemente la idea de anudar las negociaciones, en cuanto se suspendiesen á causa del invierno las operaciones militares. Felipe, por su parte, apenas salió para el ejército, dejó el campo abierto á los franceses que volvieron á emplear los antiguos medios, á fin de que se creyese en el desacuerdo de Francia y España. Retiró el monarca francés sus tropas que daban guarnicion á Pamplona, Fuenterrabía, y demas plazas del Sur de los Pirineos; dióse órden á Bezons para que se pusiese en marcha con todo el ejército que se hallaba á sus órdenes, dirigiéndose al Rosellon; y sin embargo, en aquel momento mismo recibia Felipe de su padre el Delfin, la promesa positiva de que el rey de Francia no lo abandonaria en ningun caso ni evento (2). Se dió permiso á los soldados para que fuesen á servir al rey de España, y como el número de los que se engancháron ascendiese á cinco mil hombres, se formó con ellos un cuerpo, en tanto que se mandaron á España los valones de los Paises Bajos, con pretesto de que eran súbditos españoles. Así es, que las tropas que aparentemente se retiraban de España, quedaban sirviendo á esta nacion con distinto nombre; y las tropas que quedaron á las órdenes de Bezons, reunidas á las de Noailles, formaron un ejército poderoso en la frontera de Cataluña, dispuesto á entrar en España en cuanto recibieran la menor señal.

A fin de alcanzar su objeto con los aliados y de calmar la ansiedad del elector de Baviera, pidió Luis XIV á su nieto la cesion de Luxemburgo, Namur, Charleroi y Nieuport, únicas plazas que quedaban en los Paises Bajos. Amelot, al salir para España, llevó encargo

de allanar poco á poco y de lejos, los obstáculos que podrian oponerse á esta cesion, declarando que á menos de hacer este sacrificio, se veria el rey de Francia aunque con mucho pesar suyo, obligado á someterse á una necesidad imperiosa, uniendo sus armas á las de los aliados.

Como no diese resultado esta amenaza, se dió nuevo giro á la proposicion, con cuyo motivo envió Luis XIV á Ibbeville, agente del elector, á fin de que pidiese estas plazas en nombre de su amo, y en virtud del tratado que se firmó en 1709. Esperaba que la promesa de conceder estas plazas importantes, y el resto de los Paises Bajos, bastaria para tentar de un modo irresistible á los holandeses, ó por lo menos impediria que se separase el elector.

No se atrevió Felipe á acceder á semejante peticion, sin consultar á sus ministros españoles; pero como no tomaron estos en consideracion mas que el bien de su propio pais, vieron tan solo en el tratado con Baviera pretesto para comprar la seguridad de Francia á costa de España, y se negaron á esto con pretesto de que se privaria Felipe de este modo de los medios necesarios para conseguir una paz favorable. El duque de Medinaceli, especialmente, se opuso con la mayor energía á la ejecucion del tratado, alegando que no tenia Francia otro medio de ayudar á España, sino rompiendo toda negociacion con los aliados, llamando la atencion de estos por parte de Cataluña. Venció esta viva oposicion la tímida obediencia de Felipe, é Ibbeville salió de España convencido de que el rey queria, pero que no se atrevia, á admitir la proposicion de que se trataba.

Luis, empero, insistia en su propósito de alcanzar de los aliados que entrasen en nuevas negociaciones, sabiendo por esperiencia propia que el menor vislumbre de esperanza de paz basta para entibiar las operaciones de la guerra; no desconociendo tampoco, que como consecuencia de las primeras conferencias, no so-

lo el valor de sus partidarios en Inglaterra y Holanda habia cobrado mayor aliento, sino que podia contar ya con mayores recursos, habiendo tenido el preciso tiempo para reunir recursos desde la última campaña. Verdad es que, desde el rompimiento de las conferencias, se siguió una correspondencia activa por medio de los agentes franceses en Holanda, que se habia celebrado gracias á la mediacion de Petkum, residente del duque de Holstein, una especie de negociacion sin la sancion de las formas diplomáticas, á fin de buscar un recurso satisfacctorio que modificase los artículos preliminares cuarto y treinta y cuatro, único obstáculo al parecer con que se tropezaba para la conclusion de su tratado de paz.

Descubrió Luis síntomas tan favorables en el partido que se pronunció á favor de la paz, que trató de engolosinar á los holandeses, ofreciéndoles un tratado separado, mediante el cual se les cederia parte ó todo el territorio de los Paises Bajos españoles, con ventajas estraordinarias para su comercio (3).

Pero no se ocultaron estas intrigas á la vigilancia de los aliados, y no tuvieron resultado ninguno á causa del tratado de las *barreras* celebrado entre Inglaterra y Holanda, mediante el que se concedian á la república ventajas parecidas á las que ofrecia Francia, y al mismo tiempo se protegia su territorio que ponian bajo su acogida las potencias de la grande alianza.

En este célebre tratado cuyo objeto era enlazar íntimamente Holanda é Inglaterra, á fin de impedir las agresiones que pudiera en lo sucesivo intentar Francia, quedó establecido en los Paises Bajos españoles un gobierno provisional que debia gobernar á nombre de Cárlos, como soberano de España, aunque con esclusion espresa de este príncipe, hasta tanto que se entregase aquel territorio á la casa de Austria. Establecióse para proteger á los holandeses una barrera, la cual, además del derecho de poner una guarnicion en Tur-

nes, así como en las torres de Knoque, daba á los aliados Ipres y Meusis, parte conquistada de los Paises Bajos, y debia componerse no solo de estos puntos, sino tambien de Lile, Tournay, Condé y Valenciennes, puntos que se ganaron á Francia, añadiendo así mismo Nieuport, Charleroi y Namur, y las ciudades que tenia Felipe, con Maubeuge y las demas plazas que habian de tomarse durante esta guerra. Debian tambien los Estados generales poseer y fortificar á Lierre, Halle, la ciudadela de Gante y Deudermunda, como puntos necesarios de comunicacion con la barrera; debian tambien adquirir la parte superior de Gueldra, con derecho de poner guarnicion en Lieja, Huy y Bon, á fin de cubrir su frontera por la parte del Rhin y el Mosa. Sus límites se estenderian á una distancia conveniente de las obras esteriores de sus fortalezas, y á fin de impedir que entrase en rivalidad el pueblo de los Paises Bajos con Holanda, se renovarian las disposiciones del tratado de Munster, que cerraba la navegacion del Escalda, y restablecia la tarifa de los derechos que habia de percibir en este pais. Por último, se comprometió Inglaterra á conseguir de España para la república, los mismos privilegios comerciales de que disfrutaban las naciones mas favorecidas (4).

Al mismo tiempo se continuaba de un modo indirecto, la negociacion con la córte de Versalles, y se propusieron varios medios á fin de conciliar los puntos en litigio. Cuando pidieron los aliados la cesion de las plazas fuertes españolas, contestó Luis XIV que ya no ocupaban estas sus tropas, y que mal podia dar lo que no poseia. En seguida se pidió que se entregasen como en depósito, las plazas de Bayona y Perpiñan, lo que sin comprometer la seguridad de Francia, interceptaria las comunicaciones con España; pero no se admitió semejante proposicion, fundándose en que no podia el rey de Francia entregar á sus enemigos las llaves de su imperio. Por último, presentó el gabinete francés

otro proyecto que debia servir de preliminares, con algunos cambios en la forma tan solo, de las bases antiguas, el cual encerraba la promesa de reconocer en cuanto se firmase el tratado de paz, á Cárlos como rey de España, las Indias y toda la monarquía española, de negar toda clase de socorros y proteccion á Felipe, y entregar á Holanda como garantía cuatro plazas fuertes de Francia en Flandes, hasta tanto que se terminasen todos los negocios pendientes (5). Los aliados á su vez, rechazaron esta proposicion que consideraron como capciosa, sin mas objeto que el de sustituir un tratado vago y eventual á las condiciones claras y terminantes establecidas en los preliminares.

Parece que durante estas negociaciones, tuvo conocimiento Luis XIV por medio del partido pacífico de Holanda, que tal vez se admitiria una proposicion mediante la cual se conservase para Felipe una parte de la monarquía española. La lucha de los partidos en Inglaterra y la impopularidad en aumento sin cesar del partido de la guerra, anunciaban un cambio de sistema y gobierno en este pais, y no habian dejado de dar resultado las intrigas tramadas con el fin de sembrar la discordia entre las varias potencias que componian la alianza. Así es, que estallaban en el Imperio turbulencias mas ó menos graves, y la guerra entre Rusia y Suecia, amenazaba estenderse á los estados de Austria. Estas circunstancias y la esperanza de un cambio de fortuna, decidieron al rey de Francia á tentar nuevamente otra negociacion.

Por lo tanto, fingió aceptar los preliminares, esceptuando el artículo veinte y siete, cuya ejecucion le parecia imposible en el plazo señalado, y propuso entrar en discusion á fin de hallar otro medio equivalente. Los Estados generales, que tenian confianza en estas protestas, se decidieron á conceder pasaportes á los plenipotenciarios franceses, con cuyo motivo se celebró en Versalles un consejo de gabinete, al que asistió el

embajador de España, con objeto de redactar las instrucciones y hacer los arreglos que se juzgasen necesarios (6.)

Los dos plenipotenciarios franceses, que eran el mariscal Urelles y el abate Polignac, salieron el cuatro de marzo, con el fin de reunirse con los diputados Vanderdussen y Buys, nombrados por el gobierno holandés para entablar las negociaciones á nombre de los aliados. A fin de impedir una comunicacion directa entre los plenipotenciarios franceses y los parciales de Francia, se fijó como punto en donde debian celebrarse las conferencias, á la apartada aldea de Gertruydemberg.

Verificóse la primera sesion el 9 de marzo; pero en medio de una mera discusion relativa al artículo propuesto por Luis XIV y admitido por los aliados, como base de la negociacion, establecieron los plenipotenciarios franceses un principio nuevo, tocante á la particion de la monarquía española. En esta conferencia, como en las que tuvieron lugar despues, trataron de introducir cláusulas condicionales, conservando al principio para Felipe, Aragon y Navarra, y en seguida, Nápoles con las plazas situadas en la costa de Toscana. Los aliados se mostraron inalterables en el principio general de sus artículos preliminares, negándose á admitir modificacion ninguna á sus peticiones, relativas á la monarquía española, que reclamaban por entero, no consintiendo en ceder mas que la Cerdeña y Sicilia.

La ejecucion de esta condicion ó de otra cualquiera que se acordase, y la garantía que debiera darse para el cumplimiento de los artículos eran la base en que descansaban los puntos esenciales que habian de discutirse, y en cuya resolucion se fundaba la cuestion de paz ó de guerra. Sin embargo, aun cuando ofreciese el monarca francés emplear su valimiento con Felipe, á fin de persuadirle que debia aceptar las condiciones fijadas en nombre suyo se negó, empezó á salir responsable del consentimiento del rey de España, declarando constan-

temente que ni podia ni queria jamás arrancarle semejante aprobacion, por medios violentos, y agarrándose á la frase que en otra ocasion, censuró con tanta amargura, dijo que se hallaba dispuesto á obrar de acuerdo con los aliados. Ofrecia en virtud de esto, pagar todos los meses un subsidio, al principio con la condicion de que se reducirian mútuamente las tropas francesas y aliadas, y mas tarde fijó la cantidad de un 1.000,000 de libras sin condicion, acompañando todas estas proposiciones de la cesion temporal de algunas plazas de los Paises Bajos, á eleccion suya, para que sirviesen como garantía.

No tardaron mucho los aliados en notar que era impracticable toda cooperacion en subsidios y tropas, lo cual y el resultado de la discusion, dejó, sin género de duda á los aliados de la necesidad á que se veian reducidos de renunciar al intento que se habian propuesto, ó tentar todavía la suerte de las armas, á fin de realizar sus planes. Por lo tanto, rechazaron toda proposieion relativa á subsidios y á cualquier otro género de cooperacion, atendiéndose á la letra de los preliminares, é insistiendo en que se comprometiese Luis XIV á conseguir, de grado ó por fuerza, que su nieto abandonase toda la monarquía española en el término de dos meses. «Ni el dinero, ni las tropas francesas, decian los aliados, nos hacen falta, el punto principal y única garantía que pedimos, es la ejecucion del tratado y cumplimiento de los artículos preliminares (7).»

Esta declaracion, terminante y categórica, no admitia ni plazo ni discusion, y ambas partes se hallaban decididas á no ceder, de modo alguno, en sus primeras exigencias. Como se prolongase demasiado la negociacion, ya á causa del método adoptado, ya por la tenacidad de los ministros franceses, que no se apartaban ni un ápice, del objeto de su mision, se dió punto á todo y se separaron los negociadores el 23 de julio.

Felipe, y especialmente los ministros españoles, se-

guian con la mayor atencion é inquietud, el curso que tomaba la negociacion, é inventóse en Madrid una especie de episodio, con el objeto de calmar por una parte los temores que causaban en España las primeras conferencias, y por otra, á fin de dar apariencias de verdad al fingido desacuerdo con el gabinete francés. Como tratase, en vano, el monarca español de tomar parte en las conferencias, no ocultó que desaprobaba las promesas hechas por el gabinete francés, á quien acusaba de injusto y pusilánime. Criticó de un modo público á Luis XIV por querer concluir la paz tan precipitadamente, mirando esta conducta como el resultado de una mayor imprevision que rayaba en locura. Por lo mismo, dió encargo á su ministro, el conde de Bergueik, que hiciese públicamente proposiciones á los ingleses y holandeses, aunque temiese esponerse á un desaire mas.

Pero, todas estas señales de independencia no eran mas que meras ficciones, y lo sabia ya el gabinete de Versalles, sin que ni Torcy lo ocultase, antes de que empezase la negociacion. Hay, pues, presunciones para creer que, durante estas conferencias, se comunicaban todo, entre sí, ambos gabinetes, si bien es preciso confesar que niega Torcy la existencia de toda comunicacion, en tanto que duraron las conferencias.

No bien quedaron rotas las negociaciones, hicieron ambos partidos un llamamiento público, y trataron, segun costumbre, á echar toda la culpa, uno á otro, declarando mútuamente que era responsable el enemigo de las desgracias de la guerra.

No podemos renunciar á tratar de estas conferencias sin que antes remitamos al lector algunas reflexiones relativas á la conducta y motivos que para ella siguieron las partes contendientes.

Convencidas estaban las potencias aliadas de que la palabra empeñada por Luis XIV de abandonar á su nieto nada de síncero tenia, y miraban la preconizada

disension entre Francia y España como una astucia, no desconociendo que habia el monarca francés ofrecido secretamente á su nieto que lo apoyaria. Consideraban no sin razon, el reconocimiento del príncipe de Asturias, el nombramiento del hijo segundo del duque de Borgoña como duque de Anjou, y generalmente la conducta de Felipe, como pruebas decisivas de la intencion que habia de no abandonar en ningun caso la corona de España. Por su parte, ofendíase el rey de Francia de que pudiesen concebir sospechas los aliados acerca de su buena fé, y no veia, en la peticion de garantías, otra cosa mas que un pretesto para sacar partido de su flaqueza, arrancándole sus conquistas. Se quejaba de que se le hiciesen proposiciones que no podian ser aceptables, estando persuadido de que no admitirian jamás condiciones que asegurasen, en el dia, la salvacion de Francia, y no la comprometiesen en lo sucesivo; por último, trató de hacer recaer en Eugenio y Marlborough, la odiosidad de continuar la guerra por fines particulares.

En cuanto á la cuestion tan debatida acerca de la sinceridad de sus protestas pacíficas, evidente es que se hallaba tan distante de abandonar la monarquía española, como los aliados de ceder en sus exigencias; y relativamente á esta negociacion, así como en lo respectivo á las anteriores, adoptaremos la opinion del escelente biógrafo de Felipe del cual tomamos el siguiente párrafo.

«De los aliados, no deseaba ninguno la paz, esperando estender sus conquistas, y Luis XIV, por su parte, no tenia deseo ninguno de conseguirla. Aparentaba, es verdad, desearla incesantemente, á fin de burlarse de sus enemigos, y verse libre de las molestias de sus cortesanos. Solo al Delfin y á Felipe comunicó este secreto, encargándoles mucho que no se dejasen llevar de las apariencias de una paz próxima, ó intento de abandonar á España, sino por el contrario, que vivie-

sen siempre en la persuasion de que la guerra habia de continuar.

«No creyó jamás Felipe, dice en otro lugar, que lo abandonase su abuelo, y el Delfin insistió mucho en que no diese crédito á los rumores de paz, viviendo persuadido de que nunca le faltarian los socorros de Francia. En el mismo sentido le escribió Luis XIV si bien con menos claridad, cuyas cartas calmaban en parte, los temores de Felipe, á pesar de que los movimientos de tantos como deseaban con ardor la paz no dejaban de darle temor.»

El narrador á que vamos refiriéndonos no es menos esplícito, al tratar de la segunda negociacion.

«Como viese el rey de Francia que deseaba su pueblo la paz con ánsia, que las dos facciones de Inglaterra se mostrasen mas encarnizadas una contra otra, y que los castellanos profesaban cada vez mayor afecto á su rey, conoció que semejante coalicion, compuesta de tan contrarios elementos, no podia durar mucho tiempo. Se decidió, por lo tanto, á contemporizar, hasta que se presentasen circunstancias favorables. En esta oposicion lo fortaleció el Delfin, y hasta el duque de Borgoña se negó á aprobar tratado ninguno, si antes no se concediesen á su hermano los estados de Italia (8).»

Fácil es tambien de ver por la correspondencia de la córte de Francia y sus agentes en España, que una mera órden, positiva y categórica del rey de Francia hubiera bastado para que Felipe dejase el trono y desalentase el partido cuyo celo y esfuerzos lo sostenian. No está menos probado que entonces mismo que ofrecia á los aliados hacer todo cuanto posible fuese para decidirlo, tenia certeza ya de su negativa, y que por lo tanto, proponia una condicion que tenia medios de eludir.

Las vagas declamaciones de sus defensores en punto á su sinceridad y buena fé, menos absurdas serian de

lo que son, si se pudiese de cualquier modo que fuera, oscurecer la verdad de esta conducta doble. No falta quien suponga que fué sincero en esta ocasion, porque era crítica su situacion y apenas ofrecia salida; pero la sinceridad basada en el temor y necesidad, no presta apoyo muy seguro, y el mismo Bolingbroke, abogado constante é ilustrado de Luis XIV, razon y grande tuvo para dolerse, como lo prueba su correspondencia, del error del rey de Francia, tan luego como se disolvió la alianza y desaparecieron los temores y peligros.

Dado por supuesto esta disposicion de los ánimos de las partes, no podia menos de llevar el sello de la intriga y desconfianza la discusion relativa á los rehenes y demas medios de concierto. Negóse Luis XIV, á entregar las plazas de Bayona y Perpiñan en la frontera de España, con lo cual solamente podian tener medios eficaces para facilitar la traslacion de la corona de España. Por otra parte al proponer la garantía poco satisfactoria de los Paises Bajos, pensaba en dejar ilusorio este ofrecimiento á causa de las cláusulas con que lo hacia; en tanto que por su parte, los aliados se negaban á conceder treguas, á menos de conseguir las mismas ventajas de ellas que de la feliz continuacion de las hostilidades.

En punto á los demas capítulos de acusacion mútua séanos lícito, segun lo que de decir acabamos, pasarlos en silencio, considerándolos como exageraciones que suelen tener siempre cabida en esta clase de documentos.

Al hacer estas observaciones, tan lejos nos hallamos de censurar la conducta de Luis XIV, como la de los aliados. No puede motejarse á un rey, porque tratase de impedir la traslacion de la corona de España á la casa de Austria, rival suya; ni tampoco debe parecer estraño que se opusiese un padre á que su nieto fuese destronado, ni que un soberano desease terminar una guerra infeliz por medio de una paz honrosa. Pero, no por eso merecen crítica los aliados por quererse apode-

rar de las conquistas numerosas de Francia, ni por insistir en las condiciones que les habia enseñado á mirar una larga y costosa esperiencia como necesarias para asegurar su seguridad é independencia. En puntos de política, como estos, no se debe juzgar por principios abstractos de justicia. Natural es que apruebe un francés la conducta de Luis XIV y un inglés la seguida por el gobierno de su pais (9).

No podemos continuar nuestro relato sin dar con nuevas pruebas de la opinion que acabamos de emitir con respecto al monarca francés. En tanto que, por engañar á los aliados afectaba negar todo apoyo á Felipe, que se negaba a prestarse á los deseos de Medinaceli, quien le pedia con empeño que llamase la atencion por la parte de Cataluña, y que se quejaba á gritos de la ingratitud de los españoles que insultaban á sus agentes desconociendo los servicios que, en todos tiempos, les habian prestado y que coartaban su voluntad en las negociaciones, y oprimian á sus mercaderes, procuraba secretamente dar aliento á Felipe, haciéndole concebir esperanzas de que recibiria socorros tan luego como desapareciesen los apuros apremiantes que lo rodeaban. Al contestar á la peticion que se le hizo por medio de Ibberville, escribió: «Si, como no lo dudo, os hallais informado de cuanto en Flandes pasa, no dejareis de conocer que mientras está sitiado Donai, no es ocasion oportuna para poner cerco á Gerona; y que no seria buen medio de contribuir á la tranquilidad de España el de dejar abiertas las puertas de Francia á mis enemigos. Tal vez cambie el aspecto de los negocios antes del fin de la campaña; y si entonces puedo disponer de una parte de mis tropas, sumo placer tendré en disponer de ella como deseais vos.

Entretanto, aprovechaos en cuanto posible sea, de la debilidad del archiduque y pensad que en vuestra mano teneis vuestra suerte, de la que decidirá la campaña que vais á emprender; si esta es gloriosa, menos

exigentes se presentarán nuestros enemigos en punto á las condiciones de la paz. No hay necesidad de decir cuan necesario es el reposo á mi reino, y harto sabeis que lo espongo á los peligros mayores, rechazando las horrendas proposiciones hechas en daño vuestro.

«Confieso que no era estraño creer que, arriesgándolo todo por vos, alcanzarian mis súbditos, á lo menos en España, pruebas de la gratitud que me encareceis que y es, sin duda ninguna, muy sincera. Sin embargo, son víctimas de un trato que no hubiera tolerado yo en tiempos de vuestro antecesor, y mando á Blecourt que os hable de esto con seriedad. Me dareis gusto escuchándolo atentamente y dándole una respuesta categórica, porque no basta decir que obran los ministros sin órden vuestra, pues os aprecio harto para admitir semejante disculpa, que no seria honrosa para vos, ni conforme á los sentimientos de amistad y estimacion que siempre os habré de profesar (10).»

Las circunstancias á que se refiere esta carta, no menos que la esperiencia del año anterior, persuadieron á entrambas córtes á creer que la administracion española compuesta del modo que lo estaba no servia mas que para inutilizar los mejores esfuerzos. A fin, pues, de que se verificase un cambio, dispuso la córte de España un golpe de estado que, al propio tiempo, contuviese á los grandes que se habian mostrado desafectos al gobierno. Se mandó prender al duque de Medinaceli, quien fué encerrado en la fortaleza de Segovia, y acusado ante un tribunal especial encargado de juzgar su conducta. No se ha sabido jamás el capítulo de culpas que se formuló contra este personage; pero se hicieron circular con grande estrépito rumores de que habia descubierto al enemigo la negociacion particular con los holandeses, y dado conocimiento de la palabra dada por Luis XIV á su nieto de que no lo abandonaria jamás. Durante la campaña, fué trasladado á Pamplona, y su muerte, acaecida el siguiente año, cubrió

este negocio de un velo que nadie alzó en lo sucesivo, aunque parezca harto probable que sus únicas culpas no fueron otras mas que el amor á la independencia de su pais y opinion vigorosa y constante á los planes de Francia. En el ministerio lo reemplazó Ronquillo, que alcanzó puesto tan eminente, comprometiéndose á poner remedio á los males causados por la conducta de su antecesor, y á atender a las necesidades del tesoro y del ejército (11).

Como quedase restablecida la tranquilidad en el gabinete, con este cambio, se puso de nuevo Felipe al frente del ejército á fin de probar si por medio de un esfuerzo decisivo podria asegurar la corona. Durante su ausencia, declaró regente á la reina con la ayuda de un consejo compuesto de Veragua, Bedmar, Frigiliana y Ronquillo, á quien se dió el título de conde de Gramedo. La correspondencia de la reina con Luis XIV es una muestra de su ánimo jovial y de su alegría al ver concluida la desunion aparente de ambas córtes.

La reina de España á Luis XIV.

1.º de agosto.

«Habiéndome comunicado el caballero Blecourt la resolucion que ha tomado V. M. de mandar á sus plenipotenciarios que se retirasen á causa de las proposiciones bárbaras hechas últimamente por los aliados, me parece bien indicaros, por estraordinario, mi estremada gratitud y el sincero propósito que tenemos de ayudar á Francia, en lo que podamos, á sostener una guerra que la terquedad de nuestros enemigos hace de dia en dia mas necesaria y justa. Tiempo hace que preveiamos cuál debia ser el término de las conferencias de Gertruydemberg. Persuadidos, como estamos, de que ingleses y holandeses no quieren ni que permanezca el rey vuestro nieto en España, ni que se halle Francia en estado de tomar venganza por la tiranía que egercen con él, hemos visto por esta razon con infinito

pesar, el partido que habeis tomado de abandonarnos, con ánimo de alcanzar por medio de esta conducta, que mostrase sentimientos mas moderados un enemigo á quien ciega su próspera fortuna, y que ya no tiene mas ley que la de la fuerza que por desdicha tiene. Hoy que ya debemos ver artificios en todas las insinuaciones que se nos han hecho, en vez de aparentar una desunion que tanto daño nos ha causado, tratemos, y os lo ruego humildemente, de recobrar, siguiendo un camino opuesto, lo que hemos perdido; y no teniendo mas interés que uno mismo, procuremos alcanzar, por medio de medidas mejor concertadas que tiempos atras, la superioridad que debemos esperar con fundamento de la union estrecha y real de ambas coronas. No seremos gravosos á V. M.; pero pedimos como una cosa talmente precisa, á fin de persuadir á los españoles que vamos á trabajar, guiados por el mismo pensamiento, que nos envieis lo mas pronto posible al duque de Vendome para que mande en Cataluña. El rey que por esperiencia conoce cuán necesario es un buen general, lo desea en estremo, y puedo asegurar que producirá esto un efecto admirable, hasta con respecto á Francia, en el corazon de nuestros vasallos. No es posible agradecer mas los favores de V. M. de lo que yo los estimo, y os ruego que no seais ingrato á la ternura con que os amamos el rey y yo.»

No obstante, Luis XIV, ya fuese que juzgára que los españoles se creerian ajados en su amor propio tolerando el mando de un general estrangero, ó ya movido por otra razon, no consintió á la peticion de la reina, y aun cuando el nombramiento de Vendome habia sido notificado, desde el mes de mayo por sus plenipotenciarios, durante las conferencias de Gertruydemberg, se vió Felipe en la necesidad de nombrar para que mandasen á sus órdenes al marqués de Villadarias y al príncipe de Tilly, faltos ambos de la pericia necesaria para luchar con Staremberg (12).

CAPITULO XVIII.

1710.

Campaña de 1710.—Derrotas que sufrió el ejército de Felipe en Almenara y Zaragoza.—Retíranse la córte y los tribunales á Valladolid.—Mision de Noailles.—Nómbrase á Vendome para el mando del ejército.—Entusiasmo de los castellanos á la causa de Felipe.—Marcha el archiduque sobre Madrid.—Imprudencias y reveses de los aliados.—Recobran las tropas españolas su ascendiente.—Triunfos de Noailles en Cataluña.—Abandonan los aliados á Madrid.—Regreso de Cárlos á Barcelona.—Caen prisioneros en Brihuega Stanhope y sus ingleses.—Batalla de Villaviciosa.—Retirada de Staremberg á Cataluña.—Entra Felipe en Zaragoza.

Ninguna otra campaña, durante toda la guerra de sucesion en España, ofreció mas diversidad de sucesos que la de 1710, que vá á servir de materia á los siguientes párrafos.

Tan luego como llegaron al ejército los refuerzos que envió Francia, tomó Felipe el mando de las tropas con ánimo de aprovecharse de la superioridad numérica de sus tropas, y esperando penetrar hasta los cantones de los aliados. Pasó el Segre por Lérida con veinte y tres mil hombres (15 de marzo) y atacó á Balaguer con ánimo de abrirse paso á Cataluña; pero Staremberg que estaba siempre prevenido, reunió con toda presteza sus tropas, prestó auxilios á la plaza y tomó posicion en Agramonte, desde donde sus avanzadas podian molestar á los españoles, estorbando sus comunicaciones, en tanto que las arriadas del Segre aumen-

taban su miseria harto grande ya, á causa del cansancio y falta de vituallas.

En esta situacion se hallaban los negocios, cuando Felipe, dejando para mejor ocasion su ataque á Balaguer, y volviendo á pasar el Segre, se acercó al campo de los aliados con intento de presentar la batalla, ó bien obligarlos hostigándolos, á abandonar una posicion en la que estorbaban las operaciones del ejército aliado. Con este objeto destacó algunos cuerpos á fin de que hiciesen escursiones en el pais, y se apoderó á sus flancos de varios fuertes de escasa importancia.

Trascurrieron los meses de junio y julio sin que hiciesen ambos ejércitos notables adelantos; pero hácia la mitad de este último mes, una espedicion pequeña que desembarcó algunas tropas en Cette, del Languedoc, á fin de sublevar á los protestantes de los Cevenas, ocupó gran parte de las fuerzas de Noailles en la frontera septentrional de Cataluña. Por medio de esta distraccion, tuvieron los aliados cuatro mil hombres mas de que disponer, con cuyo refuerzo al que se reunieron tropas llegadas de Italia, se puso Cárlos en campaña á fin de tomar nuevamente la ofensiva (julio 27). Al campamento llegaba al mismo tiempo en que Felipe, obligado por falta de subsistencias á dejar su posicion, se retiraba hácia Lérida, de donde recibia provisiones. Aquella era la vez primera que ambos príncipes rivales se hallaban frente uno de otro, y los acontecimientos que pronto tuvieron lugar, no fueron indignos de la prevencion de los dos monarcas, aunque, á decir verdad, se hallaban estos bajo la direccion inmediata de sus respectivos generales.

Alzaron el campo los aliados el mismo dia que los españoles, volvieron á cruzar el Segre, tras de estos, maniobraron á fin de cortarles la retirada, y destacaron un cuerpo numeroso de caballería, á las órdenes de Stanhope, con ánimo de vadear el Noguera por Alferez. Felipe á fin de impedir su paso mandó que avanza-

se su caballería en tanto que pudiese llegar con la infantería á prestarle apoyo; pero llegó esta demasiado tarde, y en tal desórden que atacó sin éxito á los aliados que ocupaban ya una posicion muy ventajosa, en una eminencia cercana á la pequeña poblacion de Almenara. La caballería que habia avanzado, aguantó el fuego de catorce piezas de artillería sin que pudiese la infantería socorrerla con tiempo, cargáronla todas las fuerzas del enemigo, las que á marchas forzadas acabaron de llegar á este sitio. En un momento fué arrollada la caballería española y rechazada, y todo el ejército hubiera sido derrotado, sino hubiese favorecido la noche su retirada. Felipe y sus generales hicieron grandes pero inútiles esfuerzos, á fin de que se rehiciesen sus tropas y debió el rey la salvacion de su persona á un regimiento de caballería que se sacrificó por salvarlo (13).

Este encuentro malhadado costó tan solo á Felipe mil y quinientos hombres; pero le inspiró un terror pánico y fué germen de otros desastres. En el momento de la derrota, ya el rey habia entrado en Lérida, y antes de que pudiese reunir sus fuerzas dispersas, ya ocupaba el enemigo á Barbastro y Huesca, así como las plazas que protegian la comunicacion con Cataluña. Continuó el enemigo sus movimientos, pasó el Cinca por Monzon, arrolló la retaguardia española (13 de agosto), á pesar de hallarse esta apoyada por la caballería, y avanzó al Ebro con ánimo de cortar la retirada al ejército real y cerrarle el camino de la capital y de lo interior del reino.

Nada olvidó Felipe á fin de restablecer sus negocios. Mandaba tropas desanimadas y los soldados desertaban á bandadas; no existia confianza en los gefes del ejército, y las tropas se quejaban amargamente de que se las queria sacrificar para que hubiese un pretesto de abandonar á España. Pero, por fortuna suya, llegó á Zaragoza, (17 de agosto), por el Ebro, antes que

los aliados, y confió el mando al marqués del Bay, quien, habiéndose distinguido en la frontera occidental del reino, fué llamado, con parte de sus fuerzas, para que tuviese la dicha de salvar á su soberano. Campó el ejército entre el Ebro y el Gallego (18 de agosto), y se celebraron diversos consejos á fin de acordar las operaciones sucesivas. Proponian unos que se abandonase á Aragon, y eran otros de opinion que era preciso comprometer otra batalla; pero tal era la incertidumbre del monarca y la diversidad de pareceres entre los generales, que, aunque decididos estos á pelear, desdeñaban ocuparse de los preparativos precisos, y no solo dejaron pasar el Ebro al enemigo por Pissa, sino que le permitieron, sin molestarlo de modo alguno, que se pusiese en órden de batalla en la orilla opuesta.

Inevitable se hacia el combate, y los españoles por lo tanto, tomaron posiciones y tomaron las medidas mas indispensables. Apoyábase su ala izquierda en el Ebro, su centro prolongábase por un terreno á propósito para que maniobrase la infantería, y el ala derecha se estendia hasta la eminencia del Torrero que domina á Zaragoza. No tenia Felipe mas que diez y nueve mil hombres, desalentados y mal contentos, que presentar ante treinta mil á quienes habia llenado de orgullo y entusiasmo la última victoria.

Al rayar el alba del siguiente dia, empezó el fuego de la artillería; recorrió Felipe las filas, animando á los soldados; despues de lo cual se retiró á una eminencia en medio del campamento á fin de verlo todo y dirigirlo. La batalla empezó al medio dia, con una carga vigorosa que dió la caballería española á los aliados, por el flanco derecho, dispersando á los escuadrones de portugueses; un destacamento de ginetes españoles, persiguiendo con ardor á los contrarios, fué arrastrado hasta el convento de la Cartuja, en donde esperaba el archiduque el éxito de la batalla, y poco faltó para que cayese prisionero. El imprudente arrojo de

los españoles dió tiempo á los generales aliados para que llegase la reserva; de resultas de esto, fueron rechazados los vencedores, y á la primera carga, los españoles arrollados emprendieron la retirada. La infantería de los aliados, con paso grave y firme, trepó á la altura qne ocupaba el centro de Felipe, no sin aguantar un fuego terrible, y por medio de un ataque rápido é impetuoso, desordena las filas enemigas. Los reclutas arrojan las armas; pero, algunos antiguos tercios españoles, apoyados por un cuerpo insignificante de caballería, se mantienen firmes ante toda la fuerza del ejército vencedor de los aliados; retiráronse estos denodados españoles á la vecina elevacion de Garba, y no se rindieron sino despues de un combate tenaz, que los redujo á la quinta parte de su fuerza (14).

Dos horas despues de empezar la refriega, abandonaron los españoles el campo de batalla. El marqués de Bay se retiró con ocho mil hombres á las montañas de Soria. Felipe permaneció animoso en el sitio de la lucha, hasta que se decidió la suerte de la batalla, y al dejar el campamento, se dirigió á Madrid por Agreda, con intento de disponerlo todo para la traslacion de la córte á Valladolid.

Al llegar á la capital, no lo recibieron sus súbditos como á príncipe fugitivo, sino como á soberano que poseia los corazones de todos, y mas caro todavía á los españoles á causa de su desgracia y de la energía con que habia sobrellevado la adversidad. Por medio de un real decreto, se dispuso al momento la traslacion de la córte y los tribunales á Valladolid, antigua residencia de los reyes de Castilla. Convocó el rey á los grandes y personas mas distinguidas del reino, á fin de comunicarles sus planes, manifestándoles que podian permanecer en Madrid ó acompañar el gobierno á Valladolid; produjo alguna incertidumbre, por de pronto, esta declaracion en la asamblea, pues tenian presente los mas, la severidad que se empleó en 1706 contra los que

no habian acompañado al rey, cuando se retiró este; pero fué rápida la decision en cuanto anunciaron Montellano, Montalto, Medina Sidonia y Frigiliana la resolucion que tomaban de sufrir la suerte que cupiese al soberano. No hubo mas que una voz unánime para seguir tan noble egemplo de fidelidad.

Pasó todavía Felipe dos dias en Madrid á fin de tomar algunas disposiciones necesarias en aquellas circunstancias, y el 9 de setiembre salió de la capital en medio de una muchedumbre de ciudadanos que le manifestaban su adhesion, con lágrimas en los ojos, y que hubieran hecho sin duda, con gusto todos los sacrificios imaginables á fin de que saliera de posicion tan embarazosa. Su salida fué el principio de una emigracion casi general; acompañáronlo casi todos los grandes, y mas de treinta mil personas poblaban el camino de Valladolid, yendo á pié, hasta señoras de la mas elevada gerarquía. Solo en Madrid se quedaron las personas obligadas á ello á causa de la edad, de las dolencias ó de la falta total de recursos (15).

Cárlos, á quien acompañaban sus aliados, tanto ingleses como alemanes, entró triunfante en Zaragoza, y para ganar el afecto de los aragoneses, restableció los antiguos privilegios y constitucion de Aragon. Pero eleváronse entre los generales, largas y violentas disputas, relativas al plan de operaciones que convenia seguir. No era de opinion Staremberg de que se persiguiese al ejército enemigo, sino que mas bien proponia que se le interceptase la carretera de Francia, apoderándose de Navarra; el general Stanhope, que mandaba el ejército inglés, opinaba por el contrario, de correrse hasta la capital. Prevaleció esta opinion, y los aliados emprendieron su marcha hácia Madrid, esperando que los portugueses se unirian á ellos, y que una vez dueños de la capital, lograrian pronto la sumision de toda España (16).

A fin de alucinar al pueblo, ó para sorprenderlo y

asustarlo, entró Cárlos públicamente en Madrid, precedido de dos mil caballos, y seguido de su guardia, de su servidumbre y de sus parciales mas considerados. No descuidó el invocar en auxilio suyo la religion, visitando la iglesia de Atocha, que gozaba de tanto crédito en Madrid; pero nada bastó para que faltasen los habitantes de la capital, en lo mas mínimo, á la fidelidad que habian jurado á Felipe ni para que desapareciese la antipatía que inspiraban los austriacos. No acudieron á esta funcion real mas que algunos chicuelos á quienes movia la curiosidad, y por todas partes, reinaba un silencio sombrío, mas elocuente que la oposicion mas encarnizada. Tanto desagradó esto al monarca triunfante, que al llegar á la puerta de Guadalajara, no quiso seguir, como era costumbre, hasta el palacio del Retiro; antes bien se volvió para salir por otra puerta, esclamando: «Madrid no es mas que un desierto (17).»

Fué el marqués de Mancera el que se presentó como órgano de la opinion pública, el cual al verse amenazado por Cárlos, á pesar de las canas venerables que peinaba, contando ya un siglo de existencia, se atrevió á decir al archiduque:—No tengo mas que un Dios y un rey á quienes he jurado fidelidad. En víspera estoy de descender al sepulcro, y no faltaré al honor, en el corto tiempo que de vivir me queda.—Bajo tan tristes auspicios, fué proclamado el archiduque por soberano en Madrid. Habíase disuelto el ayuntamiento, y confiáronse los varios ramos de un gobierno efímero á Guerrera, Palmer, Belmonte, Laguna, Uceda, Hijar, Fernan Nuñez, Villaroel y otros hidalgos que, desde tiempos atras, habian seguido las banderas del rey Cárlos, ó que por vez primera, se adherian á su causa (18).

Si alguna vez tuvo sinceros deseos Luis XIV de alcanzar de Felipe la cesion de su corona, fué ciertamente en medio de estos desastres, convencido, como estaba, deque iba siendo muy crítica la situacion de Fran-

cia, y que no podia sostenerse España en lo sucesivo mas que con sus propias fuerzas; pero como recibiese un mensage de los principales grandes de España, inmediatamente despues de la batalla de Zaragoza, en el que le pedian que no abandonase á Felipe, se decidió á enviar á Noailles para que tomase informes, y se cerciorase de si bastarian los recursos de España para sostener la lucha, esperando, por su parte, continuando todavía la guerra, durante otra campaña en Flandes y Alemania, tener ocasion de dividir ó debilitar á los aliados. Con el mismo objeto, cedió á los deseos de Felipe, y mandó á Vendome que tomase el mando del ejército español.

Las instrucciones que dió á Noailles darán mejor á conocer sus propios sentimientos y el estado de la córte de España en aquella época.

Tuvo encargo Noailles de esponer que la condicion única á cuyo precio se podia alcanzar la paz de los aliados era la cesion de España, y que por lo tanto, era preciso que persuadiera Felipe á sus fieles súbditos que se agrupasen en torno del trono; pues, de lo contrario, se veria precisado el rey á retirarse, buscando en otra parte una posicion. Sicilia y Cerdeña á que se queria aludir, ofrecian en verdad, una indemnizacion harto débil; pero habia gran diferencia, decíase, entre la posesion pacífica de estas dos islas con título de rey, y la condicion particular de un príncipe arrojado de sus estados, y sin esperanza de recobrar el trono.

Decíase además:—Quién reina, aun cuando no sea mas que en una estension pequeña de territorio, puede con su sabiduria y buena conducta, hacerse respetar de las demas naciones de Europa; y cuando le quedan muchos años de vida, puede esperar que se presenten ocasiones favorables para mejorar de suerte. Un príncipe reducido á la condicion de particular, pronto se borra de la memoria de los hombres, y sus virtudes quedan como sepultadas, siendo inútil al resto de la

tierra, gravoso á menudo á su mismo pais, y lejos de hallar ocasiones en que hacer valer sus derechos, solo deja á la posteridad vanos títulos y exigencias vanas.» Debe, pues, presentar la cuestion en los siguientes términos: ¿puede ó no España defenderse por sí sola? Si puede, que se valga Felipe de toda su energía y muestre que posee todavía recursos. Si esto es imposible, preciso es que renuncie á una dignidad que ya no puede conservar, y que cese de atraer desgracias efectivas sobre Francia, en cambio de quiméricas esperanzas. En seguida hablará Noailles separadamente al rey y á la reina, ó si es preciso, á la princesa de los Ursinos, con la reserva conveniente porque lo que importa es que se disipen sus ilusiones.

Como nadie ignoraba que en último resultado, dependia todo de la voluntad de la princesa de los Ursinos, se encargó á Noailles que no escasease ni promesas ni amenazas á fin de decidirla á trabajar con arreglo á los preceptos de Luis XIV.

«Se deja al negociador la libertad de valerse con la princesa de los Ursinos de las consideraciones particulares, ya sea de esperanza, ya de insinuacion, que juzgue convenientes para ganarla: hasta el grado de decirle, si bien solo en caso estremo, que se le exigirá la responsabilidad de los malos consejos que arrastren al rey de España al precipicio, siendo así que le queda un camino para conservar sus estados (19).

Debia Noailles comunicar sus instrucciones á Vendome que tambien se hallaba en camino de España, á fin de que pudiesen ambos trabajar acordes, y alcanzar el objeto de tan delicada negociacion. Alcanzáronle estas órdenes en Bayona, en donde se detuvo Vendome algun tiempo, á causa de una ligera indisposicion. Noailles salió solo para reunirse á los reyes en Valladolid.

La vista del peligro, las exhortaciones de la reina y las de la princesa de los Ursinos, habian despertado la energía de Felipe, y dado desarrollo á su valor, has-

ta el punto de inspirarle la resolucion de no bajar jamás de un trono que tan caro le costaba. Reunió al siguiente dia los grandes á su lado, y mandó á Noailles que espusiese el objeto de la mision que se le habia confiado; tan luego como se supo esto, se alarmaron todos los circunstantes de estraño modo, declarando unánimes que era preciso que enviase Francia socorros, y que en cuanto á ellos, prontos estaban á derramar su sangre, y hacer el sacrificio de su fortuna en defensa de su querido soberano. No les halagó Noailles con vanas esperanzas; les declaró por el contrario, de un modo positivo, que no debian confiar en ningun socorro estrangero, á causa de la dificultad que habia de abastecer un ejército considerable, limitándose á darles á conocer las estensas fuerzas del enemigo. Insistió en hacerles entender que solamente los prontos esfuerzos de los españoles podrian restablecer los negocios, añadiendo que era llegado el momento de realizar sus promesas y protestas de lealtad y adhesion; insinuó por último, que á fin de apoyar su entusiasmo patriótico, era probable que se decidiese el rey de Francia á llamar la atencion del enemigo por la parte del Rosellon (20).

No fueron inútiles estas exhortaciones y razonamientos, y los grandes celebraron un consejo solemne para acordar los medios de evitar tamaño riesgo. Abrió la discusion el duque de Medina Sidonia, proponiendo dirigir un mensage á Luis XIV, en el que se le rogase de reformar la resolucion de abandonar la nacion española á su suerte, concediendo prontos y eficaces socorros. El duque de Osuna fué el único de la asamblea que opinó podia España continuar defendiéndose sin apoyo ninguno estrangero; alegando que seria una mancha de que no podrian jamás lavarse los españoles el pedir socorros fuera, habiendo tantas veces sido engañados por Francia. Pero tuvo mayor influjo la vista del peligro que este discurso patriótico, y ante la necesidad, se acallaron

el interés personal y las preocupaciones nacionales. Por eso se escuchó al duque con indiferencia, y se adoptó por aclamacion la proposicion del duque de Medina Sidonia. El conde de Frigiliana, que gozaba de reputacion de escribir con facilidad y hasta con elocuencia, tuvo encargo de redactar el mensage, que firmaron en el acto todos los que se hallaban presentes en aquella célebre sesion (21). Remitióse al instante este documento al duque de Alba, embajador de España en París; con órden de presentarlo, apoyándolo con todo el influjo que tenia.

Despertó el orgullo nacional para conservar la gloria é independencia de la nacion, con cuyo objeto se formó una junta de guerra que preparase y facilitase las operaciones militares. Debia esta permanecer reunida, y se rogó á Noailles que asistiese á todas las sesiones, dirigiendo todas las medidas que se tomasen.

Habiendo Noailles desempeñado la parte pública de sus instrucciones, empleó todos sus esfuerzos en hacer que comprendiese Felipe la necesidad en que estaba de abdicar el trono en caso de que no fuesen bastantes á conservársele, el entusiasmo y esfuerzo de los españoles; pero sin éxito se valió de todos los argumentos basados en el respeto, gratitud y afecto que profesaba Felipe á su abuelo. Ni fué mas dichoso cuando espuso la superioridad del enemigo, la estenuacion y desórden de la monarquía española. Felipe alentado por la reina y la princesa de los Ursinos, animado por las circunstancias críticas del momento, parece que sacó mayor fuerza de los mismos obstáculos. Con firmeza contestó á varios argumentos del embajador, pasando otros en silencio: por último, insistió en su resolucion de sepultarse bajo las ruinas de España antes que abandonar á un pueblo que le habia dado, y daba todavía, en aquel momento, pruebas tan afectuosas de lealtad y amor. Despues, hablando del carácter de sus súbditos, que, como el suyo, parece que tenia necesidad de verse abatido,

para alzarse con mayor energía, dijo á Noailles;—Si ha sufrido el ejército de Aragon, todavía está intacto el de Estremadura y hasta ha mejorado su estado. Necesito un buen general, pero ya no tardará en llegar Vendome. Celebro infinito que hayan llevado los ingleses al archiduque á Madrid; con eso verá en mi capital las disposiciones de mi pueblo, cerciorándose por sí mismo que su propia voluntad y no la fuerza, es el lazo que los une á mí. Ha cometido faltas graves el enemigo, descuidando los medios de triunfo; debemos por lo mismo aprovecharnos de ellas. ¿Qué progreso podrá hacer sin plazas fuertes, sin almacenes, en medio de un pueblo enemigo, distante treinta leguas del pais que le abastece? ¿Puede creerse que abandone el archiduque á Cataluña y Aragon á fin de reunirse á los portugueses? Si pudiese hacerlo, la distraccion por la parte de Rosellon lo obligaria á retroceder. En último resultado debemos impedir que se reunan, evitando un encuentro decisivo economizando nuestras fuerzas. Si obligados á esponernos y batirse, sufriese el archiduque una derrota, tendria esta un resultado funesto para él. Este es el último recurso á que hay necesidad de apelar antes de abandonar el reino. Por lo que toca á la hacienda no se hallan nuestros asuntos en un estado sin remedio; solo hemos tomado anticipos por el valor de nuestras rentas durante dos meses, y este *déficit* podrá desaparecer con algunos empréstitos y donativos gratuitos. Mucho mas crítica era nuestra posicion en 1706, porque no teníamos entonces ni el reino de Valencia ni las plazas fuertes de la frontera de Cataluña.—La reina no menos animosa que su marido apoyaba las magnánimas razones de Felipe, y ambos declararon que si se veian en la precision de salir de España, emigrarian á América y establecerian el trono ya sea en el Perú, ya en Méjico (22).

Felipe rechazó con desden el ofrecimiento de Sicilia y Cerdeña, aun cuando se agregase á esto el reino de

Nápolés; ni vió siquiera en estas proposiciones mas que un lazo y un cebo, á fin de calmar su justa indignacion y arrebatarle cuanto le quedaba de la monarquía. Vanos fueron de igual modo todos los pasos que se dieron para conseguir de él la promesa de abandonar á España y las Indias, á causa de la conviccion en que estaba de que el carácter elevado y el amor que le profesaba su abuelo, no podrian menos de aprobar tan noble y animosa resolucion. Regresó Noailles á Versalles con objeto de dar cuenta del estado de España, y de la situacion del ánimo del monarca. Llevaba una carta de Felipe que reasumia y presentaba con mayor fuerza los argumentos que habian dirigido la conducta del rey de España (23).

Al mismo tiempo llegaba Vendome para dirigir el ánimo del monarca y sacar partido del celo que mostraban sus fieles súbditos. Como supiese en el camino que el enemigo estaba en Madrid, esclamó :—Si el rey , la reina y el príncipe de Asturias están seguros , respondo de lo demás.—Vendome al llegar á Valladolid el 20 de setiembre , cinco dias antes de la salida de Noailles, que le prestó un ausilio útil, notó como él, que el estado de los negociosera mucho menos malo de lo que debia imaginarse. Ademas de las guardias españolas y valonas, en número de cuatro mil hombres, quedaban todavía del ejército de Aragon cinco mil caballos y ocho mil hombres de infantería; en las fronteras de Castilla la Vieja y Portugal ocho batallones y doce escuadrones; otro tanto en Andalucía , y treinta y dos batallones y treinta y cinco escuadrones en Estremadura. De todas partes acudian voluntarios á alistarse en las filas del ejército real, en tanto que una infinidad de pequeños destacamentos dirigidos especialmente por los gefes hábiles de guerrilleros , don Feliciano Bracamonte y don José Vallejo, infestaban todos los caminos y molestaban al enemigo, á las mismas puertas de Madrid (24).

«La fidelidad y grandeza magnánima del pueblo de

Castilla, dice el cronista de Felipe V, causará admiracion en los venideros siglos; lejos de desalentarse por los reveses que sufria su soberano, no parecia sino que las desgracias fortalecian el ánimo de aquellas gentes, que prodigaban hacienda y vidas, á fin de ayudar á Felipe á reponerse de sus pérdidas, organizando y manteniendo tropas a espensas suyas para defender la causa del rey, que era al mismo tiempo la de su pais. Los desastres que se seguian unos á otros, no servian mas que á estimular su celo y fidelidad á tal grado, que apenas seria creible si entrase en nuestro plan relatar detalladamente algunos de los numerosos testimonios de adhesion.»

Vendome no podia menos de maravillarse al ver un cambio tan inesperado precisamente en los momentos de semejante angustia. Declaró en vista de esto que no podia el archiduque permanecer en Madrid, aun cuando tuviese un ejército de cincuenta mil hombres. Al mismo tiempo elogió mucho y con justicia la firmeza y prudencia de Felipe, así como el valor de la reina, circunstancias que habian despertado y continuaban escitando el entusiasmo patriótico de la nacion.

Hallábase espuesto Valladolid á las correrías del enemigo, y en vista de esto, trasladáronse los tribunales á Vitoria, y la reina en cuanto Felipe tomó el mando del ejército, fijó su residencia en Corella, pequeña poblacion que linda con la frontera de Navarra y que es notable por la hermosura de su situacion.

Era Vendome sobrado prudente para aventurarse á comprometer la suerte de España con hazañas, aunque brillantes, arriesgadas, y así empleó el tiempo que le faltaba en organizar y disciplinar el ejército, y en hacer preparativos para poder tomar la ofensiva. Dejó, obrando en esto con destreza, que los soldados enemigos se debilitasen, entregándose á la inaccion y desenfreno, en las disputas particulares con los habitantes del pais ó en contínuos combates con cuadrillas de gen-

tes no reglamentadas. En los pormenores militares, prestaron hábil apoyo al general en gefe, el duque de Popoli, Valdecañas, y los condes de Aguilar y las Torres. Por su parte, don Baltasar Patiño dió muestra de profunda capacidád y estraordinario celo en el acopio de abastecimientos é ingreso de contribuciones. A los esfuerzos unidos de estos hombres hábiles se debió el que se reuniese, organizase y equipase un ejército de veinte y cinco mil hombres, y esto á vista de un enemigo vencedor, en el espacio de cincuenta dias.

Despues de tomar todas estas disposiciones, no permitió Vendome que se reuniesen los aliados con los portugueses, lo cual segun todas las apariencias, les hubiese dado los medios de conservarse en Castilla. No bien notó los movimientos que se hacian con este objeto, emprendió con rapidez la marcha por Salamanca y Plasencia, y se apoderó del paso importante de Almaráz, en el Tajo, desde donde podia, á un mismo tiempo, impedir aquella reunion y llamar al ejército español de Estremadura, si de ello tenia necesidad.

Los acontecimientos sucesivos justificaron la prevision del general. A fin de dividir las fuerzas y desconcertar los planes del enemigo, se le llamó la atencion por el lado de los Pirineos orientales, en donde como fracasase la espedicion contra Cette, estaban ya prontos los franceses á tomar de nuevo la ofensiva. Retiráronse los aliados á sus cantones, en aquella frontera, y los franceses reclutaron tropas en el Delfinado y demás puntos del Este de Francia; Noailles, al frente de veinte mil hombres, y con un tren considerable de artillería, entró en Cataluña con el fin de atacar á Gerona, llave de aquella provincia por la parte del Norte.

Fué esta espedicion un golpe decisivo que destruyó las esperanzas y planes de Cárlos, cuyo ejército habia quedado acampado en las cercanías de la capital, estenuándose á causa del escesivo calor y sequia; y disminuia sin cesar por las enfermedades, y mala conduc-

ta del soldado, sin contar los combates incesantes que se veia precisado á sostener con los labriegos y tropas irregularizadas. Habian empleado los generales aliados los argumentos mas vivos y enérgicos, á fin de que se pusiesen en movimiento las tropas portuguesas, y avanzasen á lo interior de España, con el intento de destruir, con la fuerza de dos ejércitos reunidos, el de Felipe, antes de que cobrase este ánimo y recibiera refuerzos. Fué perdida su pena, porque, tras cortas é inútiles incursiones en Estremadura, volvieron los portugueses á sus cantones, dejando á Felipe de dirigir todas sus fuerzas contra los mas peligrosos de sus enemigos (25).

Cercados de contratiempos ante un ejército enemigo que aumentaba de dia en dia, encerrados en un pais en que apenas se podian conservar por medio de la fuerza, no pudiendo contar ya con el apoyo y cooperacion de los portugueses, no pensaron los generales aliados mas que en los medios de salir de tan crítica posicion. En medio de la incertidumbre que los agoviaba, las nuevas de la invasion de Cataluña, que supo Cárlos por un desertor que le envió su muger, no sirvió mas que para aumentar su conflicto. Esta noticia destruyó todas las vacilaciones, y á fin de proteger el regreso de Cárlos á Cataluña se preparó una escolta de dos mil caballos, en tanto que, á fin de ocultar la retirada, se anunció por medio de un real decreto, que se trasladaba la córte á Toledo, concentrándose el ejército en Cienpozuelos. Apenas se habia Cárlos alejado de las cercanías de la capital, estalló de nuevo, con mas ímpetu, la indignacion pública, y pudo el archiduque, al retirarse, oir el sonido de las campanas y las aclamaciones que anunciaban en Madrid el triunfo de su competidor (26). Pocos grandes lo siguieron, y estos pocos lo hacian porque habian obtenido destinos durante aquel ridículo gobierno, y temian el resentimiento de un monarca ofendido. En cuanto se halló á cubierto la persona del

archiduque, empezaron los aliados, el 20 de noviembre su retirada á Aragon, á través de los montes que separan la frontera de Castilla.

Entonces fué cuando Felipe, guiado por la habilidad y destreza de Vendome, adquirió una superioridad verdadera, mereciendo este cambio de fortuna por su valor, prevision y energía. Al primer aviso de la retirada del enemigo, se puso en movimiento su ejército, molestando mucho á los aliados, y en tanto que esto hacia Vendome, entró Felipe en Madrid donde le esperaban las felicitaciones y aplausos de su pueblo fiel. Los diputados de Madrid fueron á recibirlo hasta Talavera, rogándole que regresase á la capital, y ofreciéndole al mismo tiempo, un donativo que habian podido reunir, á pesar de las exacciones del enemigo.

El 3 de diciembre, Felipe, acompañado de Vendome, volvió á entrar en Madrid, en donde la alegría fué superior á todo encarecimiento, del mismo modo que habia sido profundo y universal el dolor. Despues de rezar, segun costumbre, ante la Vírgen de Atocha, se dirigió á palacio, y fueron precisas muchas horas para que cruzase su carro triunfal las principales calles, porque era innumerable la concurrencia. Las casas y las fuentes públicas hallábanse adornadas de banderas y emblemas, y los habitantes de la capital corrian, por todas partes, llenos de júbilo, para saludar al soberano, con muestras de entusiasmo frenético. Por la noche, hubo general y espontánea iluminacion, y veíase claramente en este enagenamiento general el presagio de mayores triunfos (27).

Por agradables que fuesen para Felipe estos testimonios de amor y adhesion, que le daba su pueblo, no perdió el tiempo, de tanto precio entonces, en vanas ceremonias. Al tercero dia, salió de la capital para reunirse al ejército que continuaba marchando al enemigo, á las órdenes de Valdecañas, en tanto que las guerri-

llas de Bracamonte y Vallejo lo molestaban y hostigaban sin cesár.

Animadas con este egemplo y guiadas por las noticias que, de todas partes llegaban á cada instante, se acercaban mas y mas las columnas españolas á los aliados. La infantería, dirigiendo su marcha á Guadalajara, pasó por un puente el Henares en tanto que la caballería, con Vendome á la cabeza, vadeó el rio, aunque estaba crecido, á causa de las lluvias.

Con este movimiento rápido y ejecutado diestramante, se logró alcanzar un cuerpo de seis mil hombres que, á las órdenes de Stanhope, formaba la vanguardia. En la noche del 6 ocupaba esta columna á Brihuega, distante cuatro leguas de Guadalajara, con intento de proteger la retirada de los bagajes, á través de los desfiladeros inmediatos. Impensadamente se vió atacada por un cuerpo considerable de caballería, á las órdenes de Valdecañas, no tardó en llegar el centro del ejército, y las guerrillas de Bracamonte y Vallejo, que se hallában ya del otro lado de Brihuega, observaban los movimientos del cuerpo principal que mandaba Staremberg.

El general inglés, si bien sorprendido en una posicion en que por toda defensa tenia una pared de ladrillo, aun antes de que pudiese sospechar la proximidad del enemigo, no deshonró á su pais, no mancilló su reputacion militar. Mandó cubrir las puertas con parapetos, atrincheró las calles, y coronó de almenas las mas de las casas á fin de conservar su posicion hasta que recibiese socorros; pero, no pudo atajar el ímpetu de los españoles á quienes llenaba de entusiasmo la vista de su soberano querido. Como fuese poco fuerte lá artillería de campaña para abrir brecha, hubo que hacer una mina bajo de la mas cercana puerta, y la esplosion destruyó una parte considerable de la muralla; las tropas entraron al punto en la poblacion, abriéndose paso á través de todos los obstáculos que encontraban,

arrostrando un fuego graneado de fusilería que parecia un incendio, tan sostenido era. Antes de la noche el comandante inglés, cuyas fuerzas, despues de la horrenda matanza, quedaban reducidas á cuatro mil y quinientos hombres, acosado por todas partes, se vió obligado á entregarse á discrecion á los sitiadores (28).

Fueron al punto enviados los prisioneros á lo interior, y los guerrilleros españoles, que tenian encargo de observar los movimientos del ejército de Staremberg, anunciaban la llegada de este, que corria á sostener á la division derrotada; preparáronse, pues, los vencedores á recibirle, y el ejército real se puso al momento en batalla sobre una eminencia que domina la llanura de Villaviciosa.

A la primera noticia del ataque de Brihuega, habia el general austriaco reunido sus tropas con toda la presteza que permitia la naturaleza del terreno; pero ya fuese á causa de los obstáculos que ofrecian aquellos sitios, ya de la necesidad que habia de marchar con órden, á vista de un enemigo tan activo como hábil, no fué posible andar las dos leguas que lo separaban de Brihuega, antes de que se rindiese Stanhope. Anunció su llegada, con fogatas y banderolas, y aunque en cuanto cesó el fuego, sospechase que se habia rendido Stanhope, continuó avanzando. Por último, viendo que el ejército español estaba dispuesto todo á recibirlo, y creyendo que era este mas numeroso que lo cierto, tomó una posicion que defendian ribazos y colinas, y empezó á contestar a los cañonazos del enemigo con objeto de entretenerlo en tanto que favorecia la noche su retirada.

Vendome, cuya mirada se asemejaba á la del águila, tuvo empeño en coronar sus hazañas, destruyendo del todo al enemigo, y así es que, al ver que suspendia este su marcha, dió la señal de ataque. Como manifestasen algunos cortesanos á Felipe la necesidad de no esponer su persona augusta, esclamó Vendome,

como buen soldado:—Estos valientes serán invencibles, si os poneis al frente del ejército:—(29). Conformábase el consejo completamente con el carácter del jóven monarca, quien tomando el mando del ala derecha, dió una carga al enemigo, arrolló la primera línea de la caballería, y obligó á la segunda á replegarse; pero sus tropas guiadas por un ardor escesivo, descuidaron apoyar los flancos de la infantería que se vió en terrible riesgo. Hízose general la batalla; los aliados, á quienes no quedaba mas alternativa que vencer ó morir, dieron varias cargas con tal ímpetu, que se creyó por un momento, roto el ejército real, y se dió órden para retirarse á Torija.

En aquel apuro, los generales españoles y oficiales contuvieron á los soldados que les quedaban, y formando un cuerpo escogido, si bien poco numeroso, y luchando ellos mismos en las filas, como simples soldados, contuvieron al enemigo hasta tanto que Valdecañas, al frente de los valones y la reserva, pudo llegar y acometer al enemigo desordenado y cansado. Restableció este vigoroso ataque la suerte de la jornada, y la oscuridad suspendió el combate, que probablemente hubiera llegado á ser favorable á los aliados, si hubiese durado algun tiempo mas. Staremberg, dueño del campo de batalla, mandó clavar su artillería y la que habia tomado al enemigo, y se retiró durante la noche. Perdió tres mil hombres en los varios combates que se vió precisado á sostener durante su retirada y llegó á Barcelona con siete mil hombres, único resto que quedó de aquel ejército que habia dictado leyes á España. El ejército real tuvo en la batalla de Villaviciosa, tres mil hombres muertos y mil heridos.

Ambos partidos se hallaron acordes en punto á los elogios que merecian los gefes de los dos ejércitos. Dióse á Vendome el título merecido de restaurador de la monarquía española, é hiciéronse de Staremberg cumplidos elogios, hasta por parte de los oficiales de Felipe, admi-

rando todos el denuedo, serenidad y habilidad de que acababa de dar tan manifiestas pruebas. De los oficiales españoles, los que mas se distinguieron fueron los condes de Aguilar y de San Esteban de Gormaz, Moya, Bracamonte, y especialmenie Valdecañas. Del opuesto bando, merece ser nombrado Villaroel que mandaba el centro y que dirigió el ataque que por poco costó caro á las armas de su primer soberano (30).

En el parte que dió Felipe á Luis XIV de este acontecimiento, mostró su candor y su magnanimidad.

«Pusiéronse en movimiento nuestras dos líneas, decia, y á las tres y media empezó la caballería el ataque á la derecha. Despues de arrollar la del enemigo, por su izquierda, se avalanzó á varios batallones de infantería que destrozó, tomando de paso una batería. Al momento dió una carga nuestra infantería, la cual despues de muchos ataques, alcanzó colocarse á retaguardia del enemigo, reuniéndose á la caballería por la derecha. Pero, la infantería del enemigo se batió con denuedo, y poco á poco logró que se retirasen nuestras tropas, esceptuando á la guardia valona que se abrió paso á través de ambas líneas y la reserva, arrollando cuanto hallaba á su paso y causando una mortandad terrible.

«Como notase el duque de Vendome que se debilitaba nuestro centro, y que no habia dispersado nuestra caballería la del enemigo ó la derecha, dió órden de replegarse sobre Torija; pero al retirarnos con gran parte de nuestras tropas, vinieron á anunciarnos que el marqués de Valdecañas y el general Mahony, con la reserva de quince escuadrones, habian atacado y arrollado la infantería enemiga. En vista de tan agradables nuevas, volvimos á ocupar la eminencia de Brihuega, y esperamos que rayase el alba para tomar de nuevo posicion en el campo de batalla (31).»

Ambos partidos reclamaron el triunfo. como acontece harto á menudo; pero la verdad es como se nota del contenido de la carta de Felipe, y lo prueban los resul-

tados, que Staremberg ganó en realidad la batalla; pero como el único objeto de este general fuese la retirada, y no pudiese conocer en la oscuridad y confusion, el estado en que se hallaba el enemigo, abandonó porque quiso el campo de batalla, y se retiró con toda la desventaja de una derrota (32).

En cuanto tomó el enemigo el camino de Cataluña, se dirigió Felipe á Zaragoza, á donde habia llegado ya la reina con su séquito. A pesar de que la estacion se hallaba ya adelantada, continuaron Valdecañas y Mahony con la mayor actividad, las operaciones militares. En tanto que los franceses se apoderaban de Gerona y bajaban á la llanura de Urgel, estableciéronse los españoles en el centro de Cataluña, y la toma de algunos puntos poco importantes, tales como Miravet, Calal y Solsona, limitaron el pais ocupado por el archiduque á la tercera parte de la provincia, amenazando las dos plazas marítimas, Barcelona y Tarragona.

En general se creia cercano el término de aquella guerra, y Vendome con su actividad acostumbrada, se daba prisa á ordenar los preparativos necesarios para el sitio de Barcelona. Sin embargo, suspendiéronse las operaciones á causa de diferentes circunstancias. Hallábanse las tropas repartidas en varios cantones, y dejando el sitio hasta próxima estacion, se dió imprudentemente á Cárlos tiempo para reclutar un ejército y restablecer su poder vacilante.

Volvieron otra vez á Madrid los consejos y ministerios, y Ronquillo empleó de nuevo todo su rigor contra todos los que por miedo habian reconocido al archiduque, desterrando á las mugeres y familias de los que iban en el séquito de Cárlos. Muchas personas de la mas encumbrada gerarquía, tuvieron mucho que sufrir, á causa de su timidez é imprudencia en aquella ocasion. Pero en las clases medias ó inferiores, no halló Ronquillo á pesar de su vigilancia y severidad, una sola persona que mereciese castigo (33).

CAPITULO XIX.

1711.

Decaimiento de Francia.—Sepárase Inglaterra de los aliados.—Secretas negociaciones entre el ministerio inglés y Francia.—Situacion de España.—Débil salud de la reina de España.—Frialdad momentánea entre los gabinetes de Versalles y Madrid.—Esposicion de Noailles relativa á la situacion de la córte y la nacion.—Intrigas de Noailles contra la princesa de los Ursinos.—Regreso de Noailles.—Caida de Aguilar.—Mision é instrucciones del nuevo enviado Bonnac.—Oposicion de Felipe y de los ministros españoles á los sacrificios que exigia Luis XIV, como precio de la paz.—Alcanza la princesa de los Ursinos poner acordes á entrambos soberanos.—Dá Felipe plenos poderes á Luis XIV, á fin de que continúe las negociaciones.—Muerte del emperador José.—Sale Cárlos de Cataluña.—Es elegido emperador de Alemania.—Rompimiento entre las córtes de Lóndres y Viena.—Abrese el congreso de Utrecht.—Ventajas alcanzadas por Luis XIV.—Caida de Marlborough.—Campaña de 1711 en Cataluña.

A pesar de los recientes triunfos, todavía no se hallaba afianzada la corona en las sienes de Felipe, porque la suerte de España, así como el éxito de la guerra, dependia de la lucha empeñada en los Paises Bajos. El año anterior, habian los aliados aumentado sus conquistas con Douai, Béthune, Saint-Venant y Aire; la cadena de hierro, como llamaban á la frontera de Francia, habia sido rota. Con otra campaña dirigida con igual habilidad, y acompañada con el mismo éxito, debia Luis XIV quedar reducido á la necesidad de recibir las condiciones de paz á las puertas de su misma capital. Cundió por todas partes la miseria pública, como resultado de tantos desastres, y toda la energía de un go-

bierno absoluto apenas bastaba para que se pudiesen sacar de una nacion estenuada los medios de prolongar una guerra defensiva é infeliz. La muerte del Delfin acaecida el 14 de abril, destruyó al principal partidario de la guerra de España, y el partido del nuevo delfin halló en todas partes defensores celosos de la paz, que consideraban como medio único de hacer desaparecer el peligro de una ruina total é inevitable.

Por lo que toca á los aliados, al terminar la campaña anterior, abrigaban las mas lisongeras esperanzas. Infructuosos habian sido los esfuerzos que hizo Francia con el propósito de romper la alianza y negociar una paz separada, en tanto que por su parte el emperador derrotando á los rebeldes de Hungría, y entablado negociaciones con los turcos para poner término á una guerra que hasta entonces habia agotado todas sus fuerzas, se hallaba ya en estado de enviar refuerzos considerables á España, á los Paises Bajos y á las orillas del Rhin. Era el momento llegado de tomar represalias á Francia, haciendo que espiase todos los males que le habia causado desde el principio de la guerra de treinta años. Por fin, debia esta nacion perder las adquisiciones debidas á la victoria ó á negociaciones hábiles, y habria ya una barrera establecida de un modo fijo y duradero, para seguridad de los estados de Europa, contra la ambicion y el poder del gobierno francés; pero en momentos tan críticos para la casa de Borbon, debió Francia su salvacion de nuevo á los celos que se despertaron entre sns enemigos, de que supo aprovecharse para la consolidacion de su grandeza.

El duque de Saboya á quien habia ofendido el emperador, y que se habia apropiado los distritos que se le prometieron como premio de los servicios prestados á la causa comun, entró en tratos secretos con Francia, los cuales, como fuesen descubiertos y saliesen fallidos, llegaron á ser un gérmen de sospechas y discordias, como diremos mas tarde (34). Pero lo que por parte de los

aliados, contribuyó especialmente á que se perdiese el fruto de todos los sacrificios, y sirvió de estorbo á las operaciones militares, salvando á la Francia, fué la parte que tomó Inglaterra en aquella contienda, separándose de los principios que habia proclamado su gobierno antes que el de otras naciones.

El carácter y las miras políticas de la reina Ana, habian sido causa de este cambio; esta primera diferente en todo de Guillermo, no abrigaba contra Francia animosidad ninguna, ni política ni personal. Además, no tenia capacidad bastante para comprender lo bastante y juzgar el espíritu de la política adoptada por su antecesor. Habia recibido el cetro de Inglaterra como una herencia que le pertenecia de derecho, y á la muerte de su hijo único el duque de Glocester, habíase despertado en su alma el amor fraterno. Ardia en deseos de restablecer en el trono á su familia destronada, legando un dia la corona á su hermano; pero la fortuna que hasta entonces habia acompañado á sus armas, y la consideracion pública de que gozaban los ministros no menos hábiles que felices, que gobernaban en nombre suyo, le habian impuesto el deber de ocultar sus secretos sentimientos en lo mas íntimo del corazon.

La casualidad mas bien que un plan concertado, reveló sus inclinaciones secretas. La duquesa de Marlborough, favorita suya, habia puesto al lado de la reina á una de sus parientes, Albigail Masham, con el doble intento de verse libre de la molestia que le causaba tenerla siempre á su lado, y de consolidar así el favor de que gozaba con la reina. Esta nueva favorita profesaba tambien si bien en secreto afecto, á la familia de los Estuardos, y como tuviese celos del poder de su protectora, se valió para perjudicar á esta de unos de aquellos momentos de irritacion que hacia nacer en el ánimo de la reina el carácter imperioso de la duquesa. Deseando la caida de la favorita, fomentó el descontento de su señora, y fué el conducto intermedio de una ne-

gociacion particular con el gefe de los toris Harley. Como hubiera sido imposible á la reina alcanzar el complemento de los deseos que abrigaba á favor de su hermano durante una guerra que hubiese debilitado el poder de Francia, y aumentado el poder y consideracion de un ministerio whig, dirigió sus esfuerzos á conseguir la paz. Todos sus consejeros toris ó jacobitas, estaban acordes en este punto, porque llevados de consideraciones particulares, cada uno de estos partidos era opuesto á la guerra y apoyaba con toda su alma los clamores de paz (35).

La diversidad de pareceres que existe por necesidad, en todos los gobiernos libres, fué útil á las miras de la reina, y precipitó la caida de los wighs. Habíase empleado con éxito la prensa y el saber de los mas hábiles escritores para criticar la conducta y ennegrecer el carácter de estos, y los triunfos alcanzados por Inglaterra, á fuerza de de ser frecuentes, habian perdido su prestigio. Apenas pasó el peligro que escitó la atencion pública, se la consideró ya como del todo imaginario, y empezaba el pueblo á pedir á gritos el fin de una lucha cuya continuacion le habian presentado como un cálculo meramente personal, ya de avaricia, ya de ambicion. Los toris con suma destreza, se aprovecharon de esta revolucion en el espíritu público; uniéronse á los jacobitas y entablaron negociaciones secretas con Francia y con la familia desterrada (36).

En cuanto llegó á su madurez este proyecto, cayó necesariamente la duquesa de Marlborough, y la Masham fué su sucesora. Los wighs que ni siquiera sospechaban el peligro que corrian, ó que miraban con lástima las intrigas de un agente tan poco importante como una camarista, precipitaron las crisis por esceso de confianza y presuncion. En vez de alarmarse al ver que se retiraba lord Sunderland, cuñado de Marlborough del puesto de secretario de estado, en vez de hacer que se frustrasen los planes de sus adversarios por medio de su energía y union, temporizaron y de este modo deja-

ron que se debilitase poco á poco la fuerza de su partido con la dimision sucesiva de sus gefes. En el mes de agosto la caida de Godolphin, hábil ministro de hacienda, anunció su cercana derrota, que completó la separacion de los demás ministros. Por último, no se habia terminado aun el año, y estaba ya formada una administracion compuesta totalmente de toris, á las órdenes de Harley. La consolidacion de este partido se halló mas y mas asegurado con la eleccion de otro parlamento en el que le dieron un ascendiente irresistible el influjo del gobierno, las disposiciones particulares de los individuos de ambas cámaras, y la cooperacion de los jacobitas.

Pero ni en medio de sus triunfos se atrevieron á atacar abiertamente la autoridad bien consolidada de Marlborough, á quien dejaron el mando hasta tanto que, escitando las pasiones populares, y privándolo de los recursos necesarios para triunfar, fuesen poco á poco allanando el camino para tan difícil caida. Este cambio de sistema por parte suya, les valió todavía una nueva sombra de favor popular, y los servicios de Harley fueron mas tarde recompensados con los condados de Oxford y Mortimer, y con el puesto importante de primer lord de la tesorería, esto es, de director de la política del gabinete. Confióse el destino de secretario de estado, encargado de las relaciones con el estrangero, á Enrique Saint John, mas conocido por el nombre de lord Bolingbroke (37), quien reunia á un ódio inveterado á cuanto decia tener relacion con Austria, una inclinacion manifiesta á favor de la Francia.

Esta revolucion política fué considerada como un triunfo, tanto en París como en Madrid, llegando al estremo de decir que la caida de los whigs habia salvado á las dos monarquías. Torcy tenia razon al decir, «lo que hemos perdido en los Paises Bajos, lo hallamos en Lóndres (38).»

Como estuviesen seguros los nuevos ministros de la

cooperacion del parlamento, tan solo pensaron en disolver la grande alianza y entrar en negociaciones con el monarca francés sin dar á su administracion el tiempo de consolidarse. Prestaron oidos con visible satisfaccion á las proposiciones que se les hicieron por conducto del mariscal Tallard, prisionero entonces en Inglaterra. Al salir para Francia, continuó la negociacion por conducto de un sacerdote católico llamado Gaultier, que los franceses habian empleado como espia, y que el conde de Jersey, muy adicto á la causa de Estuardo, protegia entonces por recomendacion de su muger, de quien era confesor.

Recibió con júbilo Luis XIV estas comunicaciones en el mes de abril, se envió á París á Gaultier con instrucciones dadas por los nuevos ministros. Manifestaban estos en términos muy humildes, que no menos necesaria era la paz á Inglaterra que a Francia, dando á entender al mismo tiempo, que necesitaban guardar las apariencias con los aliados, rogando al rey que anudase las negociaciones con Holanda. Declaraban, además, con una bajeza inescusable por parte de ministros de una nacion que acababa de ser de tanto peso en los negocios de Europa, que se darian órdenes á los plenipotenciarios ingleses, a fin de impedir que Holanda pusiese estorbos á la conclusion de la paz, y que renovase aquellas exigencias altaneras que habian lastimado el honor ó inclinaciones del monarca francés. No se exigia á éste compromiso ninguno, contentándose solo con una declaracion vaga de que sus proposiciones se acogerian favorablemente (39).*

Luis recibió, verdad es, tales proposiciones con satisfaccion, considerándolas como preludio de un acomodo mucho mas honroso de lo que sus reveses desde la batalla de Blenheim, le permitian esperar, protestando que consultaria su propia dignidad, ó con objeto tal vez de hacer una distincion odiosa entre ambas potencias marítimas, se negó á entablar negociaciones di-

rectas con los Estados generales de Holanda, manifestando su deseo de valerse de la mediacion de Inglaterra. Espresó estos sentimientos en un informe que encerraba las condiciones que se proponia conceder como bases de un acomodo general, las cuales consistian en ofrecer á los ingleses seguridad para su comercio en España, en las Indias y el Mediterráneo, á los holandeses una barrera en los Paises Bajos, y el restablecimiento de las ventajas comerciales de que en otro tiempo disfrutaban. Decíase, además, que estaba dispuesto á aceptar condiciones que fuesen decorosas y racionales, por lo que decia relacion en los demas individuos de la grande alianza, y como la situacion de Felipe ofrecia nuevos medios de arreglar la disputa relativa á España, prometia que se cuidaria de los medios de evitar las dificultades y garantizar el estado presente, así como el comercio y los demas intereses de las naciones beligerantes. Por último, debian entablarse muy en breve conferencias para la paz general, proponiéndose Aquisgran y Lieja como puntos convenientes para estas importantes sesiones (40).

El ministerio inglés aceptó estas condiciones si bien vagas, reconociendo que era natural la conducta observada con los holandeses, como nacida de un sentimiento de delicadeza. No quiso, empero, esperar el principio de las conferencias generales; pero alucinado con el ofrecimiento de las ventajas comerciales, pidió esplicaciones mas ámplias que podian conducir á un tratado particular y secreto. Siguió Gaultier siendo el agente intermedio de las comunicaciones secretas que se continuaron con la mayor actividad en tanto que se engañaba á los Estados de Holanda con pretestos de cordialidad, y confianza. Por último, á tal punto instaron con sus arreglos, que Prior confidente y amigo de Oxford y Bolingbroke, fué enviado á París en julio, con objeto de poner la última mano á un tratado que iba á decidir de la suerte de Europa.

Durante el curso de esta negociacion tan feliz y ventajosa para la casa de Borbon, aparentó quererse separar de Francia, y manifestó mas independencia y desagrado que en las demas ocasiones que se habian ofrecido, desde que la princesa de los Ursinos llegó á España.

En medio de los triunfos que acababa de alcanzar, habia turbado el gozo de Felipe la débil salud de la reina. Una horrorosa enfermedad escrofulosa, que la sepultó mas tarde en la tumba, iba ya poco á poco arruinando su constitucion debilitada por tanto cansancio y sinsabores. Pero aun cuando empezasen á marchitarse sus atractivos y disminuyese su viveza natural, de dia en dia, permanecia incontrastable su ánimo valeroso, y conservaba como antes un imperio absoluto en el corazon y espíritu bondadoso de su marido. Por su parte, Felipe vivia afligido al ver los padecimientos de una compañera tan amada de su tierno corazon, y dominado por el temor de perderla, abandonó los cuidados de la guerra, y hasta las mas importantes ocupaciones del gobierno.

La carencia de riesgos esteriores renovó las desazones que habian estallado ya en el interior, despertó el ódio nacional á los estrangeros tomando mas fuerza; renovaron los grandes sus quejas de costumbre, diciendo que las pruebas repetidas que de su celo hahian dado, solo habian servido para disminuir el favor que el rey les debia, y para que perdiesen hasta sus propios derechos. El orgullo de Vendome, á quien costaba mucho que examinase otro sus operaciones militares, aunque este otro fuese el mismo Luis XIV, indispuso á los generales españoles Aguilar y Valdecañas, quienes envanecidos con sus últimos servicios, aspiraban á la direccion de los negocios de la guerra, y criticaban con amargura las operaciones del general en gefe. Estallaron disputas con este motivo, como en tiempos pasados entre los mismos franceses, y en medio de las protestas

mas sínceras en apariencia de amistad y confianza, existian vivísimos celos entre Vendome y Noailles.

Estas desavenencias llegaron á ser un gérmen de recíproca aversion entre los que habian trabajado unidos; pero como las negociaciones entabladas para conseguir la paz, hicieran indispensable el que la córte de Madrid se sometiese ciegamente á la de Versalles, mandó el monarca francés á Noailles que se trasladase á Zaragoza, á fin de que desempeñase el encargo de embajador, sin tener, empero, título de tal. No era fácil, verdad es, hacer eleccion mejor; educado en palacio desde la edad mas tierna, era flexible, insinuante, hábil, y sobre todo discreto; gozaba ademas, de toda la confianza de Luis XIV. La duquesa de Borgoña, hermana de la reina de España lo protegia; la condesa de Maintenon era parienta suya, y habia conservado relaciones de amistad con la princesa de los Ursinos, desde su primera mision á España. Acababa de ser elevado á la clase de grande de España, y habia obtenido así mismo el collar del Toison de oro, á cuya gracia acompañaba una carta de la reina, en la que le manifestaba su gratitud, y la de su marido por sus importantes servicios. Por último, la córte asidua que habia hecho á Felipe desde su juventud, y la esperiencia que habia adquirido, le proporcionaban perfecto conocimiento de las disposiciones de palacio y del carácter de la nacion española.

El cuadro que trazó Noailles para instruccion de su soberano, es casi idéntico al que hemos citado ya de Tessé, á pesar de algunos cambios precisos á causa de las últimas revoluciones. Encierra, además, alusiones bastante claras relativas al desacuerdo de ambas córtes de que Torcy se quejaba, diciendo: «que los secretos de España no penetraban fácilmente y sin obstáculos en Francia.»

«Insisto, dice Noailles, en que se envie cuanto antes un embajador capaz de hacerse temer y respetar, y

que tan solo se ocupe de los negocios públicos. Con tal de que no se me encargue á mí semejante mision, quedaré satisfecho, pues no conozco destino ninguno que menos de desear sea, desde que veo la manera como va todo aquí. En cuanto á lo que tiene relacion con Francia, no preveo mas que dificultades, contratiempos y luchas. ¿Qué será si logran no tener necesidad de nosotros? No faltarán entonces pretestos para borrar el recuerdo de los beneficios, diciendo entonces que ha buscado Luis XIV su interés propio al sostener á su nieto en el trono, se quejarán amargamente de la evacuacion de Italia hecha sin participacion de Felipe, del partido tomado de abandonarlo cuando en ello creia ver ventajas la córte de Francia, de la pequeña parte que ha tenido España en las conferencias de la paz, de la conducta de los franceses en varias ocasiones, de los tesoros que hemos sacado de las Indias etc. etc.»

Los soberanos y cuantos los rodean, siguen siendo los mismos; razones mezquinas de interés particular perjudican al bien general, y en vez de regresar al punto á Madrid, cosa muy importante, quieren ir á Corella sin que para ello haya motivo que valga nada. Todo yace en el mas profundo letargo, y desde la batalla de Villaviciosa consiste todo cuanto se ha hecho en perder el tiempo mas precioso. Y no es por falta de trabajar, pero carece de fruto el trabajo, porque se hace sin órden ni regla. Los que restablecieron los negocios públicos despues de la batalla de Zaragoza, son ya sospechosos, y viven desatendidos; las intrigas palaciegas lo dominan todo y solo inspiran confianza cinco ó seis infames de quienes ni luces ni recursos se pueden esperar.

En situacion semejante, es esencial aprovecharse de la ocasion que ofrece la muerte del emperador firmando la paz, lo cual se conseguirá protegiendo como hasta aquí á Felipe V. Con tal que conserve este príncipe la España y las Indias, cualesquiera que sean las ce-

siones, las seguridades comerciales que se concedan al enemigo debe darse por muy contento, porque no es mal patrimonio para una rama no primogénita. Ya que no pudo Francia unida á España dictar leyes, no queda mas partido que tomar, sino el de persuadir á Europa que esta mision no puede serle ni perjudicial ni peligrosa; *el interés de Francia lo mismo que el de los aliados exige que pierda algo España*, pues no debemos fiarnos de la córte de Madrid en tanto que necesite de nosotros esta nacion.

«Por lo que toca á la próxima campaña, á pesar de todo el empeño que he formado en ello, los víveres no están listos todavía, ni se ha decidido nada en este punto; falta gran cantidad de armas, se ha gastado mucho en proyectos seductores, pero se ha descuidado lo mas esencial. Así, pues, el mejor partido era el de no arriesgar nada, sosteniendo si es posible un tono de superioridad con los enemigos, sin emprender los cercos en que se ha pensado, ocupándose tan solo en dominar los montes apoderándose de todas las fortalezas, y abriéndose un camino de comunicacion, á fin de que se tema que las tropas francesas se pueden retirar en caso de disputa entre ambas córtes acerca de los artículos de la paz.»

Al hacer alusion á la reina y á la princesa de los Ursinos, dice que «no solo guiaban el ánimo del rey, sino los negocios, de cualquiera clase que fuesen; que no tenian por entonces, confianza en ningun ministro que fuese capaz de gobernar; que una presuncion inquieta las arrastraba demasiado; que se halagaban con la esperanza de recobrarlo todo, de conservarlo todo, siendo así que se habia de temer el perderlo todo. La reina, altiva y animosa, se indignaba al pensar en los sacrificios que era preciso hacer para conservar la paz, y la princesa de los Ursinos no solo participaba de estos sentimientos, sino que trabajaba sin duda para sostenerse contra facciones temibles. Nada hacia el rey

que no naciese de la inspiracion de una ú otra ; así es que fluctuaba el gobierno, segun el capricho ó la antipatía, sin que hubiese regla ni estabilidad, y la lentitud española colme el entorpecimiento de las ruedas de la administracion.

«Los españoles están mas lastimados que nunca, murmurando del poco caso que de ellos hacen y de la preferencia que se da á los italianos y flamencos; cada dia esperan que caiga el gobierno en manos de estrangeros; hay una fantasma que llaman consejo de Guerra y que carece de todo poder, porque sus resoluciones no son acatadas sino en cuanto las aprueba la cámara interior, la cual reserva para sí los pormenores mas insignificantes, sin que se ejecute cosa ninguna , porque no es fácil saber á quien se ha dirigir uno para los asuntos de menor importancia No tiene remedio este mal; pero interesa que Luis XIV tenga conocimiento de esto á fin de que sepa lo que ha de hacer cuando se le ocurra tratar negocios con este gobierno. Una confianza ciega, fundada en los últimos triunfos, es la causa del letargo estraño en que han caido, y aunque Felipe profese todo el afecto que debe á su abuelo, las impresiones que con tanta facilidad recibe , lo harian intratable en el punto de las condiciones de la paz, si se hallase menos acosado por la necesidad (41).»

Ni la circunspeccion característica de Noailles, ni su devocion, á lo menos aparente, ni por último, el conocimiento de sus deberes con soberanos que le habian dado en todas ocasiones pruebas de afecto; ninguno de estos motivos pudo resguardar su alma de los tiros de la ambicion ; fué en punto á esto , víctima del mismo influjo que habia egercido la atmósfera de Madrid con los embajadores suyos.

Su amigo Aguilar y él concibieron el proyecto de separar al rey de la reina, creyendo de este modo destruir el crédito de esta y el influjo de la princesa de los Ursinos. Manifestó, por lo tanto, Noailles á Felipe que

en el estado de salud en que se hallaba la reina, debia cuidarse de no pasar la noche en el mismo lecho que ella, y tomando entonces un tono lastimoso, le propuso que debia tomar por manceba á una de las damas de la servidumbre de esta princesa. Proposicion tan indecorosa no podia menos de lastimar en lo mas hondo del pecho á un príncipe de costumbres tan severas como Felipe, y que guiado por los principios religiosos y por el amor que á su muger profesaba, en todos tiempos habia conservado una fidelidad inviolable al tálamo nupcial. No solamente le indignó esto, sino que al punto fué á contarlo á la reina y á la princesa de los Ursinos. Indignóse la reina, y con razon, de semejante ofensa, y en el momento lo escribió á la hermana del duque de Borgoña quien lo refirió á la condesa de Maintenon y á la córte austera de Versalles, de donde la galanteria estaba ya desterrada, y en donde no recibió mejor acogida la proposicion de Noailles que en Madrid. Se dió por lo mismo á Noailles órden de que regresara, y Aguilar perdió todos sus empleos civiles y militares, y fué desterrado de la córte. Hubo mucho cuidado en que no se descubriese la causa de este cambio, y se dió por pretesto de esta caida la mala salud de Noailles, y se supuso que las medidas tomadas contra Aguilar tenian por causa las disputas de este personage con Vendome. Nadie descubrió el misterio mas que San Simon, el cual como es notorio tenia un diario en que escribia todas las anécdotas palaciegas, y á quien nada gustaba tanto como las ocurrencias escandalosas (42).

Si se dá crédito á las memorias de Noailles, era de esperar que á pesar de la debilidad de España y su dependencia á Francia, se tropezase con grandes obstáculos antes de alcanzar el consentimiento de Felipe y de su consejo heterogéneo para la desmembracion de la monarquía. Otro objeto que no era menos dudoso consistia en la concesion de ventajas comerciales ofre-

cidas á las potencias marítimas. Además, la separacion de Noailles, personage estimado de ambas córtes basta el momento en que hizo la proposicion imprudente de que acabamos de hablar, hácia quien tenian los reyes el miramiento mayor, á quien habian dispensado su estimacion, y que además era tan agradable á la princesa de los Ursinos como conciliador y espresivo con los grandes, semejante separacion, decimos, no podia menos de aumentar la suma de los obstáculos que se ofrecian para la terminacion de la negociacion entablada. El marqués de Bonnac reemplazó al duque de Noailles, y á fin de evitar las disputas que podian nacer de puntos de etiqueta, no recibió mas carácter que el de enviado estraordinario. Sus instrucciones redactadas por Torcy darán á conocer las dificultades particulares con que tropezaban las relaciones entre Francia y España, descubriendo al mismo tiempo la política interesada de la córte de Versalles, la cual á pesar de sus protestas de desinterés y su deseo supuesto de afianzar la integridad de la monarquía española solo se ocupaba de alcanzar á espensas de esta favorables condiciones.

5 de agosto.

Despues de esponer Torcy la conducta anterior de Luis XIV con respecto á España en diferentes ocasiones desde el advenimiento de Felipe, recuerda las últimas negociaciones con Holanda y la obstinacion inflexible de los aliados. «Estaban avisados, dice, de que los lazos que unian á Francia y España no podian romperse en tanto que ocupase Felipe el trono; sin embargo, nunca el rey ha hecho tratado ninguno con su hijo, á quien ha socorrido en todas ocasiones *gratuitamente*, y sin condiciones. Al aceptar el testamento de Cárlos II no hizo mas que ceder á los deseos de los españoles; se hallaba, pues, en libertad de continuar ó suspender sus socorros, y quizá los habria interrumpido tiempo hace si

hubiese profesado menos afecto á su nieto y menos estimacion á los españoles.

«Los enemigos empezaron á cambiar de tono despues de la batalla de Villaviciosa, juzgando que todos sus esfuerzos no forzarian á Felipe á renunciar á la corona. Desearon que aceptase las particiones, que al principio se negó á darles, lo cual hicieron conocer por medio de proposiciones indirectas, (43) pero no quiso el rey adivinar sus intenciones y continuó la guerra sin hablar mas de paz. Produjeron buen efecto su silencio y firmeza y los nuevos socorros concedidos á España han hecho conocer á los aliados cuán imposible era la conquista de este reino; paz por fin es el objeto ardiente de sus deseos.

«Una estrecha union entre Francia y España es necesaria para bien de una y otra; pero no debe esto tener carácter ninguno de dependencia por parte de España. Permanezcan unidos los intereses de ambos paises, mas que cada uno sea regido segun sus usos y costumbres. Aun cuando pudiera el rey arreglar por sí todos los asuntos de España, no le convendria encargarse de ellos, lo cual seria fortificar inútilmente los celos de las principales potencias de Europa que mirarian á España como sometida ciegamente á las órdenes de Luis XIV. Pero conviene tambien que no se alaben los enemigos de que han sembrado la desunion entre ambos reyes, y las señales de union completa serán tan útiles para la paz, como los efectos de ella son necesarios para la continuacion de la guerra.

«De algunos años á esta parte el verdadero estado de la córte de España ha sido cuidadosamente descubierto, y cualquiera que sea el motivo de este disimulo importa conocer el fondo de las cosas, porque las miras de los que dirigen los negocios públicos dependen por desgracia demasiado de las pasiones é interés de los particulares, y no es cosa rara ver que deciden de la suerte de los príncipes las intrigas secretas de los pa-

laciegos. No se ignora que los ocultos resortes que producen el movimiento, dañan mucho á los intereses de Felipe V. Los españoles critican á su gobierno con acritud; pueden tal vez carecer sus quejas de fundamento, pero por lo menos prueban que hay desórden en la administracion. Es preciso conocer el mal para juzgar cuáles son los remedios que pueden ser convenientes, y puesto que se quiere sostener á España, es preciso saber cuáles son sus recursos á fin de proporcionar el apoyo.

«Es de temer que no sea el rey de España el primer engañado, porque el esceso en la confianza le parece una virtud. Se obstina en creer esto, y si toma un mal camino no será fácil conseguir que retroceda. Cuando haga la reina buen uso de su saber, como parece que lo desea, será una felicidad para él que lo guie ella, puesto que, segun el carácter que tiene, alguien ha de dominarlo. La princesa de los Ursinos de algunos años á esta parte hace alarde de no ocuparse de los negocios públicos; pero no por eso ha disminuido su influjo, Felipe delibera y decide de acuerdo con la reina y la princesa, y este consejo interior es el regulador de la suerte del estado, los otros son una mera formalidad. Se cree firmemente que la princesa de los Ursinos se interesa á favor de Francia, y que desea que se conserve union estrecha entre las dos coronas; pero puede equivocarse en sus cálculos presentarlos y apoyarlos como buenos por malos que sean. Bonnac, mostrándole *estremada deferencia* debe tratar de profundizar la verdad.

«Los pasos dados para conseguir la paz y la inevitable desmembracion de la monarquía, habrán aumentado la mala predisposicion de los españoles contra los franceses. No deben ni estos resentimientos ni su oposicion en las circunstancias presentes influir en que se los tenga por sospechosos; pero los que componen el consejo secreto del monarca, no pueden persuadirle demasiado que el mas feliz momento para él será aquel

en que firme la paz. En primer lugar es sobrado justo para no sacrificar su interés al reposo de sus pueblos; sin embargo, si esta consideracion y la de Francia no lo mueven lo bastante, en vano se querrá obligar al rey á que continúe la guerra, cuando se trataria tan solo de proporcionar á España algunas condiciones mas ó menos ventajosas.»

Despues de encargar á Bonnac que tomase informaciones de las quejas de los mercaderes franceses relativas á las vejaciones que esperimentaba su comercio, continúa en los términos siguientes:

«Solicitará el despacho de los documentos convenientes á la soberanía de los Paises Bajos cedida al elector de Baviera. Aparentará no tener mas objeto en todas sus acciones que el esplendor de la monarquía española, y el recobro de las provincias que han usurpado los enemigos á esta nacion; pero no considerará esta pérdida como un mal. Cuando quede Felipe poseedor tan solo de España y las Indias, los estados serán mejor gobernados y la union subsistirá tal vez mucho mejor íntimamente enlazada entre ambas coronas, que si se recobrase con la paz todos los estados que ha perdido.»

Terminaba, por último así el ministro, sus instrucciones:

«Ha sido imprudente el descuidar las proposiciones de negociar con Portugal. Luis XIV habia aconsejado que se emplease en este reino la mediacion de los jesuitas, cuyo crédito era entonces tan considerable, y que entraban con harta facilidad á tratar de negocios públicos. Seria esencial el anudar de nuevo esta negociacion, llevándola á un término venturoso. No lo seria menos el arreglar sin bajeza las desavenencias con el papa, porque *romper con la córte de Roma equivale á trabajar para el enemigo.*»

Mesnager diputado del comercio de Rouen, fué á Roma á negociar la paz, y las instrucciones que se le dieron, se confiaron á Bonnac á fin de que á ellas arre-

glase su conducta:—Debe trabajar con fuerza; la paz es tan necesaria á las dos coronas que no será obrar jamás con demasiada precipitacion el valerse de la primera ocasion.

Gozaba el marqués de Bonnac de bien sentada reputacion de hombre de talento; ademas reunia la esperiencia á una conducta prudente, á que no faltó, á pesar de la posicion delicada de ambas córtes. Felipe le dió plenos poderes que autorizaban al rey de Francia á contentar á los ingleses con la cesion de Gibraltar y Menorca, y la concesion del *asiento* con un puerto en América para seguridad de su comercio.

Durante este tiempo no se habia descuidado el proseguir las negociaciones con Inglaterra, y como insistiese el ministerio inglés en la cesion de cuatro plazas en América, no vaciló Luis XIV en conceder aun mas de lo que pedian, aprovechándose de la predileccion y empeño que mostraban por sus intereses comerciales, y deseosos de conservar un motivo eterno de irritacion entre Inglaterra y España, propuso que se afianzase la ejecucion del tratado para el *asiento*, ocupando á Cádiz con una guarnicion suiza. Los diarios de Lóndres anunciaron esta proposicion como artículo de los preliminares (44).

Al tener noticia de tan humillante salida, se alzó llena de indignacion la córte de España, y declaró Felipe que jamás prestaria oidos á una proposicion que le privaria de Cádiz, y arruinaria el comercio de América. Por fortuna, no aceptó el ofrecimiento la córte de Lóndres, y despues de una discusion de algunos meses, limitó sus exijencias á que se permitiese formar una factoria á orillas de la Plata, en donde pudieran ocuparse los mercaderes ingleses en el tráfico de negros, bajo la inspeccion de un oficial español, pidiendo, al mismo tiempo, la ereccion de algunos derechos que se cobraban en Cádiz por mercancias de origen ó fabrica inglesa.

Consintió Luis XIV en estas condiciones, á nombre de su nieto, á quien comunicó, en estos términos el resultado de la negociacion:

18 de setiembre.

«Confio en que no os arrepentireis de la confianza que teneis en mí, si os recomiendo que admitais ciertas condiciones que no habiais previsto. Ya vereis que no son esenciales, pero que es necesario otorgarles á fin de que os veais libre del tenaz empeño que forman los ingleses, á fin de conseguir cuatro plazas en las Indias, pues hay ocasiones que conviene no dejar escapar. Por lo tanto, no os maravilleis que haya interpretado vuestro poder sin consultaros, necesitándose para recibir contestacion de V. M., perder un tiempo precioso, y creo emplearme con provecho en obsequio vuestro, cediendo lo menos, para conservar lo mas, que voz mismo consentiriais en abandonar. Entero á Bonnac menudamente del estado de la negociacion, y como os dará cuenta de ella, solo me interesa juraros que no deseo menos la paz por vos que por mí, y que será para mí un motivo de júbilo el veros feliz y establecido sólidamente en el trono de España. Contribuyendo á ello con todo mi poder, quiero que conozcais la tierna amistad que os profeso (45).»

Las insinuaciones que contenia esta carta, no dejaron de alarmar á los soberanos, y al dar cuenta Bonnac de las condiciones, se quejaron amargamente los ministros de que se hubiese celebrado un convenio tan ofensivo al honor é intereses de España.—¿No abusan los ingleses, decian, del deseo que se tiene de paz, para descubrir cuáles son todas las ventajas que puede darles esta? y ¿no se aprovecharán, en seguida, para proseguir sus empresas, de la especie de letargo en que nos sumiran negociaciones tan perjudiciales? ¿No seria, pues, el medio mejor de afianzar la paz el de mostrarse decidido á continuar la guerra? El temor y

no la lástima arranca las armas al enemigo.—Con mucho pesar consintieron en dar su aprobacion, añadiendo empero que cedian por respeto y consideracion al rey de Francia, y no por temor de nuevas desgracias (46).

En virtud de este consentimiento, alcanzaron los arreglos con el ministro inglés un grado de perfecta y cabal madurez, y los preliminares, así generales como particulares, se firmaron con Mesnager, agente francés que habia sido enviado secretamente á Lóndres y habia logrado apenas llegó, una entrevista con la reina.

Los preliminares que decian relacion especialmente con Inglaterra encerraban el reconocimiento de la reina Ana, y de la sucesion protestante; la demolicion de Dunkerque, la posesion de Gibraltar, Menorca y San Cristóval para los ingleses; el pacto para el tráfico de negros, llamado el *asiento*, concedido á los ingleses por treinta años en los mismos términos que antes lo tuvieron los franceses; privilegios para el comercio inglés en España, iguales á los que se habian concedido á los franceses, y una parte de territorio para escala de la trata en las orillas del rio de la Plata. Se dejaba para otra ocasion el arreglo definitivo de las pesquerias en el banco de Terranova (47).

Los preliminares generales firmados al mismo tiempo, contenian las condiciones que ofrecia Francia como base de la paz con las potencias aliadas.

El punto principal de la cuestion, el que habia dado lugar á la guerra, no se tocó, habiendo declarado Luis XIV que tomaria medidas justas y decorosas, á fin de impedir la reunion de las coronas de Francia y España en las mismas sienes. Tratóse sí de la sucesion protestante y de la demolicion de Dunkerque; ofrecióse formar una barrera para los holandeses en los Paises Bajos y otra para el imperio de Austria en el Rhin, y concluia este documento con la frase favorita, esto es,

que todas las potencias beligerantes recibirian una satisfacion equitativa y proporcionada (48).

Como estas condiciones llevasen en sí, aunque de un modo implícito, el reconocimiento de Felipe como rey de España, no era de esperar que este vacilase á causa de los términos de la negociacion, y se mostrase dudoso en la ejecucion de la cláusula de ceder los Paises Bajos al elector de Baviera, como preludio de la cesion futura al Austria y del establecimiento de una barrera para los holandeses. Sin embargo, eleváronse nuevas dificultades tocante á un punto que parecia decidido ya; la córte de España, al mismo tiempo que hacia estos reparos, solicitó que se admitiesen sus plenipotenciarios al congreso que debia reunirse.

Al insistir Bonnac en la cesion de los Paises Bajos, manifestando que por haber comprometido á ello Luis XIV su palabra, no podria menos de resentirse el orgullo y delicadeza de este soberano, y que las observaciones de España tocante á un arreglo general, obligarian al rey de Francia á celebrar un tratado separado, respondió la reina con despecho:—Se ha tomado en Francia una costumbre estraña que no sabe perder, la cual consiste en exigirlo todo de España, y de recurrir á las amenazas tan luego como se desea conocer las razones en que se fundan tales exigencias.

Se sintió Felipe humillado al saber que no serian admitidos en el congreso los plenipotenciarios de España, y poco faltó para que se mostrase quejoso del mismo Luis XIV, por haber dado este soberano su consentimiento á una esclusion tan ofensiva á su corona.—¿Qué pensaran mis subditos, decia á Bonnac, si ven que los intereses de la monarquía están únicamente en manos de ministros de Francia?—Pensarán, contestó el diplomático, que si V. M. confia en el rey su abuelo para continuar la guerra, puede sin desdoro entregarse á él para la conclusion de la paz.—Bergueik, ministro de Felipe V, tomò entonces la palabra y dijo que hasta en-

tonces no se habia visto que una monarquía española aceptase la paz sin intervencion de los ministros.—Debeis saber, á pesar de todo, replicó Bonnac, que los ministros de Cárlos II no tuvieron mas parte en la paz de Ryswick que la de firmarla.

Pero todos estos argumentos carecieron de valor, pues tanto el rey como la reina, permanecieron inflexibles, insistiendo en suplicar á Luis XIV que tuviese no menos miramientos con la dignidad como con los intereses de Felipe, é invitando á los aliados á que remitiesen los pasaportes para los plenipotenciarios españoles (49). Oposicion tan tenaz irritó al enviado francés.—El mejor partido que debe tomarse, escribió á su córte, es el de ir derecho al fin, evitando emplear reconvenciones y amenazas; asegurarse de la voluntad de los ingleses en lo que toca á España, y de este modo de la de los holandeses; obligar en seguida á la córte de Madrid á ejecutar el convenio hecho con las potencias, como en otro tiempo hacian los aliados. Este método es el mas conveniente á los intereses y dignidad del rey, y todo lo que sea preciso otorgar con detrimento de España parecerá, desde luego, un efecto de la codicia de los enemigos y de la necesidad que hay de hacer la paz; en vez de que si se continua pidiendo directamente á Felipe las cosas que quieran exigirle los aliados, la desconfianza y desvio separará á las dos córtes, y se hará incesantemente la acusacion de que se sacrifican los intereses de España á los de Francia.

El promovedor principal de esta oposicion era el conde de Bergueik, quien desde el empleo de gobernador de los Paises Bajos, habia pasado á la direccion de dos ministerios importantes el de Hacienda y el de la Guerra. Gozaba de gran favor con el rey cuya confianza tenia, y él era el único agente de todas las comunicaciones con Bonnac. A causa de su larga permanencia en los Paises Bajos, asi como por el influjo de sus rela-

ciones en aquel pais y sus frecuentes relaciones con los holandeses, sabia conocer el valor é importancia de tan ricas posesiones; y al mismo tiempo que abrigaba sospechas relativamente á la buena fé del gobierno inglés, estaba muy persuadido de que seria fácil hacer un arreglo separado con los Estados. Fueron sus observaciones acogidas favorablemente por Felipe y la reina, envanecidos ambos con el brillo de los últimos triunfos; y sobre todo amantes de una corona comprada á precio tan subido. La princesa de los Ursinos, aunque muy afecta á Francia, favoreció, ó aparentó, por lo menos, favorecer los sentimientos de los soberanos y sus ministros.

«El rey, escribia Bonnac, á 20 de setiembre, no se decide por sí mismo; la reina dueña absoluta del corazon y ánimo de Felipe, piensa con altaneria y se decide con ligereza, y despues de haber triunfado de tanto infortunio, escucha con indiferencia y desden todas las observaciones que se le hacen acerca de las desgracias que pueden sobrevenir. Las preocupaciones basadas en la esperiencia de la fortuna próspera y en el desprecio de la adversa, tienen en su corazon inmenso influjo. La princesa de los Ursinos, menos vehemente en sus sentimientos, es la única capaz de suavizar la dureza y exageracion de los de la reina. Es indudable que la córte de Francia hubiera encontrado muchos mas obstáculos á sus planes, y quizá obstáculos invencibles, si hubiese depositado Felipe V su confianza en los españoles (50).»

Por su parte los holandeses con el apoyo de los whigs descontentos de Inglaterra y el del emperador, se mostraban no mejor dispuestos que Felipe á convenir en un arreglo con las condiciones ofrecidas. Las amenazas de Inglaterra calmaron, á pesar de esto, semejante repugnancia, y tomáronse medidas para reunir en Utrecht un congreso compuesto de todas las potencias beligerantes. Luis XIV anunció á su nieto este

arreglo en un estilo en que se traslucen los estorbos que le ofrecian la desconfianza de la córte de Madrid.

30 de noviembre.

«Por último, han consentido los holandeses en espedir pasaporte para mis plenipotenciarios. Ignoro cuando empezarán las conferencias y cuando se recibirá allí á vuestros ministros; pero antes de que salgan estos, desengañad si es posible al conde de Bergueik, disuadidlo de la idea que lo domina de tratar de la paz por conducto de los holandeses. Dejad que me ocupe yo de vuestros intereses, y terminad, os ruego, el negocio del elector de Baviera cuyo retraso os aseguro que no es honroso para V. M. y puede perjudicar á la negociacion. No dudeis que en los consejos que os doy mi único intento es vuestro bien.»

Pero era ya llegado el caso de que las reprensiones y aun amenazas de Luis XIV no harian efecto ninguno. El conde de Bergueik creó nuevas dificultades, y no quedó mas recurso que valerse de la mediacion de la princesa de los Ursinos. Por fortuna habia todavía medios de vencer su delicadeza real ó aparente. Despues de haber conseguido todos los honores á que puede aspirar una persona particular, pensaba ya en alcanzar la posesion de una pequeña soberanía independiente. A ruegos suyos habia decidido la reina á Felipe á ceder los Paises Bajos al elector de Baviera, escluyendo un pequeño territorio de una renta anual de 30,000 escudos, pero sin decir cuál era el objeto de esta esclusion. Como se exigiese de Felipe que cumpliese la palabra que habia dado al elector, se valió de esta ocasion para recordar la pequeña soberanía de que se trataba. Designó para ella á la princesa de los Ursinos, como merecedora de esta dádiva, y solicitó la intervencion de su abuelo para alcanzar el consentimiento del elector y el de los aliados. Hé aquí lo que escribia la reina, re-

lativamente á este punto, á la marquesa de Maintenon

De Corella, 7 de julio de 1711.

«Sin duda sabeis, mi querida marquesa, la peticion que dirigió el rey á su abuelo, cuando accedió al tratado mediante el que cedió los Paises Bajos al elector de Baviera, de reservarnos una pequeña soberanía de 30,000 escudos de renta. Nos lo ofreció el rey, y me parece que tambien consintió en ello el elector, siendo cosa tan insignificante para él en comparacion de lo que se le dá. Ahora, pues, pedimos el cumplimiento de esta palabra; hoy escribe de esto el rey á su abuelo, y yo, señora mia, os suplico, en estas líneas que hableis á S. M. de parte mia. Aun cuando miremos este negocio como asunto terminado y que no debe ofrecer dificultades de ningun género, no por eso agradeceremos menos que se concluya cuanto antes. Creo que os ocupareis con mas empeño de semejante asunto, al saber que destinamos esta soberanía á la princesa de los Ursinos que la merece por tantos motivos; porque os aseguro que no teneis mejor amiga que ella. ¿No seria vergonzoso para mí, despues de lo que le debemos, no darle alguna señal de gratitud? No hay dignidad ninguna que podamos darle mas que esta, puesto que las tiene todas, por lo tanto creo que nadie hallará estraordinario que hagamos esto en obsequio suyo.

«Se muy bien, mi querida marquesa, que tendreis una satisfaccion en ello, y será tanto para el rey, como para mí de mucho agrado el saber que merece por su conducta la aprobacion nuestra. Debo añadir ademas que lo que da el rey es suyo, sin perjudicar en nada y antes por el contrario, debe ser agradable á S. M. que una súbdita tan adicta como ha sido siempre la princesa de los Ursinos haga un papel importante. Os confieso que es para mí una gloria y objeto de vanidad el hacer por mi camarera mayor mucho mas de lo que han he-

cho por sus hijos las reinas antecesores. No abusará la princesa de esta concesion, ni se debe temer que levante grandes ejércitos que amedrente á sus vecinos. Termino, pues, que será esto para nosotros una satisfaccion, pero deseo deberos el favor, mi querida marquesa, y á mi hermano tambien, de que no ofrezca este negocio dificultad ninguna, y se lleve á cabo cuanto antes, lo cual depende del rey mi abuelo quien hará conocer al elector de Baviera cuan razonable es esta peticion.»

Prometió en efecto Luis XIV su cooperacion, y la princesa de los Ursinos contaba ya con su próxima elevacion al rango de soberana recibiendo las felicitaciones de los cortesanos. Se dió órden al momento para que se la tratase como á tal dándole el título de Alteza, á lo que se sometió la grandeza de España, no sin vacilar un momento (51.) La princesa que veia ya tan cerca el fin de sus esperanzas tan queridas, altiva y agradecida á un tiempo con el apoyo de Luis XIV, rechazó todo escrúpulo, impuso silencio á las observaciones de Bergueik, y alcanzó de Felipe no solo una aquiescencia positiva á las condiciones estipuladas en su nombre, sino una promesa formal de no volver á insistir en la admision de sus plenipotenciarios en el congreso, y de dar á Luis XIV sus plenos poderes para seguir y terminar la negociacion.

La armonía y confianza parecian aseguradas mas que nunca entre las dos córtes de Francia y España, y hállanse en la correspondencia de ambos monarcas frecuentes testimonios de los miramientos y consideracion que tenia el uno hácia el otro. Decia Luis XIV á Bonnac el 17 de diciembre: «Que Felipe no se maraville al ver en la carta de que os envio copia, escrita á Bolingbroke á peticion de los Estados generales de Holanda, los términos de duque de Anjou y de llamado elector de Colonia y Baviera. Estos son los efectos postreros de la aspereza y desesperaciones del

partido holandés que se obstinaba en continuar la guerra, el cual no tardará en cambiar de estilo como se vé obligado á cambiar de conducta.»

Decia tambien á Felipe en una carta posterior: «Os ha enterado Bonnac que no me equivoqué al suponer las dificultades con que debia tropezar para lograr que se diesen pasaportes á vuestros plenipotenciarios; sé ademas qué miramientos se ven obligados á guardar los partidarios de la buena causa de Inglaterra á fin de asegurar el triunfo de sus buenas intenciones, y no dudeis que han hecho mucho aceptando los preliminares con que sereis reconocido por rey de España; pero seria esponerse á perderlo todo, el querer llevar á cabo antes de tiempo una obra tan bien empezada. Por lo tanto no debe sorprenderse V. M. si no se envian todavia los pasaportes que desea, y seria una razon harto débil para hacer que se espidiesen, el decir que interesa para los ingleses el merecer vuestra amistad. No está la nacion bastante unida para que le haga mella esta consideracion, y losque quieren la paz creen que hacen sobrado por vos y que merecen ya vuestra gratitud. No hableis, pues, si creeis mis consejos, ni del interés que tienen en captarse vuestro afecto, ni de protestas que no convendrian en las circunstancias presentes. Que salgan vuestros plenipotenciarios cuando gusteis y tan luego como empiecen las conferencias, emplearé todos mis esfuerzos paraque los admitan en el congreso, pero facilitad la paz, y pensad en el estado á que os veriais reducido si se reuniesen nuestros enemigos, y si me viese en la necesidad de emplear todas mis fuerzas para luchar con sus nuevos esfuerzos. Con objeto de precaver este cambio, os he pedido nuevos poderes; porque no se deberá perder un solo momento, cuando se puede negociar ventajosamente. Bien sabeis que el poder que me habeis enviado para tratar con Inglaterra, será en la actualidad, contrario á vuestros intereses, si lo diese á conocer, y podeis contar con mi

ternura y que no haré cosa ninguna en vuestro daño.

«He recibido vuestra carta del 15 de este mes, y veo con placer la resolucion que habeis tomado de mandar que se espida la patente que os pide el elector de Baviera. Os aseguro que no hago nada en contra de vuestros intereses; pero os amo demasiado para haber visto sin dolor las dilaciones con que satisfaceis vuestros compromisos. Como conozco vuestros sentimientos, cierto estoy de que será semejante conducta de vuestro agrado.» Hé aquí la respuesta de Felipe á esta carta:

De Madrid, 28 de diciembre de 1711.

«Me ha informado el marqués de Bonnac, segun las órdenes que le ha dado V. M., del estado de las negociaciones de la paz, y de las dificultades que los ingleses y holandeses presentaban para recibir desde luego á vuestros plenipotenciarios, pidiéndome al mismo tiempo, de parte vuestra, un poder nuevo para tratar con ellos. El deseo que tengo de daros cada dia testimonios mas patentes de mi gratitud, y de la confianza que en vuestra amistad tengo, unido á mi anhelo de contribuir, en cuanto me sea posible, á proporcionaros satisfacciones y tranquilidad, y las disposiciones de todos los pueblos comprometidos en esta guerra cruel, no me ha permitido vacilar al enviaros este pleno poder, á fin de que podais acordar, en nombre mio, preliminares con los holandeses, como habeis hecho con los ingleses. Espero que no tardarán en arreglarse, y no dudo que tarde yo poco en gozar de los resultados y que me reconozcan estas dos potencias, admitiendo mis plenipotenciarios, en cuanto lleguen. Me halaga la esperanza de que os ocupareis de este asunto como un padre que me mira con ojos de tanta bondad, y que no llegará jamás el caso de que me arrepienta de la confianza que en vos tengo. Os envio ademas una carta que

podeis mostrar á los ingleses, á fin de que no se maravillen de que las ventajas que les he concedido como preliminares, no se hallan comprendidas en estos nuevos plenos poderes, y que conozcan las razones que me han impedido incluirlas en ellos (52.)»

En el curso de esta negociacion importante, tuvo ademas Felipe la satisfaccion de verse libre de la presencia de su rival, el cual, como lo llamasen de Viena, á causa de la muerte de su hermano, el emperador José, salió de Barcelona el 7 de setiembre, dejando allí á su muger como regente de sus estados españoles, y confirmó á Staremberg el mando del ejército que acababa de recibir el refuerzo de siete mil hombres Se despidió de los catalanes en una carta afectuosa en que esponia los motivos de su viage; mostrándose satisfecho de su adhesion, anunciando su regreso próximo y recomendándoles á la reina como la prenda mas preciosa que podia confiar á su fidelidad.

En su viage, cruzando la Italia, recibieron á Cárlos las repúblicas de Venecia y Génova, y los duques de Parma y Toscana, como á rey de España. En seguida entró en Milan, en medio de las aclamaciones de sus nuevos súbditos. Allí recibió la agradable nueva de su elevacion al trono imperial, con el unánime consentimiento de todos los electores del imperio, esceptuando á los electores de Baviera y Colonia, con cuyos votos no se contó á causa de su ausencia. El 22 de diciembre fué coronado en Francfort con las formas acostumbradas y con la pompa debida. Ademas del título de rey de Ungría y Bohemia, tomó el de rey de España, y manifestó la resolucion de sostener los derechos que le pertenecian como tal, nombrando á muchos caballeros del toison de oro. Desde allí salió para Viena, á fin de tomar posesion de los estados hereditarios de la casa de Austria que le pertenecian, por muerte de su hermano, é hizo con vigor toda clase de preparativos para continuar la guerra con la casa de Borbon, é impedir

que tuviesen feliz éxito las negociaciones entabladas.

Pero los esfuerzos del emperador, á pesar del apoyo de los holandeses y de los whigs de la oposicion inglesa, no tuvieron resultado feliz. Los amigos de los Borbones tuvieron el placer de ver la interrupcion de las relaciones diplomáticas entre Inglaterra y Austria, á consecuencia de la separacion del conde de Gallas, ministro imperial, bajo pretesto de que habia tenido parte en las intrigas de los whigs. La mision del mismo Eugenio á Lóndres tampoco tuvo resultado ninguno. Este ilustre general fué recibido con frialdad por los hombres poderosos de Inglaterra, y no pudo evitar las reconvenciones ridículas y calumniosas que el espíritu de partido desfigura con tanta habilidad. Tuvo ademas el desconsuelo de ser testigo de la caida de su amigo y compañero de armas, el duque de Marlborough, y despues de hacer inútiles esfuerzos para inspirar á la reina Ana sentimientos de delicadeza y moverla á que se prestase á planes favorables á su corona, se retiró de Inglaterra, dejando allí la causa de su augusto amo en peor estado que cuando llegó (53).

En el entretanto, el ministerio inglés habia arrancado á los holandeses su consentimiento al último tratado, amenazándolos que celebraria otro separado. A principios de 1712, abriéronse las conferencias en Utrecht, y asistieron á ellas desde luego los plenipotenciarios de Francia, de Inglaterra, de Holanda y del duque de Saboya. Como viese el emperador cuán inútiles eran todos sus pasos, preparábase á tomar parte en la deliberacion, afectando al mismo tiempo recibir las proposiciones de Francia, no como preliminares, sino como meros proyectos que debian discutirse. A fin de evitar disputas enojosas, no se admitieron los ministros de los dos príncipes que se disputaban el trono de España.

Desde la segunda conferencia, presentó cada partido sus proposiciones. Por parte de Francia eran con-

formes en un todo á los arreglos en que se habia convenido con el ministerio inglés. Por parte del emperador, estaban fundadas en los principios de la grande alianza; pero la division que iba en aumento entre los aliados, favorecia las miras de Francia. En un congreso convocado espresamente para una negociacion mútua, logró Luis XIV conseguir de cada parte discusiones separadas á peticion de ellas mismas. Se valió de todos los pretestos posibles, de dilaciones y astucias para crear obstáculos cada vez mayores en las conferencias públicas, redoblando sus esfuerzos é intrigas á fin de influir con halagos en las disposiciones de la córte de Inglaterra de que dependia, en último lugar, la continuacion de la guerra ó la realizacion de la paz. A consecuencia de este cambio, Polignac, que era uno de los plenipotenciarios, escribia lleno de gozo á Torcy: «Estamos haciendo el papel que hicieron los holandeses en Gertruydemberg, y los aliados hacen el nuestro; el desquite es completo (54.)»

Durante las dilaciones causadas por estos artificios, fomentaba Luis XIV una correspondencia activa é íntima con la córte de Lóndres, por medió de sus agentes. Como tenia fundamentos para temer el influjo y habilidad de Marlborough, se valió de la córte de San German y del partido jacobita para que cooperase, unido al ministerio ingles, á libertarlo de tan poderoso adversario. Por último, tuvo la satisfaccion de verlo totalmente caido siendo presa de la mal querencia de sus enemigos, y del ódio de la nacion que habia servido, empero, con tanto brillo. Hablando de este acontecimiento, decia con suma exactitud á sus agentes: «Nada nos podia suceder de mas próspero que la separacion de Marlborough.» Se dió el mando al duque de Ormond, de quien era notoria la adhesion á la familia desterrada (55).

El efecto de las negociaciones se hizo sentir hasta en Cataluña. Luis, acusado de verse apoyado servil-

mente por el ministerio inglés, adoptó el parecer de Noailles de no arriesgar nada por aquella parte, y de limitar sus operaciones á una guerra de posiciones. No se engañó en el cálculo que hizo acerca de la cooperacion de Inglaterra: en efecto, si bien los ministros, á fin de justificar la disminucion del ejército en los Paises Bajos, mostraron grande empeño en seguir la guerra de España, no tardaron en tomar medidas, no menos eficaces, para oponer obstáculos á las operaciones militares en aquellos estados.

Enviósе al duque de Argyle, con un refuerzo poco considerable, á tomar el mando de las tropas inglesas; pero emprendió la marcha sin llevar consigo fondos necesarios, y tuvo que detenerse en Génova hasta tanto que logró un empréstito con su crédito personal. Los socorros posteriores que fué indispensable conceder á sus ruegos lastimosos, revelaban harto el mismo espíritu de mezquina economia; así es que no pudo hacer mas que defender los desfiladeros, y hostigar al enemigo en diferentes combates, que no tuvieron resultado ninguno definitivo. Viéndose por último obligado á separarse del ejército, por causa de una indisposicion, se fué á Menorca, en donde halló ocasion de emplear últimamente su actividad fortificando á Mahon, y aumentando los medios de defender aquella isla concedida á la Gran Bretaña.

Tambien desmayaban las operaciones de la guerra por parte de Felipe; verdad es que Vendome demasiado emprendedor para obedecer las órdenes que le daban de que contemporizase, trató de volver á tomar la ofensiva sitiando á Cardona, pero las intrigas palaciegas, la falta de víveres no menos que las maniobras diestras del general imperial Staremberg, lo obligaron á retirarse, de modo que al fin de la campaña, ocupaban los dos ejércitos enemigos casi las mismas posiciones que al principio de ella (56).

CAPITULO XX.

1712—1714.

Muerte del nuevo Delfin y de su hijo primogénito.—Esperanza de Felipe de ser nombrado heredero del rey de Francia.—Negociaciones para impedir la union de ambas coronas.—Correspondencia entre Luis y Felipe. —Consiente Felipe en renunciar á sus derechos al trono de Francia.—Progresos del arreglo entre Francia é Inglaterra.—Sepárase Inglaterra de los aliados y consiente en una suspension de armas.—Frutos de los franceses en los Paises Bajos.—Renuncia Felipe de un modo solemne. —Establecimiento de la nueva colonia francesa de la Luisiana.—Vense obligados los holandeses á aceptar la mediacion de Inglaterra.—Son admitidos en el congreso los ministros de Felipe.—Conclusion de las negociaciones de paz.—Tratados de Utrecht, Rastadt y Baden.

Habia por último Felipe adquirido la pacífica posesion de España y las Indias, por medio de sacrificios hechos, verdad es, no sin repugnancia, pero que en el fondo en nada perjudicaron á los intereses de la corona, puesto que no contribuia á cimentar la única de las potencias que los habian exigido. De repente turbaron su ánimo temores y esperanzas ha ta entonces desconocidas en los momentos en que gozaba de la felicidad de ver satisfechos sus deseos. Una mortandad horrorosa destruyó los vástagos todos de la rama primogénita de su familia. El Delfin padre de Felipe, habia muerto el año anterior, y poco despucs fallecieron tambien el duque de Borgoña y el de Bretaña, hermano aquel y este sobrino del rey de España. No se hallaba entre Felipe y el trono mas que el duque de Anjou, niño de dos años

y heredero de la corona que tenia constitucion muy débil.

Felipe entonces sintió que despertaba en su corazon su vivo afecto hácia Francia, halagándose con la esperanza sobrado natural que debian inspirarle estos tristes sucesos. Creyó que de un momento á otro recibiria nuevas de la muerte de aquel jóven bastardo que lo separaba del trono, y esta creencia le inspiró el deseo vehemente de regresar á Francia con intento de sostener los derechos de su nacimiento. Vendome y Bonnac tuvieron que luchar mucho á fin de que suspendiese su jornada, por último recibió mejores informes, y no salió de España gracias á la firme voluntad de su abuelo á quien debia respeto y gratitud.

Con este motivo se siguió una correspondencia muy activa entre las córtes de Francia é Inglaterra, con objeto de precaver las consecuencias de aquellos inesperados acontecimientos. Una de las condiciones de los artículos preliminares estipulados con esta última nacion era la separacion de las dos coronas; pero Luis XIV acorde en esto con su nieto, trataba de eludir la ejecucion de esta cláusula, y se lisongeaba con la esperanza de que conseguiria este fin con el ascendiente que habia adquirido con el ministerio inglés. Por último logró entenderse con la reina Ana á fin de impedir la union que era objeto de tantos temores.

Al punto mandó el ministerio inglés á Gauldter que se presentase en Versalles con una nota circunstancial, en la que se pidió formalmente que renunciase Felipe á la corona de España, y que fuese sancionada esta renuncia por las córtes españolas, exigiendo que fuese esta una cláusula esplícita y terminante del tratado inmediato bajo la garantia de las potencias reunidas (57). Un momento de silencio é incertidumbre descubrio á la vista de todos la turbacion y secretas disposiciones del monarca francés. Solo despues de muchos ruegos dió por último á conocer su resolucion en una

nota contestando á la que habia recibido, en la que se espresaba con franqueza en lo relativo á la renuncia exigida. Los términos que empleó son los mas enérgicos que pueden hallarse en idioma ninguno moderno. La renuncia seria de ningun valor, decia, segun las leyes fundamentales del reino, segun las que, y esta era la opinion de Gerónimo Bignon, magistrado célebre, el príncipe mas cercano al trono es necesariamente heredero de la corona, porque esta es una herencia que recibe no del rey su antecesor ni del pueblo, sino en virtud de la ley; por manera que al morir un rey lo reemplaza el otro sin esperar el consentimiento de nadie. Ocupa el trono no como heredero sino como señor del reino cuyo dominio le pertenece; no por eleccion sino por derecho de nacimiento; no debe por lo tanto la corona ni á la voluntad de sus antecesores, ni á ningun edicto, ni á decreto ninguno, ni á la libertad de quien quiera que sea, si no solamente á la ley, la cual es tenida por obra del fundador de todas las monarquías, y en Francia se cree que solo Dios puede abolirlo, y que por consiguiente ninguna renuncia hay que la pueda destruir.

Segun estas razones de tan famoso jurisconsulto, si renunciase el rey de España á sus derechos por amor á la paz y obedeciendo al rey su abuelo, seria un grave error, y lo mismo que edificar sobre arena, el aceptar semejante renuncia como un recurso bastante para precaver el mal que se tratase de evitar (58).

Claro es, pues, por lo que pasaba, que los que habian hecho y estrechado los lazos de la grande alianza, habian obrado conforme á los consejos de la prudencia y prevision, en tanto que los nuevos ministros de Inglaterra ponian su pais en manos de Francia, puesto que no se habian reservado recursos ningunos á fin de impedir una reunion mucho mas considerable de poder é influjo en la misma persona, que la que habian aparentado tener en el nuevo emperador.

No faltaba, empero, una respuesta facil que dar á

esta declaracion tan positiva, esto es, que el derecho divino é inviolable de las sucesiones á la corona de Francia no podia ser anulado por ningun poder humano: «Puesto que no puede Felipe renunciar á los derechos de su nacimiento, es preciso que abandone á España.» Pero no era de esperar respuesta tan exacta y atrevida por parte de hombres que todo lo querian sacrificar á la paz, y que el mismo Mesnager llamaba con razon plenipotenciarios del rey de Francia (59). Insistieron, empero, en exigir una formalidad que no era mas que ilusoria, y Bolingbroke se contentó con formular, en su respuesta el siguiente razonamiento: «Creemos buenamente que en Francia todo el mundo está persuadido de que solo Dios puede abolir la ley en que estriban las sucesiones al trono; pero no estrañeis que estemos tambien convencidos en la Gran Bretaña, que puede un príncipe renunciar voluntariamente á sus derechos, y que aquel á favor de quien se haga esta renuncia, se verá apoyado por las potencias que garanticen el tratado.»

Como vacilase todavía Luis XIV, tomó el ministerio británico un tono de firmeza que hasta entonces, no se habia atrevido á tomar. Harley, primo del canciller, fué enviado á Utrecht para anunciar la irrevocable resolucion de Inglaterra de no renunciar jamás á su empeño. Lord Strafford, uno de los plenipotenciarios austriacos, fué separado, y hasta que se supo la respuesta de Luis XIV, quedaron interrumpidas todas las comunicaciones con los ministros franceses, rechazando las proposiciones de Francia relativas á una suspension de armas. Entonces pensó el gobierno inglés en recobrar la confianza de los aliados, que habia antes abandonado vergonzosamente, y algunos refuerzos que llegaban de los Paises Bajos anunciaban la intencion de emprender de nuevo las hostilidades.

Era ya llegada la estacion favorable para las operaciones de la guerra; pero Luis XIV era demasiado

prudente para confiar la suerte de su corona al evento de nuevas batallas. Consintió en la peticion, y Torcy comprometió el honor de la palabra real á fin de obtener el consentimiento de Felipe. «Tengo motivos para creer, decia, que el rey de España seguirá el parecer del rey; pero si contra mi esperanza no se conforma á él, tomará el rey todas las medidas que juzgue convenientes la reina de Inglaterra, á fin de conseguir *por medio de la fuerza, si fuese necesario*, el consentimiento del rey católico, asegurando así la paz de Europa (60).»

Se aceptó esta promesa con avidez: el valor momentáneo del gabinete británico se disipó de repente, y se comunicaron secretas instrucciones á Ormond, encargándole que evitase todo encuentro sério, así como emprender ningun cerco, aunque hasta entonces se habia conducido de modo que no infundia temor ninguno á los enemigos. Esta tácita suspension de armas, que por confesion del mismo Bolingbroke, salvó al ejército francés, fué pagada al punto por Francia, con un ataque contra las islas occidentales inglesas con el propósito de arruinar su comercio en aquella parte del mundo, en los momentos mismos de la paz (61).

Tan luego como se puso de acuerdo Luis XIV con el ministro inglés, dió á conocer á Felipe sus instrucciones «Las instancias de Inglaterra para efectuar la reconciliacion, le decia, son cada dia mas vivas; la necesidad de la paz aumenta tambien de dia en dia, y como se agoten los medios de sostener la guerra, me veré por último, obligado á negociar bajo condiciones desagradables, por necesidad, tanto para V. M. como para mí, si no evitais este estremo tomando al punto un partido, dando crédito á la relacion que os haga Bonnac del estado de los negocios públicos.

«Como cuento con el afecto que profesais, á mí y á vuestra casa, espero que sigais el consejo que debo daros precisamente, y que nada tiene de contrario ni

opuesto á la amistad que os tengo; el cual consiste en que conserveis la posesion actual de España y las Indias, concediendo á la tenacidad de los ingleses el renunciar á la sucesion incierta de la corona de Francia, condicion con que se contentarán persuadidos como están de que tienen fuerzas para hacer que se cumpla (62).»

En vista de esta órden, optó Felipe por la corona de España, y el ministerio inglés, á quien Torcy hizo creer que se decidiria este príncipe por la sucesion á la corona de Francia (63) notó entonces que con este arreglo todo quedaba espuesto á la incertidumbre y golpes de la fortuna, porque si conservaba Felipe á España, nada podia impedir su herencia eventual del trono de Francia, si no era el compromiso solemne que, sin embargo, habian declarado nulo en términos muy esplícitos. A fin pues, de comprometerlo á salir de España, se decidió la reina Ana á proponer otra alternativa, esto es, de dejar la España para la casa de Saboya, y de aceptar en cambio la Sicilia y los estados del Piamonte, la Saboya y el ducado de Monferrato, que serian todos incorporados á Francia, si era llamado él á la posesion de esta corona, esceptuando la Sicilia que, en este supuesto, pasaria á la casa de Austria.

Hallábase Felipe muy agitado durante esta negociacion; lo que especialmente lo traia inquieto era la última proposicion que concedia á Francia demasiadas ventajas para que no la acogiese favorablemente Luis XIV. Torcy ha transmitido á la posteridad la correspondencia interesante de los dos monarcas en aquella ocasion.

«Os confieso, escribia Luis XIV, que no obstante la disposicion de los Estados de Holanda, me causó muy grato efecto el ver que continuareis reinando; que podré seguir mirándoos como sucesor mio, y que vuestra posicion os permitirá venir á verme de cuando en cuando. En efecto, pensad en el placer que será para mí el descansar en vos para el porvenir; de tener certeza de

que si vive el Delfin, dejaré en vos un regente acostumbrado á mandar, capaz de conservar el órden en mi reino, y de ahogar las intrigas; que si muere este niño, como su débil complexion nos hace temer, recogereis vos mi sucesion, segun el órden de vuestro nacimiento; que tendré el consuelo de dejar á mis pueblos un rey virtuoso capaz de regirlos, y el que al heredarme, reuniria a su corona estados tan vastos é importantes como la Saboya, el Piamonte y el Monferrato. Me halaga tanto esta idea, y la dulcísima de pasar con vos y la reina una parte del último tercio de mi vida, instruyéndoos del estado de mis negocios, que no imagino cosa mas agradable para mí que el ver que aceptais este nuevo proyecto.

«Si la gratitud y afecto á vuestros súbditos son poderosos motivos para permanecer con ellos, puedo decir que debeis profesarme los mismos sentimientos, que los debeis á vuestra estirpe, á vuestra patria, antes que á España, y os ruego que los mostreis así. Miraré como la felicidad mayor de mi vida que tomeis la resolucion de uniros á mí conservando los derechos que os pertenecen, y que mas tarde llorareis en vano, si llegais á abandonarlos.

«Sin embargo, me veo precisado á negociar, fundándome en que renunciareis á todo, con intento tan solo de conservar España y las Indias, si rechaza V. M. la proposicion de cambio con el duque de Saboya, y lo que puedo hacer es dejaros todavía esta eleccion, siendo de dia en dia mas urgente el terminar la paz.»

En medio de este conflicto de encontrados afectos, que hizo nacer esta proposicion en el ánimo de Felipe, se cubrió la ambicion de este con el manto de los sentimientos religiosos, sin que quisiese decidirse á tomar una resolucion definitiva antes de impetrar el socorro y las inspiraciones de aquel por quien reinan los reyes. Despues de cumplir con sus deberes de cristiano y acercarse á la santa mesa, mandó llamar al marqués

de Bonnac, á quien dijo con firmeza:—Está hecha mi eleccion, y nada hay en la tierra, capaz de moverme á separarme de la corona que Dios me ha dado.

En seguida, le dió la respuesta á la carta que habia recibido del rey de Francia, la cual empieza con las gracias debidas á su abuelo, por tantas pruebas de amistad como encerraban sus últimas cartas, añadiendo: «La idea que me pone V. M. ante la vista de verme á su lado, me halagaria sobremanera, si creyese poder aceptar el nuevo partido que me propone Inglaterra; pero se oponen muchas razones á que pueda conformarme con este arreglo. Paréceme que es mucho mas ventajoso que reine en España un vástago de vuestra familia, que el poner esta corona en la frente de un príncipe de cuya amistad no es fácil responder, y esta ventaja me parece harto mas importante que la de reunir un dia á Francia la Saboya, el Piamonte y el Monferrato. Creo, pues, daros mas inequívocas pruebas de ternura, y á vuestros súbditos igualmente, afirmándome en la resolucion tomada de antemano, mas bien que siguiendo el plan propuesto por Inglaterra. De este modo proporciono igualmente la paz á Francia, y le aseguro por aliada una monarquía que sin esto, podria con el tiempo, reuniéndose á los enemigos, dañarle infinito, y al propio tiempo sigo el partido que, segun me parece, importa mas á mi gloria y al bien de mis súbditos, que tanto han contribuido con su afecto y celo, á conservar la corona en mis sienes (64).»

Se dió cuenta al ministerio inglés de esta resolucion, ocupándose al punto de fijar las formalidades de estas renuncias, así como de las condiciones para las treguas. A fin de afianzar el cumplimiento de estos solemnes compromisos, propuso aquel ministerio que los documentos en que se habia de garantizar la separacion de Francia y España fuesen sancionados por los estados generales de Francia, y las córtes de España, como principales autoridades legislativas en ambos reinos.

Pero como la confirmacion de los estados generales ligaba demasiado para lo sucesivo, eludió Luis XIV esta peticion, bajo pretesto de que era peligroso para la autoridad real el convocar semejante asamblea, lo cual podia causar turbulencias, como habia acontecido mas de una vez. A fin de suplir esta formalidad, ofreció la sancion del parlamento, lo cual, decia, era mas conforme con la costumbre y la constitucion de la monarquía. No puso Bolingbroke reparo ninguno á este medio supletorio, que reducia el compromiso á una vana formalidad, y alcanzó con facilidad el consentimiento de la reina y de los demas ministros. Se convino al punto en una suspension de armas, y consintió Luis XIV en entregar á Dunkerque, como depósito, en mano de los ingleses el dia mismo en que empezarian las treguas.

Hallábanse los asuntos en este estado al empezar la campaña, y aunque no tomó Ormond parte ninguna en las operaciones ofensivas, la presencia del ejército inglés, no dejó de imponer respeto á los franceses, en tanto que Eugenio, al frente del ejército imperial y holandés, sitiaba y tomaba la ciudad de Quesnoy, el 4 de julio.

Fué compensada la pérdida de esta plaza, á pesar de todo, con la publicacion del armisticio con los ingleses (17 de julio), y con la separacion de las tropas inglesas del ejército de los aliados. Este incidente solo sirvió para aumentar las disensiones á que habian dado lugar la inaccion y defeccion de Inglaterra. Opusiéronse los holandeses á la marcha de las tropas destinadas á tomar posesion de Dunkerque; los auxiliares que servian á las dos potencias marítimas se negaron á obedecer las órdenes del comandante inglés, y tomaron la resolucion generosa de seguir la suerte de aquellos con quienes habian siempre triunfado.

A consecuencia de estas disputas, se separó Inglaterra de la grande alianza; suspendiéronse las discusiones de Utrecht, y se negoció por separado un arreglo

entre las dos córtes de Francia é Inglaterra, cesando esta en el pago de sus haberes á los auxiliares. Se envió desde Dover una guarnicion á Dunkerque; Ormond ocupó á Gante y Brujas para asegurar la retirada de las tropas que tenia á sus órdenes, y se convino al punto en una suspension de armas tanto en tierra como por mar.

A pesar de la salida de los ingleses, los imperiales y holandeses con los auxiliares que estos pagaban, continuaron en sus operaciones ofensivas, y despues de la toma de Quesnoy, sitiaron á Landrecies. Halagábales la esperanza de que sus fuerzas reunidas, mandadas por tan hábil general como el príncipe Eugenio, alcanzarian ventajas señaladas que podrian si no hacer abortar, por lo menos sí suspender las negociaciones entabladas. No solo la separacion de los ingleses reanimó el valor de los soldados de Villars, sino que les dió la superioridad del número. Este diestro general tomó la ofensiva forzando las líneas de Denain, en donde se hallaba situado un cuerpo considerable que debia proteger al príncipe Eugenio. En su poder cayeron entre muertos y heridos, cinco mil hombres (24 de julio), y este brillante triunfo decidió de la suerte de la campaña. Al punto se levantó el sitio de Landrecies, y los franceses aprovechándose de la retirada precipitada de los aliados, se apoderaron de Marchiennes en donde se hallaban sus principales almacenes (30 de julio). Este golpe, no menos feliz que brillante, tuvo por compañeros otros muchos no menos ventajosos; el príncipe Eugenio fué testigo de la toma de Douay, de Quesnoy y Bouchain, y al fin de la campaña no hubo ejército ninguno capaz de atajar los progresos rápidos de las armas francesas.

El gabinete inglés supo las desgracias de los aliados con tanta alegría como los mismos franceses; pero obstáculos imprevistos en la negociacion turbaron el contento de los ministros, y sus concesiones impolíticas hicieron que por último abriesen los ojos. A fin de precave

los inconvenientes que eran harto de temer, creyeron que seria necesario crear una nueva potencia en Italia, para servir de contrapeso á la casa de Borbon. Despues de entregar á Dunkerque, presentaron una nota que encerraba peticiones á favor del duque de Saboya, solicitando para este una barrera por la parte de los Alpes, con el fin de facilitar la entrada del Delfinado, la cesion de Sicilia, y la sucesion eventual á la corona de España en caso de estincion de la rama de Felipe.

Estas proposiciones que los príncipes de la familia de Borbon estaban lejos de esperar, despues de la generosidad que con ellos hasta entonces habia mostrado el gobierno inglés, entibió la confianza que reinaba entre ellos é Inglaterra. El mismo Bolingbroke se presentó en Fontainebleau despues de algunas vanas tentativas, y su encargo era el de convenir cuanto antes en un arreglo definitivo (19 de agosto).

Tuvo Luis XIV entonces la satisfaccion de ver en su antecámara al mismo ministro á quien se habia dirigido algunos meses antes para pedir la paz, pidiendo tambien que se le concediesen condiciones menos ventajosas que las que se habian ofrecido antes en vano. Las consideraciones de humanidad ó gratitud no hubieran sido tal vez bastante poderosas para impedir á este monarca que se desquitase de los sinsabores que habia sufrido, pero era harto diestro para dejar conocer que contaba ciegamente con la condescendencia del ministerio inglés. La reina, de acuerdo con el parlamento, habia acordado los principios generales que habian de servir de base á un arreglo sólido. El espíritu nacional, tan acostumbrado á no tropezar con resistencia ninguna y envanecido con las anteriores victorias, se hallaba sobrado escitado para consentir en recibir leyes que dictase un príncipe que poco antes habia pedido la paz como un favor. Por otra parte, la salud delicada de la reina Ana hacia creer que pronto ocuparia el trono un príncipe de carácter diferente, que profesase distintos

principios; en tanto que la edad avanzada de Luis XIV, y la infancia del heredero presunto, debian inspirarle naturalmente deseo de precaver las turbulencias interiores por medio del restablecimiento pronto de la paz esterior.

Pesó Luis todas estas consideraciones, y Bolingbroke arregló con Torcy amistosamente y en un pequeño número de conferencias, los puntos mas importantes de la discusion. Se convino en un armisticio de cuatro meses entre ambas naciones, y en su correspondencia posterior, se felicitaban los dos ministros de la consternacion de los aliados al ver la paz como terminada. Segun este convenio, se verificaron las renuncias acordadas de un modo solemne, y Felipe lo anunció así á su córte y consejo. Despues de hacer entender las condiciones de la paz, añadió (8 de julio): «El rey, mi abuelo, me ha instado para que prefiera el reino de Francia al de España; pero ni sus instancias, ni la esperanza de sentarme en el trono de la gran nacion que han poseido mis antepasados, han podido vencer la gratitud que debo á los españoles cuyo celo y lealtad han afianzado en mis sienes la corona. Por el amor que les profeso, no solo preferiré España á todas las monarquías del mundo, sino que me contentaria con la parte menor de este reino, antes que abandonar á un pueblo tan fiel. Para dar mayores pruebas de la verdad de cuanto llevo dicho, y del deseo que tengo de que pase mi corona á la posteridad, declaro que renuncio, de mi propia voluntad, en nombre mio y en el de todos mis descendientes, á mis derechos á la corona de Francia, á favor de mi hermano el duque de Berri y sus herederos, y de mi tio el duque de Orleans (65).»

Por medio de un real decreto, se anunció el mismo dia esta resolucion á la nacion española, y poco despues, llegó á España lord Lexington para ser testigo de la renuncia, á nombre de Inglaterra.

En cualquier otra negociacion que no fuera esta,

hubiera parecido estraordinario que no debiendo verificarse el reconocimiento de Felipe sino despues de cumplir las condiciones estipuladas á nombre suyo, se eludiese por medio de un subterfugio la condicion que tenia relacion con él. Torcy espresó que no siendo el tratado mas que *condicional*, el reconocimiento era condicion tambien. Bolingbroke, con su acostumbrada complacencia, declaró que,—era esto natural y perfectamente exacto, y seria absurdo é intolerable cualquier otro modo de obrar.—Así, pues, revocó por sí mismo las órdenes positivas dadas á lord Lexington. El reconocimiento tuvo lugar en una audiencia particular, y halló medio Felipe de hacer que fuesen casi ilusorias las condiciones estipuladas á favor de Inglaterra, y de eludir las peticiones favorables á los catalanes (66). Sin embargo, se tomaron las medidas convenientes para reunir las córtes. Lord Lexington convino con el ministro español en las fórmulas y términos de la renuncia. El 5 de noviembre, la firmó Felipe, y juró conformarse á ella, en un consejo de estado á que asistió el ministro inglés como particular. Por la tarde se presentó en el salon en donde estaban reunidas las córtes, acompañado del presidente de Castilla y de los individuos del consejo, y despues de declarar su renuncia, les pidió que la sancionasen con su adhesion. No podemos describir mejor las circunstancias de aquella ceremonia que copiando las palabras de la misma reina, tomadas de una carta que escribió esta á la Maintenon.

«Os enterará el conde de Bonnac, querida marquesa, de lo que pasó ayer, pues fué él uno de los que lo presenciaron todo; es por lo mismo inútil que os envie yo una estensa relacion del caso. Solo os diré que por la mañana, mandó el rey que se le leyese el documento de su renuncia á la corona de Francia, con todas las cláusulas apetecidas, lo firmó en seguida y juró solemnemente guardarlo, habiendo nombrado por testi-

gos á todos los gefes de nuestra servidumbre y á los consejeros de estado. Por la tarde se reunió la asamblea de todos los estados del reino en un vasto y hermoso salon lleno de mucha gente engalanada, pero no demasiada. Empezó el rey pronunciando un discurso que dijo muy bien, y de que quedó contenta la reunion; porque si solo á mí me gustase, no me dariais gran crédito. En seguida, se leyó un papel en que se decia y señalaba con mas estension las razones que movian al rey á convocar los estados; es todo cuanto se ha acordado con Francia é Inglaterra á fin de conseguir completa paz. Despues de esta lectura, un diputado de la ciudad de Burgos tomó la palabra, á nombre del reino todo, y dirigió al rey una respuesta llena de todos los sentimientos que se pueden apetecer, y especialmente de estremada gratitud, al ver el gran sacrificio que hace el rey en obsequio de sus súbditos. Mucho sentí, al oirle hablar que lord Lexington no sepa el español, porque creo que no será posible traducir aquel discurso tan bien como lo pronunció el diputado. Estos estados se reunirán ahora solos para dar cima á cuanto tienen que hacer, y elevar á ley la renuncia del rey, y en seguida, la que se espera de los príncipes de Francia. Tela y larga hay para hablar de este asunto; pero me parece que va dicho lo bastante. Solo añadiré todavía que confia el rey en que contribuya esto á la quietud de Europa, y sobre todo á la de Francia y del rey su abuelo, lo cual desea ardientemente. Para lograrlo, ved todo lo que sacrifica (67).»

Por lo tanto ratificaron las córtes la renuncia y se promulgó una ley mediante la cual, por falta de sucesion de Felipe, la corona y las posesiones de España pasarian á la casa real de Saboya. Se aprovechó Felipe en esta ocasion, de establecer un órden nuevo de sucesion que hiciese todavía mas dificil el caso de traslacion de la corona á una familia estrangera. Ya habia infringido algo las disposiciones contenidas en el tes-

tamento de Cárlos II, indicando á la casa de Orleans, despues del duque de Berri y antes del archiduque y del duque de Saboya. Al mismo tiempo, habia establecido una especie de ley sálica, que daba la corona á los hijos barones de su descendencia, segun el órden de su nacimiento, con esclusion de todas las mugeres en tanto que existiese un solo varon, en cualquier grado que fuese, con la sola cláusula de que el príncipe que heredase hubiera nacido y sido educado en España. Si recaia la corona en una muger, se adoptaria irrevocablemente el mismo órden con respecto á la descendencia masculina.

Este cambio en la ley fundamental y en el órden de la sucesion, que habia dado por resultado la union de la corona de Castilla con la de Aragon y á que debia el mismo Felipe la corona, no se efectuó sin escitar cierto descontento. Se tomaron medidas para asegurar la aprobacion del consejo de Estado; pero en el de Castilla sufrió el proyecto una oposicion viva por parte del gobernador Ronquillo y otros varios consejeros. La primera resolucion fué de tal modo contraria á los planes del rey, que dió órden de que se quemase el documento que la encerraba como un manantial de dudas y disputas para el porvenir; pidió ademas, á cada individuo que le espusiese su opinion separada en un escrito sellado. Hubo que fijarse en este recurso, como el mejor para alcanzar opiniones conformes á la voluntad de la córte. En efecto, los mismos que se habian declarado opuestos á esta medida, al deliberar juntos, se mostraron entonces muy complacientes y deseosos de conseguir la benevolencia del monarca; ni uno solo de los consejos se atrevió á oponerse por escrito. Este cambio, sancionado así, fué elevado á real decreto y recibió la ratificacion de las córtes como ley del reino (68).

Como no habia insistido el gobierno inglés en la sancion de los estados generales de Francia, se tomó

meramente acta de las renuncias de Felipe y de los príncipes franceses, en una sesion solemne del parlamento de París. Luis XIV anuló tambien las cartas patentes que antes habia espedido, á fin de conservar á Felipe sus derechos á la corona de Francia. El duque de Shrewsbury y Prior, ministros de Inglaterra, y el duque de Osuna, embajador de España, asistieron á la ceremonia.

La renuncia de Felipe fué confirmada por medio de un juramento solemne, pero los duques de Orleans y Berri, y merece notarse este hecho, ya fuese por descuido, ya á consecuencia de un proyecto concertado, se limitaron á una mera declaracion. Esta circunstancia se halla en una carta del duque de Shrewsbury á Bolingbroke y este, en su respuesta, traza un resumen bastante curioso del razonamiento que decidió de su conducta, durante esta negociacion.

«Es aquí cosa creida de todos, que los príncipes de la casa real de Francia juraron sus renuncias respectivas á la corona de España, así como Felipe ha hecho respecto al trono de Francia, y las palabras con que terminan las renuncias de los duques de Berri y Orleans, confirman esta opinion. Fueron estas: «juramos solemnemente, la mano sobre el evangelio etc. etc.»

«Sin embargo, os confesaré, milord, que en la insercion de estas palabras y en la omision de la solemnidad del juramento, hay algo que no me satisface. De la misma opinion es la reina, y si no tengo órden ninguna que daros con respecto á esto, consiste á lo que creo, en que están las cosas tan adelantadas ya, que no es posible pararse en esta circunstancia; en este caso, tal vez valdria mas suponer que los príncipes han jurado, que entrar en discusiones y dar así ocasion, á unos ahora y mas tarde á los franceses, de regatear la validez de estos actos. Séame lícito ademas espresar aquí mi opinion personal. Si creeis que se puede suplir esta falta de solemnidad antes del arreglo de la

paz, ó en el momento de ratificarla, deberian jurar los príncipes, á lo que entiendo, no como si lo hicieran á peticion vuestra, sino como si llenaran esta formalidad en tiempo y lugar oportuno (69).»

Una circunstancia que por cierto, no es la menos estraordinaria de esta transacion, es, que á pesar de las protestas mas solemnes por parte de Luis XIV, acerca de la resolucion que habia tomado de no apropiarse parte ninguna del territorio español, se aprovechó de esta ocasion para hacer otro ensayo contra la prosperidad comercial de Inglaterra, y contra las posesiones españolas del Nuevo Mundo. Nos referimos á la concesion hecha á un mercader llamado Crozat, autorizándolo á colonizar el pais que en vano hasta entonces habia tratado de ocupar Francia, con intento de formar un establecimiento en el golfo de Méjico, circunscribiendo las colonias inglesas y españolas al Oeste. Aquel pais llamado Luisiana, hallábase en realidad separado de las provincias españolas, de la Florida y Méjico; bañábalo el Mississipi; comprendia una estension muy vasta de territorio, y ofrecia los medios de apoderarse del comercio productivo de Méjico; ademas dividia las colonias septentrionales de España, dominando la navegacion entre Veracruz y la Habana. Las transacciones posteriores y las guerras de América, harto han descubierto la importancia elevada y los motivos reales de aquella adquisicion (70).

Los desastres de la campaña en los Paises Bajos, la urgencia de los subsidios que debian suministrarse al Austria, y el temor que no firmase Inglaterra una paz separada, vencieron la repugnancia de los holandeses, quienes por último, confiaron sus intereses al gabinete inglés como á su apoyo único (19 de diciembre); no era fácil que los pusieran en manos menos capaces. En la discusion que siguió á esto, toda la superioridad estuvo de parte del monarca francés, quien no queria conformarse con las palabras *tratado de comercio*;

y en vez de la barrera que habia establecido la sana razon de los anteriores ministros, alcanzó la restitucion de las plazas importantes de Lila y Maubeuge, escluyendo á las ciudades de Nieuport, Lierre y Halle, de que habia necesidad para tener seguro el pais, entre el Escalda y el mar. Hubiese tambien conseguido á Tournay, si la condescendencia de Bolingbroke no hallase estorbos en los sentimientos enérgicos, ó mas bien energía del tesorero. Los Estados de Holanda, aunque con sentimiento, convinieron en este arreglo que fué el preludio de su paz con Francia (71).

A este acontecimiento siguió inmediatamente la terminacion de la paz general entre Francia y todos los individuos de la grande alianza, escepto el emperador y el imperio. Las condiciones con respecto á Francia, Inglaterra y Holanda, fueron en resúmen los mismos preliminares.

Quedó Felipe reconocido como rey de España y las Indias, se dió entrada, por último, en el congreso al duque de Osuna y marqués de Monteleone, plenipotenciarios de España que firmaron los tratados con Inglaterra y Saboya. A fin de evitar la union de Francia con España, renovó el monarca francés sus renuncias, declarando por sucesor suyo al duque de Saboya, en caso de que su propia sucesion se estinguiese. Reconoció, ademas los derechos de la reina Ana y de la sucesion protestante en la casa de Hanover, cedió Gibraltar y Menorca á Inglaterra, garantizó á la nacion inglesa el *asiento* (72) por un espacio de treinta años, y ofreció restablecer su comercio bajo el mismo pié que tenia durante la dominacion de los monarcas de la dinastía austriaca. Cedió los Paises Bajos, Nápoles y Milan con la isla de Cerdeña á la casa de Austria, y la Sicilia al duque de Saboya, con título de rey, y la reversion á la corona de España, en caso de que se estinguiese su directa sucesion. Por último se comprometió á no ceder jamás ó vender á Francia, ni á otra nacion, ninguna

ciudad ó provincia de América. Tal fué, en resúmen, el sentido de los tratados con Inglaterra y Saboya, quienes se encargaron de obtener la accesion de las demas potencias.

Hízose por todas partes un empeño tenaz en que entrase el emperador en la pacificacion, pero Cárlos rechazó las condiciones que se le ofrecian, negándose á renunciar á los derechos á España, las Indias y Sicilia. Tampoco se conformaba con las condiciones que se le imponian, al darle los Paises Bajos, é insistio en la resolucion de continuar la guerra, comprometiendo á los príncipes del imperio á que sostuviesen una campaña mas. Sin embargo, como no le fuese posible el atender á la guerra en todas partes, celebró un tratado de neutralidad con Italia (14 de mayo de 1713), consintió en evacuar la Cataluña y las islas del Mediterráneo, con la sola condicion de una amnistia general para todos sus parciales, y concentró todas sus fuerzas en el Rhin, desde donde esperaba poder hacer un esfuerzo vigoroso y decisivo.

Los resultados probaron cuanto se equivocaba Austria al creer qne podria sostener sola y sin el ausilio de los aliados, la guerra con Francia. Tomó Villars el mando del ejército del Rhin, se apoderó de Spire, Worms, Kaiserslautern, y obligó á Landau á entregarse, despues de una resistencia obstinada; despues, atravesando el Rhin, tomó á Friburgo en el Brisgau. Estos reveses hicieron conocer al emperador que habia calculado mal su fuerza y recursos, y así es que, despues de perder toda esperanza de ser socorrido por las potencias marítimas, entró en una negociacion separada con Francia. Abriéronse las conferencias en Rastadt entre Eugenio y Villars, los cuales se pusieron pronto de acuerdo, y firmaron los preliminares que sirvieron de base á un tratado entre Francia y el emperador, el cual se formó en Baden.

Los tratados de Westfalia, Nimega y Ryswick sir-

vieron de base para la paz, en todo lo que decia relacion con la casa de Austria y el Imperio. Se cedió Landau á Francia, y se restituyeron al emperador Friburgo, Brisach y Kehl. Consintió Francia en dejarle la posesion de Nápoles, del Milanesado y la Cerdeña, así como los Países Bajos, con las condiciones estipuladas en el último tratado de las *barreras*. Reinstalóse á los electores de Baviera y Colonia y se conservó á los príncipes de Italia en el goce pacífico de sus posesiones ordinarias. No queriendo Cárlos desistir de sus derechos al trono de España, no pudo negociar con Felipe, y la solucion de la gran disputa relativa á los estados españoles quedó confiada á la suerte de la guerra ó á posteriores negociaciones.

Tambien impedian dificultades numerosas la terminacion de un tratado particular entre Felipe y los holandeses, aun cuando les dió á conocer su adhesion con las condiciones establecidas bajo la intervencion de Inglaterra. Las peticiones de la república, relativas á sus privilegios comerciales y al pago de los atrasos que debian los reyes de España de la dinastía austriaca, dieron lugar á largas discusiones.

Tampoco se llevaron á efecto las condiciones establecidas entre Inglaterra y España sino con dificultades grandes, que causaron dilaciones á que no era natural estar preparado. Felipe, á causa de una repugnancia efectiva ó aparente á consentir en la desmembracion de su monarquía, volvió á guardar los documantos necesarios para hacer constar la cesion de Sicilia al duque de Saboya. Por otra parte, se sirvió de la intervencion de la inquisicion para presentar obstáculos tocante á la autoridad espiritual, ya en Gibraltar, ya en Menorca. Al mismo tiempo, presentó dificultades para el arreglo de los asuntos comerciales, y rechazó, por último, las peticiones hechas por el rey de Portugal.

A fin de vencer todas estas dificultades, siguió el

ministerio inglés el egemplo de Luis XIV; halagó á la princesa de los Ursinos, y por este medio, débil al parecer, logró firmar un tratado de comercio. « Imagino, escribia Bolingbroke á Strafford, el 13 de febrero de 1713, que es la princesa de los Ursinos quien arregló el tratado tal como está, dad á entender á los ministros españoles que así lo crée la reina, y que vos sois celoso defensor de los derechos de aquella señora. En tanto que viva la reina de España, ella será la que gobierne á su marido; la princesa gobernará á la reina, de lo que se debe sacar en limpio que alcanzaremos una ventaja efectiva halagando el orgullo de esa vieja, puesto que no hay medio de escitar su avaricia (73).»

Como fueron inútiles todos los esfuerzos que se hicieron para asegurar á la princesa de los Ursinos su ducado de Limburgo, no pudo ya contar el gobierno inglés con el apoyo de esta señora. Entre los puntos que todavía no estaban resueltos, se hallaba el arreglo con Portugal. En 1711, se habia entablado ya una negociacion secreta con la córte de Lisboa; pero Inglaterra hizo que abortase. Habíase continuado la guerra en Estremadura sin resultado, y ninguna de las partes beligerantes, logró decisiva superioridad. A la suspension de armas entre Inglaterra y España siguió, el 7 de noviembre, un armisticio parecido con Portugal, que se propagó en seguida, hasta que tuvo lugar un tratado definitivo.

Hacia alarde el gobierno inglés de mirar á Portugal con el mayor interés; pero se entibiaba á medida que el gobierno de Madrid evitaba dificultades nuevas; por último, abandonó el rey de Portugal, por sí mismo, las reclamaciones á que podian darle derecho los últimos tratados; y despues de una discusion que duró hasta 1716, ya solo pensó en su engrandecimiento por parte de España, á fin de ádquirir la colonia del Sacramento, á la entrada del Paraguay y del rio de la Plata, y que en lo sucesivo, fué objeto de tantas disputas entre

ambas córtes. Tambien alcanzó de Francia que abandonase sus derechos á ciertos distritos en las fronteras del Brasil y la libertad de navegar en el rio de las Amazonas.

Así concluyó esta negociacion que salvó á la casa de Borbon. Torcy, con este motivo, elogia la moderacion de Inglaterra. « Tuvo Inglaterra, dice, al separarse de sus aliados, vencidos mas tarde en Denain, la gloria de contribuir á dar á Europa una paz dichosa y duradera, ventajosa á Francia, puesto que le hizo recobrar las principales plazas que habia perdido durante la guerra, y conservar las que hacia ofrecido el rey tres años antes; gloriosa por cuanto conservó á un príncipe de la real familia, en el trono de España; necesaria, por la pérdida lastimosa que afligió al reino cuatro años despues de esta triste negociacion, y dos despues de la paz, con la muerte del mayor de cuantos reyes han ceñido jamás una corona». Y, al final de sus memorias, despues de hablar de la restitucion de Aire, Béthune, y Saint Venau, y de lamentarse de la necesidad de consentir en la demolicion de Dunkerque para romper la grande alianza, despues de referir las concesiones hechas al duque de Saboya, termina diciendo; « Pero, la monarquía española, objeto y premio de una guerra sangrienta durante doce años, no salió de la familia real. El derecho de los descendientes de San Luis quedó reconocido por las potencias y naciones que antes habian conspirado á fin de obligar á Felipe á bajar del trono en que Dios lo colocó (74).»

CAPITULO XXI.

1712—1714.

Salida de Cataluña de las tropas inglesas.—Situacion triste de los catalanes.—Animosa resolucion que tomaron.—Tratado para la evacuacion de Cataluña firmado por el emperador.—Negociacion entre Inglaterra y España, relativa á la constitucion catalana y á los privilegios de aquella provincia.—Abandona Inglaterra su causa.—Rechazan los catalanes las ofertas del gobierno de Castilla, y se preparan para una defensa obstinada.—Operaciones militares en Cataluña.—Marcha del gobierno de Castilla, sitio, defensa y asalto de Barcelona.—La constitucion catalana queda abolida.—Ríndese Mallorca.—Carta del emperador al general Stanhope relativa á la suerte de los catalanes.

Despues de firmar Felipe el tratado definitivo con Portugal, trató de asegurar la posesion de todos los paises que le pertenecian, en virtud de la paz de Utrecht, sometiendo á Cataluña, Mallorca é Ibiza. La campaña de 1712, de Cataluña, no habia sido mas decisiva que la del año anterior; la muerte del duque de Vendome, acaecida en Vinceros del reino de Valencia, á principio de la primavera, suspendió repentinamente las operaciones militares (75).

En cuanto se convino en el armisticio general entre Francia é Inglaterra, evacuaron á Barcelona las tropas inglesas, en medio de los clamores é indignacion del pueblo á quien el gobierno inglés habia escitado á alistarse en las filas del ejército austriaco. A fin de precaver las consecuencias de la desesperacion de los habitantes, juzgó necesario la emperatriz enviar cuatro per-

sonas de alto nacimiento, y que gozaban de bien merecida consideracion, para que facilitasen aquella salida y suministrasen las indispensables provisiones. Estas tropas despues de campar, durante algun tiempo, en el lugar mismo en que habia Cárlos desembarcado, en otro tiempo; y desear próspera suerte al pueblo catalan que se veian precisadas á abandonar, se embarcaron á bordo de la escuadra mandada por sir John Pennings, y fueron trasportadas á Menorca.

A pesar de la salida de las tropas inglesas, no fué la campaña, por parte de Felipe, mas que defensiva, no queriendo esponerse á los eventos de la guerra, cuando debia esperar que le fuese favorable el resultado de las negociaciones. Durante todo el año, no hubo ningun acontecimiento militar que merezca especial mencion; si no es un ataque, sin éxito feliz, de Staremberg contra Gerona, en donde el marqués de Brancas sostuvo un bloqueo de nueve meses.

El general del emperador se presentó á fines de otoño, en Barcelona, con el fin de enterarse de las disposiciones de los catalanes, y de concertar con los estados el plan de la inmediata campaña. Al llegar halló en aquel pueblo magnánimo la misma energía de siempre, y vió que no se mostraba abatido, á pesar del abandono de los ingleses. Aun cuando anunciase todo que seria la paz el resultado de las negociaciones entabladas, permanecia Barcelona incontrastable en el afecto que profesaba al soberano que habia elegido, y se hallaban aquellos habitantes prontos á sacrificar su vida y hacienda en defensa de su constitucion querida.

Conmovió profundamente al emperador este testimonio de afecto y generosidad: pero los reveses en los Paises Bajos, la defeccion de los holandeses, resultado forzoso de aquellos, y la condescendencia inagotable de Inglaterra con la casa de Borbon, no le dejaron mas recurso que el de reunir todas sus fuerzas en las fronteras del Imperio, á fin de salvar con un golpe decisivo su

honor y su misma persona. No fué empero, con vanas demostraciones de pesar que correspondió al afecto de sus fieles catalanes, y cuando fué preciso negociar para la evacuacion del principado, procuró por lo menos garantizarles la constitucion de aquella provincia. A pesar de todas las desventajas que lo asediaban, alcanzó por último una amnistía general para todos sus partidarios de España, y arrancó á Inglaterra y Francia la solemne promesa que se incluyó en el convenio, de que emplearian su mediacion en la próxima paz, que conservasen sus fueros los catalanes. A consecuencia de este consentimiento de que lo aseguró Inglaterra, debia mandar que se retirasen sus tropas de España, no prestando socorro ninguno á los catalanes. La ejecucion del armisticio debia empezar con la entrega en manos de Felipe de Barcelona ó Tarragona segun este eligiese. En cuanto llegó el tiempo fijado para esta ejecucion, y en el momento en que iba á montar la emperatriz á bordo de una escuadra inglesa, los catalanes que habian considerado en todos tiempos á esta princesa como prenda segura de la proteccion de Cárlos, se mostraron llenos de la mayor indignacion. El respeto con que miraban la persona de la emperatriz á quien sinceramente amaban, ahogó el estremo de su resentimiento, al embarcarse la primera division de las tropas; pero fué precisa toda la destreza y miramientos que empleó Staremberg para evitar la esplosion de su desesperacion cuando se embarcó la última. En el intérvalo que pasó hasta el regreso de la escuadra inglesa, los calmó con la promesa de permanecer con ellos para defender la ciudad, y al llegar por último el momento fatal (15 de mayo), entretuvo á los gefes con proposiciones de capitulacion, en tanto que las tropas abandonaban sus posiciones y se dirigian silenciosamente á las playas.

Los catalanes aunque habian perdido ya toda esperanza de recibir socorros esteriores, y se veian abandonados de todo el mundo, no quisieron ceder á su mala

suerte. Un cuerpo poco numoroso pero decidido, hizo una marcha rápida para ocupar á Tarragona, en tanto que abandonaban los imperiales aquella plaza, y hubiera sin duda llegado á ella antes que las tropas reales, sino hubiesen los habitantes cerrado las puertas para impedir que entrasen; sin embargo, aunque burlados al creer que se apoderarian de una de las llaves principales de la provincia, tuvieron la satisfaccion de ver que se les incorporaba gran parte de la guarnicion, y además cuatro mil hombres que habian desertado de las banderas del emperador, con el consentimiento de Staremberg. Ademas seis mil hombres de tropas regularizadas, habian permanecido en Barcelona, sin contar la guarnicion de Cardona y numerosas partidas de miqueletes que guardaban todavía los desfiladeros de aquel pais montuoso. Estaban decididos á resistir con estas fuerzas contando con las promesas de Inglaterra, y con el secreto apoyo que debian recibir de su amado soberano.

Felipe que deseaba con ardor someter todos sus estados á la misma forma de gobierno, y habia libertado ya su corona de las trabas que oponia la constitucion de Aragon, estaba firmemente resuelto á abolir todos los fueros de Cataluña, quehabian favorecido en aquella parte de la monarquía la rebelion, y dispuesto los ánimns á entregarse en manos de estrangeros. Por lo tanto, evitó el firmar compromiso ninguno opuesto á este plan, ofreciendo á los catalanes, no obstante una amnistía general con olvido de lo pasado, y proponiéndoles la constitucion de Castilla en términos que revelaban casi la concesion de un favor. Este ofrecimiento se recibió con desprecio en un pueblo que imitaba á los aragoneses en el afecto manifiesto á sus costumbres é instituciones primitivas, y que no miraba con menos aversion las leyes de Castilla.

Ofendido al ver esta tenacidad, no escaseó Felipe paso ninguno para privar á los catalanes del apoyo y so-

corros de Inglaterra, y se vió con sorpresa al gobierno inglés dar nuevos testimonios de su condescendencia, olvidar sus compromisos pasados y mofarse de la situacion é intereses de los aliados infelices por culpa suya. Cuando comprometió la reina de Inglaterra á los catalanes á tomar las armas en defensa de un príncipe austriaco, ofreció conservarles sus fueros; esta promesa acababa de ser ratificada de nuevo, en el tratado de evacuacion, pero Felipe halló medios de influir en las decisiones del gabinete inglés, decidiéndolo á eludir la ejecucion de un compromiso garantizado dos veces ante toda Europa. Así es que en los artículos sometidos á la aprobacion de la córte de España, en virtud de los acuerdos preliminares con Francia, no hizo mencion lord Lexington de la constitucion de los catalanes, y limitaba su peticion á un mero armisticio. En la correspondencia de Bolingbroke con los plenipotenciarios de Utrecht, se presentaban estos fueros como opuestos á los intereses de la Gran Bretaña, y la constitucion de Castilla, que se ofreció en su lugar como mas favorable á los súbditos que solo apetecen vivir sumisos á la autoridad legítima de sus soberanos. La reina á quien urgia alcanzar la paz, no tuvo reparo ninguno de usar este lenguage que le inspiraba su consejero de Estado.

Hubo, empero, una oposicion momentánea por parte de los individuos mas independientes del gobierno, los cuales, de este modo mostraron su deseo de defender el honor nacional, haciendo lo que de ellos dependia para que se llevasen á efecto las promesas reales. La divergencia de opiniones, la incertidumbre en los consejos, órdenes é instrucciones contradictorias, fueron la consecuencia de este desacuerdo. Así es que lord Lexington unas veces pedia tan solo un armisticio y otras insistia en la concesion de los fueros de los catalanes, tan pronto cediendo en este punto, como renovando la cuestion por medio de vanas protestas. Felipe se hallaba sobrado bien informado del estado real y de las

disposiciones verdaderas del gabinete británico, para alarmarse á causa del conflicto é incertidumbre de estos encontrados afectos. Consideró las reconvenciones como meras formalidades para conservar las apariencias y salvar el honor de la reina, diciendo friamente al embajador inglés:—Vos teneis necesidad de la paz no menos que nosotros y no querreis romper con nosotros por una bagatela.—Al ver las protestas de lord Lexington, Bedmar, ministro de Estado, manifestó su sorpresa, espresándose así:—Debe recordar V. E. que ha firmado este artículo con su propia mano, y el rey no querrá que se discuta un punto acordado ya.

Esta negativa sostenida, y segun nuestro parecer, algo áspera, puso término á todos los reparos como habia previsto Felipe, y el tratado con España fué ratificado en Lóndres sin observacion ninguna ni la menor dilacion. Se remitió al instante á Utrecht á fin de que se insertase en el protocolo de la paz general. Esta prueba de condescendencia, no fué sola la que dió el ministerio inglés á los Borbones, sino que manifestó el mayor interés en la pronta sumision de Barcelona, dando los pasos mas enérgicos con la regencia á fin que se cediese, y apoyó además las quejas de España y Francia contra el emperador, porque apoyaba secretamente á los catalanes para que se resistiesen á acatar la autoridad real, y por último aceleró la terminacion de la paz con Portugal, á fin de reunir todas las fuerzas de la monarquía española contra sus súbditos rebeldes.

Estas circunstancias movieron á Felipe á pedir con empeño la cooperacion de Francia é Inglaterra. Luis XIV, libre ya de la guerra por el tratado de Rastadt, no titubeó en acceder á esta peticion, y reunió un ejército de veinte mil hombres, quienes á las órdenes de Berwick recibió órden de cruzar los Pirineos y tomar parte en la sumision de Barcelona. Por su parte, la reina de Inglaterra, no solo aprobó esta cooperacion, sino que faltando á sus empeños solemnes y reiterados,

envió una escuadra al Mediterráneo mandada por Wishart, á quien dió instrucciones para impedir la llegada de víveres á Barcelona, queriendo así contribuir á su pronta rendicion.

Entonces mismo que hacian esfuerzos la corona y el ministerio para poner término á la guerra en Cataluña, la nacion inglesa por un sentimiento sin duda laudable, se dolia de la desgracia que amenazaba á los catalanes. La cámara de los lores, á pesar de la mayoría favorable que tenia el ministerio en el parlamento, se manifestó intérprete de la opinion pública, rogando á la reina que continuase prestando su mediacion para que los catalanes siguiesen gozando como hasta entonces sus antiguos y legítimos fueros. La reina renovó otra vez á la faz de su pueblo y de Europa, su solemne promesa á favor de los catalanes, y el almirante Wishart recibió aviso de Bolingbroke en que se le encargaba que suspendiese la ejecucion de las órdenes recibidas anteriormente. Se insertó una cláusula en este sentido en las instrucciones de lord Bingley, dos meses despues el mismo lord Bolingbroke se quejó al ministerio español «de que los fueros de los catalanes no habian sido respetados, y de que no se ofrecieron á aquellos habitantes condiciones aceptables, lo cual en caso de que no hubiese avenencia, les quitaba todos los derechos á la compasion é interés de la reina y de Europa en general.

Wishart llegó, pues, á Cádiz con su escuadra, y como la oposicion pública de Inglaterra y la revocacion de las primeras órdenes no se ignorase en Madrid, fué recibido aquel personage con frialdad, ó hablando con mas claridad, con cierta grosería. Sin embargo, como quisiese Felipe aprovecharse de la presencia de aquella escuadra sin deber á los ingleses nada por aquel apoyo, trató de anudar una negociacion con los catalanes, ofreciéndoles un perdon generoso y una amnistía general si querian dejar las armas, y someterse á las leyes de

Castilla. Pero nada bastó para que vacilase la resolucion animosa de aquellos pueblos, quienes rechazaron unánimemente toda proposicion que no fuese acompañada de la conservacion de sus leyes y constitucion. Ofrecian rescatar estos objetos de veneracion, por medio de una contribucion considerable (76), y viendo por último, que no podian alcanzar este objeto, decidieron, aun cuando entregados tan solo á sí mismos, perder antes la vida que su constitucion. Al punto, pues, pusieron en pié y organizaron nuevas tropas; retocaron las fortificaciones, y armaron una escuadrilla de buques ligeros en número de catorce velas, sin contar algunas fragatas y goletas. Para atender á tan considerables gastos y mantener sus ejércitos, apresaron á los buques de todas las naciones cargados de víveres, pagando, empero el valor de los cargamentos, y en seguida declararon la guerra por mar á los franceses y españoles con todas las formalidades requeridas en casos análogos. Se confió el mando militar á Villaroel, que tenia el rango de general en el ejército austriaco, al cual debian prestar útil apoyo los oficiales del pais, tanto superiores como subalternos, educados en esta larga y formidable guerra. A fin de alucinar á los tímidos y asustar á los partidarios ó agentes de Felipe, se creó un tribunal al que se dió el nombre de *consejo de conciencia*, cuyos individuos se tomaron del clero secular y regular, el cual debia juzgar sin apelacion, y conforme á las ordenanzas militares, á todos los que faltasen á sus deberes con la patria, ó que pronunciasen siquiera la palabra *capitulacion*. Un número fijo de oficiales á quienes puso el pueblo el apodo de *matamoros*, fueron escogidos para ejecutar al punto los acuerdos del consejo (77). Los ciudadanos cobraron aliento con la llegada frecuente de víveres que los partidarios del Austria enviaban sin cesar, de Cerdeña y Nápoles, así como de las costas neutras de Italia, halagándose con la esperanza de que las disputas que habian tenido la

córte de Madrid por una parte, y Holanda y Portugal por otra, redundarian en ventaja suya; conservaban, además, relaciones frecuentes con un número crecido de descontentos en su propia provincia y en las fronteteras de Aragon y Valencia, para quienes el menor revés que sufriesen las armas reales hubiera sido el principio de una insurreccion instantánea.

Sin embargo, formábase la tormenta y las nubes se condensaban encima de sus frentes. El duque de Popoli, con el cuerpo principal y gruesos destacamentos á las órdenes del marqués de Torcy y del conde de Montemar, dispersaron poco á poco á los guerrilleros que infestaban los distritos de las montañas, y estrechaban á Barcelona, por parte de tierra, en tanto que una escuadra española la bloqueaba por mar. Las tropas francesas se hallaban igualmente en movimiento para obrar de concierto con las de Felipe, á fin de someter sus súbditos sublevados.

El bombardeo empezó el 7 de mayo de 1714, mas los sitiadores fueron rechazados de sus puestos por un vigoroso ataque de la guarnicion. La llegada de un destacamento francés pudo tan solo librarlos de una derrota completa. El sitio se convirtió en bloqueo, hasta la llegada del mariscal Berwick al frente de un ejército francés de veinte mil hombres. Las fuerzas aliadas reunidas ante la plaza, subian entonces á treinta y cinco mil hombres; ocho mil habian quedado en Gerona para conservar las comunicaciones con Francia; una division de caballería recorria el pais en diferentes direcciones, con encargo de dispersar á los guerrilleros, y ocho mil hombres andaban diseminados entre Barcelona y el Ebro.

No podian los catalanes oponer á estas fuerzas imponentes mas que diez y seis mil hombres regimentados, sin contar los ciudadanos armados; pero la vista de un riesgo inevitable despertó en ellos este valor y ardor fogoso que en todos tiempos ha sido patrimonio

del pueblo español. Aunque no tenian esperanza de ser socorridos, no quisieron entregarse, sin que les quedadase mas alternativa que la de rechazar á los realistas ó perecer entre las ruinas de la ciudad. Habian agotado todos los recursos del arte, y no perdonaron ni esfuerzos ni ardides para el triunfo de su defensa. Reforzáronse las fortificaciones de Monjuich y de la ciudad; hiciéronse troneras en las paredes de las casas, y cada una de estas se convirtió en una ciudadela; tomáronse todas las precauciones imaginables á fin de defenderse palmo á palmo, en tanto que hubiese para ello la menor porcion de terreno. Se despidió á los ancianos, enfermos y cobardes que se retiraron á Mallorca, recomendándolos al cuidado de los habitantes que eran sus hermanos y coligados; los sacerdotes, los frailes y hasta las mugeres, tomaron las armas. El obispo y el clero escitaron el entusiasmo del pueblo con sus exhortaciones y egemplo, sin que se olvidase motivo ninguno de religion y patriotismo. Pusiéronse en juego los afectos de familia tan activos y poderosos; por último, se depositó encima del altar mayor, la promesa de la reina Ana en la que ofrecia conservar las leyes y constitucion de los catalanes, y se apeló solemnemente á Dios, único recurso en el injusto y cruel abandono de que iban á verse víctimas.

La firmeza inesperada, y el aspecto amenazador de los catalanes convenció á Felipe de que necesitaria para resistir á tantos esfuerzos, todo el apoyo que pudiera alcanzar del estrangero. Creyó, pues, que debia cambiar de conducta con respecto al almirante inglés, y por medio de favores y regalos, logró alcanzar de él, no solo que impidiese la llegada de víveres á Barcelona, sino que dirigiese reconvenciones á la regencia, en la que se quejase de las tentativas hechas para saquear los buques ingleses, y del mal trato que sufrian los marinos de su nacion. Contestaron los catalanes á esta amenaza con la necesidad imperiosa, y ofreciendo remediar estos

males; pero al mismo tiempo apelaron sentidamente á la generosidad inglesa, implorando la mediacion de Inglaterra para conseguir treguas. No produjo este paso resultado ninguno, porque para facilitar á los españoles la continuacion del bloqueo con el mismo número de bageles, tomó el almirante tres de su escuadra con el objeto de escoltar la flota que llegaba de América.

En esta crítica situacion la muerte de la reina Ana que se esperaba tiempo hacia, y el advenimiento de Jorge I, hicieron renacer las esperanzas de los sitiados. Como los desgraciados recogen con avidez el menor fulgor de esperanza, se halagaban los catalanes creyendo que aquel cambio debia producir pronta y eficaz intervencion á favor suyo. Semejante confianza, á decir verdad, no se hallaba completamente despojada de razon, porque el primer paso del nuevo gobierno fué la mediacion con Francia á favor de ellos, declarando que Cataluña estaba bajo la proteccion de la corona de Inglaterra, y reclamando que se suspendiese la marcha de las tropas francesas y del cerco que ponian estas á Barcelona, faltando en esto á la promesa solemne dada por el monarca francés de contribuir de acuerdo con los ingleses á conservar la constitucion catalana.

Estos pasos eran demasiado tardíos para que pudieran ser útiles á los sitiados, y Luis XIV contestó, que habia empleado ya su mediacion, que solo su obstinacion era causa de las desgracias que esperimentaban los catalanes, y por último que le impedia su honor el dar órden para que se retirasen sus tropas. A fin de evitar nuevas amonestaciones, envió refuerzos al ejército, dando órden al general que mandaba sus tropas para que emplease toda su energía en someter cuanto antes á Barcelona.

Reanimáronse las facciones en Lóndres, y tardaron poco en atormentar á Jorge, que empezaba un nuevo reinado, quien, por temor de una insurreccion jacobita, no se atrevió á apoyar nuevos ruegos con actitud hostil;

mas como todas las consideraciones espuestas á la grandeza de alma de Luis XIV, y á la humanidad de Felipe hubiesen fracasado, dió á los infelices catalanes el único socorro que pudiera proporcionarles en aquellas circunstancias, mandando á su almirante que no incomodase á los sitiados ni impidiese la llegada formal de toda clase de socorros.

Nada podian esperar los catalanes del emperador que habia firmado ya la paz, y vanos habian sido todos los pasos dados por aquellos infelices, no solo con todas las potencias cristianas, sino tambien con los turcos, por lo cual se vieron abandonados á su solo valor y recursos (78.)

Abriéronse las trincheras el 12 de julio, bajo la direccion de hábiles ingenieros franceses, y los trabajos adelantaron con rapidez en las murallas esteriores. Empezaron á maniobrar las baterías el 25, á pesar de algunas salidas inspiradas por la desesperacion, y cinco dias despues pudieron ya los sitiadores establecerse en el camino cubierto. El 12 de agosto habia ya dos brechas practicables, pero se necesitaron tres dias mas para que los sitiadores pudiesen poner el pié en las murallas. Generalmente no pasa jamás de aquí la resistencia mas tenaz de una ciudad sitiada; pero en esta ocasion era este nada mas que el principio de la resistencia de los catalanes. En tanto que se hacian los preparativos para dar el asalto por tres puntos diferentes á un mismo tiempo, tuvo Berwick la humanidad de probar si podria salvar la poblacion de las desgracias que la esperaban. Hizo cuanto pudo por diferir el combate que no debia ser menos funesto para sus tropas, que para los sitiados; mas como todos sus benévolos esfuerzos no hiciesen mas que redoblar el entusiasmo de los últimos, dió por último, la señal de ataque en la mañana del 11 de setiembre (79.)

Un autor contemporáneo (80) que escribia dominado por la horrorosa impresion del momento, ha dejado el

siguiente negro cuadro de aquel terrible acontecimiento:

«Cincuenta batallones de granaderos, empezaron el ataque, otros cuarenta los sostenian. Los franceses escalaron el baluarte del Este, y los españoles, el de Santa Clara y la Puerta Nueva. La tenacidad de la resistencia rayó en ferocidad. Los cañones, cargados con metralla, hacian un horrendo destrozo en las brechas, y los sitiadores perecian á centenares antes de dar un solo paso. Por último, las tropas de refuerzo que llegaron, obligaron á los sitiados, que eran inferiores en número, á retirarse. Al mismo tiempo las columnas francesas y españolas asaltaron las brechas, y penetraron en la ciudad. Allí fué en donde empezó realmente el combate; las calles se hallaban obstruidas, y para ganar una pulgada de terreno, era preciso sacrificar un número considerable de soldados. Como los sitiadores no pudiesen tomar los parapetos de las calles, ni cegar los fosos, se veian espuestos al fuego contínuo que de las casas salia. Por último vencieron los sitiadores todos los obstáculos, rehaciéndose sin cesar, y no sin inmenso derramamiento de sangre. A cuchillo eran pasados cuantos se presentaban, y los catalanes prodigaban sus vidas, sin querer cuartel. Cuando fueron rechazados hasta la plaza principal, imaginaron los sitiadores que habia concluido el combate, y se dispusieron para entregarse al saqueo. Los insurgentes, aprovechando aquella ocasion, volvieron á la carga, y rechazaron á los sitiadores hasta la brecha, y los hubieran rechazado hasta los fosos, si no hubiesen conseguido los oficiales rehacerlos. Continuaba aun el combate con el encarnizamiento mayor, porque la columna española, que habia penetrado hasta la ciudad, se vió obligada á replegarse tan luego como supo que habian sido rechazados los franceses.

«Por último, el número y el valor vencieron la tenaz resistencia de los sitiados, y los españoles apunta-

ron contra los catalanes su misma artillería; mandáronse avanzar mas piezas de cañon á la brecha. Sin embargo, aunque rotos y desbandados no cesaron de luchar. Los sitiadores, irritados al ver el fuego contínuo y terrible que sobre ellos descargaban, trataron de dar un golpe decisivo; apoderándose del baluarte de San Pedro en donde habian colocado los sitiados sus principales medios de resistencia, é hicieron maniobrar contra ellos su propia artillería. No por eso cesaron los catalanes, sino que emprendieron un ataque nuevo, en el que fueron completamente rechazados, y Villeroel fué herido gravemente. Pero ni esta desgracia que sobrevino á su comandante pudo desanimarlos, antes bien sostuvieron aun la lucha durante doce horas en todos los barrios de la ciudad, sin que hubiese un solo habitante que no tomase parte en la defensa. No ofrece la historia de este siglo el egemplo de otro cerco tan largo ni tan mortífero.

«Retiráronse las mugeres á los conventos, y el populacho, deshecho, roto en todas partes, aunque sin medios de defenderse, no pedia siquiera cuartel. Los sitiadores mataron á todos, sin distincion de sexo ni edad. Algunos insurgentes enarbolaron un estandarte blanco, y Berwick se aprovechó de esta ocasion para que cesase la carnicería, mandando á sus tropas que conservase sus disposiciones hasta tanto que escuchase proposiciones de los vencidos; pero los gritos de *muerte é incendio* que salieron de repente de las filas, despertaron el furor de los soldados, y las calles fueron de nuevo inundadas de sangre. El mismo Berwick, á pesar de todo su prestigio y autoridad, no pudo atajar el desórden. En esto llegó la noche, pero solo para ocultar otra matanza, porque despues de un corto intérvalo de descanso, volvieron los habitantes á tomar las armas é hicieron un fuego mortífero por las ventanas y desde los tejados.

«Por último, acudieron á la brecha diputados, pi-

diendo conferencias con el general, y cuando vió el mariscal que exigian perdon general y la conservacion de sus fueros, rechazó su peticion de mal talante, y amenazó que los pasaria á cuchillo, si no se rendian antes del alba. Esta inflexibilidad reanimó hasta el último grado el valor de los catalanes, y el combate volvió á empezar con mayor furor. Sobre los sitiadores cayó al mismo tiempo una lluvia de fuego de todas las casas que, por órden del general, acababan de salvarse del incendio.

«No puede la imaginacion formarse una idea del cuadro que ofrecia aquella noche fatal. El mariscal dió órden de retirar los muertos y heridos, conservó las tropas sobre las armas y se preparó á reducir á pavesas la ciudad; pero todavía concedió un plazo de seis horas, para dar á los insurgentes el tiempo de pensar en su obstinacion. Como á nada condujese esta concesion, se prendió al punto fuego á las casas. El fulgor de las llamas les avisaba que no tenia remedio el desastre, y entonces volvieron á enarbolar la bandera blanca, símbolo de la paz. Se apagó al momento el fuego que habia empezado; y los diputados del ayuntamiento entregaron la ciudad sin condiciones; los ofrecimientos que hizo Berwick produjeron la rendicion de Monjuich y Cardona.

«Fueron respetadas la vida y las propiedades de los habitantes; pero, veinte de los gefes, entre los que se hallaban Villaroel, Armengol, el marqués del Peral, y Nebot fueron encerrados sin tiempo determinado en la fortaleza de Alicante. El obispo de Albarracin y doscientos sacerdotes fueron desterrados á Italia; los oficiales subalternos pudieron volver á sus hogares, despues de prestar juramento de fidelidad al rey; quemáronse públicamente los estandartes de la ciudad. Barcelona perdió los fueros de que hasta entonces habia gozado, y se estableció un nuevo gobierno, parecido al de Castilla. El príncipe de Tilly-Tzerclaes fué nombra-

do capitan general de la provincia, y el gobierno de Barcelona se confió al marqués de Lede.»

Tal fué el término de una resistencia que recuerda la suerte de Numancia y Sagunto, en tiempo de los romanos, y de que se vió en nuestros dias un egemplo memorable en la inmortal y heróica defensa de Zaragoza. La victoria costó á los realistas durante el sitio, por lo menos seis mil hombres, y cuatro mil en el asalto; los sitiados sufrieron mucho por su parte (81). Algunos consejeros de Felipe le propusieron, teniendo en cuenta la resistencia tenaz de los habitantes, que se aprovechase de esta ocasion para destruir la plaza, y erigir una pirámide que perpetuase hasta las generaciones mas remotas la memoria de la catástrofe que recordaba; pero el monarca demasiado humano y prudente para destruir una de las primeras ciudades del reino, no quiso ceder á resentimientos personales, y así es que cumplió religiosamente las condiciones concedidas por Berwick á los habitantes (82).

Ya no quedaba mas que Mallorca que no reconociese la autoridad de Felipe. La horrosora suerte de Barcelona parece que no bastaba para efectuar la sumision de aquellos altivos isleños; pero la llegada de diez mil franceses y de otras tropas españolas los convenció de que seria inútil, por su parte, cualquier resistencia. Despues de una corta deliberacion, el ofrecimiento de un perdon general y condiciones mas favorables que las concedidas á los catalanes: en seguida prestaron juramento de fidelidad y obediencia á Felipe.

El valor heróico y la triste suerte de los catalanes, escitaron la admiracion é interés de aquellos mismos que eran los mas abiertamente opuestos á su causa. El rey y el pueblo inglés los vieron sucumbir con el mayor pesar; pero nadie debió conmoverse tanto como el emperador, que se consideraba como la causa inocente y desgraciada de aquellos desastres. A pesar de la defeccion de Inglaterra, habia vuelto á interceder fuerte-

mente en Rastadt á favor de Cataluña, y se lee en las memorias de Villars un testimonio honroso de su celo y firmeza por aquel pueblo, así como del pesar y repugnancia con que abandonó aquel punto y aquella justa defensa. Una carta escrita al general Stanhope, que tambien habia sido testigo de tanta fidelidad y de los sufrimientos de los catalanes por defender la causa del emperador, de que vamos á ofrecer un estracto, da á conocer que los sentimientos de Cárlos, como monarca, estaban totalmente en armonía con los de la humanidad.

Despues de espresar su gratitud á Stanhope y á cuantos habian defendido su causa, despues de mostrar su satisfaccion por el cambio de gobierno que acababa de verificarse en Inglaterra, continua de este modo: «Convencido como estoy, de la bondad de vuestro corazon, pienso que tanto vos como vuestros amigos, vereis con el mayor interés la fidelidad, la constancia y desgracias de mis pobres catalanes, cuyo amor hácia mí no tiene límites. Ni las calamidades ni los peligros, ni la persuasion mas activa, han podido hacer que vacilase su fidelidad y generosidad, lo cual rasga el corazon. Os dejo pensar, á vos, que sois el mejor de los jueces, si está en poder mio socorrerlos, no teniendo fuerzas marítimas, por el contrario, lo único que haria amparándolos, es precipitar su ruina. Pongo mis esperanzas en vos, y en los vuestros, no dudando que pensareis en la situacion horrorosa á que se han visto reducidos por algunos de vuestros compatriotas mal intencionados, despreciando las promesas mas solemnes; reiteradas tantas veces (83).»



CAPITULO XXII.

1714.

Pone obstáculos la princesa de los Ursinos á la terminacion de la paz, á fin de conseguir un principado en los Paises Bajos.—Muerte de Maria Luisa reina de España.—Desesperacion de Felipe, é influjo de la princesa de los Ursinos.—Administracion y medidas rentísticas de Orri.—Inútiles tentativas para reformar los abusos de la iglesia.—Disputas y reconciliacion de la princesa de los Ursinos con la córte de Versalles.—Sus negociaciones é intrigas para que se volviese á casar Felipe.—Se decide que sea con Isabel Farnesio, princesa de Parma.—Llegada de la nueva reina de España.—Caida y destierro de la princesa de los Ursinos.—Observaciones relativas á este acontecimiento estraño.—Sus aventuras posteriores.—Cambio en el gobierno español.

Luis XIV, que no se habia apresurado á firmar la paz sino temiendo que sobreviniese algun cambio en el gobierno inglés, que imposibilitase la continuacion de la guerra, no deseaba menos realizar un arreglo entre España, Holanda y Portugal. Habíase diferido por diferentes causas, esta negociacion que era bastante complicada. Se dirigió el monarca francés á Felipe, pidiéndole que ratificase las condiciones secretas convenidas en nombre suyo, por la mediacion de Inglaterra; pero no halló en su nieto tan dócil á los consejos de quien le habia dado el trono, como afligido con la idea de los sacrificios que se exigian de él. No solo estaba indignado de las injurias que habia sufrido por parte de los holandeses y el emperador, sino que existian otras causas que contribuian á aumentar su resistencia.

Era una de las principales la oposicion de la princesa de los Ursinos. El señorio que se habia ofrecido á esta, mas bien como premio de sus servicios futuros, que como recompensa de los prestados ya, aunque al principio aparentó ella que seria cosa de poca importancia, no era menos que el ducado de Limburgo. Luis XIV habia ofrecido terminantemente el obtener para esta concesion el consentimiento del emperador. Por su parte Inglaterra ofrecia su intervencion; así es que el donativo proyectado para esta princesa estaba garantizado con todas las formalidades necesarias. Antes de firmar la cesion de los Paises Bajos, se celebró en 17 de marzo de 1703 un convenio entre España é Inglaterra, por medio de lord Lexignton, relativa á la concesion del ducado de Limburgo, con un territorio que produjese una renta anual de 30,000 escudos. Se incluyó mas tarde, la misma cláusula en el tratado de Utrecht á peticíon del ministerio inglés (13 de julio): y la reina de Inglaterra se comprometió á no consentir en la transmision de los Paises Bajos, hasta tanto que la princesa de los Ursinos hubiese tomado posesion de su nuevo estado, y fuese reconocida por las demas naciones como soberana (84). Antes y despues de la terminacion del tratado, continuaron los individuos del gabinete inglés prodigando ofrecimientos á la princesa, y mas de una vez emplearon su crédito personal, y á veces la palabra de su augusta señora, para que se diese cumplimiento á esta condicion (85).

Nada, pues, parece que faltaba ya para colmar los deseos de aquella señora, sino el consentimiento de los holandeses y del emperador; pero se hallaban estos comprometidos con una obligacion personal, y burlaron por lo tanto las esperanzas de la princesa. Los Estados de Holanda se negaron á conceder su garantía, y el emperador se opuso formalmente á la cesion de un estado tan importante, situado en el centro de una provincia apartada, á favor de una persona que se hallaba some-

tida al influjo de la Francia y España. No tenia Inglaterra suficientes razones con que oponerse á estos reparos, y su interés se fué enfriando; el mismo Luis XIV, despues de un estudiado movimiento de disgusto, abandonó este negocio, para él de escasa importancia, comparado al restablecimiento de la paz general (86).

La princesa de los Ursinos, ofendida profundamente al ver semejante conducta, usó de todo su influjo para poner estorbos á la negociacion con Holanda, y daba una fuerza terrible á su resentimiento el que los reyes de España se mostraron íntimamente pesarosos del mal éxito de aquel empeño, mirando la afrenta como personal.

En medio de la suspension diplomática producida por causa tan pequeña, sucumbió la reina de España á la consuncion que tiempo hacia estaba minando su débil constitucion. Murió el 14 de febrero de 1714, á la edad de veinte y seis años, dejando dos hijos varones, Luis y Fernando; los españoles que la amaban y respetaban la lloraron sinceramente. Su marido la lloró en lo profundo del alma, pues debia á la viveza, al talento y al carácter amable de aquella princesa, los goces de su vida interior, y especialmente la calma de su corazon, y quizá no hubiera podido conservar el trono sin la energía y magnanimidad de que dió ella tan frecuentes pruebas.

El interregno, porque así debemos llamar al intérvalo entre la muerte de la reina y la llegada de su sucesora, fué el reinado de la princesa de los Ursinos.

En los primeros momentos de su dolor profundo, abandonó Felipe las riendas del gobierno á las manos del cardenal del Giudice, prelado napolitano que acababa de ser elevado al importante cargo de inquisidor general, y que con razon gozaba de su confianza, á causa de su integridad, del candor é interés que mostraba el cardenal á favor de la religion católica. Como no pudiese soportar Felipe la vista de un palacio en donde le recordaba todo la imágen de una esposa que ha-

bia amado con tanta ternura, se retiró al palacio del duque de Medinaceli, sin mas acompañamiento que la princesa de los Ursinos, la que, como aya del príncipe de Asturias, tenia derecho de habitar en el mismo punto que el monarca. Era el palacio demasiado pequeño para que habitasen en él las personas de la servidumbre del monarca, y por lo tanto, se fué la princesa á vivir en el convento vecino, y los capuchinos á quienes pertenecia, se trasladaron interinamente á otro convento. Abrióse una galeria que daba paso de uno á otro edificio, á fin de que pudiese ir á consolar al augusto afligido, sin esponerse á la intemperie, y sobre todo sin publicidad (87).

En aquel estado de aislamiento, una muger dotada de tanta destreza y habilidad como la princesa de los Ursinos, estaba en la posicion mas favorable para egercer el imperio mas absoluto en el ánimo del rey, y trabajar á fin de apoderarse de la autoridad real. Al cabo de tres dias se recogieron los poderes dados al cardenal de Giudice, confiando el despacho de los negocios á Orri, que habia sido llamado á España por segunda vez. El primer cuidado de la princesa y de su protegido, fué el introducir un sistema nuevo de administracion, y privar de toda participacion en la gobernacion del estado á los españoles, de cuyo afecto no estaban muy seguros. Gozaba Grimaldo de mucho influjo como secretario de estado; fué por lo mismo separado de este destino, que lo ponia en el caso de ser un terrible adversario, dejándolo tan solo el despacho de los negocios de guerra é Indias. Mejorada, que era el otro secretario, fué reemplazado por don Manuel Vadillo, y el gobierno del consejo de Castilla que desempeñaba don Francisco Ronquillo se dividió entre cinco personas distintas. Se nombraron tambien cuatro presidentes para el consejo de Hacienda y tres para el de Indias, y se verificaron cambios parecidos en los demas ramos de la administracion pública. Por medio de todas estas medidas se queria

hacer que saliesen los españoles de su apatia, conformándose á las miras del nuevo gobierno, y por último como complemento de aquellas reformas, se dividió el importante despacho de hacienda á Orri y Bergueik (88). El primero puede decirse que era el alma de toda la autoridad ministerial; pero el segundo, no menos altanero que decidido, se ofendió al ver el tono de superioridad que tomaba su compañero, é intrigó como habian hecho los ministros anteriores, contra la princesa de los Ursinos, pero burlado, como ellos en sus esperanzas, se cansó, presentó su dimision y regresó á Flandes.

Es justo confesar que algunos cambios introducidos por Orri en el sistema de administracion interior eran convenientes y produjeron felices resultados. Sin prestar ciega fé á las hiperbólicas alabanzas de sus parciales, creemos que se debe defender á aquel personage de las acusaciones y cargos no menos exagerados de sus enemigos; y aun cuando á la distancia que nos separa de aquella época, no sea fácil conocer sus planes en toda su estension, un rápido exámen de las principales mejoras introducidas entonces, bastará para dar una idea del mérito real de aquel ministro.

Discípulo de la escuela francesa, en esta debió por precision tomar todos los elementos del plan de administracion rentística que trató de establecer en España. Sin embargo, se opusieron á sus planes, no menos los embajadores de Francia, que los españoles de todas las clases. Durante su primera permanencia en España, parece que quiso limitar sus esfuerzos á la adopcion de algunas medidas, tales como la de proporcionarse algunos recursos para atender á los gastos corrientes, la de introducir algunas mejoras y economias en la administracion militar, y establecer en el personal de la administracion, algunos cambios particulares, que hacian indispensables el tiempo y las circunstancias. Sobre todo, redactó un proyecto luminoso para la reversion á la corona de los señorois pertenecientes al rey,

y que en ambas Castillas, habian sido ó empeñados ó enagenados durante las turbulencias de la monarquía, Varios reyes de España habian recomendado en su testamento, esta medida á sus sucesores; pero ningun ministro se creia bastante fuerte para acometer tan árdua empresa. Orri reunió todos estos señoríos en una misma categoría, y á fin de conciliar las reglas de la justicia con la prerogativa real, creó una junta autorizada á juzgar y determinar los derechos de los individuos que presentasen títulos valederos. En la época de su separacion, en 1704, quedaron suspensos sus trabajos; y aun cuando su sistema de administracion se conservase durante la superintendencia de Amelot, las rentas, á consecuencias de los cambios y turbulencias que sobrevinieron, habian caido en el mismo desórden de que quiso él libertarles.

Orri, regresando á España en la época propicia de la terminacion reciente de la paz, elevado al poder, gracias al favor ilimitado de que gozaba su protectora, volvió á anudar el hilo de sus vastos planes, resolviendo poner término á las vejaciones multiplicadas y á los abusos que solo servian para mantener un ejército de asentistas y empleados de todas categorías, no solo en en el ministerio de Hacienda, sino en las ciudades de provincias. Por lo tanto, se espidió un decreto, á 26 de diciembre de 1713, mediante el cual, se restablecia, por último, en una máquina desordenada y complicada, un concierto tan sencillo como regular. Dividióse la administracion de España en veinte y una provincias regidas todas por reglas uniformes y se arrendaron las rentas de cada una á una sola persona (89). Un mes despues se aplicó el mismo método á un ramo en que la confusion era todavía mas evidente, que era el de aduanas, en el cual las atribuciones de los diferentes empleados y de los guardas encargados en los puertos, habian dado lugar á toda clase de fraudes y abusos, de los que resultaban la ruina total de las fá-

bricas, la del comercio nacional y pérdidas inmensas para el tesoro real. Dividióse al principio este ramo en diez y siete rentas, como las contribuciones del interior de España; pero mas tarde se puso bajo la direccion inmediata del consejo de Hacienda. Tan bien entendidas estaban las medidas adoptadas para el planteamiento del nuevo sistema y preparadas con tal prevision, que todo empezó á marchar sin dificultad ninguna ni tropiezo. La publicacion de aquellos dos decretos puede ser mirada como el principio de una nueva era, en la historia económica de España, y como base del importante desarrollo que en todos tiempos ha tratado de dar el gobierno de Madrid á su sistema rentístico.

El celo de Orri hácia las reformas útiles, inspiraron ademas á este ministro el pensamiento de limitar el poder y los privilegios del clero, tratando de poner coto á los abusos eclesiásticos, disminuyendo sobre todo el terrible poder de la inquisicion. Apoyábanlo en tan noble empresa el confesor del rey Robinet, y el célebre don Melchor de Macanaz, quien á causa de su capacidad inmensa y la energía de su carácter se elevó desde el empleo de alcalde mayor de un pueblo insignificante de Aragon, al de fiscal del consejo de Castilla, y que se habia manifestado ya hostil á las inmunidades del clero. Movido á ello por Orri y la princesa de los Ursinos, presentó al rey un informe en el que trataba de probar que los abusos de la iglesia habian sido en todos tiempos perjudiciales á los intereses de la corona; que el fuero del *asilo* hacia que el santuario de Dios fuese el refugio de los criminales, que otras muchas inmunidades civiles del cuerpo eclesiástico eran perjudiciales á la autoridad real y al tesoro público, á un mismo tiempo, y que la nunciatura egercia un verdadero despotismo.

Este informe egerció una impresion profunda en el ánimo de Felipe, quien segun la marcha seguida en esta clase de negocios, lo envió al consejo de Castilla para

que lo examinase. Esta circunstancia debida á la casualidad ó á cualquier otro motivo, fué fatal para un proyecto que no estaba muy en armonia con el estado de España, y funesto á sus autores. La penetrante sagacidad de la inquisicion no tardó en descubrir el informe, que fué denunciado como herético, subversivo y opuesto á la fé católica. Dos jurisconsultos franceses llamados á prestar el ausilio de sus luces y esperiencia, se vieron envueltos tambien en la sentencia. Por respetos al rey no sonó el nombre de Macanaz; pero el decreto de la inquisicion, despues de recibir la sancion del inquisidor general, cardenal de Giudice, que se hallaba en París desempeñando una mision publica, se puso en las iglesias, en las plazas públicas del reino y hasta en las paredes del palacio del rey.

Los reformadores reunieron entonces todas sus fuerzas para resistir aquel golpe terrible é inesperado; el primer paso que dieron fué el declarar que la publicacion de la sentencia de la inquisicion era un atentado escandaloso contra la corona, lo cual convenció de tal modo al rey, que al punto mandó que se revocase aquella sentencia, é hizo que se quitase de las iglesias y de los parages públicos en que se habia publicado. Hasta el pensamiento tuvo Felipe, tal era la irritacion que se apoderó de su ánimo, de mandar que cesase en sus trabajos el Santo Oficio, Robinet y el hermano de Macanaz fueron nombrados inquisidores interinamente, y se dió órden al cardenal Giudice de presentar su dimision. A este se le quitó el encargo que en París tenia, y se le prohibió volver á España (90).

Sin embargo la inquisicion que confiaba en su poder establecido tan de antiguo, se atrevió á luchar con el monarca, y tuvo medios para que fracasasen los planes de los ministros. No llegó á verificarse la separacion del cardenal, porque no aceptó su renuncia el papa, y los inquisidores nombrados últimamente por el rey, no se atrevieron á tomar posesion de sus destinos.

Hicieron nacer escrupulos en la conciencia del monarca timorato, y se nombró de resultas de esto una junta de teólogos que emitió una dictámen favorable al Santo Oficio y contrario al informe de Macanaz. En seguida confirmó esta decision el consejo de Castilla, porque al mismo tiempo que elogiaba flojamente algunas partes de aquel escrito, manifestó que en general era demasiado violento y contenia máximas contrarias á la fé católica. Felipe se sometió por lo tanto, á la autoridad de tantas personas autorizadas, en lo civil y religioso, y desechó el parecer de sus ministros, si bien continuó defendiendo á Macanaz contra la venganza del terrible tribunal, cuya cólera recaia en persona que defendia, con tanto empeño les regalias de la corona (91).

Estas varias reformas, y especialmente la tentativa para disminuir el poder de los eclesiásticos predispusieron á los mas en contra de sus autores; pero el favor é influjo de la princesa de los Ursinos estaban harto afianzados para que el descontento popular, ni siquiera el poder del clero hubieran podido nada, si no hubiese ofendido la princesa á la córte de Versalles, oponiéndose á la paz, y sobre todo si no hubiera incurrido en unos de esos errores, de que no siempre saben preservarse los entendimientos mas previsores y los corazones mas elevados.

Luis XIV á quien urgia el terminar un arreglo general con las potencias, se ofendió vivamente al ver semejante oposicion, y dió órden á Berwick, al nombrarlo para el mando en gefe del ejército de Cataluña de que fuese á Madrid, con pretesto de dar el pésame á Felipe por la muerte de la reina, pero con objeto real de conseguir su consentimiento para la paz. Como la princesa de los Ursinos adivinase el motivo de semejante viage, no solo tuvo bastante influjo para impedirlo, sino que persuadió á Felipe que dijera al mariscal que su presencia seria mas ventajosa al servicio real que un pésame. Ofendido con semejante respuesta po-

co comedida, contestó Luis XIV que no enviaria ni tropas ni bageles contra Barcelona, hasta tanto que se firmase la paz con Holanda; pero la princesa de los Ursinos estaba tan decidida á no abandonar la idea del señorío que se le habia ofrecido en los Paises Bajos, que logró dominar la impaciencia que mostraba Felipe de ver sometidos los catalanes á la obediencia, persuadiendo á su débil monarca que no diese respuesta ninguna á la declaracion de su abuelo, y al mismo tiempo envió á Orri á Cataluña para que se informase si bastarian los recursos de España para someter la provincia sin apoyo ninguno del estrangero. Por último, convencida, de que no era posible salir de aquel aprieto sin la proteccion de Francia, dió nuevos pasos con la corte de Versalles, aunque sin mostrar la menor disposicion á renunciar á sus exigencias.

Hallándose los asuntos en semejante estado, estallaron altercados indecorosos entre la princesa de los Ursinos y el marqués de Brancas, embajador de Francia. Empezó ella quitando al embajador toda intervencion en los negocios de palacio, y él para vengarse la acusó de interceptar sus pliegos, quejándose sin cesar amargamente del funesto influjo que egercia en el gobierno la princesa, á quien echaba en cara que ponia estorbos á los planes de Berwick, en perjuicio de la gloria de las armas francesas y de la felicidad de España. Por último declaró que era capaz ella de tolerar que las tropas francesas enviadas á España, careciesen de todo y muriesen de hambre si preciso fuese.

Las quejas del embajador aumentaron el descontento de Luis XIV, quien manifestó de nuevo su intento y resolucion de no enviar socorro ninguno á Felipe, y su proposito de mandar que suspendiesen su marcha las tropas destinadas ya á la toma de Barcelona, añadiendo con el tono de un monarca ofendido:—Firmaré una paz separada con Holanda y con el emperador, y dejaré á España que se defienda sola contra sus enemi-

gos. Estoy muy resuelto á no esponerme á nuevas desgracias por agradar á la de los Ursinos, y decidido á proporcionar á mis vasallos el reposo que tanto necesitan.—A fin de escitar el ódio nacional contra aquella muger ambiciosa, se dió permiso á Brancas para que publicase esta declaracion en nombre de su soberano.

Este ataque alarmó sériamente á la princesa que empleó toda su destreza para acallar al monarca francés, por medio de la marquesa de Maintenon. Pero en vano repitió que no habian puesto estorbo á la paz sus exigencias; en vano recordó sus servicios pasados, en vano instó á Felipe con empeño para que separase al embajador; Luis XIV cumplió su palabra y no envió socorro ninguno para el sitio de Barcelona, dejando tiempo á los catalanes para que aumentasen sus medios de resistencia. Por último la firmeza de la córte de Francia y el temor del resultado de su resentimiento, obligaron á la princesa á someterse. Volvió á París el cardenal de Giudice quien logró restablecer la buena armonía entre ambas córtes, que volvieron á entablar sus negociaciones sin dureza ninguna, y Felipe envió á sus enviados que estaban ya en Utrecht los plenos poderes para que firmasen la paz.

Esta sumision, hecha á tiempo, disipó la tormenta que empezaba á formarse, y Luis se mostró satisfecho de las esplicaciones dadas por la princesa de los Ursinos. Las tropas que acababan de avanzar á Sicilia recibieron la órden de incorporarse al ejército destinado al sitio de Barcelona, pero cuando anunciaba todo la mayor calma, la ambicion de la princesa y su orgullosa confianza le atrajeron reveses que se hallaba muy distante de imaginar.

Habia recibido Felipe de la naturaleza una organizacion fuerte, y su temperamento no menos que su carácter, lo movian á desear los vínculos del matrimonio (92). Apenas se habian depositado en los subterráneos del Escorial los restos de la difunta reina, que ya se ha-

blaba de otro enlace. Se juzgaba preciso entonces como se hizo mas tarde, elegir una princesa que careciese de la facultad y del amor de mandar de un modo absoluto, con tal de que tuviese prendas para adquirir su afecto, Luis XIV que deseaba fijar el gusto y eleccion de Felipe, propuso una de las princesas de Portugal ó Baviera ó una hija del príncipe de Condé. Pero la suerte futura de España y la eleccion de una reina á quien estaba reservado el turbar ó pacificar á Europa, á nombre de Felipe, no quedó á discrecion del monarca francés. La princesa de los Ursinos, señora absoluta de la voluntad de un rey débil, era sobrada previsora y ambiciosa á un mismo tiempo para perder esta ocasion de consolidar su poder y fijar su suerte.

No es fácil saber el grado de certeza que tenga la creencia de que consoló á Felipe de la pérdida de su amada Luisa; pero lo que si carece de toda duda esque aspiraba nada menos que á sentarse en el trono, al lado de Felipe. Con cualquier otro soberano, un proyecto parecido en la edad avanzada de la princesa de los Ursinos, hubiera parecido demasiado singular para que ni siquiera se hubiese creido; pero como se trataba de un hombre cuyo carácter habia descrito Alberoni toscamente, diciendo que lo único que necesita era un reclinatorio *e le coscie di una donna* (93); si se tienen en cuenta, además los ardides, la ambicion y el carácter de la princesa, no deja este proyecto de parecer verosimil. Por otra parte, los años no la habian despojado todavía completamente de sus atractivos personales, y empleaba todos los recursos del arte para no decaer. Además de una estatura que conservaba aun todas las formas de su primera elegancia, de sus modales agasajadores, de su estudiado prendido, de su viveza perenne, tenia ese tono de resolucion que da la costumbre de un poder de muchos años. Preciso es decir tambien que tenia adquiridos títulos incontestables al respeto y estimacion del monarca, por los servicios que habia

prestado, por su esmero en aligerarle la carga pesada de la administracion, y especialmente por la ternura é interés que habia manifestado á sus augustos hijos. Añadamos además que la costumbre de una sociedad constante y familiar, y la consolidacion que le prestó ella cuando su corazon se hallaba agoviado por el dolor, no es de estrañar que hiciesen nacer en su alma un sentimiento que, si no era de amor, á lo menos podia llamarse de tierno afecto. No es probable tambien que el conocimiento de tantas ventajas debió despertar la ambicion de una muger que abrigaba la pasion del mando, y que gracias á su grande influjo, no menos que á un tono de dignidad que le cuadraba bien, parecia nacida para tomar el título y sostener la representacion que conviene á una soberana.

Por lo demas, su proyecto, si existió realmente, ha debido forzosamente permanecer cubierto con un velo impenetrable; pero si se presta crédito á las aserciones de Alberoni é Isabel Farnesio, y á la misma confesion de Felipe, concibió este proyecto, y solo fracasó tal vez por la vergüenza que hicieron nacer en el corazon de Felipe los sarcasmos lanzados muy á tiempo por su confesor (94). Pero entregando estas observaciones al juicio de las personas que gustan de penetrar los secretos de la historia privada, queda, por lo menos fuera de duda que la princesa de los Ursinos tenia interés, como era natural, en contribuir á la eleccion de una soberana que le fuese tan propicia como la última. Como tuviese además demasiado talento para querer que recayese semejante eleccion en una princesa gobernada por una córte estrangera, supo con habilidad inutilizar las proposiciones de Luis XIV, ocupándose únicamente de hallar una princesa de cualquiera córte insignificante, que reuniese á la hermosura un carácter amable y disposiciones intelectuales no muy sobresalientes, que lá pusiesen en el caso de dejarse guiar por aquella á quien debiera su elevacion. Esta investigacion importante la

ocupaba del todo, cuando una insinuacion casual de Alberoni, hábil agente del duque de Parma, la decidió á fijar su eleccion en una princesa de la casa de Farnesio (95).

Como se hallase hablando con Alberoni, en tanto que pasaba el convoy fúnebre de la reina difunta, le dijo la princesa: —Tendremos que buscar otra muger para el rey,—y en seguida nombró á varias princesas. El astuto italiano tenia reparos que poner á todas, y adivinando el pensamiento de su interlocutora, le dijo: —Necesitais, señora, una princesa obediente y amable á quien no guste mezclarse de negocios de estado.—La princesa preguntó entonces.—¿En donde la hallaremos? —y al punto, con aire distraido, recorrió una á una, todas las familias de Europa; y en seguida; como si se le ocurriese en el acto aquella idea, pronunció el nombre de Isabel Farnesio, hija de Eduardo, último duque de Parma, añadiendo con el mismo tono de franqueza é indiferencia:—Es una buena muchacha, gorda, robusta, llena de salud, educada en la humilde córte de su tio Francisco, y acostumbrada tan solo á oir hablar de las labores de aguja y de bordados (96).—Se aprovechó diestramente de aquella ocasion para dejar caer algunas palabras acerca de los derechos que tenia á los ducados de Parma y Toscana, y que podian contribuir un dia á que recobrase España su ascendiente en Italia.

La princesa de los Ursinos nada contestó por de pronto, de positivo á las proposiciones de Alberoni, pero la confianza que le inspiró la decidió en secreto. Solo al cabo de tres meses, durante los cuales iba en aumento la impaciencia de Felipe, se mostró propicia á sus deseos y le propuso que alcanzase el consentimiento de Luis XIV para un nuevo enlace, si bien no hablando aun de la duquesa de Parma. En vista de esto llamó al conde de Chalais sobrino suyo oficial de guardias españolas que se hallaba en el sitio de Barcelona á fin de encargarlo de este mensage. Lo presentó al momento á

Felipe; pero como el tímido monarca no se atreviese á confesar su deseo tomó la favorita la palabra diciendo: —S. M. desea casarse, y os manda que vayais á París con el objeto de alcanzar el consentimiento y la recomendacion del rey de Francia.—En cuanto cesó su turbacion autorizó Felipe formalmente al conde para que se encargase de este negocio, lo cual verificó Chalais con el mayor interés.

En aquel momento fué, ó muy poco tiempo despues, cuando la princesa aconsejó á Felipe que pidiese la mano de la duquesa de Parma, encargándole mucho el guardar secreto, cosa indispensable para impedir que el emperador trabajase secretamente á fin de romper un enlace que debia dar á España estados en Italia. Se remitió al punto un correo al conde de Chalais dándole contraorden; pero no pudo alcanzarlo en el camino , y el conde llegó á París antes que el correo, y su llegada inesperada escitó vivamente la curiosidad del gabinete de Versalles. Como entonces habia recibido ya la contra órden, pretestó negocios particulares; pero se espiaban con demasiado interés todos sus movimientos para dar crédito á semejante vulgaridad. Por último, despues de negarse á declarar á Torcy el objeto de su mensage, obedeció las órdenes del rey á quién dió cuenta de todo en una conferencia particular.

Ya por entonces habia conseguido la princesa de los Ursinos la dispensa del papa, y con la mediacion de Alberoni , tenia seguridad del consentimiento de la córte de Parma. Juzgó, pues, que era llegado el momento de transmitir á Luis XIV una comunicacion formal, y bajo este supuesto se enviaron al conde de Chalais las órdenes necesarias. El rey de Francia, si bien sorprendido al recibir la primera comunicacion, se mostró mucho mas asombrado y pesaroso al tener noticias del secreto y urgencia con que se habia negociado aquel enlace. Respondió por lo tanto de mal talante:—Está bien , ya que se quiere casar, que se case (97).»

El conde de Chalais regresó á Madrid siendo portador del consentimiento de Luis XIV, si bien dado con poca amabilidad, y por recompensa fué creado grande de España. Hiciéronse á toda priesa todos los preparativos necesarios á fin de que se realizase cuanto antes aquella union en que tenia tanto empeño la princesa de los Ursinos, esperando poner así el sello á su autoridad. En el colmo de su alegría se hallaba, cuando supo con indignacion y no sin recelo que le habian engañado torpemente al describirle el carácter de la futura soberana, la cual en verdad, habia recibido poca educacion pero que estaba dotada de un carácter enérgico y de un entendimiento despejado. Aun cuando se sometia aparentemente á la voluntad de una madre imperiosa y severa, y á las de un padrastro rígido, poseia segun decian, un ánimo é inteligencia superiores á su edad y á su sexo. No fué perdida la noticia, porque la envidiosa favorita despachó al punto un correo portador de órdenes terminantes para que se suspendiese la terminacion de aquel enlace. Llegó el correo á Parma en la mañana misma del dia de la ceremonia; mas como el objeto de su llegada infundia sospechas fué detenido á las puertas de la ciudad é inducido con promesas y amenazas á que no entregase sus pliegos hasta el siguiente dia (98).

El casamiento por poderes se celebró en Parma el 16 de setiembre, el obispo de Imola, legado del papa, lo efectuó, y el duque como apoderado del rey de España recibió la mano de su sobrina (99); despachándose al momento un correo á Madrid portador de esta nueva. La princesa de los Ursinos disimuló su pesar y contratiempo, manifestando en público no menos satisfaccion que el mismo rey Felipe. Pocos dias despues emprendió la nueva reina su viage con un séquito numeroso y soberbio, Se embarcó en Sestri en una galera y llegó á Génova despues de una travesía molesta; desde allí continuó su camino por tierra, y al pasar por Fran-

cia se le hicieron todos los honores debidos á la magestad real. Dos dias se detuvo en San Juan Pie de Puerto con su tia la reina viuda de España, y al llegar á la frontera despidió á todas las personas de su comitiva, esceptuando á la marquesa de Piombino. Desde aquel momento tomó posesion la servidumbre española. En Pamplona halló á Alberoni, quien en consideracion de sus servicios fué creado conde, recibiendo además el título de enviado de la córte de Parma en la de Madrid.

Al llegar al término de aquel viage, salió el rey de la capital á esperar á su desposada hasta Guadalajara, en donde se consumó el matrimonio. Iba acompañado dela princesa de los Ursinos y del conde de Chalais, sobrino de esta, de empleados, y criados nombrados por la princesa, y de este modo llegó el primer dia á Alcalá. La princesa de los Ursinos que habia vuelto á encargarse de su destino de *camarera mayor*, se separó del rey para ir á esperar á su augústa ama hasta Jadraque, pequeña aldea, distante cuatro leguas de Guadalajara, á donde llegó la reina en tanto que tomaba algun refresco la princesa; se levantó esta al punto de la mesa, bajó aprisa, halló á la reina al pié de la escalera é hincando la rodilla, le besó la mano. La reina la acogió con fingida benevolencia, y conformándose á los usos de la etiqueta, la llevó la de los Ursinos á su cámara. Al llegar allí, le dirigió las felicitaciones de costumbre en semejantes casos, espresándole la impaciencia del régio desposado; pero debió ser estremada su sorpresa al ver que la interrumpió la reina, prorumpiendo en amargas reconvenciones, quejándose de que su trage y modales indicaban ambos falta de respeto. La favorita trató de articular algunas disculpas, la reina se mostró mas y mas encolerizada y le mandó con altanería que se callase, y llamando al oficial de guardia que se hallaba en la antecámara, le dijo:—Arrojad de aquí á esta loca que se atreve á insultarme.—Y ella

misma lo ayudó á echarla de la habitacion.

En cuanto se presentó Amezaga que estaba de servicio le dió órden de arrestar á la princesa de los Ursinos, conduciéndola en seguida hasta la frontera; este oficial, turbado le manifestó que solo el rey tenia facultades para dar una órden semejante.—¿No os ha dado el rey, esclamó la reina llena de indignacion, órden de obedecerme sin restricciones?—Como contestase él que así era la verdad, replicó ella con altanería:—Obedecedme, pues.—Como insistiese el oficial en que se le diese una órden por escrito, pidió la reina pluma y papel, y escribió la órden encima de su rodilla.

Al punto se mandó á la princesa de los Ursinos tomar asiento en un carruage con una sola doncella y dos oficiales de guardias, sin que se le diese siquiera tiempo para cambiar de trage. Viajó de este modo escoltada por cincuenta dragones, durante toda la noche, que fué una de las mas frias de invierno, tanto que ni mover podia las manos el cochero. Era tan grande la oscuridad que solo se podia ver el camino, gracias á la blancura de la nieve. La sorpresa y el dolor mas profundo helaron por de pronto los sentidos y facultades de la princesa; pero pronto se cambió este estado de asombro en la mas profunda indignacion y desesperacion, sentimientos que duraron poco y se convirtieron luego en reflexiones amargas y profundas acerca de un trato tan inesperado, tan violento que nada podia justificar. Al volver de su primer asombro, todavía la halagaba la esperanza de que no podria ser duradera aquella posicion, figurándose que el rey que ignoraba lo que acababa de pasar, veria que habian abusado de su autoridad, y que algunos de los muchos parciales que habia dejado en la córte se interesarian todavía en su suerte. Absorta en estas reflexiones, pasó lo restante de aquella larga y terrible noche sin pronunciar una sola palabra; hasta que al rayar el alba, fué preciso detenerse en una mala posada, para

que descansasen los caballos. Ya entonces habia tenido tiempo de pesar sus espresiones y dar compostura á su aspecto; así es que mostró á cuantos la acompañaban su estraordinaria sorpresa, contándoles las circunstancias de su conferencia con la reina. Los dos oficiales, acostumbrados toda la vida á temerla y respetarla todavía mas que al mismo rey, trataron de consolarla lo mejor que pudieron, manifestándole todo el pesar que les causaba tan estraña catástrofe.

Volvió la comitiva á continuar la jornada, y al ver la princesa que no recibia noticia ninguna de parte del rey, fué perdiendo poco á poco sus esperanzas, hasta que por último, se quedó sin ninguna. La situacion verdadera en que se veia, y las privaciones en que no habia pensado en el primer momento empezaron á afectarla en estremo. Ni cama tenia ni provisiones, ni medios de cambiar de ropas de ninguna clase, ni de resguardarse de la intemperie de la estacion, y nada de todo esto se podia esperar que se haria hasta San Juan de Luz. Estos contratiempos inspiraban violentos movimientos de rabia á una muger altanera y ambiciosa, acostumbrada tanto tiempo hacia, á un poder sin límites y á las adulaciones con que la trataban todos en una córte sometida á sus órdenes, en donde se hallaba rodeada de todos los goces que dan el lujo, el poder y la riqueza.

Al tercer dia, sus dos sobrinos el conde de Chalais y el príncipe de Lanti, la alcanzaron en una pequeña aldea en donde le entregaron una carta del rey. Considerando como indigno de ella el mostrar el menor abatimiento, respondió tranquilamente á sus pésames: —¿Qué quiere decir ese aire triste y afligido? Dadme el gusto de tomar otro y dejadme conmigo misma. Podeis volveros; nada tengo de que acusarme y estoy tranquila del todo.—Como pidiese algunos pormenores acerca de la conducta del rey, y de lo que habia ocurrido desde su salida, la enteraron sus sobrinos de que Feli-

pe pasó la noche jugando á los naipes, y que á cada paso preguntaba si habia llegado algun correo despachado por la princesa. A la una se acostó, y al levantarse, se puso en camino para Guadalajara, acompañado del conde de Chalais, en donde supo este por conducto de un criado, la nueva de aquella estrepitosa caida, pidiendo al punto permiso para sí y el príncipe su primo, de poderla acompañar. Grimaldo llevó el permiso del rey, y un pliego que segun él decia, contenia el donativo del principado de Rosas; pero tuvieron órden de no salir hasta la llegada de la reina. Pocas horas despues conferenció largo rato con el rey Alberoni, y á las ocho llegó la reina verificándose al punto la ceremonia del casamiento. Retiráronse los nuevos desposados á su cámara y no se volvió á oir hablar de la princesa de los Ursinos. Por último alcanzó el conde de Chalais órden para marchar; pero en vez del regalo que habia recibido al principio, se le entregó una carta muy fria y respetuosa, en la que se daba permiso á la princesa para que se detuviese en donde gustase, despues de recibirla, y con la promesa de que se le pagarian sus pensiones exactamente.

Esta relacion circunstanciada no dejaba á la favorita esperanza ninguna; pero la sacó de su cruel agonia, y calmó la agitacion de su ánimo. No asomó á sus párpados una sola lágrima, ni espresó su lábio quejas ni reconvenciones; no dió señal ninguna de flaqueza, y aguantó sin quejarse, un frio de los mas penetrantes, la privacion de las cosas mas necesarias, el cansancio de un viage largo y penoso, y con su paciencia y ánimo, dejó admirados á los oficiales que la acompañaban, y á los dragones de la escolta.

Por último, al cabo de un viage que duró veinte y tres dias, llegó la princesa de los Ursinos á San Juan de Luz, en donde quedó en libertad, y en donde terminó aquella catástrofe que debia parecer un sueño á la víctima. Allí pidió permiso para ver á la reina viu-

da de España que estaba en Bayona; pero le fué concedido. Sin embargo, abrigaba todavía esperanza de que seria bien recibida en Versalles, y escribió á la marquesa de Maintenon con el mismo tono de confianza y amistad que antes. «Vivo ahora, le decia, en una casa pequeña pero deliciosa, á orillas del mar; contemplo ámenudo á este elemento, á veces sereno, mas á menudo agitado, como un emblema escelente de las córtes, de todo cuanto he visto, de cuanto me ha sucedido y me ha valido vuestra generosa compasion.» No descuidó enviar á su sobrino con cartas para Luis XIV y los ministros, en las que pedia que le concediese asilo en su mismo pais.

Al cabo de algun tiempo, se dió permiso para que fuese á París, apeándose á su llegada en casa de su hermano el duque de Noirmontier. Todo el mundo se dió prisa á visitarla, mas bien por curiosidad, que por lástima. Al presentarse en Versalles, tanto el monarca francés, como la córte, siguiendo aquel egemplo, la recibieron de un modo tan agasajador, que pronto recobró la alegría y viveza que formaban la esencia de su carácter.

Pero por desdicha, entonces que empezaban á renacer sus esperanzas, esperimentó un nuevo pesar. Movido á ello por los consejos de la reina, dió pasos Felipe para reconciliarse con el duque de Orleans, acusando á la princesa de los Ursinos de su pasado desacuerdo. Los dos agentes del duque, Regnault y la Flotte, que hasta entonces habian estado arrestados, recobraron la libertad, y como consecuencia de esta reconciliacion, dió el duque libertad completa á su resentimiento contra la caida favorita, logrando de Luis XIV órden prohibiendo á la princesa el presentarse jamás ante las personas de la familia de Orleans, lo cual equivalia á desterrarla de la córte (100).

Pocas noticias se conservan de lo restante de la vida de aquella muger célebre. Lo que se sabe con mas cer-

teza, es lo inútil de sus esfuerzos á fin de reconquistar el favor de Luis XIV y la confianza de la marquesa de Maintenon. Cuando se hallaba en el apogeo de su grandeza, encargó á su favorito Aubigny que mandase construir el magnífico palacio de Chauteloup, que destinaba para mansion suya, en tiempos futuros, proponiéndose cambiar su señorío de los Paises Bajos por la provincia de Turena y pais de Amboise que se incorporarian á la corona á su muerte. Pero á su caida no reconoció jamás por suyo aquel palacio y dejó á Aubigny que lo habitase (101). Anduvo rodando al rededor de París y Versalles hasta la última enfermedad de Luis XIV; pero temiendo el resentimiento del duque de Orleans á la muerte de este monarca, salió al punto de París, y despues de sufrir el que se le negase un asilo en Holanda, residió algun tiempo en Avignon, desde donde pasó á Génova. En vano pidió permiso para regresar á Roma en tanto que vivió el papa Clemente; mas fortuna tuvo en este punto, durante el pontificado del nuevo papa, y entonces formó parte de la servidumbre del pretendiente, consolándose como hace notar oportunamente Duclos con la sombra del poder, ya que no podia gozar de la realidad de él (102). Murió en 1722, en edad avanzada.

Ha habido empeño en conocer las intrigas que produjeron su desgracia, y en esplicar el motivo singular de su caida. La opinion mas probable parece ser que se mostró ofendido Luis XIV al ver los obstáculos que creó ella para dilatar la terminacion de la paz y de su negociacion para el enlace de Felipe. El orgullo de la marquesa de Maintenon se resintió al ver la ostentacion é ingratitud de una muger que durante su elevacion, olvidaba lo que le debia en otros tiempos. El mismo Felipe se ofendia al ver sus tentativas para ocupar un puesto en su tálamo y su trono, y estaba cansado de la tutela en que vivia hacia tanto tiempo. Por último, la jóven soberana no podia olvidar que la princesa de

los Ursinos habia querido romper su enlace, y es muy natural que desease verse libre de la tutela de una muger cuya destreza conocia, y cuya vigilancia temia.

Los intereses de todos los partidos estaban acordes para pedir su caida, y no debió de ser difícil el proponer los medios de verificarlo, aun cuando los pormenores de la ejecucion no están muy aclarados. Sin embargo, se cree que no teniendo Felipe ánimo para separar él mismo á su favorita, espidió órdenes reservadas á la reina, dejando á su eleccion y prudencia los medios de ejecucion, y se conserva parte de la carta que contenia aquella órden. Despues de aconsejar á la reina que despidiese á la princesa de los Ursinos, añadia: «por lo menos, cuidáos mucho de no errar el golpe desde el principio; porque si os ve solamente dos horas, os encadenará y nos impedirá de dormir juntos, como hizo con la difunta reina.»

Considerando el carácter y espíritu de intriga de Alberoni, así como el influjo que egerció con la reina, se ha atribuido este acontecimiento a las intrigas de aquel personage; pero es errada esta suposicion, porque ignoraba este plan al recibir á la reina en Pamplona, y trató de disuadirla cuando tuvo noticia de semejante pensamiento. Entonces la reina puso término á la conferencia, arrojando encima de la mesa la carta de Felipe, diciendo:—Leed, y no os mostrareis ya asustado.—Entonces nada pudo añadir Alberoni, quien se negó á prestar su cooperacion, que fué quien llevó á Felipe la noticia de la separacion de la camarera.

Orri y sus agentes se vieron envueltos en la caida de su protectora, y por consejos de Alberoni volvió á recobrar el favor del rey, el cardenal del Giudice, á quien se dió de nuevo el empleo de inquisidor general, y el de ayo del príncipe de Asturias, siendo desde entonces alma de la administracion. Este prelado en cuanto volvió á su destino, se vengó de un modo terrible de la princesa de los Ursinos. Hizo entender á Felipe que era

el Santo Oficio el mejor apoyo de la monarquía, y obtuvo la firma del rey para espedir un decreto en el que se mandaba á todos los consejos que espusiesen sus observaciones acerca de los males causados á la religion y al estado durante el último gobierno. Orri se retiró á Francia; Robinet fué despedido de su cargo de confesor, que se confirió de nuevo al padre Daubenton. Quedaron anuladas las reformas introducidas en los diferentes ramos de la administracion económica, y no solo se devolvieron á Grimaldo los empleos que habia desempeñado en otro tiempo, sino que se le confió la parte principal del gobierno en clase de secretario particular de la reina. Los españoles se gozaron de la caida de una administracion estrangera; y despues de aquella revolucion política, se gozó de una calma cuyo recuerdo se habia perdido, tanto en la córte como en el reino (103.

CAPITULO XXIII.

1715--1716.

Muerte de Luis XIV.—Cambio de política en el gabinete de Madrid.—Rivalidad entre Felipe y el regente, duque de Orleans.—Animosidad contra el emperador.—Carácter de la nueva reina Isabel Farnesio.—Elevacion, influjo y planes de Alberoni.

Despues de setenta años de un reinado glorioso, si bien agitado, terminó Luis XIV su brillante carrera el 1.º de setiembre de 1715, dejando por sucesor á Luis XV, niño débil y enfermizo, que no habia cumplido aun seis años. Segun su testamento pertenecia la regencia al duque de Orleans, quien en virtud de la renuncia de Felipe, y por muerte del duque de Berry, era el heredero presunto de la corona; pero se confió la persona del jóven monarca al duque de Maine, que al mismo tiempo debia mandar la guardia del rey. Se habian tomado igualmente otras precauciones á fin de poner trabas á la autoridad del regente; pero pronto, segun habia previsto el rey difunto, destruyó todas estas trabas el duque de Orleans, alcanzando la sancion del parlamento y la aprobacion de los pares del reino para establecer su gobierno, que fué casi tan absoluto como si hubiera heredado el trono.

La muerte de Luis XIV cambió totalmente, como se deja entender, las miras y situacion de la córte de Madrid, variando las relaciones que existian entre Fran-

cia y España, y haciendo que Felipe adoptase nuevas máximas políticas. Hasta entonces habia estado España sometida á la voluntad del monarca francés; no solo las determinaciones importantes relativas á la guerra y á la diplomacia se habian tomado de órden suya, sino que los negocios mas insignificantes, así como las medidas menos importantes del gobierno se discutian en su consejo. En vano se indignaba Felipe al considerar la esclavitud en que vivia, apenas manifestaba la menor disposicion de independencia, le recordaban al punto los inmensos favores que debia á un gobierno que se habia sacrificado por su tranquilidad, su bienestar y todos sus intereses políticos á fin de elevarlo al trono. Entonces veíase obligado á mostrarse silencioso y sumiso.

Con la muerte de Felipe cesó para él el despotismo, disipándose la especie de sortilegio que lo tenia encadenado, entonces se halló ya siendo dueño de su propia voluntad, de seguir sus inspiraciones personales y las del pais que habia adoptado por suyo. Aun cuando habia renunciado á sus pretensiones á la corona de Francia, jamás habia abandonado la intencion de invocar su derecho de primogenitura en caso de que llegase á quedar vacante el trono, y hasta habia vacilado á veces si bajaria ó no del trono de España para que fueran mas válidos sus derechos. A fin de alcanzar este objeto, quiso apoderarse de la regencia, la cual, segun la constitucion de Francia y la opinion general, le pertenecia de derecho como heredero presunto. No bien tuvo conocimiento de la muerte de su abuelo, convocó á sus consejeros íntimos con objeto de deliberar acerca de este negocio. Pronto, despues de haberlo pensado, se decidió á abandonar aquella idea temiendo que se coligasen contra él las potencias de Europa si confesaba la intencion de invocar sus derechos (104). Así es, que no solo se quedaron burladas sus esperanzas, sino que vió con despecho la conducta del duque de Orleans, quien apoderándose de toda la autoridad, hacia que fuesen im-

posibles todos los pasos dados con este intento, por entonces al menos, y creaba de aquel modo grandes obstáculos para que mas tarde pudiese Felipe realizar sus planes acerca de la reversion de la corona.

Acababa de conseguirse la paz, y era aquella una época nueva en la historia de España, que debia egercer grande influjo, como se verá en lo sucesivo, en la salud y vida del soberano. Felipe, á pesar del letargo en que yacian sus facultades morales y su indolencia habitual, cuyo orígen era la enfermedad que padecia, tenia, empero, la dignidad y el espíritu nacional que han distinguido á los príncipes de la casa de Borbon. Educado en Francia, rodeado constantemente de consejeros franceses desde su llegada á España, no podia menos de mirar con celos la prosperidad comercial de Inglaterra, que miraba como una de las causas que habia contribuido con mas eficacia á disminuir la poblacion de España, á paralizar el comercio y reducir su poder marítimo. Sin perder de vista la posibilidad de heredar el trono de sus mayores, deseaba vivamente poder engrandecer y enriquecer su patria adoptiva, y hacerle recobrar por último su antiguo esplendor. Ni los peligros de una nueva lucha que podia comprometer la seguridad de la corona, eran capaces de desanimarlo para conseguir este objeto de su predileccion. Así, pues, se aprovechó con empeño de esta ocasion en que se restablecia la paz para tomar las medidas que debian darle este resultado. En el tratado de comercio firmado en Utrech con Inglaterra, la casa de Borbon, con la misma fortuna que habia tenido en otras ocasiones, habia alcanzado introducir en el acta de ratificacion una série de condiciones adicionales con el nombre de *artículos esplicativos* (105), que le sirvieron de pretesto para privar á los ingleses de las ventajas que podian darles sus privilegios comerciales en España. Por medio de la imposicion de derechos elevados y de continuas vejaciones, les privó de la facultad de entrar en

competencia con el comercio nacional y las fábricas nacionales. A esta causa deben atribuirse tantas quejas y discusiones diplomáticas relativas al comercio desde la paz de Utrecht.

No se contentaba Felipe con restablecer el comercio y la marina; queria además reorganizar el ejército, de modo que pudiese hacer un papel importante en los negocios de Europa. Verdad es, que poseia aun España y las Indias; pero se dolia de las pérdidas de territorio que habia esperimentado la corona, y anhelaba una ocasion favorable para recobrar la posesion de sus estados de Italia, Gibraltar, Menorca, y hasta los Paises Bajos. Además de las consideraciones políticas, tenia Felipe motivos personales para mirar con interés el logro de estos proyectos, sobre todo porque el emperador contra quien abrigaba un resentimiento muy vivo, todavía usaba el título de rey de España, y los honores á él anejos.

Los diferentes cambios efectuados, tanto en la constitucion como en el estado interior del reino, habian contribuido mucho al afianzamiento del poder y del aumento de los recursos de Felipe. La desmembracion de las provincias cedidas por el tratado de paz, habia sido sin duda un sacrificio aconsejado por la necesidad; pero no era un golpe funesto; antes por el contrario, de este modo se habian destruido las plantas parásitas que bebian la savia de que necesitaba el árbol de la monarquía, cuyas profundas y hondas raices sin duda ninguna estaban en España. Orri habia echado con sus reformas los fundamentos de un nuevo sistema de hacienda, efectuando desde luego importantes economías. El camino estaba abierto para la destruccion de innumerables abusos de toda clase. Aboliendo los fueros de Aragon, Valencia y Cataluña, habia cegado el rey un manantial inagotable de disputas intestinas, y libertado á la autoridad real de mil trabajos que le molestaban. Con el establecimiento de una administracion unifor-

me parecida á la de Castilla, podia esperar que poco á poco acallaria los rencores locales que hasta entonces habian hecho de España una monarquía dividida en tantas naciones como provincias tenia. De este modo fortalecia los resortes del gobierno, y aumentaba de un modo importante las rentas del reino.

Además de estos motivos personales y políticos, que debian producir un cambio notable en la conducta pública de Felipe, preciso es tener en cuenta el carácter y ambicion de Isabel Farnesio. El rey de España era naturalmente melancólico, indolente, taciturno, esclavo de sus costumbres, esposo dócil, pero incapaz de un afecto activo y delicado, amante verdad es, de todo lo grande, pero sin planes ni medios para ejecutar nada importante. Con estas disposiciones de ánimo no podia menos de ser el juguete de las dos mugeres que tuvo, instrumento de los proyectos ambiciosos de estas y juguete de las intrigas y cábalas de sus consejeros íntimos.

La muerte de la primera muger y la caida de la princesa de los Ursinos no produjeron cambio ninguno en su modo de vivir, solitario y monótono. La nueva reina reemplazó á la antigua en el poder lo mismo que en el lecho nupcial; valióse de los mismos medios que María Luisa de Saboya y pronto fué señora no menos absoluta de la voluntad de su marido y de la monarquía (106).

El carácter de Isabel Farnesio quien durante la vida de Felipe tuvo tanto influjo ya sea para turbar la Europa, ya para pacificarla, era casi diametralmente opuesto al de su marido. Educada en una habitacion apartada del palacio de Parma, conociendo apenas el mundo y siempre bajo la inspeccion de una madre austera y vigilante, tenia empero un entendimiento bastante cultivado; conocia la historia y la política mucho mejor que las personas vulgares de su edad; hablaba con facilidad varios idiomas y profesaba una aficion es-

traordinaria á las bellas artes. Su porte era sencillo, si bien interesante; además era muy amable cuando se proponia agradar; sus modales eran seductores y encantadora su conversacion. Aunque por carácter era altanera é imperiosa, sabia dominarse, que esta era una máxima importante que le habian imbuido y que formaba por decirlo así la base de su educacion. Así es que en punto á disimulo y circunspeccion, puede citársela como modelo; por último, dotada de suma destreza para conseguir la realizacion de sus planes, tenia una firmeza estraña á su edad. Ni el tiempo, ni género ninguno de obstáculos podian domeñar su valor, ni podia resistir nadie el ímpetu de sus deseos que era vano empeño el combatir.

Ponia una tras otra en juego sus diversas cualidadades á fin de mandar despóticamente al mas flexible de los maridos, y temerosa de que concibiese el menor recelo, tenia el arte de conseguirlo todo de él, sin que se apercibiese de sus ardides. Halagaba su amor propio exaltando el mérito de su persona; le concedia ó negaba sus favores segun convenia á sus mugeriles planes políticos, y cuidaba sobre todo de la gloria del trono, haciéndole notar este interés. Se esmeraba en complacer á Felipe, no contradiciéndolo jamás, aprobando lo que él aprobaba; al mismo tiempo, seguia con una atencion y destreza superior á todo elogio, los menores movimientos de su corazon y entendimiento, atrayéndolo insensiblemente y como por magia á la realizacion de su voluntad, por contraria que fuese la suya propia. Felipe por otra parte no gustaba mucho de la sociedad y tuvo ella cuidado de nutrir esta aversion. A fin de no apartarse de él ni un solo instante, tomaba parte en su distraccion favorita, que era la caza. Aunque obligada á pasar todos los dias de su vida con un marido melancólico y poco espansivo, no daba á conocer ni cansancio ni hastío de aquella eterna y fastidiosa compañía, teniendo siempre para luchar con el fastidio de

la soledad y la frialdad de la etiqueta un tesoro inagotable de alegría, de gracia y buen humor.

Tales fueron los medios con que consiguió la reina Isabel alcanzar y fortalecer un influjo que ni el tiempo ni los acontecimientos pudieron arrebatarle; influjo que duró hasta la última hora del reinado de Felipe ; por manera que fué ella el verdadero soberano de España.

Nueve meses despues de su enlace, tuvo un hijo que fué el infante don Cárlos. Como presumiese entonces que tendria una posteridad numerosa, no dió paso ninguno que no fuese encaminado á fijar la suerte de sus hijos. Con este motivo alentaba á Felipe en sus proyectos de reclamar la herencia de la corona de Francia esperando que podria conservarla para sus descendientes, en tanto que los hijos de la primera muger permanecerian en España; mas como esto era cosa harto incierta, ó por lo menos distante, se ocupó de sus personales derechos á Parma, Plasencia y Toscana, no separándola de esta herencia sino tres príncipes de los cuales ninguno tenia hijos. Su pensamiento era tomar posesion de este ducado, que miraba como una posicion ventajosa en caso de que la muerte prematura de Felipe disipase sus esperanzas para el porvenir.

El principal consejero de aquella princesa ambiciosa, su maestro en la ciencia política, era Alberoni, quien como paisano y causa de su elevacion, fué su guia y el depositario de sus mas secretos pensamientos. Julio Alberoni, hijo de un jardinero de un arrabal de Plasencia, nació el 21 de mayo de 1664. Recibió la educacion que era consiguiente á su condicion humilde, no recibió instruccion ninguna, ni siquiera los rudimentos de la mas elemental. Durante algun tiempo, ayudo á su padre en sus trabajos diarios y hasta mostró poca disposicion para esta ocupacion penosa ; pero como el célebre Sisto V reveló talento precoz y deseo ardiente de aprender. A la edad de doce años fué segundo sacristan, primero en una y luego en otra de las dos

principales parroquias de la ciudad, en donde llamó la atencion de un clérigo que le enseñó á leer; mas tarde estudió los elementos de la lengua latina; por último entró á estudiar en una escuela de jesuitas. Con tan hábiles maestros desarrolló su estraordinaria capacidad, ingenio y laboriosidad, dejando allí varios volúmenes escritos de su puño, que existian todavía en los tiempos en que escribia su historiador Poggiali (107), adquiriendo un conocimiento tan profundo como estenso de la literatura sagrada y profana. Reunia á un entendimiente vivo, ardiente, emprendedor, mucha flexibilidad, modales seductores, y un don particular de sacar partido de sus conocimientos; porque su entendimiento despejado habia conocido que aquel era el medio mejor de labrar su fortuna.

Su talento, conocimientos y modales agradables, le habian adquirido muchos amigos y protectores, y sobre todo logró la estimacion de Ignacio Gardini de Rávena, juez supernumerario en el tribunal criminal de Plasencia. Como este protector perdiese la proteccion del soberano, y buscase asilo en su ciudad natal, el jóven Alberoni lo acompañó voluntariamente en su retiro. Aquel fué el primer paso para su elevacion. En Rávena fué presentado al conde de Barni, vice-legado, el cual, como fuese elevado al arzobispado de Plasencia, lo nombró su mayordomo; mas como Alberoni no tuviese mas disposiciones para el desempeño de este destino que para la jardinería, fijó su atencion en la iglesia, ordenándose en 1690, y alcanzó un curato insignificante. Con la proteccion de su señor, alcanzó mas tarde una canongía.

Entonces fué ya maestro, ó mas bien amigo del conde Juan Bautista Barni, sobrino de su protector, á quien acompañó á Roma. En este empleo, no solo cultivó la literatura eclesiástica y la filosofía, sino que aprendió el francés, y á esta última lengua debió en gran parte su elevacion. Frecuentaba en Roma la so-

ciedad de muchas personas distinguidas, estrechándose particularmente con el conde Alejandro Roncoreri, que fué obispo de Borgo San Donimo y compañero de viage del heredero de Parma. Al regresar á esta ciudad le ofreció el acaso una ocasion de adelantar y se aprovechó de ella con destreza. Durante las campañas de Vendome en Italia, los ejércitos franceses y españoles se hallaban acantonados en el ducado y oprimian al pais con enormes contribuciones. A fin de lograr algun alivio, envió el duque al obispo de San Donimo como mensagero para que conferenciase con Vendome, y como no sabia el francés el prelado, escogió á Alberoni para que lo acompañase en clase de intérprete.

La viveza, los modales elegantes del jóven sacerdote habian cautivado ya á cuantos lo conocian, habiéndole proporcionado número crecido de protectores que eran desde el momento amigos suyos, á quienes inspiraba tanto afan de servirlo como de salir airosos en sus propios negocios. Al llegar al cuartel general no le fué difícil predisponer á favor suyo al duque de Vendome, por descontentadizo que fuese, así como el ganarse el afecto de los oficiales mas finos del ejército. Durante aquellas negociaciones mitigaba el fastidio de la discusion con dichos graciosos y gracias inagotables; nada perdonó á fin de alcanzar la simpatía y afecto del general francés, ni siquiera las adulaciones mas bajas ni las conversaciones mas licenciosas; de todo probó para agradarle, llegando á tanto su empeño que preparaba con sus propias manos varios guisos de la cocina italiana que despertasen su apetito. Por estos medios adquiria á cada paso mayor favor, y el obispo no tardó mucho en notar el influjo estraordinario á quien llamaba Vendome: *Querido abate*. Los modales toscos del general francés desagradaban en estremo al prelado; por lo cual propuso á su soberano que confiase enteramente la negociacion á Alberoni. Aceptó el duque la proposicion y dió á su agente mayor consideracion confirién-

dole una canongía en Parma, y como era Alberoni á la vez guia é intérprete de muchos oficiales franceses de alto coturno que llegaban de la córte, acompañó á su nombramiento una pension decorosa. Al mismo tiempo se le facilitó un palacio en la ciudad á fin de que pudiese festejar debidamente á aquellos militares. Un escritor contemporáneo que lo vió en aquella época lo pinta así: «Los oficiales franceses se divierten mucho con su buen humor; entretienen al duque de Vendome contándole las gracias, las chanzas y ocurrencias de Alberoni, cuya persona no es menos burlesca que su conversacion, porque tiene la cara ancha y monstruosa, la tez de cobre, nariz chata, anchos hombros y una estatura menos que regular; en una palabra es un pigmeo de quien la fortuna se ha gozado en hacer un coloso.»

La costumbre que tomó Vendome de conversar con él hizo que le cobrase mayor afecto, y cuando al fin de la campaña salió el duque de Italia, aceptó con gozo Alberoni el ofrecimiento de tomar parte en la servidumbre del mariscal, prefiriendo una ocupacion activa á una vida pacífica y monótona en la modesta córte de Parma. Se le confió la correspondencia mas secreta de su nuevo señor de quien era secretario íntimo y á quien acompañó en la campaña de Flandes. A la conclusion de aquella guerra penosa, su protector lo presentó á Luis XIV como persona de raro mérito, de superior capacidad, infatigable para trabajar, cuyos consejos y pensamientos le habian servido de mucho en aquella campaña trabajosa. Tan poderosa rccomendacion le valió los testimonios mas lisongeros del favor real con una pension de 1,600 libras tornesas (6,400 reales vellon) (108).

Al ver necesario que fuese Vendome á España hubo que recurrir al influjo poderoso de Alberoni á fin de decidirlo á que aceptase tan importante mando. A España fué en la comitiva de su protector á quien sirvieron no poco en varias ocasiones su talento y habilidad, sien-

do recomendado varias veces en sus oficios á Versalles, comomodelo de fidelidad é inteligencia, y manifestando que cooperaba mucho con su destreza á inflamar el entusiasmo y amor ardiente de los españoles á su rey.

Trató tambien Vendome de conquistarle igualmente del favorde la córte de Madrid recomendándole como muy entendido en materias de hacienda. En vista de esto tuvo el cargo Alberoni de redactar un plan para el arreglo de las contribuciones, y con ayuda de Macanaz que no era mas entonces que un nuevo abogado de provincia, dió vado á este encargo con tal beneplácito del ministro que se le dieron las gracias en nombre del rey y una gratificacion de 500 doblones.

Necesitaba Vendome un agente tan íntimo y callado para negociar con la princesa de los Ursinos, y era imposible elegir una persona mas capaz de cumplir con los deseos del duque que Alberoni, quien con sus modales conciliadores y su destreza, no tardo en ganarse el afecto de la princesa á quien reconcilió con su protector. No se olvidó ni sus intereses personales, pues al mismo tiempo que negociaba á favor del duque, conseguia de Felipe una pension. Tuvo el dolor de ver morir en sus brazos á Vendome á quien tributó los últimos deberes de gratitud y del afecto mas sincero; pero este fatal acontecimiento que segun todos los cálculos debia destruir todos sus proyectos y ambicion, contribuyó tan solo para que diese nuevos pasos por el sendero de los honores y de la fortuna. Como nadie ignoraba que habia sido el confidente íntimo y fiel depositario de la voluntad del difunto duque, se presentó en Versalles á dar cuenta al rey del estado del ejército, desarrollando sus planes, y dando pormenores relativos á las medidas que debian adoptarse para su realizacion. Fué, como era consiguiente, perfectamente recibido, festejado y mimado como merecian sus prendas. Al despedirse del rey, regresó á Madrid, siendo portador de numerosas cartas de recomendacion, y en España supo

grangearse la confianza de la princesa de los Ursinos. Con los generosos donativos de sus protectores, y el producto de sus rentas y pensiones, logró crearse una fortuna independiente, de la cual hacia el noble uso que acostumbran las almas elevadas.

En cuanto llegó á conseguir un grado eminente de favor; y al verse ya á la mitad de su carrera en España, no olvidó cuidar de los intereses de su pais natal. Con su crédito alcanzó que no se diesen pasaportes al agente de Parma, cuando el duque ofendió á Felipe, reconociendo á Cárlos, como rey de España (109), servicio importante qne le valió en lo sucesivo ser nombrado para este empleo, que desempeñaba precisamente, cuando tuvo medios de contribuir á la elevaciou de Isabel Farnesio al trono de España. Como al llegar á España, despidiese esta, conformándose á la etiqueta, á su servidumbre italiana, se halló aislada en Madrid, y naturalmente fijó su atencion en Alberoni, á quien debia principalmente su elevacion. Despnes de dar tales pruebas de adhesion y hecho un servicio tan importante nadie podia mejor que él, sobre todo siendo agente del duque de Parma, constituirse eu consejero áulico de Isabel, tanto á causa de la grande esperiencia que de los negocios tenia, como del conocimiento exacto que tenia de la córte de España; por lo que nada se hizo sin su parecer. El poder efectivo de Alberoni empezó con la llegada de la reina; porque la caida de la princesa de los Ursinos lo libertó de una dependencia incómoda, de una tutora, ó mas bien rival.

En el número de sus primeras medidas políticas, debe contarse la revocacion de varias reformas eclesiásticas hechas por Orri, el restablecimiento de todas las facultades que pertenecian al Santo Oficio (110), y la vuelta del cardenal del Giudice al despacho de los negocios esteriores, y el nombramiento que en él recayó de ayo del príncipe de Asturias. Tuvo tambien la habilidad de que se nombrase confesor de la reina al pa-

dre Guerra, de orígen italiano, persona cuyo mediano talento y carácter servil hacian de él un instrumento débil y que podia manejarse, como se quisiera. Si no favoreció la caida del padre Daubenton, por lo menos no se opuso á ello, porque estaba convenido de que el recuerdo de este contratiempo serviria de leccion al revoltoso confesor, impidiendo que hostigase á Isabel, como habia hecho con la reina difunta.

Diestro en demasía y harto previsor para comprometer su eleccion, con tentativas permaturas á fin de apoderarse de las riendas del gobierno, continuó egerciendo la autoridad en Madrid, sin mas carácter público que el de ministro de Parma, el cual le daba facultad para asistir al consejo de gabinete. En esta posicion, sus profundos conocimientos en política, la fecundidad de su talento, la facilidad con que despachaba lo mas árduo, y sus modales seductores le daban cada dia mayor ascendiente en el ánimo de un príncipe débil, indolente y melancólico, no menos amante del esplendor del trono que poco á propósito para sostener el peso de la corona. Se fué, pues, elevando poco á poco, y por grados, desde el papel oscuro de consejero ordinario, á quien solo por acaso se pedia consejo, al de consejero íntimo y preferido, hasta tanto que pudiese usurpar á los ministros la discusion de los negocios públicos. Con el conocimiento profundo que tenia de las pasiones que dominaban en el corazon de sus soberanos, conoció harto que las esperanzas que tenia de honores y de mayor elevacion, dependian de la exacta ejecucion de las voluntades respectivas de estos y de la realizacion de sus deseos. Halló, en verdad, qne la nacion estaba estenuada, á consecuencia de la guerra que acababa de tener fin, y arruinada á causa de un sistema vicioso de administracion que daba lugar á numerosos abusos. Por fortuna estaba dispuesto el rey á poner remedio al mal, y prestaba oidos á las mejoras cuyos planes y posibilidad le demostraba Alberoni. Por

otra parte, contaba este mucho con la energía natural del carácter español y con los vastos recursos de la monarquía; considerando empero, que necesitaba cierto tiempo de tranquilidad para que madurasen sus planes, y á fin de realizar medidas que no podia ó no debia, obrando con arreglo á las leyes de la política, poner en ejecucion. Le pareció oportuno no halagar la pasion sobrado marcada que tenia Felipe á la guerra, pero como tenia certeza de la aprobacion del rey, de acuerdo tácitamente con el ministro inglés, halagó constantemente á Felipe con esta frase que erigió en máxima: —Si consiente V. M. en conservar á su reino en paz durante cinco años, tomo á mi cargo el hacer de España la mas poderosa monarquía de Europa (111).—A fin de justificar la verdad de estas promesas, se valió de la cooperacion de su amigo el baron de Riperdá, el cual ideó un sistema nuevo de economía política; en que se trataba del arreglo de la hacienda, de la reduccion de los gastos, de la destruccion de los abusos, de la animacion del comercio, de la creacion de una marina y de un ejército, y por último, de volver á España el esplendor y rango elevado que habia tenido, en mejores dias, en el mundo civilizado (112). Este plan, presentado y patrocinado por la reina, inflamó la imaginacion viva de Felipe, que gustaba infinito de los proyectos vastos, y que además, no desconocia que reinaba mucho desórden en todos los ramos de la administracion pública.

CAPITULO XXIV.

1716.—1717.

Estado de Europa.—Disputas políticas y comerciales entre España é Inglaterra, y planes de Felipe tocante al trono de Francia.—Trabaja Alberoni á fin de lograr un rompimiento con Francia, y á favor de la union con Inglaterra.—Terminacion de un tratado de comercio.—Declárase Felipe contra el pretendiente.—Correspondencia de Dodington, ministro de Inglaterra en Madrid; relaciones de este personage con Alberoni.—Proposiciones hechas á Inglaterra para una alianza contra el emperador.—No son aceptadas.—Tratado que preparó la terminacion de la triple alianza.

Antes de indicar la marcha observada por Alberoni, y desarrollar el plan y los proyectos de un ministro bajo cuyo influjo se vió España llamada á ocupar un punto elevado, y hacer gran papel en Europa, bueño será empezar á echar una rápida mirada á las diversas naciones, interesadas mas de cerca en los negocios de la península, á consecuencia de las estipulaciones del tratado de Utrecht.

Ya no halagaba al emperador la esperanza de arrebatar el cetro español á su afortunado rival, pero insistia en usar del título de rey de España, confiriendo ademas la órden del Toison de oro; estableciendo en Viena un tribunal compuesto de sus principales parciales, bajo la presidencia del arzobispo de Valencia, y declarando el consejo de España desposeido de toda autoridad; al mismo tiempo, confiscaba en los Paises

Bajos é Italia los bienes de cuantos habian reconocido á Felipe.

Las disputas á que dió lugar el arreglo precipitado é imperfecto que terminó la guerra de sucesion, habia desviado al Austria de toda relacion con las potencias marítimas. Mucho sentia el emperador la pérdida de Sicilia; pero lo que mas le afligia era las condiciones onerosas con que tendria que recibir los Paises Bajos, tales como la ocupacion de las principales fortalezas por guarniciones holandesas, con sueldos destinados á su conservacion, sin contar las trabas impuestas por la codicia mercantil de las potencias marítimas al comercio y manufacturas de aquel rico pais. Al mismo tiempo hallábase comprometido en una guerra con los turcos, la cual lo obligaba á concentrar sus fuerzas en las provincias mas apartadas de Hungría, dejando indefensas sus nuevas posesiones de Italia.

Los holandeses se hallaban casi tan descontentos de la Gran Bretaña como el emperador, á consecuencia de las discusiones relativas á la barrera. Celosos de los ingleses que les habian usurpado sus beneficios comerciales, buscaban una ocasion favorable de entablar de nuevo su comercio lucrativo con las posesiones españolas del antiguo y nuevo mundo.

Jorge I que acababa de subir al trono de Inglaterra, no solo tenia que ocuparse de sus desavenencias con el emperador y los holandeses, sino que en lo interior tenia otros contratiempos. Verdad es que se habia sentado en el trono inglés sin sufrir oscilaciones que eran de temer, y que el partido que con tanta ligereza sacrificaba los intereses nacionales, se veia vencido y espuesto á la venganza de la parte opuesta; pero cesó pronto aquella serenidad aparente. Los jacobitas que hácia el fin del último reinado, habian adquirido un ascendiente peligroso, se rebelaron abiertamente, sostenidos por los descontentos y facciosos de los demás partidos. El pretendiente desembarcó en Escocia (enero de 1716), de-

cidido á probar fortuna y hacer esfuerzos decisivos á fin de recobrar el trono, en cuyo propósito lo alentaban secretamente Francia y España.

Los whigs que en otros dias habian abierto el camino del trono á la casa de Brunswich hallábanse entonces debilitados, á causa de sus divisiones intestinas. Aquel desacuerdo que en el siguiente año, debia fortalecer la oposicion con los hombres mas notables de este partido, empezaba ya á formarse, y el mismo palacio del rey era teatro de escandalosas disensiones. Las desavenencias que habian ocurrido entre el rey y el príncipe de Gales, turbaron de repente la paz doméstica, y aumentaron los peligros del trono. La popularidad que acompañó al advenimiento del nuevo soberano, y presidió á la formacion de una administracion nueva, se desvaneció al momento. Las favoritas y las hechuras de estas habian escitado con su rapacidad los celos nacionales contra los estrangeros. Eran ya objeto de censura todas las medidas tomadas por el soberano, las cuales se suponian dictadas con objeto de favorecer los intereses alemanes y dirigidas por agentes de este pais.

Habia Jorge ofendido á las dos grandes potencias del Norte, Rusia y Suecia, separando de esta última á Breme y Verden, y oponiéndose á las tentativas de la primera á fin de tener algun estado en Alemania. Tambien se hallaba empeñado en las disputas con Francia relativas á la ejecucion de los últimos tratados, particularmente en los dos puntos relativos á la demolicion de Dunkerque y á la espulsion del pretendiente. Por último en sus comunicaciones con España, esperimentaba dificultades mayores, que provenian de un orígen inagotable, cual era el *asiento*, porque á pesar de las estipulaciones claras y positivas del tratado, nada se habia acordado aun respecto á este asunto; por manera que los mercaderes ingleses se veian espuestos contínuamente á nuevos vejámenes.

La guerra de sucesion habia despertado la rivalidad antigua entre Francia é Inglaterra, y cuando el aniquilamiento de la poblacion y hacienda de Francia, á consecuencia de los esfuerzos que habia hecho en la última guerra, no permitiese á esta nacion llevar á efecto los planes ambiciosos que habian puesto en peligro la independencia de los estados de Europa, no faltaban motivos para hostilidades indirectas. No se carecia tampoco de medios de aumentar los conflictos que amenazaban á la casa de Brunswick; sin embargo, en tanto que de este modo se aprovechaba el gobierno de las turbulencias interiores de una potencia rival, hallábase agitada la nacion por una fermentacion de turbulencias que presagiaba la guerra civil. El cambio introducido en el órden de sucesion parecia haber conmovido la monarquía hasta en sus cimientos, y un partido muy numeroso compuesto de personas de todas las clases abrigaba vivo afecto á Felipe, como descendiente del último monarca, mirándolo como el apoyo principal de aquel sistema político, que en otros dias habia hecho que fuese Francia la señora de Europa (113).

Victor Amadeo, rey de Sicilia, se hallaba poco satisfecho de las concesiones que se le habian hecho, como recompensa de los servicios prestados durante la última guerra. La avaricia, que era el distintivo de su casa, lo movia á codiciar el Milanesado con título de rey, en cambio de Sicilia, isla muy importante en sí misma, pero distante, y cuya posesion seria muy precaria para un príncipe sin fuerzas marítimas. Con este motivo entró en una negociacion secreta con el emperador, halagándose con la esperanza de poder aspirar á parte de la sucesion austriaca, casando al príncipe de Piamonte, su hijo, con una archiduquesa. Al mismo tiempo que seguia esta negociacion entablada, se reservaba el prestar oidos á cualquiera otra proposicion que pudiera aumentar su poder ó bien ofrecerle mayores ventajas.

Por su parte, el papa no veia con satisfaccion que la

casa de Austria reuniese Nápoles al imperio y al Milanesado, asustándose al considerar que el terrible poder egercido en otros tiempos por las invasiones de la casa de Suabia amenazaba de nuevo á Italia. A estos motivos generales de ódios, hay que añadir otras causas menos fuertes de desacuerdo tocante al principado de Comachio y al señorío de Parma y Plasencia. Seguíase de aquí que el papa cuya importancia como soberano temporal era poco considerable, se hallaba muy dispuesto á conceder á Felipe su proteccion como gefe de la iglesia, y ciertamente que era sobrado importante esta proteccion para que descuidase semejante punto una nacion tan católica como España.

Los estados de segundo órden de Italia, cansados ya de los vejámenes que les hacia sufrir el emperador, y alarmados con los deseos que tenia este de usurpar una supremacia totalmente feudal, nada apetecian tanto como hallar apoyo en alguna nacion estraña, cuya proteccion bastase á darles seguridad.

En esta situacion de los negocios públicos, conoció bien Alberoni que Inglaterra y Holanda serian de mucho peso en la balanza política, y que su apoyo, ó por lo menos su consentimiento, seria de suma importancia para llevar á cabo un plan mediante el que se restableciese en Italia la dominacion española. Por lo tanto, trató de vencer el desvio de su soberano hácia las dos córtes que habian sido durante la pasada guerra sus enemigos mas temibles, y respondió al mismo de que estas naciones prestarian un apoyo público ó secreto. Procuró halagando sin treguas al baron de Riperdá, ministro holandés, alcanzar el apoyo marítimo de la república, y con este objeto propuso tomar doce navíos holandeses á cargo de España, con pretesto de proteger el comercio de América. Temiendo tambien que Inglaterra egerciese influjo desmedido en Holanda, se valió tambien del valimiento de Riperdá, para entablar relaciones directas con los ministros ingleses, y ofreció sus servicios con

el fin de restablecer la armonía entre la Gran Bretaña y España.

El ministro inglés en Madrid (114) refiere así su primer conferencia con este nuevo agente, á quien nunca habia tenido ocasion de hablar, y á quien hasta entonces no habia visto.

«Me avisó el baron de Riperdá que acababa de recibir una esquela en la que se le rogaba que pasase á palacio en donde lo esperaba una persona que debia conferenciar con él por órden del rey. Acudió, en efecto á tal cita, y se halló allí con un caballero (115) de alto coturno, quien segun me dijo él, le manifestó una autorizacion del rey para entenderse con él, á nombre de S. M., y en efecto, hablaron estensamente de los negocios de Holanda. Con este motivo se ofreció dar una satisfaccion completa, y en seguida le rogó aquel caballero que viniese á mi casa á decirme, de parte del rey, que la córte de España estaba deseosa de vivir en la mayor armonía con mi soberano, y que deseando dar de esto todas las pruebas imaginables, se hallaba pronto á revocar *los artículos esplicativos*, y á hacer cuanto fuera dable á fin de vivir en paz y acuerdo con S. M. B. Deseaba aquel caballero que yo hiciese saber hoy mismo á mi soberano estas disposiciones.»

En una carta posterior, añade aquel diplomático: «He visto al caballero de quien hablé, que es el señor absoluto, porque egerce un influjo ilimitado con la reina, y de este modo con el rey, que gusta poco de negocios y que solo hace la voluntad de su muger. Debo añadir que no veo aquí partido ninguno que pueda resistirle (116).»

En los primeros asuntos diplomáticos que se trataron inmediatamente despues de la paz de Utrecht, el gobierno inglés habia tenido que luchar con todo el influjo del partido de los Borbones, que era muy poderoso, y á la cabeza del que se hallaba el cardenal del Giudice, ministro principal, así como con la lentitud, genio díscolo y preocupaciones de los españoles. Apenas se

presentó Alberoni en la escena, quedaron desvanecidas todas las dificultades. Las discusiones comerciales que hasta entonces tropezaban con obstáculos á cada paso, se terminaron al punto. El mismo Alberoni presentó un nuevo tratado de que se constituyó en defensor, mediante el cual se anulaban los *artículos esplicativos*. Se pasaron por alto todos los puntos en litigio, restituyendo á los ingleses las ventajas comerciales de que habian gozado durante los reinados de los monarcas de la dinastía austriaca (117).

El ministro de Inglaterra al anunciar con aire de triunfo á su córte esta transaccion, hizo la observacion siguiente; «Hemos firmado la noche última despues de mil disputas, el tratado adjunto... Me parece que en lo sustancial, nos concede el derecho de aspirar á todas las ventajas comerciales de que gozábamos en tiempo de Cárlos II; pues el artículo primero parece que establece nuestros derechos bajo el mismo pié, y con las mismas ventajas y favores.

«Hemos convenido en que se efectuará la ratificacion dentro de seis semanas, de lo que me alegro infinito, á fin de que podamos acabar cuanto antes; porque os suplico que observeis que el ministerio español habia echado á perder nuestros negocios, ya sea por sus miras estrechas, ya por los rumores absurdos que habian hecho circular los irlandeses acerca de nuestras disensiones interiores, y á las que varios habian dado cierta importancia. No me parece necesario que se halle interesado el honor del rey en desengañar á nadie, si no es á S. M. C. que tiene, segun creo, las disposiciones mejores y desea vivir en perfecta armonía con el rey, mi amo. Sin embargo, no se opone esto á que cuanto acordamos, por la mañana con el rey, se viese deshecho, por la noche por el cardenal Giudice y su partido. Yo bien veia que se manifestaban sospechas, en las que, lo confieso, no reparaba yo el menor fundamento. Hemos estado á punto de firmar durante ocho dias.

«Ayer fuí á visitar á nuestro amigo (Alberoni,) á fin de entregarle el tratado que debia presentar al rey, rogando que dijese, en nombre mio, á S. M. C. que estaba yo en la creencia de que no contenia mas que lo mismo que varias veces habia aprobado S. M.; y que, habiéndome impuesto el deber de no desviarme en lo mas mínimo de sus órdenes, y de usar de sus mismas espresiones, esperaba que se cercioraria de que no dependía de mí el hacer mas, y que por lo tanto, tendria la bondad de terminar este negocio, de cualquier modo que fuese. El amigo lo hizo, á pedir de boca, y el rey leyó el tratado, pidiéndoles, en seguida su parecer, á lo que contestó el mensagero que creia mi empeño muy puesto en razon, y que si lo aprobaba S. M. lo mejor seria declararlo así desde luego, y acabar de una vez. Contestó el rey que le parecia bien y le mandó que lo hiciese firmar. Desde allí fué al punto á la secretaria en donde se estendieron los plenos poderes para el marqués de Bedmar, los cuales quedaron corrientes aquella misma noche, pasamos á casa del mencionado marqués que hallamos en cama, sin que hubiera sabido nada de este negocio, á lo que pienso, antes de la hora de comer. Allí despues de leer el tratado, lo firmamos, y uno de los dos estractos se remitió al rey. Entonces ví al marqués de Bedmar, por primera vez y tal vez por última.

«El conde Alberoni se ha conducido perfectamente y como buen amigo en este asunto, y me encarga que os diga mil cosas en cuanto á sus deseos de serviros en todo, las cuales paso ahora por alto. Solamente dadme órden de decir algo que sirva de respuesta para él, de parte del rey y vuestra, porque esto podrá producir buen efecto, y de todo haré el uso que mas convenga (118).»

El diestro y sagaz favorito no limitó á esto sus servicios, pues no solo persuadió al rey que anulase la palabra de apoyo dada por los ministros al pretendiente,

sino que se preparó á usar de las espresiones mas vivas de interés y amistad para con el rey de Inglaterra. En cuanto se aventuró el cardenal del Giudice á mostrar la sorpresa de ver terminada la paz con un príncipe inseguro en su trono, creyendo un deber en recomendar la causa del pretendiente, cuyos triunfos en Inglaterra creia superiores á la realidad, lo interrumpió el rey con asombro suyo, dándole esta respuesta lacónica pero decisiva:—Miro al rey de Inglaterra como á hermano y estoy decidido á vivir en buenas relaciones con él; así, pues, no hablemos mas de semejante asunto (119).

No contento con esta declaracion particular alcanzó Alberoni del rey de España una prenda pública y solemne de la resolucion que tomaba de no prestar jamás socorro ninguno al pretendiente ni á sus parciales. La redaccion del escrito fué acordada entre Alberoni y el ministro de Inglaterra, y el rey dió á este documento su sancion con la misma buena voluntad que al tratado de comercio. La publicacion de aquel escrito hizo suma sensacion en España, y contribuyó al desaliento de los partidarios de la familia desterrada, tanto en Inglaterra, como fuera.

Tan agradecido estaba el gobierno inglés á los servicios que prestaba Alberoni, que no dudó este ya de su apoyo, ó á lo menos de su connivencia para cuanto quisiera él emprender Se aprovechó, pues, de la ocupacion de Novi por las tropas imperiales, para apelar al rey de Inglaterra, como garante de la paz de Italia, y hasta trató de comprometerlo á una alianza con España con el plausible motivo de conservar la fé de los tratados. Como se creia que estas manifestaciones producirian mucho efecto, ofreció el rey de España á los genoveses que les enviaria una division de tropas españolas, prometiéndoles su proteccion eficaz contra las usurpaciones del emperador (120.)

El mismo ministro inglés fué quien propuso y apoyó esta nueva alianza con España:—No quiero, decia, tra-

zar nuevos sistemas políticos; pero creo que puede acontecer que obrando segun la garantía ofrecida en un punto que reclama con urgencia la intervencion, dariamos un golpe funesto al influjo que tiene aquí Francia, logrando dividir á las dos naciones. A tal punto podriamos comprometer á la reina, que es quien gobierna aquí, que se mirase á S. M. B. como á protector de España, siendo mas favorecido que nunca en sus negocios comerciales. Podiamos comprometer tambien á esta corona á formar parte de las que garantizan la sucesion protestante, cuyo solo afianzamiento, en tanto que reine alguna virtud en Inglaterra será mas importante para nosotros que cualquier otro negocio en el mundo, sin hablar de una garantía mútua del tratado de las barreras con los holandeses, á que podria consentir España, y que miro como un punto esencial para nuestra seguridad.»

Entrando en seguida, si bien con precauciones en la proposicion, añade: «Voy ahora á espresaros cual en mi concepto es el pensamiento de esta córte, hablándoos de lo que probablemente podrá decidirla á contraer las alianzas y á tomar las medidas que desea S. M., sea ahora, sea en lo sucesivo. No se lo que pueden haberos escrito acerca de este punto; pero imagino que nada habrán pedido de un modo positivo, por lo menos lo han callado, que pueda esponerlos áun desaire. Pero en caso de que S. M. quisiera portarse con España como amigo, y declararse amigo de ella, sospecho que la primer cosa que le pedirán habria de ser el que prestase su valimiento con el emperador á fin de que no hiciese cambio ninguno en Italia, y que envie algunos buques de guerra al Mediterráneo á fin de auxiliar á los navíos del rey de España, como aliado suyo bajo pretesto de evitar un desembarco de parte de los turcos. Si al mismo tiempo, entablase S. M. una negociacion para estrechar sus lazos de amistad con España, no dudo que obtuviese condiciones que estaba lejos de prometerse seis meses hace.

«Antes de concluir esta comunicacion, debo llamar vuestra atencion á un punto que interesa á la reina. S. M. B. ya es garante de Italia, y si diese un paso mas y garantizase la conservacion de los estados de Parma y Toscana, á la reina y á sus herederos, estoy persuadido de que alcanzaria condiciones mas ventajosas. Estas dos garantías son en mi concepto las mas importantes y me complazco en repetíroslas: la garantía de la corona en la persona de S. M. y de su real familia y la del tratado de las barreras. He pensado en esto porque dariamos en ello gusto á la reina, cuyo hijo está todavía lejos de ser heredero del trono de España y que nada debe esperar del órden probable de sucesion, y de semejante modo, lograria S. M. aquí mucha consideracion y seria mas amado que los franceses cuando gozaban el mayor favor.

«En mi opinion podría ahora S. M. hacer alianza con España, tan estrecha como quisiera, pudiendo fundarla en bases duraderas á tal punto á causa de las condiciones que alcanzaria, que la nacion rocobraria los sentimientos favorables que en todos tiempos ha mostrado hacia nosotros. Ganaria así S. M. mas consideracion, afecto y estimacion que sus antecesores. Los franceses por su parte, han perdido aquí todo influjo, y por lo mismo la gran dificultad de esta negociacion consistía en abrir ó ensanchar mas esta brecha. La córte los ha tratado últimamente con la mayor indiferencia, y está dispuesta á portarse con ellos como desee S. M., á tal punto que no volverán á levantar cabeza aquí á menos que desperdiciemos esta oportunidad.

«El rey de España se ha reñido completamente con sus antiguos amigos, acordando un tratado que les ha desagradado infinito, sin pedir para sí condicion ninguna, y á pesar de la oposicion de sus ministros. Confesemos que habiéndose confiado á nosotros con tanta caballerosidad, le afligiria esto en estremo, si no hallase en nosotros buena acogida. A pesar del estado de

decadencia en que está España, no hay nacion ninguna que pueda levantarse de nuevo y rehacerse mas fácilmente que ella, y ahora mejor que nunca. En otro tiempo eran para ella una carga sus posesiones de Italia y de los Paises Bajos; lejos de que estas le proporcionasen ventajas era necesario emplear allí los tesoros de las Indias y las rentas de las dos Castillas; en tanto que ahora no ocasionan este gasto, las dos Castillas pagan mas contribuciones que en otros tiempos, y el Aragon y Cataluña, que nada daban antes, suministran tambien recursos cuantiosos. En efecto, las rentas de Felipe V superan, en una tercera parte á las de sus antecesores, y los gastos no llegan á la mitad; por lo tanto, con un poco de órden seria un aliado muy útil.

«Seria para mí una satisfaccion grande y espero gozar de ella, el ver á S. M. al cabo de un año, que apenas habrá mas que empezó á ocuparse de los negocios de España, verlo digo restableciendo aquí el comercio de sus súbditos, alcanzar una garantía de tanto peso para la sucesion protestante y para el tratado de límites, indisponer á Francia con España mas de lo que pudiera hacerlo una guerra de quince años, establecer una alianza duradera entre España é Inglaterra y por último, verle hacer por su pueblo en España en un año, mas de cuanto podrian hacer en cuatro nuestras mezquinas intrigas y negociaciones (121.)»

Era, en efecto, favorable la ocasion que se ofrecia á Inglaterra de estrechar sus relaciones con España, pero, sin embargo, era preciso que se decidiese á sacrificar sus intereses comerciales á esta union política, y los ministros ingleses conocian harto los antiguos celos con que miraba España la prosperidad comercial de las otras potencias, á fin de aventurarse á una guerra, sin mas objeto que el de conservar un tratado terminado mas á la ligera, y que del mismo modo podria anularse. Convencidos tambien de que era el descanso necesario

á la nacion, á fin de que se rehiciese esta, tras de una lucha larga y dispendiosa, amenazados al propio tiempo de una guerra civil, pensaron que era preciso conservar la paz, privando así á los jacobitas del apoyo peligroso de Francia.

Así, pues, eludieron con destreza las proposiciones hechas por la córte española, renovando sin embargo, las protestas de amistad de Inglaterra, á fin de suavizar la amargura del desaire.—S. M., decian, estaria muy dispuesto á celebrar otro tratado con el rey católico, á fin de renovar y confirmar los antiguos; pero la situacion actual de los negocios no le permite ligarse con nuevos compromisos; porque lejos de contribuir á la conservacion de la neutralidad en Italia, es casi seguro que despertarian celos que podrian comprometerlo de nuevo.

Las vanas tentativas que hizo el regente para restablecer el influjo de Francia en Madrid, el interés personal que tenia en asegurar para sí la sucesion eventual de la corona de España, no menos que la insurreccion que acababa de estallar á favor del pretendiente de Escocia, lo decidieron á abandonar su antiguo sistema de política, y adoptar nuevas máximas de conducta con respecto á Inglaterra. Esta rivalidad de intereses públicos y particulares dió lugar á la grande alianza, cuyo único objeto era la conservacion de la paz y la confirmacion de las estipulaciones del tratado de Utrecht, tocante á la sucesion de las dos coronas.

Durante las negociaciones para aquella alianza, se celebraron varios tratados particulares. En el mes de febrero, renovó el rey de Inglaterra su alianza con la Holanda; en el mes de mayo inmediato firmó otro tratado con el emperador, para la defensa recíproca de sus territorios, en la que se incluyó una cláusula, desusada hasta entonces, que contenia la garantía de las adquisiciones que cada una de ambas potencias pudiera hacer en lo sucesivo. A estos tratados siguió un arreglo entre

Inglaterra y Francia, en el mes de junio, en virtud del cual debia el pretendiente ser espulsado del otro lado de los Alpes, demolidas las fortificaciones de Dunkerque, y la sucesion de ambas coronas garantida mútuamente, conforme al tratado de Utrecht. Como quedasen así arreglados separadamente los puntos en litigio, se confirmaron estos compromisos en el mes de julio, por medio de una triple alianza entre Francia, Inglaterra y las Provincias Unidas. Hasta es de creer que con objeto de conseguir la adhesion del emperador, hubo tambien compromisos secretos que le garantizaban la isla de Sicilia, en cambio de la Cerdeña.

CAPITULO XXV.

1716.—1717.

Indignacion de Felipe al tener noticia de los tratados entre Inglaterra, el emperador y Francia.—Conducta artificiosa de Alberoni.—Sus esfuerzos á fin de conseguir una alianza entre Inglaterra y España.—Conferencia de Alberoni con el enviado de Inglaterra.—Estracto de la correspondencia del ministro Doddington relativa á la situacion y planes de Alberoni.

En tanto que Felipe y Alberoni se halagaban con la esperanza de conseguir la coöperacion de Inglaterra, para llevar á efecto sus planes contra Italia, recibieron la noticia con asombro de que se habia firmado un tratado entre Inglaterra y el emperador. El solo rumor que habia circulado de este acontecimiento bastó para alarmarlos completamente.

Cuando Monteleon, embajador de España en Lóndres, trasmitió la desagradable noticia de esta transacion diplomática, el rey echó en cara con bastante dureza á Alberoni su ligereza y presumida confianza.—Ahí teneis, le dijo el monarca con tono mofador, á vuestros ingleses y holandeses, de quienes tanto alabais la amistad y buena fé. ¿Qué podeis decir ahora para defenderlos al verlos entrar en nuevas alianzas con nuestros mayores enemigos, despues de acceder yo por consejo vuestro á sus peticiones, y de haber adoptado todos sus planes?—Alberoni contestó, que aun cuando fuese cierta la noticia, jamás Inglaterra habia ofrecido su

alianza, al cual replicó el rey con viveza:—Nunca lo hubiera creido; que hagan lo que quieran, que yo tomaré mis medidas; esto es indispensable, porque ya no puedo tener confianza en estas dos naciones. Sin embargo, continuaré con disposiciones amistosas hasta que esté convencido de que no hay remedio ninguno.—En seguida acercándose bastante á Alberoni, le dijo con animosidad:—¡Por consejo vuestro he abandonado á mis antiguos amigos! ¡A qué estremo me veo reducido! No puedo contar ni siquiera con un amigo; en verdad que me habeis aconsejado bien......

Desagradó esto si cabe mas á Alberoni que al mismo soberano, porque su carácter impetuoso se indignaba al verse engañado cuando abrigaba mas lisongeras esperanzas, siendo juguete de las protestas de la córte de Inglaterra; pero persuadido de que á nada bueno conduce la cólera, trató de ocultar su resentimiento y continuó empleando el mismo lenguage de conciliacion y amistad, si bien mezclado con espresiones de pesar y sentimiento. En sus conferencias con el ministro inglés, insistió principalmente en la afliccion que habia causado aquel chasco á su augusto amo.—Jamás lo he visto, decia, tan pesaroso, ni jamás me ha tratado tan mal, pues me considera como la causa de esta afrenta inesperada, inaudita, porque he sido yo quien le aconsejó que rompiese con el regente, y se uniera á Inglaterra. Ya no es posible que siga despachando con él. De lo que mas se queja S. M. es del artículo en que las dos partes se garantizan mútuamente, no solo sus posesiones actuales, sino todas las que en lo sucesivo pueden adquirir unidos, imaginándose que este artículo no ha podido ser redactado sino en contra suya, porque nada puede ganar en Italia el emperador, que no sea una pérdida para España. Tambien pone reparos el rey á la disposicion del tratado, que establece la no admision de ninguna otra potencia en la alianza, y piensa que esto es para escluirlo á él y no mas. Mas ¿qué alianza pudiera

hacer España con Inglaterra? ¿Qué compensaciones podria esta ofrecer en cambio de las condiciones favorables, estipuladas en el último tratado, si al mismo tiempo forma alianza con el emperador? Nada tiene España que temer de Francia; esperamos que las potencias marítimas no se declaren enemigas nuestras, y que Inglaterra no sostendrá sus compromisos en lo de la garantía de Italia; lo único que quisiéramos es que el rey vuestro amo consintiese en discutir vuestras reclamaciones, y que en seguida adoptase el partido que le pareciese mas justo, y conforme á sus propios intereses.

«Despues de Dios no espera en nadie el rey mi señor sino en el vuestro, hallándose dispuesto á cultivar su amistad y á favorecer los intereses comerciales de la nacion inglesa. En obsequio de esta rompió sus relaciones con Francia, separándose para siempre de la otra rama de la familia de Borbon, y en verdad que no pudiéramos jamás creer que sin motivo ninguno se reuniese Inglaterra á nuestros enemigos. Pero nos asombra la indignacion de mi augusto amo, y no puede pareceros estraordinario el que nos haya sorprendido el tratado, habiendo sido precisamente firmado este, cuando ningun motivo de temor teníais, y sin que sea posible siquiera adivinar las razones que habreis tenido para dar este paso.

«Os ruego que tomeis en consideracion la situacion cruel en que me veo, yo que he sido el solo que me atreví á persuadir al rey mi señor que renunciase á los compromisos de familia; yo que lo comprometí á libertar por medio de un tratado al comercio inglés de las trabas que lo encadenaban; yo que lo decidí á ser garante del último tratado tan ventajoso para vos, y que estoy pronto á concederos *el asiento*, defendido tanto tiempo hace. Examinad bien esto, y decidme despues si puedo presentarme ante mi augusto amo, habiendo salido responsable de vuestra sinceridad, y que le he re-

petido tantas veces de parte vuestra, que cultivaria Inglaterra su amistad. Ya veis que no puedo entrar en palacio, habiendo aconsejado al rey hace tan poco que cometiese tan grave falta.»

El enviado inglés le declaró en vano una y mil veces que la alianza con el emperador no era mas que defensiva, y que nada contenia de que España pudiera quejarse; á lo cual contestaba Alberoni con las mismas razones.—Inglaterra, decia, ha formado alianza con nuestro mayor enemigo, con el que se niega á reconocer á Felipe por rey de España, con el que inventa cada dia nuevas ofensas contra él, y cuyo poder destruirá tarde ó temprano todos los estados pequeños de Italia.

Sin embargo á pesar del despecho que lo abrumaba, no perdió la esperanza de separar á Jorge de Francia, ó por lo menos de comprometerlo á que no se opusiera á la disminucion del poder de Austria en Italia, ya que no queria tomar en aquel asunto una parte activa; para conseguir esto fijó Alberoni para sí mismo una línea de conducta mediante la cual pudiese despertar sus temores y esperanzas. No llevó á mal que los empleados en las aduanas cometiesen algunas tropelías con los comerciantes ingleses, y descuidó la ejecucion del último tratado. Con esta tolerancia se vieron espuestos los traficantes ingleses á todos los vejámenes de que debia libertarlos el pasado convenio. Se les impusieron nuevos derechos viéndose obligados á pagar las contribuciones municipales de que hasta entonces les habia eximido. Ademas se les impuso la pesada carga de alojar á las tropas, amenazándolos con el destierro si se atrevian á reclamar el restablecimiento de sus privilegios.

A pesar de esto, aparentaba á Alberoni el ser todavía amigo constante de Inglaterra, tratando de persuadir de que hacia cuanto estaba en su mano por calmar la irritacion de Felipe, y por conseguir la reparacion de los agravios y la ejecucion del tratado en que habia to-

mado parte tan directa. Cuando el enviado inglés elevaba reclamaciones repetidas, se lamentaba Alberoni de que fuese tan escaso su poder, atribuyendo todo el mal á la malévola oposicion de los ministros españoles; que eran, segun él decia, enemigos á un tiempo de Inglaterra y suyos. Todo lo remitia para cuando pudiese adquirir el título y la autoridad de primer ministro, y entonces si que daria pruebas de su buena fé mas que con palabras.

—Veo sin cesar, decia, un dia y otro al rey rodeado de enemigos mios; pero se halla S. M. tan perplejo é indeciso, que á pesar del influjo que egerce la reina en su ánimo, nadie puede formarse idea de la dificultad que ofrece el moverlo á tomar medidas enérgicas. Yo, por mi parte, estoy tan desanimado que he anunciado formalmente que no vuelvo á mezclarme en cosa alguna. Sin embargo, á pesar del disgusto con que mira S. M. vuestra alianza con la córte de Viena, todavía le hablaré una vez de este negocio y os daré cuenta de su resultado. Podeis vivir persuadidó de que haré por vos cuanto de mí dependa, porque lo que por vos no haga yo, no lo haré por nadie en este mundo (122).»

Con estos miramientos sagaces, logró Alberoni impedir un rompimiento ruidoso, y trató con promesas y amenazas desunir á Inglaterra de Francia y al emperador. Por otra parte, trabajaba con el fin de calmar la irritacion de Felipe, difiriendo el rompimiento hasta que se hallase mejor preparado para emprender de nuevo las hostilidades, cosa que lamentaba, segun decia, tanto como la ruina de España. Su conducta diestra, sus modales llenos de viveza y seduccion; sus promesas solemnes y repetidas, y sobre todo su fingida franqueza, no dejaron de producir buenos resultados, porque el mismo ministro inglés empleó todo su valimiento para que fuese elevado Alberoni á la púrpura romana, considerándola como una época que debia poner término á todas las dificultades existentes, y como una nueva era

en las relaciones políticas entre Inglaterra y España.

En las páginas que componen estos apuntes históricos, con frecuencia nos hemos aprovechado de la correspondencia de los príncipes de la familia de Borbon y sus agentes, como espresion auténtica de los sentimientos y esposicion sencilla de los planes y proyectos de estos personages. Por fortuna nos hallamos en estado de poder seguir todos los movimientos de la córte de España, al verificarse el cambio de política de que hemos hablado, así como de describir la conducta y elevacion del nuevo favorito, con el ausilio de las cartas del enviado británico con quien Alberoni siguió una correspondencia casi diaria. Difícil fuera presentar un egemplo de un disimulo mas profundo y de una destreza mejor combinada. Como prueba de las ventajas logradas á veces por la mediacion de Alberoni, citaremos la regularizacion de una correspondencia secreta y directa con las dos córtes, con objeto de derribar á Monteleon: quien, de partidario ardiente de Inglaterra, se volvió de repente adicto en estremo al partido francés y á Giudice, y el cual como embajador en Lóndres, se hallaba en la posibilidad de poner continuamente tropiezos en las negociaciones mas fáciles y sencillas. Hé aquí lo que dió lugar á esta correspondencia: Stanhope, hallándose prisionero en Zaragoza, habia tenido ocasion de hacerse amigo de Alberoni, que formaba entonces parte de la servidumbre de Vendome. Era natural que se estrechasen estas relaciones al verse ambos personages en mas próspera situacion. La primer carta con que tropezamos escribióla Stanhope, dando gracias á Alberoni por la terminacion del tratado de comercio. Despues de recordar la antigua amistad que los unia, y los vaticinios que habia hecho pronosticándole que no podia menos su mérito de elevarlo á los mas encumbrados puestos, se da el parabien Stanhope de haber sido buen adivino, y continúa así:

30 de diciembre de 1715.

«El rey, mi amo, está en estremo satisfecho de la conducta del rey de España, que ha puesto término á nuestras disensiones precisamente en el momento en que no hubieran faltado pretestos para sutilezas y ardides, por poco que hubiese desconocido el estado de nuestros negocios. Me atrevo á asegurar que los resultados justificarán que no se ha equivocado S. M. C., conduciéndose como príncipe sábio y justo, porque Inglaterra es inteligente en amigos. Doscientos millones de duros ha gastado con el solo objeto de poder contar con la amistad de un rey de España; y el soberano actual ha dado una prueba que no admite réplica de sus benévolas intenciones. Juzgad, pues, de lo que haríamos por él, si nos necesitase. De todos modos este es el fundamento de una amistad sincera y duradera. Habeis empezado la obra, y tengo encargo del rey mi amo, de dirigirme á vos para llevar adelante tan oportuno pensamiento.

«Tendrá el caballero Doddington la honra de hablaros del asunto del *asiento*, y cierto estoy, de que siendo tan ilustrado como sois, os convencereis plenamente de que mas interés tiene todavía España que Inglaterra en lo que os va á proponer de parte de la compañía del mar del Sur. Os ruego que le escucheis favorablemente, y que despues de enteraros de nuestros deseos, informeis de todo al rey de España, lo que mas convenga á los intereses de esa nacion. En cuanto desaparezca este obstáculo, nada alcanzo que pueda alterar en lo sucesivo, la union que debe reinar entre los dos gobiernos, que en Inglaterra, tenemos por absolutamente necesaria, no solo para el bienestar de ambos pueblos, sino para la tranquilidad de toda Europa. Deseo de todo corazon, que se afiance mas y mas esta union provechosa, y que

lo consigamos por medio de vuestros consejos y servicios.»

Estas protestas y manifestaciones por parte de un ministro que gozaba de toda la confianza de Jorge I, no podian menos de halagar á Alberoni, quien embriagado de alegría, llevaba las cosas al estremo de presumir que podia contar para sí tambien con el apoyo y proteccion de Inglaterra. Así, pues, continuó la correspondencia con igual cordialidad por ambas partes; de consiguiente poco despues, se dejaron á un lado como inútiles y embarazosas, las trabas y formalidades de las cartas oficiales. Una carta de Dodington dá á conocer la naturaleza y resultados de esta nueva correspondencia.

11 de mayo.

«He estado en Aranjuez, y el miércoles 6 por la mañana fuí á casa de Alberoni que dormia aun; le dejé vuestra carta á fin de que se la entregasen tan luego como despertase, y fuí á dar un paseo por el jardin. Cuando volví, estaba ya en el cuarto de la reina, donde me dí prisa á saludarlo. Le referí cuanto me habeis dispensado la honra de escribirme, concerniente á las disposiciones benévolas de S. M. para con el rey de España, y le leí la última parte de vuestra carta. Produjo esto en su ánimo una sensacion muy agradable, y me manifestó que le habian escrito una carta muy amable, de que habia enterado ya á la reina, que ambos se pondrian de acuerdo, en este punto, y hablarian de todo al rey por la tarde. Aun cuando no trato yo á este caballero con intimidad, no dejé de conocer que habia producido la carta un efecto estrordinàrio, y que era llegado el momento de hablar de nuestro negocio. Le dije, pues, que conforme acababa de decir, era evidente que estaba decidida S. M. á conservar una amistad estrecha con el rey católico; pero que tenia razones para creer que se habian presentado recientemente sus dis-

posiciones bajo colores contrarios á la verdad; que no podia impedirme de hacerle entender que sabíamos, de un modo que no cabia duda, que el marqués de Monteleon se hallaba enteramente decidido á favor del partido francés, siendo su enemigo personal y muy afecto al pretendiente; por último que su conducta revelaba en él á una hechura del cardenal. El rey, mi amo, añadí, estaba tan convencido de esto con las mas evidentes pruebas, que creeria yo faltar á mi deber si no pidiese en su real nombre que se destituyese al marqués.

«Se mostró asombrado de esto; —No salgo, dijo, de mi sorpresa; este negocio muy delicado, y exige muchos miramientos; Monteleon sirve hace mucho tiempo, es depositario de ciertos secretos y tenemos que evitar escándalos. —Como viese yo que estaba poco dispuesto á creer que abrigaba dudas el rey Felipe acerca del sincero afecto de S. M. B., le dije que no conocia directa ni indirectamente los motivos en que pudiera fundarse; pero que en todo caso, no se adivinaba por qué se confiaban negocios de importancia á un ministro de España, precisamente en los momentos en que S. M. se digna indicarme que tiene las mas convincentes pruebas de que esta persona es poco á propósito para conservar la union entre ambas coronas, y á tal punto poco conveniente para esta mision que no podia menos yo de pedir su separacion.

«Espero, me contestó, que todo se arreglará; en seguida me volvió á hablar de vuestra carta, que llegó ya, os lo repito, muy á tiempo, y que nos ha servido de mucho ofreciéndome que cuanto antes seria separado Monteleon. En el ínterin, os ruega que no hagais caso ninguno de cuanto os diga este embajador, que lo mismo harán aquí con todo lo que de él venga. Me dijo, ademas, que cuando haya algo que tratar, el mejor modo será que le escribais á él directamente ó á mí. Ha tenido indecible satisfaccion al ver que le habeis escrito de vuestro mismo puño, y al decírmelo sacó la carta del bolsillo para

hacerme ver que eran de vuestra letra muchas caras. Relato esta pequeñez para que sepais que hay personas que se pagan y no poco, de cosas insignificantes. Debo deciros tambien que los asuntos de que sea preciso tratar, no saldrán de los dos soberanos, la reina y nosotros tres.

«Repito que vuestra carta nos ha servido de mucho, y que ha llegado en ocasion en que la necesitábamos indispensablemente. Entonces le dije que todas estas intrigas tenian solo por causa el despecho del partido francés que existe en esta córte, á cuyo frente se halla el cardenal ; que sin duda este se valia de su agente Monteleon, á fin de promover celos sin motivo ninguno y á fin de romper la union que existe entre ambas coronas, y que él, (Alberoni) cimentó con no menos gloria de S. M. C., que de sí mismo.

«Sin duda esperaba el partido francés arrastrar al rey católico, con sus estraños engaños, á que tomase alguna medida loca, y de este modo perjudicar al cré dito de España, pues es preciso, por lo menos, seis semanas para aclarar cualquier negocio, y en este tiempo mucho se podia ganar. Añadí que no podia presentarse ocasion mas oportuna para dar un golpe decisivo y acabar con los enemigos, porque de lo contrario , tarde ó temprano, habrian de destruirlo á él, que sin embargo podia contar de seguro que hallaria en todas ocasiones el rey de España un amigo verdadero en el rey mi amo, y que por lo que á él toca , tiene tantos amigos como S. M. B. tiene ministros, y que vos en particular lo estimais mucho. Creo que lo he entusiasmado á tal punto que no perdonará ocasion ninguna de vengarse.

«En seguida le he hablado de la necesidad de concluir con lo del *asiento*, á fin de que pueda despachar el correo, y para que podamos ambos escribir con mas libertad a Inglaterra. Me contestó que se haria en la semana próxima, y he quedado convenido con él de que nos veriamos para entonces.

. . . .

«Todavía no puedo anunciaros la ejecucion del último tratado, porque no se han espedido las órdenes necesarias á fin de establecer las cosas en un pié conveniente. Atribuyo esto al desórden de este gobierno, á las eternas cacerías, á las continuas jornadas, y tal vez á esta última alarma, mas bien que á la falta de voluntad. Por el contrario, creo que están animados de las mejores disposiciones; pero aun cuando es Alberoni todo poderoso con SS. MM. no es dueño totalmente del ministerio. Me parece, empero, que si el rey nuestro soberano, quiere, lo será en breve.

. . . .

«La reina, sea que es aficionada en realidad á este recreo ó mas bien que desee complacer al rey, se entrega á la caza como su marido. Alberoni me habla con frecuencia de nuestros caballos ingleses quejándose de que los españoles son demasiado fogosos para una señora, y que la reina el otro dia estuvo á punto de dar una caida. Añadió que habia recibido órden de comprar algunos caballos ingleses, y si S. M. juzgase conveniente el enviar dos ó tres, tengo motivos para creer que se agradeceria mucho esta fineza. Con semejante bagatela tendriamos á la reina mas propicia de lo que á primera vista pudiera imaginarse.»

Pronto vamos á ver que pasó todo como deseaba el ministro inglés (123). «El dia mismo en que me preparaba á ir á Aranjuez, escribe Doddington, Alberoni vino á verme y me evitó el viage. Al siguiente dia que fué el último miércoles, pasamos juntos toda la mañana, y despues de hablar del negocio del *asiento*, le manifesté con calor que iba sufriendo ya demasiada dilacion la ejecucion del convenio, y que era intolerable el modo con que son tratados aquí nuestros mercaderes. Le espuse menudamente todas las razones contenidas en la apuntacion adjunta, y las malas consecuencias que debian seguirse naturalmente de este modo de obrar; á lo cual me contestó que esperaba que reconociese ahora

el rey de Inglaterra que valiéndose del mismo conducto que hasta ahora, se han dado algunos pasos provechosos á su servicio; y que esperaba que sucederia lo mismo en lo sucesivo; que podia yo asegurar á S. M. que por su parte estaba convencido de la justicia de nuestras peticiones, y que padecia con todo esto menos que nosotros; que continuaria trabajando sin cesar en el interés de S. M., estando persuadido que era esto conforme con el bien de España.

«Sin embargo, añadió, no hago yo aquí lo que quiero; la reina y yo no tenemos ni una sola persona con quien contar. Si no esperase poder dominar el espíritu estrangero que reina en este gabinete, no permaneceria en España ni veinte y cuatro horas. La reina no puede hacer lo que desea sino muy poco á poco, y yo por mi parte no puedo decirla tanto como quisiera ni usar de su crédito, que á la verdad es algo difícil el lograr que una muger jóven vaya á ocuparse en tratar de negocios de comercio.

«Despues de una larga conferencia decidimos que presentaria al rey un memorial pidiéndole la ejecucion del tratado; redacté yo mismo al punto este documento y lo entregué á Alberoni, que me ofreció hacer cuanto de él dependiera á fin de arreglar estas cosas, y á decir verdad creo todo cuanto me ha dicho.

«Me tomo la libertad de elevar á S. M. un ligero bosquejo de la situacion de esta córte que tendrá la bondad de consultar cuando en lo sucesivo tenga yo la honra de escribirle de asuntos políticos.

«Tenemos aquí dos partidos; uno español y francés el otro. Los españoles ponen todas las dificultades que pueden, mas bien porque todo se hace sin ellos que por la mala voluntad que puedan tenernos. Ya sabeis que están acostumbrados estos grandes á no considerar á sus reyes mas que como objetos de veneracion, y que segun su sistema quieren obrar y disponer de trono segun su capricho y sin que el honor les sirva mas que de

manto. En esto no convendrá jamás la reina, aun cuando el rey se halle siempre dispuesto á ceder, lo cual da á estos magnates medios de crear toda clase de obstáculos á fin de poner estorbos á la marcha de los negocios.

«Al frente del partido francés que es mucho mas temible y sumamente mas activo pudiendo añadir mas poderoso, porque desempeña los destinos principales del estado, está el cardenal del Giudice. Ignoro si sigue este en efecto defendiendo los intereses de este partido con tanto fervor como lo hacia á la muerte del último soberano ó si lo que hace es resultado del mal querer que nos profesa; pero de todo lo que veo deduzco que nada de particular tiene que sea nuestro enemigo encarnizado, y mio particularmente, á causa del papel á que lo hemos reducido desde los últimos tratados. Este buen señor como ve cuanto disminuye su poder, ha conseguido del rey por medio de algunos de su partido, la creacion de una junta compuesta de individuos de varios consejos, á fin de arreglar desde luego algunos puntos que están en discusion con Francia, y para investigar en seguida el estado de todos los negocios estrangeros, la cual tomó el título de junta de dependencias estrangeras. Ha conseguido avasallar á esta corporacion, la cual nos perjudica y no poco; porque despues que está arreglado de un modo favorable algun negocio en los consejos, los reclama esta junta y hace él entonces lo que mas le conviene. Es el modo que tiene de preparar las cosas para ser primer ministro (124). Si bien no tiene gran poder dispone del suficiente para poner trabas á los negocios presentando reparos al rey quien hallándose dotado de una probidad singular, y de mucho sentido comun, se detiene á dificultad mayor, siendo muy difícil lograr que examine el fondo de las cosas.

«Con frecuencia se ha hablado eficazmente á Alberoni de todo esto, diciéndole que sino influye para que

quede disuelta esta junta, y sino toma él mismo la direccion del estado, será inevitable la ruina de España, pues no podremos jamás establecer la confianza mútua tan necesaria á las dos naciones, y me veré obligado á retirarme con el pesar de no haber podido hacer á un soberano el menor servicio. Me ha ofrecido que quedará disuelta la junta y que dentro de poco tomarán las cosas una direccion satisfactoria; pero no es fácil que diga yo cuándo se verificará esto......

«Si no fuera por la reina estoy convencido íntimamente que no hubiera mostrado aquí ni un solo paso ventajoso, y cuando cese ella de abogar por nuestros intereses, podemos despedirnos de España, por ahora no temo que suceda esto porque está declarada á favor nuestro y es enemiga implacable de Francia; creo ademas que podrá S. M., el rey mi señor, conservar el afecto de la reina todo el tiempo que guste. Así, pues, aun cuando no se hallen despachados nuestros negocios y aun cuando hasta el dia no hayamos alcanzado mas que promesas, me parece que nos hemos unido á un partido que tarde ó temprano debe dominar; en una palabra, la potencia que adquirirá mas crédito en España, será aquella que haga ofrecimientos mas beneficiosos para el hijo de la reina. Esta es la grande y única máxima de que jamás se aparta desde que está aquí (125).»

Quejábase el ministro inglés con harta frecuencia de las vejaciones que sufrian los mercaderes ingleses; á lo cual contestó Alberoni: «Lo siento en el alma, pero no puedo remediarlo. Los ministros del rey han sembrado con la mas insigne mala fé tales calumnias con motivo del tratado que he manifestado á la reina mi resolucion de no volverme á mezclar de ninguna clase de negocios. El último sacrificio que por vos haré será el de presentar vuestra nueva queja y en seguida no volveré á hacer nada, porque no me agrada dar palabras que luego no me dejan cumplir.»

Por último, las intrigas de Alberoni lograron mas

que la paciencia, ó mejor dicho, la temeridad del cardenal Giudice, quien contando siempre con el influjo que tenia con el rey, conservaba su destino, á pesar de ofensas é insultos sin cuento. Hubo que recurrir al confesor para que decayese del ánimo de Felipe; á la reina bastó decirle que trataba el cardenal de predisponer la voluntad del rey contra ella y su hijo, para que se declarase abiertamente su enemigo. Como resultado de todas estas intrigas se le separó de todas las funciones ministeriales el 17 de julio, y solo conservó su destino de consejero de estado, siendo nombrado ayo del príncipe de Asturias el duque de Popoli.

Esplica la correspondencia del ministro inglés como se efectuó este cambio, y qué efectos resultaron de él (126). «Adivinareis fácilmente, escribia al secretario de Estado, que el cardenal del Giudice no es hombre que se ofende fácilmente, ni que se deja llevar por lo que le aconsejan su carácter y fortuna; porque de lo contrario hubiera abandonado su empleo cuando tuvo que hacer tan mal papel con motivo del último tratado de comercio. En verdad daba lástima; porque sea como primer ministro, sea como encargado particularmente de entender en este asunto, el mas importante de cuantos ha habido antes y despues de esta negociacion, hizo un papel verdaderamente vergonzoso, asegurando que jamas se firmaria el tratado con semejantes condiciones, y precisamente sin él se estaba firmando en aquel mismo momento. Teniamos motivos para creer que despues de esto hubiera tomado el partido de retirarse; como no lo hiciese, ha habido necesidad de recurrir á otros medios. Ya veremos hasta dónde puede llegar la indolencia, ó mas bien su insensibilidad.»

«Se tiene por un triunfo maravilloso el haber hecho que vaya el rey tan lejos, y se espera que vaya mas lejos todavía, si se obstina el cardenal en resistir. Sin embargo, carece de duda que se ha andado parte del camino para alejarlo de palacio, puesto que ya no po-

drá hablar al rey en particular, y deberá hablarle delante de otras personas. Al siguiente dia de su separacion asistió al consejo, y el rey no se opuso á ello; pero despues pidió permiso para dejar su cargo de inquisidor general y retirarse, lo cual le otorgóel rey, pero como no puede llevar esto á efecto sin autorizacion del papa, podrá todavía sostenerse todo el tiempo que guste, y por consiguiente, desempeñar su destino mucho tiempo aun (127).»

No era el cardenal hombre que se sometiese á esta caida á medias, ó tal vez conoció que seria inútil su resistencia. Consiguió del papa permiso para dejar la inquisicion, á cuyo frente estaba en España hacia mucho tiempo, y se vió obligado en seguida á trasladarle á Roma. Como quedase así vacante el destino de primer ministro, pasó la direccion de los negocios públicos á manos de Alberoni y Grimaldo.

No creyó, empero, todavía Alberoni conveniente el tomar un carácter público, encargándose de tamaña responsabilidad. Se contentó por de pronto, con dar impulso á los resortes administrativos, oculto tras del tapiz hasta el momento en que hubiera conseguido la púrpura romana, objeto de codicia de todo eclesiástico ambicioso, y que da una gran consideracion, sobre todo á un ministro de España, sin contar además que le proporcionaba un retiro decoroso y brillante en caso de caida. Así, pues, todos sus pasos iban encaminados á lograr este fin, y para ganar la benevolencia de su santidad, no escaseó protestas ni promesas. Los reyes de España apoyaron sus gestiones, con súplicas repetidas que dirigieron al pontífice. En tanto que trataba de ganar á favor de su causa á los personages mas influyentes de Roma, ofrecia su mediacion para alcanzar buen fin á las disputas que existian entre el rey y la Santa Sede, negociando un acomodo, y procurando influir para que se restableciese el tribunal de la Nunciatura.

Con el intento de probar el interés con que defen-

dia los intereses del catolicismo, decidió al rey á enviar una escuadra con ocho mil hombres á bordo á Levante, á fin de socorrer á los venecianos contra los turcos, y con este socorro salvó á Corfú, llave del archipiélago. Para recompensarlo por semejante servicio, y agradecido á las promesas de socorrer mas tarde la causa de los cristianos, le otorgó el papa la concesion acostumbrada de la contribucion del clero de España é Indias para continuar la guerra contra los infieles, y además, le ofreció el capelo de cardenal. Esta dignidad futura le sirvió de pretesto plausible para continuar sus preparativos militares y marítimos (128).

Sin embargo, en medio de sus proyectos, fué objeto de un ataque rudo por parte del regente de Francia, que no podia ver con indiferencia aquel poder naciente, su afecto aparente á Inglaterra y el fin del influjo francés, á consecuencia de la caida del cardenal del Giudice. El agente que sirvió en esta ocasion fué Louville, antiguo consejero y favorito de Felipe, que salió de la córte cuando la princesa de los Ursinos era ya omnipotente. Aun cuando desempeñase el cargo de embajador de Francia en España el duque de Saint Agnan, se dieron á Louville credenciales particulares para el rey, y al mismo tiempo se cuidó de darle cartas de recomendacion para Alberoni. El objeto aparente de esta mision, era el proporcionar un acomodo con el embajador, como medio de restablecer la paz general; pero el verdadero y oculto motivo del duque regente era el de renovar con Felipe relaciones familiares que con el influjo de su talento pudiesen contrarestar el poder de la reina y Alberoni, y de este modo anudar los vínculos políticos que unian á las dos córtes de la familia de los Borbones.

Era Alberoni sobrado astuto, y deseaba sobrado no perder el favor que el rey le dispensaba, para que diese á Louville tiempo ú ocasion de cumplir con encargos que desde luego parecian sospechosos. En cuanto llegó

el enviado francés, recibió una carta del secretario de Estado Grimaldo, en la cual se le manifestaba el asombro y desagrado del rey, al verlo regresar á una córte de donde habia sido desterrado, dándole órden para que saliese de Madrid al punto. Todavía estaba asombrado y aterrado Louville de tan inesperada órden, cuando Alberoni entró á visitarlo, abrumándole de pésames, y lamentándose del escaso influjo que tenia, y poco valimiento para evitarle tamaño disgusto; pero se valió de toda su astucia para conocer la naturaleza de sus instrucciones. Louville le mostró sus plenos poderes y las cartas de recomendacion para él, insistiendo en el deseo de que el rey le diese audiencia. El astuto italiano se paseaba por la sala, dando señales de la mas viva emocion, y esclamó:—¿Qué idea, pues, se tiene de esta córte? Es cosa terrible; todo el mundo cree que tengo yo algun poder, y la verdad es, que no tengo ninguno.—Entonces Louville habló estensamente del riesgo que habia si se tratase de ofender la córte de Francia; pero por mas que hizo, por mas que manifestó que no tenia mas encargo que el de restablecer la buena armonía entre las dos córtes: por mas que pidió una y mil veces que le diese el rey audiencia, á fin de que pudiera esponer el objeto de su mensage, sus peticiones, sus manifestaciones, sus mismos ruegos y amenezas, todo fué inútil y sin fruto; y aun cuando se le diese permiso para permanecer algun tiempo en Madrid, tales pasos se dieron con el regente que fué llamado á Versalles antes de que pudiese espresar siquiera cual era el objeto de su malhadada embajada (129).

Al dar cuenta del convenio diplomático relativo al *asiento*, decia el ministro inglés, (5 de agosto): «Adjunto hallareis el tratado firmado por el marqués de Bedmar y por mí, con la ratificacion de S. M. C. Tan luego como recibí la carta del caballero Stanhope, en la que mandaba renovar mis instancias con el mayor interés para la ejecucion del último tratado, tomé la re-

solucion de dirigirme directamente al rey, habiéndolo hecho tantas veces inútilmente á los ministros. En vista de esto, el sábado pasado despues de conferenciar Alberoni, y haber convenido con él acerca de algunos puntos que seria bien añadir, fuí á palacio por la mañana y pedí permiso para hablar al rey. En cuanto se vistió S. M., me mandó entrar en su despacho, en donde tuve la honra de hablarle bastante tiempo.

«Me valí de la ocasion que se me ofrecia al darle las gracias por el tratado del asiento, á fin de espresarle cuanto agradecia su bondad, pues que me suministró los medios de establecer la confianza entre las dos naciones con dos tratados de tan grande importancia; que el rey nuestro señor, por su parte, no dejaria jamás de seguir en tan buenas disposiciones, como de ello habia dado pruebas S. M. con su conducta obervada en la Jamáica, y con los consejos y proyectos que le habia comunicado; que la base mas segura de esta importante union lo único que podria dar fuerza á cada parte á fin de que recíprocamente se sirviesen una á otra, era el restablecimiento del comercio; que habia tenido yo el honor de hacer un tratado en que S. M. habia tenido la bondad de mostrar estos deseos, pero que tan lejos estaba de haber sido ejecutado por sus comandantes y gobernadores, que cada correo traia nuevas quejas relativas á su ejecucion; que en verdad habia diferido yo, en cuanto me habia sido posible hablar de esto á S. M, aun cuando recibiese mas quejas en una semana que podia esperar en un mes, ó que podrian los tribunales remediar en un año; que por lo mismo rogaba á S. M. me permitiese de nuevo conferenciar con sus ministros si continuaba en las mismas disposiciones benévolas, nombrando á uno de ellos encargado de la ejecucion del tratado; supliqué al rey que notase cuanto padeceria España con la ruina de su comercio, y cuan estraño debia parecer esto al rey nuestro señor, despues de dar y recibir tantas pruebas

de amistad, viendo que en vez de remediar los antiguos males como se habia estipulado en el tratado, cada dia habia otros nuevos.

«S. M. contestó en resumen, que se alegraria infinito de dar al rey nuevas señales de la amistad que le profesaba, y que su intencion era que se ejecutase puntualmente el tratado, á lo que contesté yo:—Ya que tiene V. M. la bondad, señor, de hablarme con tanta bondad de este negocio, espero que le alegrará saber lo que se ha hecho, puesto que se halla instruido de todos los pasos que se han dado, y que sabe que para todos estos asuntos, me dirigí tan solo al abate Alberoni. Creo, en verdad, que sin él las rectas intenciones de S. M. hubieran sido vanas, á causa de las intrigas de los que ven con dolor la íntima union que empieza á existir entre V. M. y mi soberano. No puedo menos de alabar la eleccion de un ministro tan fiel y á propósito para los negocios públicos, tan estimado de Inglaterra, y en particular de los ministros de S. M. B. Si se digna V. M. darle órden para que ponga en ejecucion el tratado, me halaga la esperanza de creer que su celo en bien de ambas coronas hará que trabaje en provecho de ambas; sin embargo, recibiré las órdenes de V. M. con el mayor respeto, y las obedeceré en todas ocasiones con la sumision mayor, y cualquiera que sea el medio de que quiera valerse V. M. para dar cima á tan importante obra.

«Tan luego como manifestó el rey del modo mas halagüeño su satisfaccion personal por mi conducta, me dijo que daria las órdenes oportunas para que se ejecutase el tratado, y al punto me retiré contento con semejante promesa.

«Jamás me hubiera atrevido á hablarle, ni de su consejo ni de sus ministros sino hubiese estado convencido, que si pasaba este negocio á otras manos que las de Alberoni, seria imposible hacer cosa ninguna. Además estaba de acuerdo con él y seguro de la reina; así

pues, no podia haber inconveniente ninguno. No habia yo vuelto á oir hablar de este asunto, cuando me envió á llamar Alberoni. Despues de algunas observaciones acerca del pago del *asiento*, necesarias á causa de las dificultades que puso Monteleon, me dijo:—Nos ha hablado el rey á la reina y á mí, de lo que pasó entre él y vos, y S. M. se muestra muy satisfecho de cuanto le habeis dicho, dispensándome la honra de decirme que jamás hubiese escogido á nadie mas que á mí para terminar esta negociacion; desea que quede pronto concluida, y me manda que me ocupe de ella al punto, y la resuelva del mejor modo posible sin depender de nadie en esto. Al mismo tiempo, es preciso confesar que nada entiendo yo de esta clase de arreglos, á pesar de lo cual voy á ocuparme de esto, haciendo lo que pueda, si quereis informarme de lo que debe hacerse, y del modo como debemos conseguir los mejores resultados.

Sin embargo, á pesar de semejantes protestas, parece que poco ó nada se adelantó en este asunto.

29 de agosto.

«Por el estado adjunto de los consejos, os enterareis de la confusion de obstáculos que ofrece aquí el asunto menos importante. Casi no me atrevo á rogar á S, A. R. (130) que crea sinceramente que estoy haciendo aquí cuanto puedo para bien de nuestros asuntos, tan lentos son los resultados que consigo; pero en tanto que no ponga el rey de España al frente de la administracion á algun ministro revestido de bastante poder para obrar con rigor, y para atacar el desórden actual en su raiz, me cuesta trabajo el creer que podremos hacer desaparecer del todo las dificultades de que estamos cercados; porque en tanto que cada consejo, ó mejor dicho cada oficina, ya sea por ignorancia, ya por indolencia ó mal querencia, creará dificultades ó dudas interminables,

acerca de cada cosa de cuántas por sus manos pasan, me parece que no podemos tratar aquí de nuestros asuntos de un modo beneficioso, á menos de que suba al poder alguna persona, que con suma capacidad estuviese en el caso de ver y hacer ejecutar lo que es justo y racional donde quiera que se halle, á tal punto que en vez de ocuparme de negocios, estoy trabajando sin cesar, á fin de alcanzar que se nombre á alguien dotado de capacidad necesaria para tratar de ellos, y resolverlos con la mayor independencia de cualquier otra autoridad.»

Apenas olvidó Felipe los pesares que le habia causado el tratado de Inglaterra con el emperador, recibió la noticia mucho mas enojosa de la alianza de aquella nacion con Francia, y de la inesperada amistad entre Jorge I y el regente. Supo con el dolor mayor la terminacion de un tratado, que no solo destruia todas sus esperanzas de sucesion á la corona de Francia, si el rey niño fallecia, sino que le quitaba la posibilidad de prometerse la regencia, y hasta de poder ponerse de acuerdo con el gobierno. Era de carácter sobrado vehemente para poder disimular su indignacion, y por lo tanto prorumpió en quejas contra los ingleses:—Son esos isleños, decia, los eternos enemigos de la casa de Borbon, puesto que se atreven á decidir de antemano el punto relativo á la sucesion de Francia, punto cuya resolucion debe ser de la competencia esclusiva de los estados de aquel reino.—Al mismo tiempo se quejaba amargamente de la parcialidad é injusticia de los aliados que exigian de él que se conformase á las severas condiciones del tratado de Utrecht, en tanto que permitian al archiduque, que este nombre daba por burla al emperador, que usurpase el título y egerciese las funciones de rey de España. Al colmo llegó su exasperacion al adivinar la existencia de un convenio secreto hecho entre Francia é Inglaterra con el fin de ayudar al emperador á conseguir la Cerdeña en cambio de Sicilia. Con

razon consideraba este arreglo como una infraccion manifiesta del tratado de Utrecht, que quiso evitar la enagenacion de Sicilia, estableciendo que perteneceria esta isla á la corona de España al estinguirse la descendencia de Victor Amadeo. No menos irritada estaba la reina al ver semejante aumento de poder en la casa de Austria, la cual haria que fuese el emperador dueño de Italia, estorbando á menos que no la impidiese del todo, la suspirada sucesion de Parma y Toscana.

Por su parte Alberoni esperimentaba sinceramente el resentimiento é indignacion de los reyes; pero el mismo motivo que lo moviera á ocultar sus sentimientos anteriormente lo decidieron á disimular en esta ocasion, aun cuando le costase un gran sacrificio, el renunciar á la esperanza que habia abrigado de separar á Francia de Inglaterra. Recurrió á toda su destreza para impedir que se tomase una resolucion demasiado precipitada. En tanto que calmaba el ánimo de los soberanos, renovó sus instancias con el gobierno inglés, insistiendo mucho en los conflictos de su posicion. Hallábase, decia, insultado por el rey y sin el apoyo de su protector en quienes fundaba su favor por entonces, y sus esperanzas para el porvenir; repitiendo sus proposiciones de union, y manifestando que solamente con el último convenio celebrado con Inglaterra, habia ofendido tan fuertemente su soberano al regente y roto con Francia.

Gracias á sus consejos lograron los reyes vencer el resentimiento que los animaba, dando á las relaciones entre las casas de Borbon y de Brunswick (5 de octubre) un aire de amistad y confianza que hasta entonces no habian tenido. «El martes 29, escribe el ministro, me recibió el rey en público con estremada bondad, y despues de contestar con amabilidad á mis felicitaciones, me habló con mucha mas estension que en ninguna otra ocasion parecida. La reina se mostró muy satisfecha de la estimacion con que S. M. la mira, y me habló de un

modo tan benévolo durante todo el tiempo que duró la conferencia que todo el mundo notó el contento que revelaban sus palabras y acciones. Me dió una respuesta muy satisfactoria con todas las seguridades posibles de su afecto hácia S. M., y deseo de conservar amistad de tanto precio. Tambien tuvo la bondad esta princesa de honrarme particularmente concediéndome una audiencia sin hacerme esperar hasta el regreso de la misa contra la costumbre establecida. Al siguiente dia me hizo una visita Alberoni en la que me repitió una y mil veces solemnemente que no podian ser mejores á favor nuestro las intenciones del rey, y mas cabal su amistad personal. ¡Quiera el cielo que logremos ver los resultados de tan buenos sentimientos!»

Hablando de Alberoni en oficio posterior, hé aquí lo que dice: «No puedo adelantar gran cosa con él, pero sin él nada es posible absolutamente hacer. En cuanto á los arreglos que exigen nuestro comercio, tengo las mas fieles promesas de que se llevarán á cabo. Me jura Alberoni que todo lo que no hace es porque no está en su poder hacerlo, y que el ministerio se opone con todas sus fuerzas á cuanto quiere él emprender; que estos señores del consejo lo hacen todo ó por sí mismos ó por medio de sus amigos, con objeto tan solo de destruir los planes de Alberoni, y en esto yo lo doy crédito. Espero que no tardará mncho en deshacerse de ellos, asegurándolo que entonces no solo se nos hará justicia sino que gozaremos de algun favor, y que protegerá él en un todo nuestro comercio. Temo que no pueda trabajar públicamente y con prestigio hasta que reciba el capelo de cardenal, lo cual no sucederá tan pronto como fuera de desear, porque existen todavía obstáculos que combatir.»

30 de noviembre.

«Si estuviese Alberoni al frente de los negocios podriamos contar con resultados en vez de promesas; pero

en la situacion presente tendremos que contentarnos de estas últimas, porque ó no puede ó no quiere por ahora, realizar sus promesas. Sino quiere, y por mi parte lo creo así, debemos tener paciencia; sino quiere, no tendremos mas remedio que armarnos de esta virtud, puesque tiene la disculpa de carecer de poder, y de no tener el carácter público de ministro.»

21 de diciembre.

«Es cosa muy delicada el hostigar á las personas que no tienen encargo oficial de los negocios en un ministerio público, y que por consiguiente no están obligadas á hacer mas de aquello que quieren hacer por condescendencia. La verdad es que son tan grandes la confusion y desórden de esta administracion que es no menos difícil que fastidioso el tratar de los asuntos mas insignificantes como de los que tienen la importancia mayor. La lentitud es tal, y tan fuera el tiempo, que aun cuando yo nada he descuidado para abreviar los trámites, no es razonable esperar aquel que nadie logra, y esto preciso es confesarlo, merece alguna disculpa atendiendo á la situacion actual de esta córte.»

28 de diciembre.

«Desde la separacion del cardenal de Giudice, ninguna persona ha habido encargada espresamente de entenderse con los ministros estrangeros. Es costumbre que traten estos de los asuntos de sus respectivas naciones con un ministro de Estado, y el único á quien podemos dirigirnos es á Grimaldo, por ser secretario del rey, el cual no goza de bastante poder ni tiene carácter oficial, y á quien no es fácil hablar si él no lo desea, considerando como un gran favor el dejarse ver; por manera que como las personas con quienes podemos fácilmente entendernos carecen de autoridad, no contraen mas compromisos que los que quieren. Pueden resultar de este modo de negociar una infinidad de inconve-

nientes, y temo mucho que dure esto hasta tanto que estén concluidas del todo las disputas con Roma.»

25 de enero de 1717.

«He visto á Alberoni, jueves pasado, y le he espuesto nuestras dificultades y el origen que las motiva; á lo que me contestó que ya sabia que hemos padecido mucho y durante mucho tiempo, y creo que hablaba con sinceridad; que ya sabia yo que habia tomado en otras ocasiones la resolucion de no volverse á mezclar de negocios, pero que desde ahora se prometia verse pronto libre de toda clase de dificultades, que podia yo contar con que se aprocharia con afan de todas las ocasiones que se ofreciesen de remediar nuestras quejas. Creia que concluirian los altercados del ministerio en una semana, y que entonces haria cuanto pudiese, y por último que no estaba distante el momento en que tocásemos los buenos resultados de su deseo sincero de servirnos. En efecto, considerando el estado presente de nuestros negocios, creo firmemente que antes ó despues se arreglarán á nuestra satisfaccion mútua. No me atreveré á fijar la época; pero en general se puede asegurar que conseguiremos un acomodo ventajoso y definitivo.»

Por último, se efectuaron algunos cambios particulares en la administraccion, que tenian por objeto aumentar el poder de Alberoni, dando á este personage un influjo evidente en los negocios de hacienda é Indias. Aludiendo á esta circunstancia, se espresa así Doddington (11 de febrero de 1717): «Creo que todavía habrá aquí algunos cambios; pero pienso tambien que el temor de verlos realizados paraliza los negocios. El motivo que he tenido para desear estos cambios y hasta para solicitarlos ha sido el ver á los ministros en una especie de mútua dependencia; porque en el estado que tienen ahora las cosas, existe poca confianza entre estos señores y Alberoni, no permitiéndoles este hacer lo que ellos quisieran, y como por otra parte debe pasar lo que

él hace por manos de ellos, tratar de hallar un sesgo favorable ó de poner cuantos tropiezos pueden, lo cual da á todo un aspecto maravilloso de confusion y desórden. Deseo, de todas veras salir de semejante estado de embrollo, de cualquier modo que sea.»

Pero no era escluyendo á ciertos agentes de la autoridad, ni cambiando una rueda por otra como podia Alberoni aumentar su poder. Los ministros españoles. aun aquellos mismos que debian su nombramiento á Alberoni, no consentian en humillarse ante el influjo de un estrangero advenedizo, y se oponian unas veces directa, y otras indirectamente á las medidas que tenian por objeto el destruir las costumbres antiguas ó desarraigar los abusos sancionados por el tiempo. Alberoni introdujo, pues, un sistema nuevo que cambiaba esencialmente la direccion de los negocios de cada ministerio, y que ponia todo el poder en sus manos, constituyéndose él en depositario único de la confianza real, y principal órgano de la voluntad del monarca. No solo redujo y modificó los consejos separando á los individuos cuyo talento ó influjo eran de temer, y ascendiendo á otros que se conformaban en todo con sus planes, sino que con pretesto de conservar el secreto necesario, alcanzó del rey una órden para que los ministros estrangeros no remitiesen sus correspondencias por la via acostumbrada llamada generalmente via de estado, sino por un método particular de correspondencia, llamado via reservada, enviando los pliegos directamente al despacho del rey. Y de este modo se convirtió en ministro del soberano para las naciones estrangeras.

Aun cuando no fuese posible á Alberoni privar á Grimaldo de la confianza del rey, y se viese obligado á apoyarlo en su destino de secretario de Estado, logró reducirlo á la condicion de un oficial, y al mismo tiempo dió el despacho de la guerra á don Miguel Fernandez Duran, marqués de Tolosa, empleado subalterno en aquel ramo (131).

CAPITULO XXVI.

1717.

Vacilan los holandeses antes de formar parte en la triple alianza.—Proposiciones de avenencia hechas á España y al emperador.—Conferencia del ministro de Inglaterra relativa al ofrecimiento de Parma, Plasencia y Toscana.—Prision del inquisidor general de España, por el gobernador austriaco de Milan.—Indignacion de Felipe al ver lo inútil de los pasos dados por Alberoni para evitar un rompimiento.—Carta al duque de Popoli.—Logro de la sancion del consejo de Estado para el principio de las hostilidades.

A pesar de la mayor armonía que existia entre Inglaterra y Francia, y aun cuando las Provincias Unidas de Holanda estaban mejor dispuestas á favor de Inglaterra, los ministros influyentes en el gobierno holandés no tenian grandes deseos de indisponerse con España. Beretti Landi que era embajador de esta nacion en el Haya, logró diferir hasta principios de 1717 la accesion de los Estados de Holanda al tratado que creaba una triple alianza, pero apenas se habia formado esta cuando las potencias que formaban parte de él, empleaban ya todos sus esfuerzos á fin de impedir un rompimiento, constituyéndose en mediadoras para un acomodo que pudiese conciliar los intereses de España y los de Austria. Se habia ya ganado al emperador ofreciéndole el cambio de Sicilia; y se esperaba que el rey, ó por lo menos la reina de España, se contentaria con la reversion de la Toscana y Parma. Pero al hacerse esta proposicion con seriedad veia Felipe todas sus esperanzas

desvanecidas, negándose á aceptar compensaciones distantes é inciertas en cambio de cesiones presentes y positivas. Harto bien conocia que aquella reversion distante y dudosa no podia ser otra cosa mas que el precio de su consentimiento á la transmision de Sicilia al emperador, y una renuncia tácita á toda esperanza de restablecer un dia la dominacion de España en Italia. Un oficio de Doddington al secretario de Estado contiene la respuesta fria y negativa á una proposicion que creian ver acogida de un modo favorable.

12 de abril.

«El abate Alberoni me ha escrito esta mañana una esquela rogándome que fuese á visitarlo á palacio, en donde me habló largamente de la proposicion de avenencia entre esta córte y la de Viena que su magestad ha tenido á bien hacer, rogándome que asegurase á S. M. B. en nombre del rey de España, que está muy agradecido para sus intenciones benévolas en esta ocasion. Me manifestó asimismo que el caballero Beretti Landi lo habia enterado de la conversacion que con él tuvo en el Haya sobre este asunto el caballero Stanhope; que habia él contestado por órden del rey de España que jamás habia pensado en entrar en ninguna especie de arreglo por la mediacion del papa; que si hubiera tenido alguna idea de avenencia, sin duda ninguna hubiera preferido deber semejante paso á la amistad del rey nuestro señor á quien tenia por muy suyo; que gustaba mucho de reposo y tranquilidad y que para conseguir estos bienes estableciendo al mismo tiempo el equilibrio de Europa, daria cuantos pasos le permitiese el decoro.

«En seguida me habló de las proposiciones que se le habian hecho relativas á los estados de Toscana y Parma. El rey me dijo no creyera que fuesen bastantes para restablecer el equilibrio, aun cuando se cediesen

por un tratado estos estados á un hijo de la reina; porque mientras que el emperador sea tan poderoso como es actualmente en Italia, se hallaria siempre en el caso de cumplir ó no su palabra; mas adelante podrian presentarse infinitas circunstancias en las que se hallase dispuesto á infringirlo; además se veia el rey en la necesidad de renunciar para siempre, en virtud de este convenio á todas las justas exigencias que tiene en Italia, las cuales tiene intencion de hacer valer en tiempo oportuno, y todo esto en cambio de derechos de que no podria gozar sino dentro de mucho tiempo y quizá jamás, por vivir todavía tres herederos en una de aquellas dos casas, y dos en la otra, y aun cuando falleciesen estos es dudoso, que se le conservasen fielmente sus derechos, no teniendo mas garantías que una mera promesa y la parte contraria pudiendo disponer de fuerzas considerables. A todo evento se podria entrar en negociaciones sobre este asunto y ponerse de acuerdo si se permitiese al rey el poner guarniciones en las plazas que no las tienen hoy en aquellos estados, hasta que se ejecutase aquel tratado; pero si no se conceden mas garantías que palabras, dejarán mas bien las cosas como están, y espera para hacer valer sus derechos en Italia las ocasiones que pueda ofrecer el tiempo indudablemente. Lo peor que pueda acontecer es ver que el emperador se erige en señor de aquel territorio, lo cual sucederia del mismo modo á pesar del tratado de que se trata, y por consiguiente los derechos del rey serian menospreciados. No es decir esto, añadió Alberoni, que el rey mi amo no de mucha importancia á la garantía de S. M. B., lejos de esto no firmará tratado ninguno cualquiera que sea sin el rey de Inglaterra; pero cree que segun el plan propuesto, podrá el emperador apoderarse de los estados de Italia antes que S. M. ó él mismo se hallen preparados á presentar la menor resistencia (132).»

Los preparativos militares continuaron en tanto con

la mayor actividad; pero la probabilidad de una nueva guerra, las reformas severas en la administracion y la antipatía nacional que inspiraba toda nacion estrangera aumentaban el descontento público, á tal punto que se vió la córte en la necesidad de pedir á Inglaterra permiso para enganchar á tres mil hombres de tropas irlandesas con objeto de emplearlos en el mantenimiento del órden en la capital de la monarquía.

7 de junio.

«En mi última carta al caballero Addison, escribia el ministro inglés, me limité á apuntar el deseo que me ha manifestado Alberoni de enganchar tres mil soldados irlandeses para servicio de España. Nunca hubiera hablado de esto si á ello no me hubiese visto obligado, porque creyó que S. M. no tendrá á bien acceder á esta peticion; pero es indudable que este favor se agradeceria aquí en estremo, y que aun cuando no viniesen mas que dos regimientos se recibirian con la mayor satisfaccion, habiendo en esto que el rey de Inglaterra desea favorecer al rey católico. Hé aquí el motivo que se da para pedir esto con tanto empeño, porque es bien sepais que me hostigan sin cesar para el logro de ello. El descontento del pueblo no tiene límites, y para reprimirlo se necesitan tropas estrangeras. A tal punto han molestado y fastidiado á la guardia valona que ya no pueden contar con ella; así, pues, tendria para estar preparado á los acontecimientos que pudieran sobrevenir, un cuerpo de tropas enteramente sumiso que jamas hubiese estado en el pais (133).»

Aun cuando Alberoni no abrigase esperanza ninguna de impedir la union de Francia con las potencias marítimas, y hubiese fracasado en las diferentes tentativas que hizo con objeto de sembrar la desunion entre los aliados, no por eso trataba este ministro de diferir un rompimiento manifiesto, aconsejando al rey

que contemporizase hasta tanto que tuviese él preparada una escuadra y un ejército con que apoyar sus derechos. Es probable que hubiera decidido á Felipe sin un accidente imprevisto que destruyó sus planes y de resultas del que estalló repentinamente la guerra.

Don José Molinés embajador de España en Roma, fué nombrado inquisidor general en reemplazo del cardenas Giudice. Como cruzase la Italia para ir á tomar posesion de su destino pasó por el Milanesado, llevando un salvo conducto del emperador, y fiado en la promesa verbal que le dió el embajador imperial de que podria atravesar aquel pais con toda seguridad. Sin embargo fué detenido por el gobernador austriaco y encerrado en la ciudadela de Milan. Enviáronse á Viena todos los papeles que se le cogieron, con la esperanza de que entre ellos se hallarian datos importantes que descubriesen los ocultos planes de la córte de Madrid (134).

Esta violencia por parte de un príncipe contra quien asistian ya grandes motivos de queja, inflamó el resentimiento de Felipe, cuyo carácter á pesar de su indolencia habitual era puntilloso y hasta vindicativo. Sin pensar demasiado en el estado poco adelantado de sus preparativos, sin considerar cuan impolítico era el esponerse á luchar con todas las fuerzas de Europa reunidas, se decidió á vengar la injuria que se le habia hecho en la persona de su embajador sosteniendo con las armas el honor de la corona que creia él comprometido.

Colocó esta determinacion á Alberoni en una posicion dificilísima. En vano habia tratado de alcanzar el apoyo ó por lo menos la condescendencia de Inglaterra; no mas afortunado habia sido con los holandeses á quienes hubo de recurrir; con gran temor y contra toda su esperanza veia á la misma Francia unida á las potencias marítimas y al emperador con el fin de garantizar sus posesiones austriacas, y al mismo tiempo

veia la sucesion de las dos coronas de Francia é Inglaterra asegurada por el tratado de Utrecht. No tenia España ni aliados, ni esperanza ninguna de apoyo, sino es la posibilidad remota de que la Turquía llamase débilmente la atencion de la Alemania, ó los insignificantes esfuerzos de los húngaros rebeldes, ó por último la débil esperanza de una cooperacion posible por parte de las potencias del Norte. Lejos estaba la escuadra de hallarse equipada, y la reforma y los cambios verificado, eran demasiado recientes para que se pudiese esperar de ellos prontos y prósperos resultados Habia en la nacion un partido numeroso tenazmente opuesto á todas estas medidas, el cual trataba por lo menos de paralizarlas, por todos los medios imaginables. Alberoni no estaba revestido de ninguna autoridad pública y declarada, sin que tuviese su poder mas base que la proteccion de la reina: y aunque se hallaba encargado de gobernar el timon de la nave del estado dependia de órdenes casuales, y no podia seguir un plan metódico de conducta. A vista de los peligros que amenazaban al pais y á sí mismo, comprometiéndose en la guerra sin estar preparado para sostenerla, se valió de toda su destreza y habilidad para diferir por lo menos el rompimiento. Sus esfuerzos y razonamientos hicieron escasa impresion en el ánimo de un soberano irritado que lleno de resentimiento y amante de las empresas grandiosas se negaba á someterse á los frios cálculos de la prudencia, no viendo mas que la gloria de vengarse á sí, y á su nacion. Los pasos que Alberoni dió con la reina no tuvieron mas próspero resultado, y aun cuando sus reconvenciones la arrancaban lágrimas de vez en cuando, su orgullo ó mas bien el interés que le inspiraba la gloria de su marido, le daban la misma inflexibilidad.

Cansado Felipe de la tenacidad del ministro, y queriendo poner en la balanza de esta contienda el parecer de otra persona de rango elevado y que gozase de

mucha consideracion, escribió al duque de Popoli pidiéndole su dictamen. Merecia este personage la confianza con que le honraba el rey, tanto por su rango como por los destinos que egercia y le daban un influjo grande con la grandeza. Penetró al momento el pensamiento del rey, y como diestro cortesano espresó por escrito una opinion favorable á la guerra, declamando con fuerza contra la conducta del emperador, y probando con copia de datos que los recursos de España no eran inferiores á la importancia de la lucha, y que el triunfo mas completo habria de coronar las armas de S. M. Como tenia amigos y parientes en Nápoles insistia en la invasion de aquel pais en donde seria bien recibido el estandarte del rey católico.

Encantando Felipe al ver confirmada su opinion por autoridad de tanto peso, envió la carta á Alberoni como respuesta sin réplica á todas sus observaciones. Recurrió este al mismo género de polémica para defenderse, escribiendo al duque una carta en que esponía todas sus razones en términos todavía mas fuertes y con una lógica todavía mas severa que la que antes habia empleado á fin de convencer á su soberano. El lector podrá juzgar por sí mismo examinando los siguientes estractos.

10 de junio.

«El rey mi señor me ha entregado, señor duque, la carta de V. E. la cual trata de un asunto que me ha llenado, no puedo negároslo, de horror y consternacion. No tengo la vanidad de que mis razones sean siempre las de mas valer, pero creo sin embargo que son en esta ocasion bastante fuertes para probar que vuestro proyecto seria la ruina de este pobre pais, tan exhausto ya á causa de las guerras precedentes y que no puede recobrarse de sus desgracias y curar sus hondas llagas

sino con el bálsamo de una paz duradera de que tiene mas necesidad que nunca.»

En seguida sienta la cuestion de saber si la prision de Molinés fué ó no una violacion de la neutralidad de Italia y decidiéndose por la afirmativa, continúa del siguiente modo:

«Pero, ¿cuáles son las fuerzas, cuáles los tesoros con que podria contar el rey católico no mas que para atacar al reino de Nápoles? Y aun suponiendo que existiesen 2.000,000 de duros en el tesoro, que tuviésemos una escuadra formidable, medios de trasportes, víveres y municiones de artillería; dando de barato que nuestra escuadra, tal como es, fuese bastante fuerte, que anclase en el puerto de Nápoles, que se declarára todo el pais favorable á la causa del rey, y que por último se rindiesen á sus armas todas las plazas fuertes; ¿quién podria responderde la conservacion de esta conquista? Nada de cuanto acabo de espresar tenemos, y sin embargo todo es indispensable. ¿Podrá decirnos el señor duque de Popoli cuanto tiempo será preciso para producir este milagro? ignora S. E. que bastan apenas dos meses para una mera espedicion á Mallorca? Puesto que tan inmensos preparativos exigen tiempo todavía mas dilatado, será preciso que la escuadra destinada para empresa tan gloriosa permanezca entre tanto en el puerto de Cádiz ó Barcelona en donde esté sepultada en la inaccion, para vergüenza de España y escándalo del mundo.

«Pensad bien, señor duque que antes de la declaracion de guerra contra los turcos habia alcanzado el emperador, por la mediacion del papa la seguridad de que el rey de España no atacaria sus estados de Italia ¿Puede y debe S. M. considerar la prision de Molinés como una infraccion de la neutralidad, é inferir de aquí que puede anular su promesa? Segun la garantía de las potencias marítimas y Francia, no debe haber guerra en Italia, ni debe verificarse cambio ninguno en las pose-

siones existentes. Es así que represalias fundadas ó no, no pueden confundirse con actos de hostilidad entre dos potencias enemigas ya.

«Supongo, señor duque, que desembarquen nuestras tropas, y que tomen posesion del reino de Nápoles; esto es lo que deben desear los alemanes, de mas conveniente para ellos. En efecto, una agresion tan precipitada por parte nuestra, les daria un pretesto escelente para ejecutar sus vastos y ambiciosos proyectos. La córte de Viena, no hay que dudarlo, al recibir la primera noticia de semejante invasion, se apresuraria en hacer la paz con los turcos; ó bien dando órdenes, desde luego para cuidar de la defensa de sus estados, por esa parte enviaria á Italia un cuerpo de diez y ocho mil hombres para ocupar al punto á Parma, Plasencia y Toscana. Supongamos mas, y es un desembarco afortunado y la ocupacion pacífica del reino, no seria absolutamente necesario conservar la escuadra en el puerto de Nápoles, y tener preparados buques de trasporte? porque de lo contrario, no tendria el rey aquí medio ninguno de retirar sus tropas.

«Pero ¿qué dirian los holandeses si viesen semejante agresion, precisamente cuando parecen dispuestos á unirse á España y reconciliar al rey con el archiduque? ¿Qué diria Francia que ofrece decidir á las potencias marítimas á asegurar á don Cárlos los estados de Parma, Plasencia y Toscana? ¿Qué diria tambien Inglaterra, que conoce y apoya este arreglo? ¿Y qué pensamiento horroroso, señor duque, seria el sumir á sabiendas á dos soberanos jóvenes y candorosos en tan terrible conflicto? Seamos francos, seria dar ocasion á toda Europa para que creyese y dijera que varios *locos italianos* por amor á su pais, han incitado al rey á consumar la asolacion y total ruina de España.

«No olvideis, señor duque, que no puede el rey católico prometerse la conquista de Italia sin el ausilio de poderosos aliados, sobre todo no teniendo ni tropas,

ni dinero, ni generales hábiles y esperimentados. ¿Podemos segun la frase de V. E. oponer la fuerza á la fuerza, con tres reinos (135) mas descontentos que nunca, con un pueblo exasperado, una nobleza turbulenta, y sobre todo privados como nos hallamos, de todo socorro humano? En asunto de tanta magnitud, no me encuentro con ánimo de decir, ni hasta de pensar que, á pesar de tantas dificultades, debemos entregarnos en manos del acaso, sin contar mas que con la justicia de nuestra causa. Del mismo lenguage he usado al hablar á SS. MM. desde la vez primera que se han dignado consultarme en estas circunstancias á tal punto, que aun cuando se vea coronada la empresa del éxito mas brillante, mucho celebraria que supiese todo el mundo que no la habia aprobado yo. Ruego á V. E. me devuelva este papel, escrito de prisa y sin preparacion, tan luego como lo haya recorrido, guardando profundo secreto acerca de su contenido; me atrevo á esperar que me concedereis esta gracia, contando con vuestro honor y probidad, y en todo caso *salvo saniori judicio* (136).»

Esta carta improvisada, en que nos dejó Alberoni pruebas de su razon y prevision en política, causó profunda impresion en el ánimo del duque de Popoli, quien tuvo la buena fé de elevar otra carta al rey, en la que se retractaba de su primera opinion como poco fundada y hasta errónea, manifestando que seria intempestivo el empezar por entonces las hostilidades. No pudo menos de dar diestramente, como motivo de su retractacion la carta de Alberoni que al mismo tiempo comunicaba al rey. Despues de leer Felipe este documento, envió al punto al padre Daubenton con la carta, á casa de Alberoni, para que le preguntase si conocia aquel papel que habia llegado á sus manos. Esperaba quizá el rey que lo negaria Alberoni, lleno de miedo; pero no tenia este personage carácter tan pusilánime; por lo tanto, confesó francamente y sin vacilar que él mismo habia

escrito aquella carta; pero á pesar de la revelacion indiscreta del duque, manifestó su satisfaccion de que hubiese llegado aquel papel á manos de S. M., declarando sin ambages, que miraba con demasiado interés la gloria y prosperidad de su señor, para desdecirse de un dictamen que creia él fundado en principios de una verdad incontestable. Rogó al padre Daubenton que fuese él quien escribiese esta respuesta, al dorso de la carta, y al momento de firmar, el confesor le dijo:—Yo por mi parte estoy por la guerra, y no puedo menos de deciros francamente que vuestra obstinacion exasperará al rey, y que puede esponeros á una caida.

Insistió Alberoni luchando con la tenacidad del rey del mismo modo, y repitió una y cien veces que era imposible tratar de atacar á Nápoles, manifestando tambien que estaba muy adelantada la estacion para invadir la Cerdeña; habló así mismo del ataque contra los turcos, ó segun las promesas hechas al papa, de un desembarco en las costas de Africa, como de empresa fácil de ejecutar, y sobre todo mas en armonía con el honor é intereses de España (137).

A pesar de las órdenes terminantes de Felipe, que inutilizaban toda oposicion, abrigaba Alberoni demasiados temores acerca del éxito probable de la guerra para aceptar la responsabilidad de tamaña empresa; por lo tanto, sometió este negocio al consejo de Estado, y solo conformándose al parecer de este que coincidia con la voluntad real, empezó la guerra.

CAPITULO XXVII.

1717.

Armamentos en los puertos del Este de España.—Alberoni cardenal romano.—Salida de la espedicion española contra Cerdeña.—Pasos de Alberoni para engañar á las córtes de Inglaterra y Francia.—Invasion y conquista de Cerdeña.—Trata España de justificarse.—Temores y preparativos de Inglaterra y Francia.—Proposiciones para un arreglo hechas á España.—Preparativos para otra espedicion.—Mision de Stanhope á Madrid á fin de hacer proposiciones para un acomodo.—Logra por fin Inglaterra vencer la frialdad de Holanda y Francia.—Conferencia del ministro inglés con Alberoni, con motivo de las proposiciones.—Parece dispuesta la córte de España á aceptar las condiciones propuestas.—Enfermedad y restablecimiento del rey.—Impopularidad de Alberoni; anécdota relativa á la burlesca disputa del cardenal con el duque de Escalona.

Por opuesto que fuese Alberoni á la guerra, apenas se cercioró de que era inevitable, se ocupó de los preparativos necesarios con el mayor afan, y hasta con alegría. Pero sabia que corria el riesgo de desagradar al papa, violando tantas y tan solemnes promesas, y que era preciso renunciar á la esperanza de conseguir el capelo, objeto de todos sus deseos. Delicada era la posicion; por otra parte, ¿cómo podia vencer la indecision de la córte de Roma en donde los planes de Felipe y el crédito personal de su ministro tenian que luchar con el influjo del emperador y las intrigas del cardenal del Giudice. Este último no podia desperdiciar la ocasion que se le ofrecia de vengarse de las humillaciones que habia sufrido, y á vista de la indecision

del papa y del desagrado que habia causado al rey la oposicion de Alberoni, los numerosos enemigos del ministro se gozaban suponiendo la cercana caida de éste, creyendo que no era fácil evitar este reves (138).

Solo un golpe decisivo de autoridad podia sacar á Alberoni de aquella posicion embarazosa, y no vaciló en arriesgarlo. Sin cuidar de que se hubiese ó no efectuado la reconciliacion con la córte de Roma, y que se hallase ya el nuncio en Perpiñan (139), espidió un decreto para que se impidiese la entrada de este personage en España; en tanto que por otra parte, enviaba á Roma un correo, anunciando que solo la dignidad esperada tanto tiempo hacia, podria ser el precio de la reconciliacion. A fin de calmará los partidarios del emperador, iba acompañado el mensage de una declaracion en que se manifestaba que los preparativos de España no se destinaban á hostilizar á este príncipe, y se renovaban las promesas hechas anteriormente de continuar la guerra con los infieles.

Semejante sistema de negociacion era, por lo menos, breve y claro; de este modo, venció Alberoni la indecision del pontífice que deseaba alcanzar las ventajas de la reconciliacion, no menos que el ministro el capelo de cardenal. Así, pues, accedió su santidad á la peticion del ministro español, y el nuncio entró en España. El pontifice, en el primer consistório solemne, anunció la promocion de Alberoni, cuyo noble carácter y eminentes servicios encomió estraordinariamente, añadiendo que era imposible resistir á las recomendaciones de los reyes de España, que habian manifestado un interés en alcanzar aquella elevacion que seria escesivo todavía si se tratase de un príncipe de la real familia. En vano, se declaró el cardenal del Giudice, con vehemencia, opuesto á la persona y administracion de Alberoni; de nada valió tanta elocuencia, y el 10 de julio, un mensagero especial salió de Roma portador de tan fausta nueva.

El anuncio de esta promocion fué la señal para que se ejecutase la empresa. En tanto que toda Europa se hallaba inquieta, Inglaterra temiendo otra invasion á favor del pretendiente, el emperador temblando por Nápoles, Victor Amadeo por Sicilia, y los genoveses por sus mismas costas; en tanto que soñaba ya el papa un golpe decisivo contra los infieles, y que la córte y la nacion se hallaban llenas de rumores é incertidumbre que turbaban el sosiego público, don José Patiño, amigo y confidente del ministro, salia para Barcelona, siendo portador de las órdenes terminantes para la salida de la espedicion (140).

Lejos de dormirse Alberoni, montaba nuevas baterias y se valia de nuevos ardides. Tan pronto parecia que su único objeto era ganar tiempo; tan pronto se le creia decidido á dar un golpe decisivo á fin de sembrar lo discordia entre los enemigos. Nos entera la correspondencia del ministro de Inglaterra, (3 de agosto) de que trató, con mucha destreza, de renovar la cuestion de los convenios comerciales, prodigando todavía ofertas de remediar los abusos de que se quejaban los mercaderes ingleses y de cultivar la amistad de Inglaterra. Acompañaba estas promesas de sus pretestos ordinarios para diferir la de este asunto, y especialmente insistia en sus muchas ocupaciones, y se quejaba de la ausencia de Patiño, única persona, segun él, capaz de entender en materia tan árdua.

En vano, se le preguntó varias veces cual era el objeto de aquella espedicion, no contestó hasta el momento mismo de que zarparon las naves del puerto. Entonces, tomó un tono de modestia y buena fé, aparentando ceder á las instancias del ministro inglés, por último, confesó que destinaba la espedicion contra el emperador, pero, sin revelar cosa ninguna acerca de su direccion particular, concluyendo con esta observacion :—Ninguna parte he tenido en el proyecto de esta espedicion, si no es el cuidarme de los preparativos,

y puedo aseguraros que he manifestado al rey, y con estraordinario empeño, tanto de palabra, como por escrito, los inconvenientes que puede traer consigo; pero el rey lo ha mandado, y todas mis razones no han bastado para influir en su ánimo, ni para hacerle variar de planes.—Esta mezcla de buena fé y disimulo no dejó de producir el resultado que era de esperar, porque el ministro, al dar la noticia á su córte, manifiesta una conviccion real acerca de la sinceridad de estas protestas; halagándola por fin, con la esperanza de que, por último, se realizaran estas promesas (141).

Al mismo tiempo que entretenia así á los ingleses en el punto relativo al comercio, dió Alberoni un paso con la córte de Francia que prometia los mejores resultados. Hé aquí lo que decia el embajador. «Creese generalmente que no se halla España en estado de hacer algo por sí misma, y sin embargo, todo el mundo está alarmado, dando suma importancia á sus preparativos. ¿Qué sería si hubiera seguido el rey de España mis consejos de permanecer tranquilo durante algunos años, sin ocuparse de otra cosa mas que del restablecimiento de su hacienda?» Como contestase el embajador que esta conducta era digna de un gran ministro, y no menos conforme á los planes de Francia é intereses de España, contestó, insistiendo en la necesidad de la union entre las dos coronas de la familia de Borbon, y añadió: «El rey de España no tiene mayor deseo que el de servir en buena armonía con Francia; así es que no me agrada recibir proposiciones de parte de otras naciones. El rey de Inglaterra por egemplo, nos ha atormentado, durante mucho tiempo, á fin de que hiciésemos la paz con el emperador, ofreciendo hasta su mediacion, pero con grando asombro suyo, buscaremos esta mediacion, en otra parte.» Al mismo tiempo, ofreció aceptar la de Francia, con tal de que quedasen asegurados los derechos de la reina y la libertad de Italia (142).

A fin de contentar á los españoles, y sembrar de paso, los gérmenes de celos profundos entre las potencias marítimas y Francia, hizo circular el rumor de que el objeto de la espedicion se habia comunicado secretamente al regente, y que no ofrecia duda que se declararia á favor de España, á la primera ocasion. Mientras tanto el armamento que habia fijado la atencion de Europa se aparejaba en Barcelona, en dos divisiones compuestas de doce buques de guerra y nueve mil hombres, mandados por el marqués de Lede. La primera descubrió, al punto, el objeto de la empresa, presentándose á la vista de Cagliari; pero los vientos contrarios impidieron, durante veinte dias, que llegase la segunda division. Sin este inesperado retraso, se hubiera rendido Cagliare sin resistencia, y se hubiese verificado al momento la conquista de toda la isla. Pero el marqués de Rubí, gobernador austriaco, tuvo todo el tiempo necesario para prepararse á la defensa; fortificáronse las ramblas, y reforzóse la guarnicion con un cuerpo de milicias y catalanes que servian al emperador de Austria, fortificáronse las fortalezas del interior, cuya custodia se confió á las tropas del pais ó á la de las que se habian empeñado voluntariamente, á favor del monarca austriaco.

Como se desechasen las intimaciones del general español, desembarcó una division compuesta de seis mil hombres de infantería y seiscientos caballos; al momento se replegó la guarnicion á la plaza, declarándose la mayor parte del pais favorable á la causa de Felipe. La intemperie de la estacion, la falta de repuesto de agua fresca y de las cosas necesarias para un sitio, dieron motivo al gobernador para que prolongase sus defensas; y cuando por último le fue imposible resistir por mas tiempo, se refugió á la parte elevada de la isla con propósito de defender la *causa* austriaca en tanto que permaneciese fiel un palmo de terreno. En cuanto se retiró el gobernador, rindió las armas la

guarnicion, pero con la sumision de la capital y sus cercanías no se consiguió la de toda la isla. Los fuertes de Castél Aragonés y Alaguér resistian todavía, y el ejército español tuvo que cruzar cuarenta leguas, molestado por los montañeses activos y vigilantes y espuesto al influjo de un aire maléfico en medio de los calores del otoño.

Se empezó por el ataque de Alaguér, y aun cuando la guarnicion recibió algun refuerzo por los pequeños buques que llegaban de la costa de Nápoles, se vió precisada á rendirse el 28 de octubre. La toma de Castél Aragonés y la conquista de la isla no se consiguieron completamente hasta principios de noviembre. Se proclamó una amnistía general, y muchos partidarios de la casa de Austria, entre los que se hallaba el arzobispo de Surfaré, se aprovecharon del permiso concedido en semejantes casos y se retiraron de la isla. Hallábase la estacion demasiada avanzada para emprender movimiento ninguno contra Nápoles, si tal cosa se deseaba hacer. El marqués de Lede dejó nueve mil hombres que conservasen la conquista, y con lo restante del ejército abrumado de enfermedades y cansancio, dió la vela para Barcelona (143).

Tuvo Felipe mucha satisfaccion en recobrar aquella isla que perteneció en otro tiempo á la nacion española, y este próspero principio de las hostilidades proyectadas contra el emperador, lo llenó de júbilo y nutrió sus esperanzas para el porvenir; se cantó un *Te-Deum* con la mayor solemnidad, y nada se perdonó para exaltar los sentimientos patrióticos con motivo de este triunfo. El único que no esperimentaba el gozo general era Alberoni; y sin embargo, para halagar al soberano, tomó en público el aire de una satisfaccion síncera, pero con sus amigos se lamentaba de la tenacidad é imprudencia del jóven soberano que se precipitaba al abismo de las hostilidades, antes de haber concluido los preparativos necesarios para conseguir un objeto mucho

mas importante que la posesion de una isla insignificante del Mediterráneo. Sin embargo, el gobierno español se habia quitado el disfraz, y era indispensable el justificar aquella agresion; pero el lenguage que usaba el ministro, revelaba hasta las dificultades con que estaba luchando en secreto. Siguiendo las inspiraciones, el marqués de Grimaldo, como secretario de Estado, comunicó á los ministros españoles que residian en las córtes estrangeras, una circular que contenia todos los argumentos de que debian valerse para defender la conducta de su soberano. En aquel documento diplomático no sin sorpresa se nota que el secretario de Estado acusaba al rey mismo de haber acometido esta empresa, presentando á S. M. como al autor primero de la espedicion, puesto que el ministro confesaba que al principio era para él un secreto el objeto real de aquel armamento, y que le asombró el saber cuál era este; en seguida hacíase un relato muy estudiado de los insultos, provocaciones é injurias que habia sufrido España de parte del emperador, seguia á esto un resúmen de los compromisos solemnes que habia violado la córte de Austria desde la paz de Utrecht hasta los momentos del rompimiento, y por último en esta série de acusaciones y lamentos el secretario de Estado hacia resaltar principalmente la prision de Molinés, que presentaba como una violacion fragante de la neutralidad de Italia y como una razon por sí solo suficiente para motivar una declaracion de guerra (144).

Con indignacion recibió el emperador la noticia de la invasion de sus estados, precisamente en el momento en que se hallaba comprometido en una guerra contra los infieles, y falta á la promesa solemne dada al papa por el rey de España. Se dirigió por lo tanto á las naciones que componian la triple alianza reclamando su apoyo, y recordándoles que le habian ofrecido su proteccion para el caso de una agresion injusta. Por lo tocante al papa le manifestó que á fin de disipar sus sos-

pechas acerca de la connivencia de su santidad, era preciso que interrumpiese todas sus relaciones con España; que mandase salir al nuncio de Madrid y anulase el breve para la contribucion de los bienes eclesiásticos como alcanzada injustamente, y por último que privase á Alberoni de la púrpura romana. Amenazaba el emperador á la Santa Sede con la pérdida de Benevento en caso de negativa.

Por agradable que fuese para el papa la disminucion del poder austriaco en Italia, se ofendió en estremo de ver que Felipe se habia burlado de él á la faz de toda Europa; rechazó por lo tanto todas las reconvenciones de connivencia y dirigió un breve á la córte de España en el cual se manifestó muy ofendido. A esta queja acompañaba una revocacion terminante de la facultad dada anteriormente concedida para percibir las contribuciones eclesiásticas.

El nuncio del papa recibió órden para apoyar el breve con reconvenciones personales; pero si bien fué este documento llevado públicamente por todas las naciones de Europa, consiguió Alberoni que no se presentase oficialmente. La sola mencion de este breve y de tan séria reclamacion arrancó á Felipe esta observacion de desden y desprecio:—He visto una carta que suponen algunos escrita por el papa, y que es falsa forzosamente, porque es imposible que su santidad pueda usar semejante lenguage tan poco comedido y poco digno del padre comun de los fieles.

La conquista de la Cerdeña era una infraccion manifiesta de los proyectos del ministro, pues no entraba en su plan primitivo ni fué acometida mas que con el objeto de paralizar las disposiciones para la transmision de Sicilia. Contra esta solo se proponia el gobierno español dirigir sus esfuerzos principales. Así, pues, hizo Alberoni inauditos esfuerzos para preparar otra espedicion aprovechándose del corto intérvalo que permitia la estacion avanzada. A fin de proporcionarse los

fondos necesarios hizo las reformas mas severas en los establecimientos públicos sin esceptuar siquiera la real casa.

Se atrevió á luchar con la aficion de su augusta protectora á emprender obras y hermosear jardines, diciéndole cuando le pedia fondos para satisfacer este capricho:—V. M. á lo que veo gustaria mas de ser condesa de San Ildefonso que reina de España.—Tambien continuó percibiendo las contribuciones eclesiásticas á pesar de la prohibicion del papa, castigando con la cárcel ó el destierro á los clérigos que defendian los fueros de su órden. Por último recurrió al sistema de empréstitos, aumentando ademas los derechos y contribuciones impuestas á los ricos, y hasta vendió los empleos mas lucrativos.

Todos los resortes de la máquina del estado recibieron nuevo impulso con la energía del ministro, compráronse naves y municiones navales en donde quiera que se hallaron, apresáronse los buques neutros para los trasportes; acudióse á Holanda en busca de metales, y en Pamplona se establecieron fundiciones de artillería; trabajóse con una actividad desconocida hasta entonces en las fábricas de armas de Vizcaya y formáronse establecimientos nacionales para la fabricacion de varios artículos de equipo militar y marítimo, hasta entonces importados del estrangero.

La gloria que las tropas nacionales acababan de adquirir electrizó á los españoles cuyo patriotismo despertó de nuevo. No tan solo acudió todo el mundo presuroso á socorrer al gobierno con donativos voluntarios, sino que se organizó sin dificultad una fuerza efectiva de diez y seis regimientos de infantería y ocho de caballería. No se contentó el ministro con los medios vulgares de alistamiento, ni vaciló en sacar partido de tropas que hasta entonces habian sido miradas con desconfianza y temor. Supo el gobierno atraerse á los miqueletes de las montañas de Cataluña y Aragon, y formáronse regi-

mientos con estos tercios indisciplinados, compuestos de hombres mas á propósito para el servicio de tropas ligeras á causa de su vigor y actividad, así como por su destreza en el manejo de las armas, y mucho mas que todo por su paciencia en el cansancio y privaciones, ventajas debidas al clima y al antiguo modo de vivir de tales soldados. Tambien se formaron dos regimientos con los contrabandistas de Sierra Morena.

Durante todo este tiempo trabajaban los aliados con el mayor empeño á fin de evitar la guerra, por medio de algunos artículos de conciliacion tenidos por favorables á los intereses de las dos potencias rivales. Halagábales la esperanza de aprovecharse del estremado deseo que España tenia de conseguir un territorio en Italia y de alcanzar un arreglo con el emperador, entrando en los planes de la reina en lo de las sucesiones de Parma y Toscana. Presumian que en cambio de esta adquisicion no podria España dejar de consentir en la entrega de Sicilia, y de este modo ambos soberanos tendrian que renunciar, cada uno por su parte, uno á sus exigencias con respecto al trono de España, y el otro á las provincias desmembradas. A fin de dar mayor importancia á estos ofrecimientos, Stanhope, pariente del secretario de Estado, salió al momento para Madrid.

Contra la esperanza general no se mostró propicia la córte de España á renunciar á sus proyectos en Italia, y recibió con indiferencia ó mejor dicho con desprecio todas las demas proposiciones de menor importancia, si bien desde el primer momento hubo casi completo acuerdo en lo de la cesion de Sicilia, sin que esto fuera empero objeto de una proposicion formal. Encuéntranse en la correspondencia de los dos ministros ingleses las declaraciones auténticas del gobierno español.

18 de octubre.

«Quejándose amargamente de los arreglos imperfectos de la paz de Utrecht, esclamó Alberoni:—Entonces haciaís la guerra para establecer el equilibrio, y al firmar la paz en nada habeis pensado menos que en el equilibrio, y habeis dejado al emperador dueño de turbar la tranquilidad universal de Europa. No se negará el rey mi señor á escuchar proposiciones de paz ; pero es preciso que estas proposiciones tiendan á restablecer de cualquier modo que sea el equilibrio antiguo, á fin de no dejar al emperador la facultad de apoderarse de Italia cuando le parezca. El rey de España no enviará ministro ninguno hasta que sepa en qué condiciones se quiere hacer que descanse el convenio.»

En cuanto á la proposicion relativa á Parma y Toscana contestó lo mismo que anteriormente , si bien en términos menos conciliadores. Cansado de oir repetir que Italia era neutra, y que se veia el rey de Inglaterra en la necesidad de mantener esta neutralidad , esclamó con la viveza que le era característica:—El rey no se cuida ni poco ni mucho de las sucesiones de Parma y Toscana, porque semejantes bicocas no merecen la atencion de S. M. C. Lo que pide el rey es únicamente una transaccion que pueda restablecer el equilibrio en Europa, y considera este equilibrio incompatible con el poder que tiene en Italia el emperador. Háblase de compromisos contraidos con los aliados; pero ante todas cosas hay un principio que consiste que ni los príncipes ni las naciones están obligados á observar tratado ninguno que sea opuesto á sus intereses, y acatan este principio todas las religiones , tanto la católica como la protestante. Vos , añadió irónicamente, siempre habeis obrado así, y sea egemplo de ello que habeis reconocido á Felipe por rey de España , y sin embargo, poco tiempo despues creyendo que os intere-

saba destronarlo, habeis tratado de hacerlo así poniendo á otro en su lugar. No creais que digo esto por via de queja, pues nada es mas natural que el que consulteis vuestros intereses naturales.»

Despues de esta salida algo brusca se concretó á las condiciones propuestas que censuró como desventajosas para España por tres razones: primera, porque el emperador continuaria siendo demasiado poderoso en Italia, y podria fomentar turbulencias en España: segunda, porque las sucesiones de Parma, Plasencia y Toscana no bastarian para remediar este inconveniente, atendiendo á la distancia é incertidumbre, así como á la imposibilidad de defenderlas contra el emperador si llegaban á verse atacadas; y tercera porque el rey no podia tener confianza en la garantía propuesta desde que por desdicha tenia la esperiencia de lo poco que valia este compromiso, á causa de la violacion del tratado en que se estipulaba la evacuacion de Cataluña y Mallorca.

En vano se empleó toda clase de razones, y se probaron los mayores medios de persuasion para destruir los reparos de un ministro tenaz tan decidido como él á no dejarse dominar; la negociacion se prolongó desmedidamente, so pretesto de la tibieza con que los ministros franceses y holandeses apoyaban las manifestaciones enérgicas de sus cólegas los ministros ingleses. Alberoni hizo notar que los gobiernos francés y holandés guardaban silencio en los momentos en que se hacia la declaracion de que la triple alianza se veria obligada á sostener la garantía por medio de la fuerza; negó terminantemente que el regente anunciase, ya fuese en su correspondencia particular, ya por conducto del embajador, la resolucion de arrancar el consentimiento de Felipe valiéndose de la fuerza de las armas. En efecto, la confesion que se escapó de los lábios de los ministros de Inglaterra en Madrid prueba los obstáculos que ponia á la marcha de las negociaciones la falta de concierto y la escasa armonía que reinaba entre los aliados.—Estamos

decian, totalmente convencidos que jamás ha dicho el embajador francés que el regente respondia de la neutralidad de Italia de otro modo que por medio de su mediacion pacífica, ni que se creia obligado á enviar tropas á aquel pais en caso de que se turbase la paz con España. A tal punto hemos instado al embajador con este motivo que lo hemos puesto en el caso de confesar que no habia recibido órden ninguna para usar de semejante lenguage; de lo cual resulta que no ha habido bastante claridad en este negocio, lo que habria egercido grande influjo en la resolucion de la córte de España. Confirma esto nuestras sospechas de que solamente el rey nuestro señor obra con sinceridad y sin plan oculto en este asunto (145)

Sin embargo, el astuto italiano tuvo que habérselas en esta ocasion con adversarios no menos listos que él, y así que lo combatieron con las mismas armas. Por fin se consiguió que los ministros holandeses y franceses, tomasen un tono mas firme, y Alberoni despues de tratar de lograr la cesion de Cerdeña, consintió en entablar una negociacion cuyas bases fueran las condiciones propuestas. Entre las comunicaciones infinitas que relatan la marcha seguida en esta transaccion delicada, elegiremos aquellas que hablan del resultado definitivo (146).

15 de noviembre.

«Apenas regresó el rey del Escorial, fuimos á ver al cardenal. Empezamos la conversacion diciendo que sin duda habia ya recibido él del embajador de Francia la declaracion del regente á favor de nuestras proposiciones; á lo que nos contestó que hasta entonces no habia recibido mas que espresiones generales acerca de los deseos que el regente tenia de contribuir con todo su poder, á la armonía entre ambas coronas....»

«Como lo hallásemos un poco mas sosegado, le dijimos que esperábamos que despues de meditar estas

proposiciones, habria sin duda visto la gran ventaja que de ellas resultará para S. M. C., y que no las desecharia como hasta entonces, teniéndolas por insuficientes preliminares para entablar una negociacion.

«El rey, mi señor, replicó, no se opondrá jamás á dar la paz á Europa, y como prueba de esta verdad, al punto que sepa que el regente aprueba las proposiciones, las aceptará S. M. como preliminares; pero como ha sido informado de que envia el emperador tropas á Italia, y que ha impuesto ya allí contribuciones á los estados y príncipes, está resuelto á no entrar en negociacion ninguna, mientras el emperador cobre el menor impuesto, ó dé un paso mas para turbar la paz de Italia: esta es una determinacion que no puede variar ni poco ni mucho.

«Entonces nos retiramos para ir á casa del embajador francés é informarlo de lo que acababa de pasar. Nos ofreció este caballero que entregaria á la siguiente mañana él mismo al cardenal la declaracion deseada, y como se valiese Alberoni de ardides durante varios dias para no dejarse ver, pidió audiencia por medio de una carta bastante viva. Verificóse, en efecto, la entrevista, despues de la cual vino á vernos el embajador, y nos dijo que habia declarado, del modo mas positivo, que el regente aprobaba nuestras proposiciones, que habia al mismo tiempo instado al cardenal para que enviase á Lóndres un plenipotenciario con encargo de tratar de estas condiciones, pero que el cardenal habia contestado que el rey católico no entraria en tratos hasta tanto que tuviese certeza de que no turbaria el emperador la paz de Italia.

«El mismo dia pedimos nosotros tambien audiencia que no nos concedió el cardenal hasta medio dia, entonces le dijimos que puesto que todas las dificultades habian desaparecido ya por parte de Francia, esperábamos que el rey católico no podria negarse á aceptar desde luego los preliminares, enviando con este objeto

un plenipotenciario á Lóndres.—No he recibido, nos contestó, mas que declaraciones generales por parte del regente. Cierto es que me ha escrito; pero no me habla ni de proposicion ninguna en particular, ni de que envie yo á Lóndres plenipotenciarios, ni tampoco su embajador me ha dicho nada de positivo de parte suya. Sin embargo, para convenceros de los miramientos que tiene S. M. hácia el rey de Inglaterra y de su deseo sincero de paz, se digna aceptar los preliminares y entablar una negociacion para el instante mismo en que tenga certeza de que el emperador renunciará á los proyectos que en Italia tenia; pero antes es imposible.

«Recordad, le replicamos, lo que nos habeis dicho en nuestra última conferencia. Hemos venido á aseguraros que el rey nuestro amo no se negará á dar a S. M. C. esta prueba de amistad; pero no puede dar paso ninguno con la córte de Viena para borrar todos los motivos de queja, si no tiene certeza de que el rey de España enviará un ministro á Lóndres para entablar las negociaciones tan luego como se alcance el consentimiento del emperador.

«Las pruebas de la sinceridad de mi augusto amo, replicó entonces el cardenal, son evidentes hasta lo sumo. En cuanto lo pidió el rey de Inglaterra, mandó detener el movimiento de sus tropas suspendiendo el embarco que habia ya empezado; ha pagado ya mas de 50,000 duros en trasportes y ha declarado su resolucion de concretarse á Cerdeña, palabra que cumplirá religiosamente. Puedo añadir que sin la intervencion del rey de Inglaterra hubiera enviado diez mil hombres al reino de Nápoles, y habria podido presentarse para tratar de un convenio de distinto modo que lo hace en el dia. No propone siquiera que se impida al emperador el efectuar armamentos donde guste, con tal de que no viole de ningun modo la neutralidad de Italia, porque en este caso habria transgresion del tratado; todo esto prueba hasta la evidencia la sinceridad

del rey católico, y debe bastar para que S. M. B. se decida á dar el paso que deseamos; pero es inútil el solicitar que envíe el rey un plenipotenciario á Lóndres antes de saber lo que se ha de pedir; no hará semejante cosa y no sé por qué dais tanta importancia á un asunto tan de segundo órden. Si accediese á semejante pretension, tal vez las dilaciones fueran mayores, porque ¿quién sabe si nuestro embajador en Lóndres no habrá recibido ya sus plenos poderes para negociar tan luego como llegue la declaracion del emperador ó sino lo recibirán antes de semejante época? En todo caso comprometo la palabra real de que os enviará sin pérdida de un momento un plenipotenciario encargado de entablar una negociacion á que servirán de bases los preliminares, tan luego como reciba S. M. las garantías que exige para la seguridad de Italia.

«No juzgamos conveniente el prolongar este debate, y recurrimos á otro medio que fué el suplicarle que nos declarase por escrito que el rey católico aceptaba los preliminares para un tratado de paz, y que enviaria un plenipotenciario tan luego como recibiese del emperador la satisfaccion pedida. Nos ofreció enviarnos aquella declaracion dentro de una hora.

«Nos aprovechámos de aquella ocasion para repetirle las dos observaciones preliminares relativas á la reunion de Parma y Toscana, en los términos contenidos en las instrucciones del caballero Stanhope, haciéndole notar tambien que despues de comprometer á S. M. á que hiciese proposiciones al emperador, si no obraba el rey de España con sinceridad, no podria diferir por mas tiempo S. M. B. la ejecucion de su tratado con la córte de Viena.

«Nos aseguró terminantemente que el rey de España no daria por su parte motivo ninguno de queja, y que no emprenderia nada que fuese opuesto á esta solemne promesa. Como quedasen con esto terminados los preliminares, juzgamos oportuno decir algo del tra-

tado en general; dejándole traslucir que era necesario que descansase en renuncias recíprocas sin lo que serian inútiles todas las peticiones. Contestó á esto afirmativamente el cardenal, añadiendo que era preciso para la terminacion de la paz, único objeto que se proponian las dos coronas. Al decir esto se levantó y nosotros fuimos á visitar al embajador de Francia, á fin de comunicarle el asunto de que habiamos hablado.

«Al siguiente dia por la mañana, nos remitió Alberoni la carta que nos habia ofrecido, y como no se hallaba concebida en términos tan exactos ni tan categóricos como lo exigia la importancia del negocio, y no nos queriamos esponer á admitir alguna espresion equívoca en idioma español, al punto dirigimos una carta al cardenal, en la que le recordábamos la promesa que el rey de España habia dado de negociar bajo la base de los preliminares, y de no emprender nada durante la negociacion; desde el punto en que el emperador, por su parte hubiera ofrecido el no violar la neutralidad de Italia. Tuvimos cuidado de arreglar esta cláusula de modo que el silencio del cardenal tuviese la misma fuerza que una respuesta categórica. Un mensagero le entregó la carta que él leyó y devolviéndonos por su conducto el sobre añadió:—No tiene respuesta. —Creemos que hemos planteado de este modo la cuestion de tal suerte que no cabe ya duda en nada, y no ofrecerá el menor pretesto á disputas, en caso ninguno.

«En una palabra, en nuestra carta al cardenal, en nuestras respuestas y en cuanto ha pasado en general relativamente á las renuncias recíprocas, nuestro objeto principal ha sido el de suavizar las cosas, de poner á nuestro soberano en el caso de impedir nuevos actos de hostilidad de una y de otra parte, y de ganar tiempo para lograr su mediacion, con el fin de abreviar el término de la obra gloriosa de la paz, y por último, de tomar las medidas mas convenientes, en la hipótesis de

un rompimiento. Tal ha sido nuestro objeto principal, y esperamos que nuestras cartas y la respuesta del cardenal producirá estos resultados felices. Por lo menos nos halaga la esperanza de creer que con nuestros pasos no se halla ligado á nada S. M., y que no está comprometido con ninguna de ambas partes, aun cuando se dé á estos preliminares la esplicacion mas severa.»

En medio de esta negociacion, el cardenal estuvo á pique de que huyesen de sus manos las riendas del poder, y turbó su felicidad una inquietud muy séria. Felipe volvió á recaer en su enfermedad antigua, á tal punto que no podia ocuparse de los negocios públicos, y solo despachaban los mas urgentes la reina y Alberoni. En uno de aquellos ataques, tuvo el rey una crisis violenta mezclada de vahidos y síntomas alarmantes; hubo que llamar aquella noche al confesor, á fin de que le administrase los últimos auxilios de la religion. El monarca hizo testamento segun las formalidades de costumbre.

La paralizacion de los negocios, y el poder egercido esclusivamente por la reina y el cardenal agitaron el ódio público contra este estrangero. A fin de hacer mas impopular su gobierno italiano se hizo correr el rumor de que la reina seria nombrada gobernadora; medida no solo contraria á la constitucion del reino, sino que dejaria el poder del estado en manos de Alberoni.

«Ya conoceis, dice el ministro de Inglaterra, el estado de la salud del rey. Algo mejor está ahora, pero como su enfermedad es de las mas caprichosas que existen, no es fácil de adivinar la época fija de su restablecimiento. Ya creemos que las intrigas han empezado, y haremos de modo que esteis siempre al corriente de la situacion real de los negocios, á lo menos en cuanto sea posible en circunstancias tan delicadas. Es indudable que en el testamento que ha hecho el rey hace pocos dias, en el Escorial, la reina es declarada gobernadora del reino; pero la costumbre de este pais se

opone á ello, y prohibe su constitucion que el gobierno se confie á una princesa que no es madre del rey. Los pareceres, están unánimes en este punto, sobre todo porque la reina, á lo que podemos juzgar, no tiene aquí ni un solo amigo. Así, pues, solo el temor podria decidir á este pueblo á someterse á la regencia, y tenemos motivos para creer que esta soñada disposicion del rey no se llevará á efecto si acontece la muerte del rey. Por otra parte, este pueblo es tan sumiso, ó mejor dicho está tan envilecido que es posible que presentimos resultados estraordinarios.»

Habia empeño al mismo tiempo de hacer circular los rumores mas terribles. Decíase que habia la reina concebido la idea de envenenar al hijo que Felipe habia tenido en su primera muger, á fin de elevar á los suyos propios al trono. Por estravagantes y calumniosos que fuesen estos rumores, producian impresion en el ánimo de un pueblo no menos celoso de los estrangeros que afecto con pasion á la forma de gobierno establecida. Como se dirigiesen los descontentos al regente de Francia, recibieron de este las mas solemnes promesas de proteccion, siendo una de ellas el que no descuidaria paso ninguno para restablecer el gobierno nacional, y hacer que fracasáran las intrigas de la madrastra y de su favorito advenedizo (147.)

No es fácil adivinar hasta que estremo hubiera llevado aquel descontento á los mas, si no hubiese el restablecimiento de Felipe dado nueva direccion á la opinion pública. Algunos mal contentos, entre los que figuran los nombres distinguidos de Aguilar, Veraguas y las Torres, sugerian todavía el proyecto de privar del trono al melancólico monarca, elevando al trono al príncipe de Asturias. En la memoria que hicieron llegar á manos del regente, notábase la siguiente observacion: «Una de dos: ó nuestro soberano no puede en lo sucesivo cuidar de las faenas de la administracion ó se halla supeditado por el cardenal Alberoni y los italia-

nos. En este último caso, preciso es libertarlo de tan pesada esclavitud; en el primero, es necesario el confiar los negocios de la monarquía, á manos que tengan derecho de empuñar el timon del estado, cuando el rey se haya imposibilitado de gobernar.»

El completo restablecimiento de la salud de Felipe y el escaso triunfo de todas aquellas intrigas, sirvieron tan solo para fortificar el poder de la reina é inflamar la animosidad política que reinaba entre el rey y el regente, dando un pretesto plausible para que se mezclase este mas directamente de los negocios de Francia. El cardenal recibió las mas lisongeras pruebas de su influjo con su augusta protectora, siendo recompensado con una pension anual de 20,000 ducados, el rango de grande de España, y el obispado de Málaga.

El duque de San Simon, noble narrador de las anécdotas de palacio, refiere una aventura ocurrida por aquella época que dá á conocer la estraña situacion de la córte de España, y la grande impopularidad del gobierno italiano, durante la enfermedad del rey. «En noviembre de 1717 nadie podia entrar en la régia cámara esceptuando las personas á quienes la reina y Alberoni concedian especial permiso. Como la medicina del rey se hallaba enteramente bajo la inspeccion del mayordomo mayor, debia asistir este á las consultas de los médicos, y á la administracion de los remedios. El duque de Escalona, mas conocido por el nombre de marqués de Villena, que desempeñaba este encargo importante, era un grande respetable por su edad, talento y virtud. Durante su vireinato de Nápoles y en otras varias ocasiones, se habia mostrado muy afecto al soberano; pero era todavía mas notable á causa de su conducta rígida y de su carácter puntilloso. Como declarase su propósito de desempeñar las funciones de su empleo, se le notificó de parte de Alberoni, que seria mejor que no entrase en la régia cámara, contentándose con inspeccionarlo todo á la entrada. Esta intimacion

sirvió tan solo para escitar el desprecio y la indignacion del duque, y Alberoni, por mandato de la reina, dió órdenes terminantes para que en lo sucesivo no se permitiese al duque la entrada en la cámara del rey. Un dia se presentó el mayordomo por la tarde á la puerta de la cámara, y pidió que le dejasen entrar. Uno de sus ugieres le contestó que era esto cosa prohibida, á lo cual el duque lleno de impaciencia le respondió:—Sois un insolente; y lo que decís no puede ser cierto.—En seguida sin hacer caso del ugier, abrió la mampara y entró. La reina estaba sentada á la cabecera de la cama del rey, el cardenal estaba en pié, y á cierta distancia algunos favoritos. El duque á quien pesaban mucho la gloria y los años, á pasos bastantes lentos, y apoyado en su baston se dirigia á la cama del rey, cuando reparando en él la reina y el cardenal, se miraron con asombro. Hallábase el rey demasiado enfermo para notar la cosa menor; por otra parte, las cortinas estaban corridas por todas partes, escepto por el lado de la reina. El cardenal al ver que se acercaba el duque, hizo seña con ímpetu á un ugier para que lo hiciese salir; pero como el duque siguiese andando, se dirigió á él, y le dijo que el rey deseaba estar solo, y demandaba que se retirase —Eso no es cierto, contestó el duque, he tenido en vos fija la vista desde que entraba, y no os habeis acercado á la cama; por lo tanto el rey no ha podido daros órden ninguna.—El cardenal insistió, pero como no logró nada, lo agarró por el brazo para hacerlo salir. A esto contestó el duque que era una insolencia el impedirle el ver al rey y desempeñar su destino, pero el cardenal se empeñó tenazmente en que habia de salir, hablándolo con algun comedimiento, en tanto que el duque lo trataba con bastante dureza. Indignado de verse insultado de este modo: el duque, en un rapto de cólera le dijo que era solamente un pilluelo que debia aprender el respeto dedido á una persona de su clase. En el calor de aquel apóstrofe, por fortuna suya el du-

que que estaba ya harto débil, se dejó caer en nn sillon que estaba cerca de allí. Lo exasperó mas y mas esta caida, y sin saberlo que hacia, dió de bastonazos al cardenal llamándolo pilluelo, ruin, imprudente y merecedor tan solo de ser azotado con las correas de sus caballos. El cardenal, no pudiendo resistir á aquel diluvio de improperios salió como pudo de las manos del duque, y se alejó lo mas posible. No por eso cesaron las injurias del mayordomo mayor que iba aumentando la voz amenazando apalear al pobre clérigo, y de tal modo se hallaba exasperado, que la reina y los demas circunstantes permanecieron inmóviles sin decir ni una sola palabra.

«Todo el mundo en España, continúa el marqués de San Simon, me ha contado esta anécdota; al mismo duque de Escalona que me estimaba, he preguntado los pormenores exactos de este hecho, y con mucha satisfaccion de entrambos me los contó tal como los refiero.

«Furioso el cardenal, si bien lleno de asombro no se defendió siquiera, y solo cuidó de verse libre del duque, quien desde lejos le decia á gritos, que, sin el respeto que profesaba al rey y á la reina, le daria en la barriga cien patadas, y de las orejas lo sacaria de allí. Un cuarto de hora despues de esta escena, al entrar el duque en su casa, recibió órden de retirarse á sus estados á treinta leguas de Madrid, pero al cabo de seis meses, le envió el cardenal órden de regresar sin que hiciese él cosa ninguna para conseguirlo. Lo mas estraño del caso es que esta aventura no se divulgó en España, ni tampoco el destierro, ni el regreso, hasta que cayó del poder el cardenal (148).

CAPITULO XXVIII.

1717.—1718.

Nuevos esfuerzos de Inglaterra y Francia para lograr una avenencia.—Mision del marqués de Naucré á Madrid, é intrigas del regente con los españoles mal contentos.—Arma Inglaterra una espedicion para atacar las agresiones de España.—Indignacion de Felipe.—Quéjase Alberoni en sus cartas de Doddington.—Sus intrigas en Francia é Inglaterra.—Negociacion con Victor Amadeo.—Invasion de Sicilia.—Llegada de la espedicion inglesa á las costas de España, y nuevos pasos para una reconciliacion.—Celebracion del tratado de la cuádruple alianza.—Llegada del conde de Stanhope á Madrid y sus negociaciones.—Indignacion de la córte.—Niégase Felipe á aceptar la entrega de Gibraltar que le ofrecian con la condicion de que se adhiriese á la cuádruple alianza.—Regreso del conde de Stanhope.—Manifiesto de España relativo á la invasion de Sicilia.

Cuando no quedó ya duda ninguna de que la palabra empeñada por Alberoni en nombre de su soberano, de que tendrian por base las discusiones con el emperador los preliminares convenidos, no tenia mas objeto que el de ganar tiempo y entretener á los aliados; cuando sobre todo se reconoció que nada podria satisfacer á la córte de Madrid, si no la destruccion, ó por lo menos la disminucion del poder austriaco en Italia, no tuvo ya miramiento ninguno Inglaterra, y cesó de guiarse por el espíritu contemporizador del gobierno holandés. Así mismo se negó á imitar la conducta equívoca del regente, y tomó la resolucion de obligar á Felipe á dar su consentimiento, y en caso de no lograrlo, hallábase decidido el gobierno inglés á concertar con el empera-

dor las medidas convenientes para emprender la guerra con España.

El regente envió á Madrid al marqués de Naucré en clase de embajador estraordinario, con encargo de conducirse de acuerdo con el ministro inglés; pero esta mision pública era solamente un velo que ocultaba proyectos mas importantes. En tanto que Naucré siguiendo sus instrucciones debia tratar con mucha consideracion á Alberoni, evitando al propio tiempo cuanto pudiese inspirar el menor recelo de indisposicion, el duque de Saint Aignan, embajador de Francia, tenia encargo de atacar con viveza personalmente al cardenal, siguiendo sus intrigas con los descontentos, á quienes debia escitar á libertarse del yugo de un ministro estrangero; por manera que resulta de las instrucciones dadas á ambos embajadores, que el objeto del regente era el de halagar á los dos partidos á la vez, á fin de poder obrar libremente segun exigiesen los acontecimientos. Al mismo tiempo daba pábulo á su animosidad particular contra Alberoni, y se burlaba del gabinete británico con su aparente celo á favor de la paz. Lo que mas lo ocupaba era el impedir cualquier medida que pudiese causar un rompimiento con España, disminuyendo el poder de la casa de Borbon en una de las dos ramas en que se hallaba este dividido.

Semejante doblez no podia ocultarse á los ojos penetrantes de Alberoni, quien atacó al regente con las mismas armas. Inspiró á la grandeza sospechas acerca de la sinceridad del cardenal, haciendo lo mismo con los ministros ingleses, á fin de inspirarles desconfianza hácia Francia, ó debilitar de este modo la fuerza de sus manifestaciones y quejas, no olvidándose de hacerles notar el lenguage mas moderado y los sentimientos mas conciliadores del regente. Hizo circular rumores de que la princesa de los Ursinos y Orri iban á recobrar su poder con el apoyo, ó por lo menos con el consentimiento de la córte de Francia. Esta estratagema produjo singular

efecto entre los grandes, y de ello da una idea la respuesta del regente á las manifestaciones de los descontentos. «Podeis decirles, escribia á su embajador, que esta noticia es para mí del todo indiferente, y sobre todo, que no tengo gana ninguna de mezclarme en ello. He tomado la resolucion firme de libertar á los españoles de la dominacion de los estrangeros, y por lo tanto no seré yo quien devolveré el gobierno á las manos de una francesa que es mi enemiga personal (149).»

Los ministros ingleses se cansaron al cabo de tantas dilaciones é intrigas, y convencidos de que tan asquerosas arterias no podrian evitar un rompimiento, no tardaron mucho en obrar con mas firmeza. El rey de Inglaterra sin hacer caso ninguno de la conducta tímida de los holandeses ni de la doblez de Alberoni, manifestó públicamente que estaba resuelto á tomar parte en las discusiones que ocurriesen; con este fin se dirigió al parlamento, esponiendo la situacion alarmante de Europa, y apuntando todos los peligros de una guerra inevitable. Las cámaras le concedieron subsidios muy crecidos, que le dieron medios para equipar una escuadra que cruzase por el Mediterráneo, y protegiese las costas de Italia. Se notició á Monteleon el objeto de esta flota, con esperanza de que tan considerable armamento, daria que pensar á la córte de España, inspirándole sérias reflexiones; pero estos miramientos no produjeron mas que resentimientos y reconvenciones, y Monteleon presentó una nota llena de virulencia y acritud contra semejante armamento marítimo en tiempos de paz.—Aquella escuadra, decia, no podia menos de inquietar al rey su señor, y alterar la buena armonía que reinaba entre ambas córtes.

La intervencion de Inglaterra, única potencia marítima que podia atajar el vuelo de sus armas en Italia, exasperó vivamente á Felipe; pero á quien mas inquietó fué á Alberoni, que hasta entonces se habia envanecido con la esperanza de la cooperacion de la nacion

inglesa, por lo menos con su gratitud. Este chasco lo indignó hasta el estremo, y viendo destruidos sus planes por las mismas personas que creia mas adictas á sus intereses, dirigió dos cartas (150) muy poco comedidas á Doddington que ya no era ministro en Madrid, y vivia en Lóndres, las cuales prueban que no podia rayar mas alto su indignacion (151).

5 de abril.

«S. M. C. no tomará resolucion ninguna en lo del tratado del comercio, hasta tanto que vea el desenlace de este drama. Mejor que nadie conoceis vos la sinceridad de sus intenciones con respecto al rey de Inglaterra, y harto sabeis que no vaciló en sacrificar en los dos nuevos convenios todas las ventajas y beneficios conseguidos por el tratado de Utrecht, queriendo olvidar que Inglaterra contribuyó á despojarla de sus rentas, reinos y provincias, injusticia empero que clamará venganza en todos tiempos, como contraria á todas las leyes divinas y humanas. Habiendo hecho tan gran sacrificio, tenia fundamento el rey católico para creer que habia dispensado un favor á S. M. B. y que la nacion inglesa no podria menos de unirse mas íntimamente con España, ó que por lo menos, tratándose de los intereses de ambas naciones, continuaria el rey de Inglaterra siendo neutral.

«A pesar de esto, noto con un estraordinario dolor que no sucederá ninguna de ambas cosas, y que no tardaré en verme espuesto al resentimiento legítimo de SS. MM. CC. Cada dia anuncian los periódicos que vuestro ministerio no es ya inglés sino aleman; que se ha vendido bajamente á la córte de Viena, que por medio de intrigas tan comunes en ese pais, se trata de que caiga en lazo la nacion. La prueba de lo que afirmo está en que habiendo aniquilado á Inglaterra en hombres y dineros á fin de conseguir estados y reinos

al archiduque, ese gobierno ha proporcionado últimamente á el austriaco un subsidio crecido. Los sentimientos de afecto y amistad que os profeso y os profesaré siempre, me mueve á hablaros con tal sinceridad.»

Decia Alberoni, en otra carta del 16 de abril. «Ha regresado ya el señor Patiño y ha traido la tarifa de las aduanas aprobada por las principales casas de comercio estrangeras de Cadiz. Está ya en poder de S. M.; pero no se firmará hasta que se sepa, como he dicho anteriormente, el desenlace del drama. No puedo creer que un pueblo tan juicioso entregue el reino de Siciliaen poder del archiduque, haciéndolo tan poderoso en toda Europa. Os ruego que me perdoneis, pero no puedo menos de decir que los gabinetes de Europa han perdido la razon; que en vez de las leyes de la política, acatan el capricho de algunos individuos que sin ton ni son, y tal vez por motivos particulares, cortan y destrozan los estados y reinos como si fuesen esos de Holanda.»

No tardó mucho Alberoni en tener motivos nuevos de resentimiento á causa de un ataque personal que no podia menos, ya fuese por el motivo, ya por las circustancias, de producir una impresion séria en España. El ministro imperial en Roma, elevó una queja formal contra el cardenal, por haber entrado en negociaciones con los infieles y haberles dado armas, municiones y dinero en daño de un príncipe cristiano y con mengua de la fé católica, suplicando por último al papa que anulase la bula en que se conferia á Alberoni el arzobispado de Sevilla.

No era el ministro persona que mirase con indiferencia tan graves cargos, y así es que contestó enérgicamente, negando todos los hechos que se le atribuian; pero confesando al propio tiempo, y justificando su alianza con los mahometanos. Invocaba en defensa propia los principios reconocidos de la política, y citaba varios egemplos de papas que habian reunido sus

armas á las de los infieles á fin de disminuir el poder de un enemigo comun y peligroso (152). Sus descargos si bien eran plausibles, no produjeron el resultado que él deseaba, y el papa aceptó por lo tanto su renuncia del obispado de Málaga y se negó á preconizarlo como arzobispo de Sevilla. Segun esto, no conservó Alberoni ninguna dignidad eclesiástica en un pais en que era no menos soberano que el mismo rey.

Estas humillaciones personales y la oposicion no menos viva que universal contra su política, no sirvieron mas que para reanimar el ánimo del ministro y para electrizar mas y mas su ingenio tan fecundo en recursos. Procuró reconciliarse con todas las naciones europeas, especialmente con aquellos cuyos principios, conexiones ó demas circunstancias podrian dar que hacer á sus adversarios. A fin de inutilizar los esfuerzos del emperador, puso estorbo á las medidas tomadas por las potencias marítimas y Francia, quienes querian proporcionar á su aliado la paz con Turquía. Entabló correspondencia con Rugottki, soberano desterrado de Transilvania, ofreciéndole los subsidios necesarios para mantener un ejército de treinta mil hombres; procuró escitar turbulencias en el interior de Francia fomentando facciones contra el regente; persuadió á los protestantes que habitaban los montes Cevenas que enarbolasen de nuevo el estandarte de la rebelion y entabló correspondencia con los descontentos de Bretaña No se limitó á esto, sino que cuidó con mucho afan de animar los celos comerciales de los holandeses, á quienes trató de seducir con la esperanza de que conseguirian los mismos privilegios de que gozaba Inglaterra y que debian terminar; cuidó de conmover los ánimos en la Gran Bretaña fomentando y atizando sus discordias intestinas, consecuencia inevitable del sistema de gobierno en que se goza de una libertad enérgica, y en donde los partidos se hostigan mútuamente para conseguir el poder. Se valió de sus amigos para sembrar en todas partes que-

jas exageradas acerca de la violacion de la constitucion, del peso enorme de los impuestos y de otros mil puntos, alimento y testo constante de las declamaciones demagógicas, sin olvidar de tocar la cuerda delicada de los privilegios comerciales. Tuvo buen cuidado de escribir circulares á los mercaderes de Inglaterra y Holanda, en las que esponia con muy vivos colores las considerables pérdidas que esperimentaria el comercio en el caso de un rompimiento con España. Halló partidarios ardientes de su política entre los individuos de la oposicion, que se componia entonces, no solo de los toris escluidos sino tambien de los gefes numerosos del partido whig, liga en cuyas filas militaban Walpole, Tocoshend, Carreret, Methuen y Polteney (153). Entró en relaciones directas é íntimas con los jacobitas, reanimando sus esperanzas casi perdidas con la promesa de un socorro estrangero, y altamente convencido de que acababa Inglaterra de decidirse á abrazar la causa del emperador, aconsejaba á Felipe que enviase en contra de las Islas Británicas á la espedicion destinada á Sicilia. De este modo hincaba el hacha en el árbol de la confederacion. Por fortuna de Inglaterra ocupaba demasiado á Felipe su resentimiento personal, y deseaba ademas este soberano tener estados, por lo cual nada hizo ni se conformó á consejo tan atrevido. Mofándose del corage impotente del papa, contentó su venganza particular despidiendo al nuncio, mandando salir de Roma á los españoles y difiriendo el pago de las contribuciones eclesiásticas que cobraba Roma en la Península. Pero principalmente fué contra Victor Amadeo, cuyo apoyo y aprobacion eran de tan alta importancia para la realizacion de sus planes en Italia, que este intrigante político desplegó sus recursos todos. Temiendo que este príncipe, naturalmente avaro, viese con indignacion la probabilidad de un cambio que debia contentar al emperador á espensas suyas, entretuvo su esperanza con el ofrecimiento de una par-

te del Milanesado y del ducado de Módena en cambio de la estéril Cerdeña que era la compensacion no menos desigual que incierta, ofrecida por los aliados en cambio de Sicilia. Fueron bien acogidas estas proposiciones, y Victor Amadeo que espiaba la marcha constante de los negocios, prestó oidos á este ofrecimiento con una presteza tanto mas visible cuanto que se hallaba en el caso de vender sus servicios al que mejor los pagase; el astuto soberano llegó hasta el estremo de manifestar en público su resolucion de abrazar la causa de Felipe.—En la ultima guerra, decia, he adquirido la Sicilia y la defenderé en tanto que me quede una gota de sangre en las venas; fiel á mis compromisos no abandonaré jamás al rey católico.—Pero temiendo el verse obligado á consentir en el cambio propuesto últimamente, tomó el partido de dejar al emperador el cuidado principal de defender la isla, cuya posesion codiciaba, y retiró una parte importante de las tropas que envió á las fronteras del Milanesado, teniendo cuidado de mandar á Madrid un agente particular encargado de una série de proposiciones que debian servir de bases para una alianza con España. Estas proposiciones eran: 1.º Un millon de duros antes de entrar en campaña; 2.º Un subsidio semanal de siete mil durante la guerra; 3.º El apoyo de quince mil españoles auxiliares en Lombardía; y 4.º el que España llamase la atencion de los aliados por el lado de Nápoles. Ademas de esto debian partirse las contribuciones sacadas en paises conquistados; poner en las plazas fuertes que se tomasen guarniciones compuestas mitad de españoles, mitad de piamonteses mandados por un gobernador perteneciente á estos últimos, y por último despues de la sumision de Nápoles debian veinte mil españoles pasar á Lombardía para terminar la conquista del Milanesado que seria el premio del apoyo prestado por el rey de Sicilia (154).

En tanto que se hallaba Europa agitada con estas intrigas y ocupada con estas negociaciones, el ministro

español redobló sus esfuerzos para precipitar la salida de la grande espedicion preparada para la invasion de Sicilia, de que creia poderse apoderar fácilmente, gracias á sus intrigas con Victor Amadeo y de sus secretos tratos con los naturales del pais. Consistia la espedicion en treinta y seis buques de línea, con trasportes que conducian treinta mil soldados aguerridos, y todos los accesorios indispensables, la cual salió del puerto de Barcelona y dió la vela el 18 de junio (155). Despues de abordar en Cagliari, á fin de tomar á bordo parte de las tropas dejadas en Cerdeña, puso la proa á Sicilia. El 1.° de junio desembarcaron los españoles cerca del cabo Salento, á cuatro leguas de Palermo, á las órdenes del marqués de Lede, que debia agregar al mando en gefe del ejército el cargo de virey de Sicilia, en cuanto se tomase posesion de esta isla.

Las grandes potencias de Europa vieron con asombro que España, como el leon, emblema de sus armas, despertaba tras de un siglo de letargo desplegando un vigor y una firmeza digna de los mas hermosos dias de la monarquía, haciendo temer que se renovase una guerra á que apenas acababa de poner término el tratado de Utrech. En Inglaterra el temor de nuevas turbulencias fortaleció todavía mas al gobierno en su resolucion, y en Francia dió fijeza á la política incierta del regente; al punto se concertó una alianza nueva entre Dubois y Stanhope, ministros influyentes en ambos paises. Tratóse desde luego de las medidas que debian tomarse para la terminacion de un tratado con el emperador de los turcos; de las fronteras de Hungría pasó á Italia un cuerpo de ejército considerable. El emperador á fin de poder contar seguramente con el apoyo de los aliados, anunció que estaba dispuesto á aceptar la mediacion de Inglaterra para terminar amistosamente las desavenencias que existian hacia tanto tiempo entre Felipe y él. Se tomaron desde luego medidas para alcanzar la adhesion de los holandeses.

Este tratado celebrado al principio entre el emperador, Francia é Inglaterra, y que despues al conseguir la adhesion de Holanda se llamó de la cuádruple alianza, descansó en los mismos principios generales que habian sido propuestos antes. Pero se estipuló formalmente que el emperador recobraria la Sicilia, y que se aseguraria á don Cárlos la reversion de Toscana y Parma. Para el cumplimiento de esta condicion las plazas fuertes de los dos ducados debian ser ocupadas por seis mil suizos pagados por las potencias mediadoras. Como era tambien preciso atender al honor de Felipe consintió el emperador en dejar el vano título de rey de España. A Victor Amadeo debia caberle la Cerdeña como compensacion de la pérdida de Sicilia, y el emperador no tan solo confirmaba las cesiones hechas á la casa de Saboya en 1703, sino que reconocia su derecho á la sucesion eventual de España en el caso de que la descendencia de Felipe se estinguiese; por último, se fijó el término de tres meses para la accesion de Felipe y del rey de Sicilia. Al espirar este plazo todas las fuerzas de las partes firmantes debian emplearse para que diesen estos soberanos su consentimiento.

Antes de la firma solemne del tratado se comunicaron las condiciones de él á la córte de Madrid. Entonces fué cuando dió Alberoni rienda suelta á su indignacion, prorumpiendo en invectivas contra las dos partes firmantes y especialmente contra el duque de Orleans. —El regente, decia, se ha declarado á la faz del mundo amigo de una potencia enemiga del rey su tio, y el momento ha llegado segun todas las apariencias de que se comprometa en una guerra contra su augusto pariente. El mariscal de Urelles al firmar esta alianza con el fin de evitar un rompimiento verá la Francia armada contra el rey de España. S. M. C. está decidida por su parte á luchar sin treguas y sin término antes que consentir á una proposicion tan infame; en tanto que le queden vida y fuerzas hará recaer su venganza sobre

los que imaginan arrancarle por medio de la violencia su consentimiento. Si quiere Stanhope usar con nosotros del lenguage de un amo, no será muy bien acogido: ya se le han concedido los pasaportes que ha pedido y se escucharán sus proposiciones; pero no se hará caso de ellas si son distintas del proyecto, y se sorprenderá al saber que el rey no quiere ahora prestar oidos á ofrecimiento ninguno de Toscana, y que hará valer los derechos que tiene á aquel estado cuando le convenga.

Durante este ataque de despecho é indignacion llegó á Madrid el conde de Stanhope, y la escuadra inglesa, mandada por el almirante Byng, entraba en el Mediterráneo para apoyar las proposiciones de paz. Antes de la llegada del conde habian los españoles efectuado un desembarque en Sicilia; el almirante dobló el cabo de San Vicente y despachó un correo con el anuncio oficial de su llegada é instrucciones para el ministro Stanhope.

«Tendreis la bondad, decia el almirante, de informar á S. M. C. de mi llegada con la escuadra que mando en el Mediterráneo, notificándole que tengo órdenes de apoyar, en nombre del rey, mi señor, cuantas medidas puedan contribuir á conciliar y á allanar las dificultades existentes entre él y el emperador.

«Si no consiente S. M. C. en aceptar la mediacion de mi soberano, y si insiste en su resolucion de atacar los estados del emperador en Italia, me manda el rey, mi señor, que conserve la neutralidad de este pais, que defienda las posesiones del emperador y que rechace todo ataque que pudiera intentarse por aquel lado (156).»

Tuvo el enviado británico una conferencia con el cardenal y despues de manifestar el estremado afan que tomaban Inglaterra y Francia para afianzar la paz de Europa, le comunicó una carta para dar mayor fuerza á sus argumentos. El altanero é impetuoso ministro

se mostró muy irritado al oir semejante mensage que contenia razones tan terminantes, y en seguida contestó:—Mi augusto amo se espondrá á todo, prefiriendo arriesgarse á ser espulsado de España que consentir en retirar sus tropas ó en suspender las hostilidades. No creais que se asusten con tanta facilidad los españoles; tanta confianza tengo en el valor de nuestra escuadra que si se decidiese vuestro almirante á atacarla, no me da cuidado el resultado.—A semejante contestacion nada que decir habia, y el enviado inglés se limitó á enseñar la lista de los buques que componian la escuadra de Inglaterra. rogando al cardenal que la comparase con la de España. La calma con que presentó la lista inflamó la cólera del ministro, quien la tomó, la rasgó en mil pedazos y la pisoteó. Como le hiciese el diplomático otras varias observaciones le contestó el cardenal con viveza:—Daré cuenta al rey de vuestro mensage, y dentro de dos dias os informaré de la resolucion de S. M.—Pero ora fuese desden, ora designio de ganar tiempo para que pudiese refugiarse la escuadra española á Malta, tardó nueve dias en remitir la decision. Al cabo de este tiempo devolvió la carta del almirante con esta nota marginal: «S. M. C. me manda deciros que el caballero Byng puede ejecutar las órdenes que ha recibido del rey su amo. Del Escorial á 15 de julio.—ALBERONI» (157).

Durante aquel tiempo las tropas españolas habian dado principio bajo los auspicios mas favorables á sus operaciones en Sicilia y todo presagiaba un brillante éxito. Tres dias despues de su desembarque marcharon sobre Palermo en donde se les agregaron infinitos nobles partidarios del restablecimiento de la administracion española. La ciudad abrió las puertas y dió entrada al ejército invasor el 13 de julio, y la ciudadela se rindió despues de un bloqueo de algunos dias. Entonces la rebelion fué universal, y una pequeña division de siete mil hombres que era cuanto existia de tropas pia-

montesas no bastaba para someter al populacho y hacer frente á un enemigo superior; muchas fortalezas, las mas considerables en verdad de la isla, cayeron en poder de los partidarios de España sin auxilio ninguno (23 de julio).

Despues de la sumision de Palermo condujo la escuadra la infantería al puerto de Messina sitiada por tierra por la caballería. Allí lo mismo que en Palermo, y en todas partes la llegada de las tropas victoriosas, fué la señal de una rebelion popular, siendo los mismos habitantes los que encerraban á los piamonteses en la ciudadela en donde fueron al punto sitiados. La poblacion toda acogió á los españoles con aclamaciones de júbilo (158).

Sucedió todo de modo que pronto Sicilia hubiera sido conquistada sin trabajo, si la escuadra inglesa no se hubiera presentado á la vista de aquellas costas. El almirante ancló durante algunos dias en la bahía de Nápoles, y como las disposiciones para la transmision de Sicilia al emperador estaban terminadas ya, consintió en proteger el paso de tres mil alemanes al través del estrecho de Reggio que iban á reforzar la guarnicion que defendia la ciudadela de Messina. La llegada de un refuerzo tan considerable, molestó mucho á los españoles en sus operaciones terrestres y marítimas. Los gefes de la escuadra española discutieron durante algun tiempo acerca de si rechazarian la fuerza con la fuerza, ó si se retirarian. Conviniéronse en este último partido, dejaron su estacion de Messina, y se dirigieron al Mediodia. El almirante Byng, concluyó la operacion del embarque de las tropas alemanas, puso la proa al faro de Messina, y al pasar escribió al comandante español proponiéndole una suspension de armas, evitando así las hostilidades. Como la proposicion no fuese aceptada, el almirante que contínuamente recibia avisos de la llegada de la escuadra al estrecho, mandó salir á los alemanes para el Reggio, se hizo á la vela,

y el 11 de agosto ambas escuadras se encontraron en las aguas de Siracusa.

El almirante español Castañeta aun cuando era un escelente y valiente marino, carecia de la capacidad que exige el mando de una escuadra considerable. Además, hallábase en una posicion falsa, capaz de turbar al mas diestro y hábil de los generales. Hemos visto que el ministro español, pensaba que probablemente la escuadra se retiraria á Malta en caso de ataque; pero no se dió órden ninguna terminante en este asunto, porque el almirante español no tenia dato ninguno que sirviese de norma á su conducta, no creyéndose autorizado á empezar el ataque, ni queriendo por otra parte abandonar las costas de Sicilia. Patiño, comisario del gobierno, era el gefe principal de la espedicion, y por lo tanto le pidió el almirante instrucciones; pero lejos de ser estas claras, sirvieron tan solo para aumentar los conflictos de Castañeta. No ignoraba este que su escuadra era muy inferior á la de los ingleses, tanto en fuerza como en disciplina y equipo, por lo qué era natural que tratase de evitar todo encuentro con un enemigo cuya superioridad era incontestable. Semejante creencia fué muy ventajosa para el almirante inglés. En efecto, tan luego como Castañeta tuvo noticia de la aparicion de la escuadra inglesa, cruzó el estrecho con el fin de tomar posicion cerca de Messina, y ponerse á cubierto de las baterías de la costa; pero al ver que Byng surcaba la bahía de Nápoles, levó áncoras y se hizo di rumbo hácia él Sur, con intento de reunirse á una division destacada con el fin de proporcionarse un retiro seguro en Malta ó Cerdeña. Dudaba todavía, aun teniendo á la vista los buques ingleses, que empezasen estos el ataque, y esto hizo que continuase su movimiento sin temor aparente, porque no queria él mostrar ni desconfianza ni inquietud (159).

El 11 por la mañana, la proximidad del almirante Byng, no dejó duda ninguna á Castañeta de que ya no

era tiempo de evitar el combate. Las fuertes brisas y opuestas corrientes que hay por aquella mar insegura, obligaron á los buques á separarse, impidiendo al general español, si en efecto tal fué su intencion, el evitar la escuadra inglesa que se habia mezclado con la suya. En semejante situacion, el marqués de Mari, almirante español, se separó del cuerpo principal de la escuadra con los seis buques mas ligeros y con las galeras, con propósito de acercarse á la costa, porque los navíos de línea aunque remolcados no podian ponerse en órden de batalla.

El almirante inglés aprovechó una brisa favorable; destacó una division para cortar á Mari, continuó marchando al encuentro del cuerpo principal, y dió principio al combate. Los buques españoles desordenados y separados unos de otros, fueron casi todos atacados aisladamente por fuerzas superiores, y obligados á rendirse unos tras otros. Sin embargo, se batieron heróicamente; y esta refriega tan célebre mas tarde, fué mas bien una retirada que un combate regular. El general en gefe, despues de una resistencia tenaz, estando peligrosamente herido cayó prisionero. Toda la escuadra española fué apresada ó destruida, escepto cuatro navíos y seis fragatas que lograron escapar y refugiarse al puerto de San Valeta. La division de Mari que fué echada á la costa cerca de Aosta, tuvo la misma triste suerte que la escuadra.

Despues de este combate tan funesto para España, el almirante inglés, temiendo ó fingiendo temer que se creyese que habia sido él el agresor, envió á uno de sus capitanes con una carta al marqués de Lede, llena de disculpas, y echando toda la culpa á los españoles que habian dado principio al combate. Añadia, que semejante contratiempo no debia considerarse como un rompimiento entre las dos naciones (160).

Antes de que llegase á Madrid la noticia de semejante desastre, el conde de Stanhope de acuerdo con el

marqués de Nancré, plenipotenciario francés, habia ofrecido la mediacion de las potencias neutras, y propuesto la accesion de España á la cuadruple alianza que se hallaban entonces en vísperas de firmar Francia, Inglaterra y el emperador. Al principio aparentó Alberoni, con su acostumbrada doblez que consentia, halagando á los aliados con la esperanza de que aquella negociacion tendria un resultado pacífico; pero las nuevas del feliz desembarque en Sicilia, el entusiasmo que escitó este suceso en la capital, y la llegada de los tesoros de América, lo movieron á arrojar el disfraz, y la córte por consejo de él, volvió á tomar el lenguage altanero que solia.

Sin embargo, no escaseaban los aliados ni halagos, ni amenazas para lograr que Felipe no acometiese nuevas empresas. El rey de Inglaterra deseaba la conservacion de la paz con tanto empeño, que ofreció por conducto del regente al principio, y en seguida por boca del conde de Stanhope, la restitucion de Gibraltar, á condicion de que se prestase Felipe desde luego á acceder á la cuadruple alianza (161). Pero las brillantes esperanzas que la conquista de Cerdeña y el feliz desembarque en Sicilia habian inspirado, eran tan generales y entusiastas, que este mismo objeto tan deseado en otro tiempo, habia perdido todo interés. El ofrecimiento fué definitivamente rechazado como compensacion pequeña á los derechos perdidos, y que Felipe creia ya recobrados (162).

En dos conferencias tenidas con los embajadores, manifestaron los soberanos de España con estraordinaria energía su desagrado, con motivo del tratado propuesto como injusto en sí mismo, y como no menos perjudicial á sus intereses que á su honor. La indignacion de que se hallaban poseidos llegó al colmo, cuando se les presentó un *ultimatum* en que solo se les concedian tres meses para aceptar la cuadruple alianza, manifestando que pasado este término fatal, se verian Francia

y las potencias marítimas en la necesidad de declarar la guerra. Por toda respuesta á esta amenaza, recibió el cardenal órden de declarar que su soberano no dejaria las armas hasta tanto que se cediesen á España, Cerdeña y Sicilia, y sin que el emperador despues de indemnizar á la casa de Saboya por la pérdida de Sicilia, se hubiese comprometido á conservar tan solo un número fijo de tropas en Italia.

Quedó así desvanecida toda esperanza de reconciliacion, y el conde de Stanhope, se preparó á salir de Madrid; pero antes de emprender su viage, recibió ciertamente Alberoni algun aviso de los desastres de la escuadra, porque al despedir al enviado inglés, renovó sus pasadas protestas de amistad, insistió en sus disposiciones favorables á la paz, y echó toda la censura del rompimiento sobre el rey, que aborrecia profundamente al emperador y al regente, declarando lleno de dolor que á pesar suyo habia tenido que tomar medidas hostiles, y que deseaba sínceramente negociar cuanto antes un tratado de paz.

—Si nos engaña el cardenal, al marqués de Nancré y á mí, decia lord Stanhope, eso no podré asegurarlo yo, pero os confieso que á lo que creo apetece conseguir un armisticio, y desea arreglar los negocios públicos. Quéjase amargamente de la tenacidad del rey, á quien guia en esta contienda, mas bien su animosidad contra el emperador y el regente que ninguna razon política; lo presenta como estremadamente celoso, y receloso de cuantos lo rodean. Durante mucho tiempo, ningun ministro ha logrado jamás hablar al rey sino delante de la reina y el cardenal, y en cuanto puedo juzgar de materia tan delicada tienen celos unos de otros. El cardenal derramó lágrimas al separarse de mí, ofreciendo escribirme, y no dejar pasar ocasion ninguna de conciliar los negocios (163).

Queriendo aun guardar las apariencias con Victor Amadeo, no publicó el ministro español justificacion

del ataque de Sicilia, como habia hecho en otras varias ocasiones, y no presentó aquella isla como pais conquistado; por el contrario, escribió una carta lisongera á este príncipe, anunciándole el desembarque de las tropas españolas y la toma de Palermo. Presentaba la ocupacion de la isla, no como un acto de agresion sino como una medida de precaucion, á fin de evitar que no fuese usurpada al legítimo dueño por las mismas potencias que la habian garantizado en el tratado de Utrecht, protestando que permaneceria en depósito hasta que pudiera serle devuelta sin riesgo ninguno (164).

Esta medida no produjo el resultado apetecido; porque Victor Amadeo, ya se hallase realmente ofendido á causa de la invasion, ó esperase tal vez sacar mejor partido del emperador que del rey de España, se dirigió á Inglaterra y Francia como responsables del tratado de Utrecht, acompañando su esposicion de quejas amargas contra la perfidia ó injusticia de Alberoni que se habia burlado de él con fingidas protestas de amistad á fin de alcanzar una ocasion mas favorable para invadir sus estados.

A esta queja contestó al cabo de cierto tiempo la córte de España acusando á la de Turin de perfidia y doblez. Entonces declaró el rey que no conservaria de allí adelante á Sicilia mas que como un depósito, y que estaba decidido á impedir que pasase á manos de su irreconciliable enemigo y á reunirla á la monarquía española de que habia sido separada. Terminaba el manifiesto con una insinuacion cuyo objeto era el acusar de aquella empresa á las córtes de París y Lóndres, manifestando que estas con apariencias de sencillez habian insinuado en el mes de mayo anterior que existia una negociacion secreta para entregar la Sicilia al emperador, y esta sola comunicacion, bastó, se decia en aquel documento, para poner al rey en la necesidad de rechazar la fuerza con la fuerza (165).

CAPITULO XXIX.

1718.—1719.

Reconvenciones de la córte de España contra la conducta de Inglaterra.—Intrigas de Alberoni con diferentes potencias europeas.—Acuerdo con Suecia y Rusia para invadir la Inglaterra.—Descúbrese la conspiracion contra el regente de Francia.—Documentos y manifiestos publicados en aquella ocasion.—Declara Francia la guerra.—Pónese Felipe al frente del ejército.—Campaña desgraciada.—Toma de las plazas fronterizas y destruccion de los astilleros y arsenales.—Muerte de Cárlos XII y neutralidad de Suecia y Rusia.—Exito desgraciado de la espedicion á Escocia á favor del pretendiente.—Vana tentativa en Bretaña.—Desgracias del ejército español en Sicilia.—Accesion de los holandeses á la cuádruple alianza.—Inútiles manejos de Alberoni para dividir á los aliados.

Alberoni si bien mortificado por tantos contratiempos, burlado en sus esperanzas, no se dejó desanimar por la derrota de una escuadra preparada con tanto trabajo y que, sirviéndonos de la espresion enérgica de los españoles, parece que habia salido de las entrañas de la tierra. Al punto se dieron sentidas quejas al gobierno inglés por aquella violacion de la buena fé que hasta entonces habia observado con tanto honor suyo Inglaterra en sus relaciones con España. El embajador Monteleon escribió al secretario de Estado una carta destinada á ver la luz pública, quejándose de aquel ultrage inaudito que hacia contraste tan manifiesto con la declaracion en que decia el almirante que las órdenes que tenia se limitaban á defender los estados del emperador. Decia el embajador que el rey y con él

todos los verdaderos españoles habian esperimentado la indignacion mas viva al saber aquel inesperado ataque por parte de una nacion á que siempre habia mostrado un afecto especial, manifestando por último que á pesar de estas agresiones inmerecidas, el rey su amo repartiria con la mas escrupulosa fidelidad los ricos cargamentos de la flota tan luego como llegase de América; que conservaria religiosamente las relaciones de delicadeza y comercio entre los dos paises, y por último, que conservaria á los ingleses todas las concesiones y beneficios de que hasta entonces habian gozado; declaracion que no podia menos de producir una sensacion honda en ánimos generosos. El mismo cardenal confirmó poco tiempo despues las manifestaciones del embajador en la carta en que decia sin reticencias que aquellos eran sus sentimientos, pero repitiendo varias veces y con destreza las quejas espresadas por Monteleon, de intento dejó escapar algunas palabras que hacian sospechar, y hasta creer que el almirante, de acuerdo, con el ministerio, se habia desviado de las instrucciones que se le dieron á consecuencia de las instancias y presentes del conde de Daun, virey del emperador. Además suponia que en la relacion oficial del combate se hallaban espresiones de pesar y hasta de remordimiento acerca de agresion tan injusta (166).

No se limitó el ministro español á manifestar su resentimiento con notas y escritos, sino que empleó todos los resortes de política para inquietar y confundir á los aliados, y especialmente para que cayese el azote de la guerra sobre Francia é Inglaterra. En el Norte fué principalmente donde lograron mejores resultados sus esfuerzos. Durante la última guerra, habia el rey de Dinamarca conquistado el Holstein, Slevie, Breme, y Verden, pero como no pudiese resistir á los ataques de Cárlos XII despues del regreso de su cautiverio en Turquia, cedió Breme y Verden á Jorge I como elector de Hannover, á fin de alcanzar con esta cesion

que accediese el monarca inglés á la confederacion formada contra Suecia, y poder contar con el apoyo de una escuadra inglesa en el mar Báltico. Esta intervencion ofendió en estremo á Cárlos XII, quien no se descuidó en tomar parte en cuantas intrigas tramaban los jacobitas de Inglaterra y los desterrados en Francia y Holanda. Su orgullo se resintió todavía mas al recibir la noticia de la prision de sus dos ministros Gortiz y Gyllembourgza, consecuencia del descubrimiento de sus intrigas con los malcontentos y de sus proyectos de invadir á Inglaterra (167).

No menos irritado estaba Pedro el Grande contra el gobierno inglés que trataba de paralizar sus proyectos de conseguir posesiones en el imperio de Alemania. Aconsejado, pues, por su resentimiento, intrigó tambien con los jacobitas y con todo el partido de la oposicion, aun cuando aparentase el mayor desvio á las sugestiones del gobierno inglés que trataba de complicarlo en las acusaciones contra Cárlos XII.

Aprovechóse Alberoni de estas circunstancias para negociar una reconciliacion entre aquellos dos monarcas rivales, procurando que concentrasen todas sus fuerzas contra un pais que á entrambos habia ofendido de igual modo. Envió á Rusia al duque de Ormend á fin de que negociase un enlace entre Ana, hija de Pedro I, y el hijo del pretendiente; y aun cuando aparentase Pedro que no acogia favorablemente esta mision, no por eso la peticion del ministro español dejó de tener un resultado feliz. Los ministros de Suecia y Rusia se reunieron (17 de mayo) en la isla de Aland, y con la mediacion de un agente de la córte de España firmaron los artículos preliminares de un convenio, mediante el cual debia Cárlos ceder á Rusia varios territorios en las costas del Báltico por via de cambio; además se le debia ayudar á conquistar la Noruega y á recobrar á Breme y Verden. Las fuerzas de ambas reunidas agregadas á las de España invadirian las Islas Británicas con el ob-

jeto de que recobrase el trono la familia de los Estuardos (168).

La situacion de los partidos en que estaba dividida la Francia ofrecia vasto campo á las intrigas del ministro español, que no vaciló en tramar enredos en aquel pais como en Madrid habia hecho el regente para derribarlo. Todos los partidarios y admiradores de la córte antigua se declararon contra el gobierno existente á causa de sus relaciones con Inglaterra á pesar de las máximas políticas seguidas hacia tanto tiempo. El mariscal de Villars presentó una memoria muy enérgica proponiéndose á la nueva alianza. Aconsejaba al regente que se reconciliase con España y uniese con lazo duradero las dos coronas de la familia de Borbon contra el emperador. El duque del Maine y Villars apoyaron estas manifestaciones en el consejo de Estado, y sus razones produjeron impresion tan fuerte en el ánimo de sus cólegas que el mariscal Uxelles encargado del despacho de los negocios estrangeros, no puso su firma al pié del tratado con Inglaterra, sino al verse obligado á ello por la autoridad directa del mismo duque de Orleans (169).

El partido opuesto á la política y el regente contaron con el apoyo de todos los príncipes legitimados y todas las princesas, sin esceptuar á la misma esposa del regente, quienes estaban ofendidos al ver que se les queria privar de las prerogativas y honores que el rey difunto les habia concedido. Esta opinion era no tan solo la de los enemigos políticos ó personales del regente sino que San Simon, que era su amigo verdadero, no tuvo empacho en reconocer que eran mejores los derechos de Felipe al gobierno.—Si el rey de España, solia decir al regente, entrase en Francia sin armas y confiándose nada mas que á la nacion, y pidiese la regencia para sí, confieso que á pesar del afecto sincero que os profeso, me apartaria de vos con lágrimas en los ojos y lo reconoceria por legítimo regente. Si yo que tanto os amo desde que existe pienso así, ¿qué podeis

esperar de los demás? (170) Los parlamentos que no gozaban de consideracion ninguna, ni como corporaciones ni como individuos, acudieron á reforzar las filas de la nobleza descontenta, creyendo que lograrian recobrar su antiguo poder, defendiendo los derechos de la nacion. Esta especie de aversion general contra el regente tomaba orígen en la conducta de este príncipe, y hasta el desórden que reinaba en la hacienda, aun cuando realmente dimanaba de las guerras de Luis XIV, se lo atribuia la malquerencia universal. El mal aumentó con el sistema rentístico del escocés Law. y con las estravagancias y pésimas elecciones del regente. Para que nada faltase á tantas desdichas, se agravaron las disensiones religiosas á las querellas políticas. Los jansenistas y jesuitas enemigos irreconciliables, se habian visto humillados unos tras de otros, y estos últimos sobre todo estaban muy predispuestos en contra del duque. La órden habia perdido en tiempo del regente su influjo en palacio á causa de la separacion del padre Tellier, antiguo confesor del rey. Todas estas causas reunidas y el libertinage vergonzoso del regente, así como la conducta mas que escandalosa del cardenal Dubois, favorito suyo, no tardaron mucho en borrar hasta las últimas huellas del respeto y afecto que habia ganado en los primeros tiempos de su gobierno con su talento despejado y con sus modales agradables.

Pronto hallaron los descontentos un gefe en la duquesa del Maine, la valerosa hija del gran Condé, la cual entabló una correspondencia con la reina de España, por medio de Cellamare, embajador de Felipe, que estaba iniciado en los secretos de aquella intriga. Aumentaron su partido las personas influyentes y notables de todos los partidos y los oficiales del ejército; sin embargo, distintos eran los motivos y planes de los gefes de estas diversas fracciones: unos deseaban tan solo la ejecucion de la voluntad postrera de Luis XIV, á otros halagaba la esperanza de valerse del

favor de Felipe, en provecho propio, ó de la corporacion á que pertenecian, otros, por último, no tenian mas objeto que el de satisfacer su resentimiento particular ó sus celos políticos. Pero Alberoni tuvo el don de combinar estos opuestos intereses, haciendo de todos, con la habilidad mayor, una amalgama que reconocia un principio único. A él se debió que todas las clases y profesiones tuviesen un objeto comun, que era el de derribar al gobierno del duque de Orleans, confiriéndo la regencia á Felipe, como el solo medio de romper la alianza impolítica que existia entre Inglaterra y Austria, facilitando ademas derechos del rey de España á la corona de Francia, en caso de que falleciese el rey niño.

El gobierno español, con intento de disminuir á la vez los recursos del regente y de reunir un cuerpo considerable de franceses del otro lado de los Pirineos, no escaseó ni pasos ni agasajos para alistar en sus filas á infinitos oficiales sin empleo, entre los que apuntaremos en medio de otros muchos militares de gran mérito al célebre táctico Follard. Por medio de las relaciones de estos y de su actividad se hicieron alistamientos secretos y numerosos en las provincias descontentas, entablando negociaciones con un partido fuerte en Bretaña muy opuesto al gobierno, y á quienes escitaban á la rebelion ofreciéndoles socorros de España, por último favorecian estos planes ciertos jesuitas, á cuyo frente se hallaba el famoso padre Tournemine, quien seguia correspondencia secreta con la córte de España por conducto del confesor Aubenton.

Llegó la conspiracion á tal grado de madurez que se dictaban ya disposiciones para apoderarse de la persona del regente, y para convocar los Estados generales que debian sancionar el nuevo gobierno. El cardenal Polignac y otros parciales, instruidos y letrados, de la servidumbre de la duquesa del Maine, preparaban ya las felicitaciones que debian presentarse al rey, al par-

lamento y á los Estados generales en nombre de Felipe.

No podian ocultarse semejantes pasos á la vigilancia de un gobierno asustadizo por muchas precauciones que se tomasen, mucho mas cuando Cellamare con su conducta imprudente las iba divulgando. Recibia con frecuencia á descontentos de todas clases, y asistia á las reuniones nocturnas que se tenian en casa de la duquesa. El aire misterioso que tomaba, lejos de disipar la curiosidad contribuia á escitarla. En sus nocturnas espediciones se servia del carruage del marqués de Pompadour, guiado por el conde de Laval, que desempeñaba el oficio de cochero, y por último, para que nada faltase á tan inconcebible falta de circunspeccion, se valia para redactar los documentos mas importantes, y para copiarlos de personas desconocidas y de fidelidad dudosa. Por lo tanto no es maravilloso que por todas partes se trasluciese el secreto de la conspiracion. El embajador de Francia en Madrid, el rey de Inglaterra y los numerosos emisarios que vigilaban todos los pasos de Cellamare avisaron al regente que existia una conspiracion vasta contra su persona. Tuvo el gobierno la destreza de no manifestar síntoma ninguno de sospecha ó de temor, y creyeron los conspiradores que les sobraba tiempo para dejar que madurasen sus proyectos y para preparar la mecha que, segun la espresion del ministro español, debia hacer que saltase la mina (171). Para seguridad mayor confiáronse pliegos importantes á Don Vicente Portocarrero, sobrino del cardenal, cuyo rango y alianzas debian al parecer evitarle los contratiempos de un correo ordinario. La tranquilidad que inspiraba la aparente negligencia del gobierno era tal que se descuidaron hasta las mas vulgares precauciones de costumbre en circunstancias tan graves.

Alberoni contaba los instantes y esperaba con el mayor desasosiego la llegada de este mensagero importante, cuando supo con el mayor asombro que acababa de ser descubierta la conspiracion. En Poictiers fué dete-

nido Portocarrero á quien se tomaron todos los papeles, entre los que se halló la clave que servia para nombrar á los agentes y tratar de la conspiracion. Cellamare recibió la noticia de este incidente bastante á tiempo para destruir los documentos de mayor compromiso; pero fué arrestado tambien y se sometieron sus papeles al exámen mas minucioso. Al mismo tiempo tuvo cuidado el gobierno de poner á buen recaudo las personas de muchos gefes de la conspiracion, principalmente de los duques del Maine, de su hijo el conde d' Eu, del príncipe de Dombes, del cardenal Polignac, del duque de Richelieu, del marqués de Pompadour, y de otras varias personas de todas clases y profesiones, cuyos papeles recogidos con mucho cuidado dieron pormenores mas circunstanciados acerca de la conspiracion. Sometiéronse todos estos documentos á un consejo creado al efecto, y el regente á fin de justificar su conducta, publicó un relato detallado de la conspiracion, el cual acompañado de todos los datos necesarios, se remitió en carta circular á todos los ministros estrangeros residentes en París (172).

Publicáronse estractos de la carta que se prometian los conspiradores presentar al rey, y del mensage dirigido al parlamento, en cuyos documentos se leian las protestas mas fuertes de amor y veneracion á la memoria de Luis XIV, las declamaciones mas violentas contra la persona del regente, contra su gobierno y sus relaciones particulares, y por último, una peticion pidiendo que se convocasen los Estados generales, órgano de la opinion general, como único medio conveniente de libertar al rey y al pueblo de la esclavitud, de poner remedio á los males presentes impidiendo otros mayores en lo venidero. Pero en el proyecto de mensage á los Estados, espresábanse con mas viveza las acusaciones y esponíanse mas menudamente. Encerraba además las mas amargas quejas contra la crueldad é injusticia de la cuádruple alianza, así como contra el poder ilimitado

del duque de Orleans, único depositario de la autoridad real. Acusábase en aquel documento al regente de atreverse á formar alianza con los enemigos naturales de la casa de Borbon sin consultar ni á la nacion ni á los parlamentos, y sin someter siquiera este asunto á la deliberacion del consejo de regencia. Los demás escritos contenian los mismos lugares comunes, y solo en la nota que debia ser aprobada y firmada por los Estados, se hallaba de manifiesto los verdaderos proyectos de Felipe V.

«Señor, le decia, todos los brazos del estado se arrojan á vuestros pies, implorando vuestro apoyo en la posicion cruel á que los tiene reducidos el actual gobierno. Conocidas son á V. M. nuestras dolencias, pero tal vez ignora hasta dónde llegan estas, el respeto que profesamos á la autoridad real, cualesquiera que sean las manos en que se halle, y de cualquier modo que se egerza, no nos permite alimentar mas esperanzas que las que nos otorgue vuestra proteccion.

«Esta corona es el patrimonio de vuestros abuelos, y el que la ciñe en el dia está unido á vos por los vínculos mas fuertes, la nacion os mira como heredero presunto del trono y cree que estais animado de los mismos sentimientos que vuestro augusto abuelo de cuya pérdida se lamenta sin cesar. En esta creencia, vamos á esponeros nuestras desdichas implorando vuestra proteccion.»

Recordando en seguida la conducta inmoral del regente, sus relaciones con los enemigos de la religion y de las monarquías de Francia y España, la falta de confianza en el gobierno, el desórden en la hacienda y la proteccion concedida á los estrangeros; despues de apuntar de un modo arbitrario y despótico con que se trataba á los parlamentos, y las medidas tomadas contra los naturales de Bretaña, continuaba así la nota:

«Si nos preguntase V. M. cuál es el remedio que existe para tantos males contestariamos: En vuestras ma-

nos está el remedio. Aunque ceñís las sienes con una diadema estrangera no por eso dejais de ser un hijo de Francia. Como tio del rey menor, ¿quién podria negaros el poder de convocar los Estados para el restablecimiento del órden, así como para que se dicten las medidas indispensables en lo relativo á la regencia y á la tutela?

«La Francia entera ha entendido que al renunciar á vuestros legítimos derechos, solo habeis pensado en la tranquilidad pública, reconociendo en esta conducta los sentimientos de un verdadero padre del pueblo. Puede estar cierto V. M. de que si os presentáseis aquí con vuestra servidumbre nada mas, todos los corazones os acogerian con entusiasmo, y los franceses todos se disputarian por lograr la honra de escoltaros. Pero si para mayor seguridad entráseis en Francia con diez mil hombres, y quisiese el duque de Orleans resistiros con setenta mil, tened por seguro que las tropas en que tiene él mayor confianza serian sin duda las mas dispuestas á obedeceros. No hay un solo oficial que no lamente, ni un soldado que no note la maldad del gobierno, ni un solo francés que no os tenga por su libertador. Todos rivalizan en gratitud y admiracion hácia el nieto de aquel soberano amado que reina todavía en nuestros corazones. Nada, señor, teneis que temer del pueblo y de la nobleza que os deberá en breve la seguridad y la vida. Teneis un ejército en Francia y podeis esperar que llegareis á ser no menos poderoso que Luis XIV; escoged: Sereis recibido ó como Victor ó como regente, ó como un príncipe que restablece con honor el testamento de su augusto abuelo.

«Así es, señor, como vereis restablecida esa union tan necesaria á la seguridad de las dos coronas que las hace invencibles; así restablecereis la tranquilidad en un pueblo que os mira como á padre, é impedireis desgracias en que no se puede pensar sin horror. ¿Qué reconvenciones no os hariais á vos mismo, si el aconteci-

miento (173) que tanto tememos llegase á realizarse? ¿Qué de lágrimas no derramariais por haber desconocido los deseos de esta nacion que implora vuestra proteccion?»

Cuando se descubrió la conspiracion, el rey de Espeña confesó francamente las medidas adoptadas contra el regente, y se dió prisa á terminar los preparativos militares emprendidos ya, para sostener sus derechos. El embajador francés en Madrid, habia sido arrestado de antemano, y fué en seguida espulsado vergonzosamente de España, y por todas partes se pusieron tropas en movimiento, dirigiéndose á las fronteras.

Felipe justificó su conducta en un manifiesto (25 de diciembre) en que, despues de recorrer todos los cargos que se le hacian, anunciaba que sus preparativos de guerra no tenian mas objeto que el de atacar la persona y la autoridad del regente, concluyendo con escitar el honor y lealtad de la nacion francesa. Este manifiesto se distribuyó con profusion en París y toda Francia.

El descubrimiento de la conspíracion y el tono ofensivo de aquellos escritos, obligaron al regente á declarar la guerra, lo cual se habia negado á hacer hasta entonces, á pesar de las exhortaciones y egemplos de Inglaterra y el emperador. El parlamento de París condenó el manifiesto de España, por sedicioso. A la declaracion de guerra de Francia (9 de enero de 1719) acompañaba un manifiesto en que se esponian los motivos del rompimiento, y las causas que habian producido la cuádruple alianza, y el que se acusaba á España de oponerse á todas las medidas que tenian por objeto el restablecimiento de la paz de Europa. Como habia Felipe acompañado estas acusaciones contra el regente de protestas de respeto hácia la persona del rey, el regente tambien hablaba del monarca, en términos sumisos, y escitaba la indignacion pública contra Alberoni.

La córte de España replicó con otra declaracion en que trataba de justificarse por no haber aceptado las condiciones propuestas para un convenio, y entre otras razones, leíase en aquel documento: «El convenio para la neutralidad de Italia es nulo, porque lo ha violado muchas veces el emperador; la cesion proyectada de Sicilia al duque de Saboya no lo es menos, puesto que el duque no ha ejecutado las condiciones de que dependia. La aceptacion de la cuádruple alianza ha sido propuesta por las potencias aliadas, que desean avasallar á Europa de modo tan absoluto y despótico que se conducen como si no tuviesen mas objeto que el de privar á los reyes de los derechos de soberanía, emanados de Dios. Tambien se quejaba en aquel escrito de la ingratitud de Inglaterra con España, de la que se habia alcanzado estipulaciones muy ventajosas para su comercio, á cuyos servicios correspondió con el ataque pérfido de la escuadra española sin que precediese á semejante acto de despojo declaracion ninguna de guerra, añadiendo vehementes declamaciones contra la ambicion de la casa de Austria, y haciendo una recapitulacion de cargos contra el regente.

Apesar del descubrimiento de la conspiracion, hallábase la córte de España muy satisfecha del espíritu público en Francia, y sobre todo de las disposiciones que mostraban todas las clases del ejército. Villars el mas distinguido de los generales á causa de los eminentes servicios que habia prestado, no solo se negó á aceptar el mando del ejército destinado contra un príncipe de la casa de Borbon, sino que dirigió al regente y al consejo una profesion de fé en que declaraba francamente que desaprobaba la guerra, recomendando la conveniencia de una avenencia entre dos coronas unidas tan íntimamente por los vínculos de la sangre y por intereses recíprocos (174). Ademas de los oficiales que habian tomado parte en la conspiracion, muchos cuerpos se hallaban imbuidos de los mismos sentimientos y

las provincias fronterizas de España hormigueaban de descontentos (175).

Los agentes y partidarios de Felipe apuntaban en sus informes todas estas circunstancias, y sus esperanzas iban tomando cada dia mayores fuerzas. El rey salió de Madrid el 26 de abril á fin de tomar el mando del ejército que debia conquistarle su herencia, y dar el primer impulso al movimiento general que se proponia efectuar á favor de la religion católica y de los intereses de la casa de Borbon. Mandaba en persona la primera division; la reina iba con la segunda, y mandaba la tercera Alberoni, quien parecido á Jimenez ó á Richelieu, tenia el empeño de mostrar que reunia á las virtudes de un eclesiástico las cualidades marciales de un general en gefe. Empero no en la sola fuerza confiaba Felipe, sino que le halagaba la esperanza de que ningun soldado francés se atreveria á valerse de sus armas en daño del primer príncipe de la casa de Borbon. Tan innata parecia en él esta idea, que indicó de antemano los regimientos en que debian ingresar los que abandonasen las banderas del regente. Con esta esperanza dirigió una proclama á los militares franceses, en la que despues de hablar de las ventajas recíprocas que debian recoger España y Francia de su union, y despues de censurar el afecto que profesaba el regente á Inglaterra, como motivo que turbaba esta feliz armonía, y colocar á entrambas naciones en una dependencia vergonzosa, invitaba á los soldados á servir en sus filas, prestándolo el apoyo preciso para regenerar la nacion y devolverle su energía. «Si las tropas francesas, decia la proclama, prestan su ayuda á tan noble proyecto, su jóven soberano al entrar en su mayoría, agradecerá este servicio, apresurándose á recompensar á cuantos contribuyan á afianzar su corona y salvar su vida. Con esta union necesaria, llenaremos todos los deberes que nos están impuestos, á mí, por el nacimiento y la regencia que me pertenece, y á los

franceses por ser vasallos generosos y valientes que se han hecho por sí mismos, superiores á los vanos recelos disfrazados con la máscara de la obediencia, é inspirados con violencia por el supuesto regente.» Terminaba el rey ofreciendo conservar los honores y recompensas que tendrian derecho para esperar, segun la importancia de sus servicios y en virtud de su palabra sagrada. Tal confianza tenia en la impresion favorable que debia producir esta proclama en el ánimo del ejército, que tuvo pensamiento de adelantarse acompañado tan solo de una pequeña escolta, para arengar á los soldados franceses, fiándose enteramente en la lealtad y amor de estos. Alberoni combatió este proyecto romanesco y lo destruyó mandando acortar la marcha de la escolta pedida, por medio de una contraórden supuesta.

Pronto se desvanecieron tan lisongeras esperanzas, y fué preciso abandonar las ideas halagüeñas de adhesion que tanto habian entretenido. Aun cuando se habia negado Villars á tomar el mando, un general no menos amado y respetado que él, que era el mariscal Berwick, consintió en tomarlo. A pesar de la disposicion secreta del ejército á favor de Felipe, permanecieron fieles los soldados á las leyes de la subordinacion, obedeciendo ciegamente al general en quien tenian entera confianza. La fidelidad del ejércitó produjo la de las provincias, y el gobierno tal como era, fué respetado, siendo la declaracion de Felipe mirada con el mayor desprecio y como un padron de ignominia. El regente se valió del nombre del rey para justificar las medidas que tomaba quejándose de nuevo de Alberoni, á quien designaba como el objeto de la indignacion general, anunciando que estaba resuelto á no convenir jamás en la paz en tanto que este enemigo mortal de los dos reinos siquiera al frente del gabinete español (176).

En medio de esta guerra diplomática y de palabras, fué cuando empezaron las verdaderas hostilidades. Los

franceses abrieron la campaña alcanzando triunfos que deshicieron las esperanzas de Felipe y destruyeron los planes de su ministro. Hácia principio de marzo, pasó Berwick los Pirineos con un ejército de mas de treinta mil hombres, entró en Vizcaya, destruyó el arsenal del puerto de Pasages, en cuyo astillero habia seis navíos de línea, y almacenes de municiones navales. Antes de que llegase el mes de mayo, ya habia invadido á Fuenterrabía; y el ejército español, disminuido á causa de las guarniciones que de él se tomaron, y que no escedia á quince mil hombres, se concentró sobre Pamplona; pero era demasiado poco numeroso para pensar en libertar la plaza. Queria en verdad, Felipe vengar el honor de su corona, y sostener el de sus armas, atacando el ejército sitiador; pero las observaciones y ruegos de su ministro, borraron de su ánimo este pensamiento. —Hasta el dia, decia Alberoni, me han acusado todos de ser autor de la guerra! lo único que he ganado es el ódio universal, es un sacrificio este á que me he espuesto y que me hallo dispuesto á aceptar, si es preciso; pero no puedo ver con frialdad que V. M. se proponga hacer levantar el sitio de Fuenterrabía, al frente de un puñado de hombres. La plaza está sitiada por un ejército numeroso, hállase situado ventajosamente, y seria correr á una pérdida segura y esponeros á la mas terrible catástrofe. A mí se me achaca cuanto de malo ocurre, y el revés que resultaria de una tentativa de esta naturaleza, justificaria todavía mas lo que se dice vulgarmente; que mis proyectos estravagantes no pueden acabar de otro modo, y que nada bueno se puede esperar siguiendo los consejos de un lunático. (177)

Felipe sin escuchar cosa ninguna, se valió de todos los medios que estaban en su poder por entonces, para inquietar al enemigo y hacer que levantase el sitio, pero tuvo el dolor de ser testigo de la rendicion de Fuenterrabía (18 de junio). Por la misma época, cayó San Antonio en poder del enemigo, á quien apoyaba

una escuadra inglesa; destruyeron los vencedores los efectos marítimos que existian en los almacenes y los buques que se hallaban todavía en el astillero, fueron encendidos. En seguida atacaron á San Sebastian y despues de un bloqueo de seis semanas se rindió la plaza que habia sido bombardeada, terminándose así la campaña por aquella parte. Convocáronse las juntas de Vizcaya, Alava y Guipuzcoa las cuales ofrecieron que se someterian á la gobernacion de Francia con tal de que se les conservasen sus antiguos fueros; pero esta proposicion no agradó al regente que deseaba mostrar que no le movian á emprender la guerra ni proyectos de engrandecimiento ni resentimiento ninguno que contra Felipe tuviese.

Era Pamplona una plaza demasiado fuerte para que pudiera ser atacado sin grandes preparativos, y ademas se hallaba en ella una guarnicion numerosa. Hubiera sido preciso combatir fuera un ejército español inferior en número, es verdad al ejército francés, pero mandado por un soberano decidido á vengar su honor, y el de su pueblo. Por lo tanto agradó mas á Berwick el retirarse á Francia y en vista de esta determinacion se dirigió hácia el Norte de los Pirineos con propósito de entrar en Cataluña. Felipe mandó á su ejército que siguiese el mismo movimiento, esperando él, lleno de indignacion, los acontecimientos creyendo que no le quedaba mas recurso que el doloroso de regresar á Madrid. Apoderáronse los franceses de Urgel y sitiaron á Rosas; pero las operaciones del cerco en un pais tan montañoso tuvieron por contrarios al mal tiempo y continuas lluvias, sin contar la proximidad del ejército español. Fueron causa tantos obstáculos reunidos de que los franceses despues de intentar un ataque dificil renunciaran á continuar el cerco; y queriendo segun habian proyectado acantonarse del otro lado de los Pirineos, se retiraron al Rosellon (178).

Esta campaña en que se esperaba un triunfo segu-

ro y que halagaba Felipe con esperanzas tan brillantes al principio de la guerra, fué una de las mas desgraciadas de aquel siglo; pero los acontecimientos que pasaron fuera de España, dieron al rey mayores motivos de afliccion. Carlos XII en cuyo heróico esfuerzo confiaba únicamente Alberoni para invadir á Inglaterra, acababa de sucumbir siendo víctima de su tenacidad al pié de una pequeña fortaleza de Noruega (30 de noviembre). Con él se desvanecieron las esperanzas de la cooperacion de Suecia y Rusia, porque Ulrica, hermana de Cárlos, y sucesora suya, no deseaba nada tanto como restablecer la paz en un pais estenuado por una série no interrumpida de guerras. En cuanto á Rusia, bastó la aparicion de una escuadra inglesa en el mar Báltico para que se decidiese á guardar la mas severa neutralidad.

Sin embargo, no perdió Alberoni, la esperanza ni se entibió su denuedo; por el contrario, electrizado mas y mas con los reveses, jamás vencido con los contratiempos de la fortuna adversa, solo pensaba en dar un golpe terrible, no importándole que toda la atencion y fuerza de Inglaterra se empleasen en defensa de aquella isla; porque no alentaban los clamores de la oposicion y de sus parciales que exageraban hasta el lenguage enfático de los manifiestos españoles, con motivo de aquella guerra impolítica, contra un aliado natural de Inglaterra y que daban al ataque de la escuadra por el almirante Byng el nombre de violacion flagrante de la fé pública y ludibrio del honor nacional. Parecíale que estas reclamaciones eran la espresion genuina de la opinion pública, y pensó que la menor esperanza de apoyo estrangero, seria la señal de una revolucion que restableciese en el trono á la familia de los Estuardos. Animado de este pensamiento, armó en Cadiz una escuadra de seis navíos de línea, con seis mil hombres y armamento para treinta mil mas, con pretesto de reforzar el ejército de Sicilia.

En cuanto estuvo lista la escuadra para dar la vela, se invitó al Pretendiente que se hallaba entonces en Roma, á formar parte en el proyecto y á sacar partido de los acontecimientos que se preparaban La espedicion á las órdenes del duque de Ormond que se hallaba desterrado, hizo rumbo á las costas de Escocia el 10 de marzo de 1719, pero la misma fatalidad que persiguió á las anteriores tentativas para restablecer á los Estuardos, acompañó á esta empresa que debe ser mirada como un rapto de desesperacion de aquel audaz ministro que jugaba así su último embite.

Una tempestad horrorosa sorprendió á la espedicion en el cabo de Finisterre, la cual destruyó ó dispersó á toda la escuadra; solo dos fragatas llegaron á Kintaih sitio de reunion, en las cuales iban los condes de Marshal y de Seaforth, el marqués de Tullibardine, algunos oficiales de tierra, trescientos hombres, y armas para dos mil soldados. Alberoni que se habia engañado calculando los resultados de la opinion pública en Francia, en donde existia empero un partido numeroso que deseaba un cambio en la administracion, se equivocó mucho mas, confiando en la lucha de los partidos opuestos en Inglaterra, y sobre todo escuchando las noticias que daba el conde de Monteleon de que los whigs, los toris y jacobitas se unirian al punto para restablecer en el trono al príncipe desterrado, y libertar á su gobierno de lo que llamaba yugo vergonzoso de la Alemania. Al abrazar la causa del Pretendiente, tocó Alberoni una cuerda cuya vibracion se sintió en todas las partes del cuerpo político de Inglaterra,

Los partidos encontrados olvidaron su ódio mútuo para rodear al trono, en tanto que los jacobitas, por otra parte, humillados con su última derrota se desanimaron mas todavía con esta esplosion universal de lealtad y adhesion á la familia reinante.

Con tantos sucesos favorables, fácil fué al gobierno inglés el rechazar todos los ataques que contra él se

fraguaron. Desembarcaron en Inglaterra dos mil holandeses; tres mil imperiales acudieron de los Paises Bajos, una fuerte escuadra guardó las costas de Italia, y finalmente en muy breve tiempo se reunió un ejército en los condados del Norte de Inglaterra. El parlamento sostuvo al rey con empeño, y el regente le ofreció además un socorro de diez mil hombres; pero la rebelion, si aquel acaloramiento merece semejante nombre, estaba ahogada ya; dos mil montañeses que tomaron las armas en cuanto se aproximaban fuerzas enemigas, se hallaron atacados por las tropas del rey, acantonadas en Invernes, y rechazadas á las cumbres de sus montes; los españoles rindieron las armas, y los gefes de los rebeldes se retiraron á las islas de Occidente desde donde pasaron al continente (179).

No quedó impune esta agresion, porque, el gobierno inglés atacó tambien las costas de España, y la escuadra que habia favorecido las operaciones del ejército francés en Vizcaya, se apoderó de Vigo con su ciudadela, y de Pontevedra, asoló las comarcas cercanas, destruyó los buques, los astilleros y almacenes, y en seguida, recorriendo la costa de Galicia hizo los mismos destrozos en Rivadeo. En Inglaterra preparáronse espediciones marítimas de una fuerza considerable, á fin de encender la guerra hasta en las colonias de América, que se hallaban entonces en la imposibilidad casi absoluta de resistir á una agresion cualquiera que fuese.

Alberoni á quien todo salia mal, no por eso se desanimaba ni abatia; por el contrario, hizo los esfuerzos mas inauditos para reunir y equipar nuevamente la espedicion que la tempestad habia dispersado en el cabo de Finisterre, siendo su pensamiento enviarla á las costas de Bretaña, burlando así la atencion del regente. Pero no mas afortunado fué en este nuevo proyecto que en el desembarque que habia proyectado en las costas de Escocia. Desde luego la incertidumbre y desacuerdo entre los gefes retrasó la salida, y antes de que la flota

zarpase del puerto, un ejército de veinte mil hombres se hallaba reunido en Francia, con el cual asustó el gobierno á los mal contentos, quitándoles toda esperanza de escitar turbulencias (180).

Los españoles esperimentaron tambien en Sicilia los mayores reveses. Habíanlos envanecido sus triunfos primeros, y en la embriaguez de su júbilo, halagábanse con la esperanza de que á la ocupacion de Messina y Palermo, seguiria la toma de Siracusa, Trápani y Melazgo, únicas plazas que conservaba todavía el enemigo; pero las circunstancias habian cambiado ya. Apenas notó Victor Amadeo el cambio ocurrido en el sistema político de Europa se adhirió á la cuádruple alianza, reconociendo al emperador como rey de Sicilia, y dando órdenes á los gobernadores de las plazas ocupadas todavía por sus tropas de que recibiesen las guarniciones austriacas que se presentasen. El emperador, libre ya de la guerra con Turquía, gracias á la paz de Paparowitz, que produjo tambien la sumision de los mal contentos de Hungría, pudo ya enviar un ejército á Italia, y y con la proteccion de la escuadra inglesa, le fué fácil enviar refuerzos á Sicilia. Por otra parte, el gobierno español aniquilado con espediciones tan desgraciadas, y tan inesperados reveses, en vano trató de sostener el ejército con refuerzos y víveres enviados al acaso por buques aislados y ligeros que salian de las costas é islas del Mediterráneo. El ejército español tenia que vencer mayores obstáculos que renacian sin cesar, sosteniendo la lucha con la firmeza que caracteriza á la nacion. Tuvieron lugar varias refriegas en las que ambos partidos desplegaron igual valor y la misma habilidad, pero cada encuentro por próspero que fuese el resultado, era funesto á un ejército que no tenia como reponer sus pérdidas; en vez de que el enemigo, gracias á los socorros que recibia constantemente de la orilla opuesta, sacaba de cada derrota una verdadera ventaja. Así á pesar de la fidelidad del pueblo, á pesar de la

defensa mas valerosa y tenaz, viéronse los españoles arrojados de todas partes, sin poder continuar la campaña, y obligados á encerrarse en las plazas (181).

Durante este tiempo la negociacion entablada con los holandeses fracasó totalmente, lo cual no hizo mas que aumentar los conflictos y consecuencias funestas de tantas empresas desgraciadas. Hasta entonces habian diferido los holandeses bajo distintos pretestos, de acceder á la cuádruple alianza, y su neutralidad habia recibido por recompensas ventajas comerciales con España y sus colonias. El estímulo de un comercio lucrativo habia sido superior en ellos á las vivas instancias de Francia é Inglaterra, y el ministro español por premio de su indulgencia habia conseguido una connivencia igual por parte del gobierno holandés. Halló en los almacenes bien provistos de la república una riqueza inagotable de municiones navales y militares, y el puerto de Amsterdan, así como los de Zelandia, estaban llenos constantemente de buques de todos tamaños, cargados de mercancías para España y Sicilia.

Pero despues de cierto tiempo los desastres de los ejércitos españoles y el crédito vacilante de Alberoni, hicieron que disminuyese el número de los partidarios de España y su ministro en Holanda, recobrando su antigua superioridad la causa de Francia é Inglaterra, aun cuando el gobierno holandés á fin de hacer mérito de esto con España, hiciese las instancias mayores para lograr una avenencia. Alberoni aprovechó con mucha destreza esta ocasion para mantener relaciones secretas con los Estados generales de Holanda, y poderles pedir su mediacion. Con este fin, envió al Haya al marqués de Scotti, agente del duque de Parma, con instrucciones para Beretti Landi, mandándole que se trasladase á París y comunicase formalmente al regente sus proposiciones.

Este paso, cuyo objeto era únicamente el ganar tiempo y hacer á los Estados generales de Holanda ár-

bitros de la negociacion, ofendió el orgullo de la córte de Francia, y el regente sin rechazar del todo la proposicion, difirió el resolverse pretestando que deseaba consultar al emperador y al rey de Inglaterra. Scotti tuvo que detenerse en Madrid, en donde fué el instrumento de otro ataque contra el mismo que lo habia empleado.

El partido español disminuia á cada instante en Holanda. Despues de alguna vacilacion por parte de Zelandia y Utrech, accedió Holanda á la cuádruple alianza, y las demás provincias no tardaron en seguir este egemplo; solamente que la accesion encerraba la reserva que se concederia á España un término de tres meses para aceptar las condiciones propuestas. Entonces se vió Alberoni obligado á ceder á las circunstancias, y en vista de esto, comunicó á los Estados generales un plan que debia servir de base á la pacificacion. Las condiciones eran la cesion de Gibraltar y Menorca por Inglaterra, la restitucion de las conquistas hechas recientemente por Francia, la reversion de Toscana y Parma á don Cárlos, como sucesion hereditaria, independiente del imperio; la transmision de Sicilia á la casa de Austria con el derecho de reversion á España; la restitucion de Castro y Ronciglione, usurpados á los papas por la familia de Farnesio, y finalmente el restablecimiento del comercio de España y de las Indias Occidentales, conforme á las condiciones del tratado de Utrech. Al mismo tiempo se envió un ministro con una proposicion parecida á la córte de Inglaterra (182); pero era ya demasiado tarde para evitar por lo menos con esta negociacion un riesgo que en vano se habia tratado de evitar con la fuerza.

CAPITULO XXX.

1719—1720.

Decadencia del crédito de Alberoni.—Intrigas y manejos para conseguir la caida de este ministro.—Intervencion de los gabinetes inglés y francés.—Pierde el cardenal la proteccion de la reina.—Su caida y salida de España.—Lo que le aconteció al cruzar los estados de Génova.—Es detenido y puesto en libertad al momento.—Persecuciones que esperimentó.—Su apología y réplicas á que dió lugar.—Vuelve á Roma; aventuras posteriores á su regreso.—Espíritu de su administracion y mejoras que le debió España.—Su persona y carácter.—Fin de su vida.

No pudo ver Felipe sin pesar sumo desvanecidas las magníficas esperanzas que habia abrigado y la desgracia que en todas partes acompañaba á sus armas. Durante la campaña á menudo manifestó á su ministro su desagrado; pero lo que mas lo indignó fué la oposicion con que combatió Alberoni su pensamiento romanesco de esponer su persona comprometiendo la seguridad del ejército por libertar á Fuenterrabía. Sin embargo, consiguió la reina contener ó por lo menos calmar aquel resentimiento é impaciencia, y todo hizo creer que al menor vislumbre de fortuna la proteccion de esta princesa restableceria al ministro en el poder de que anteriormente habia gozado. Pero las potencias unidas contra España se apresuraron á aprovecharse de los reveses que habia esperimentado Felipe para precipitar la caida de un hombre temible á causa de su talento y esperiencia. No bien se notó el primer síntoma de la dis-

minucion de su crédito, la córte de Inglaterra dió pasos para conseguir el apoyo del regente, en términos que prueban la inmensa importancia que daba á la caida de Alberoni.

22 de agosto de 1719.

«Haremos mal, escribia lord Stanhope al cardenal Dubois, en no asegurar la paz derribando á un ministro que ama la guerra, y como jamás consentirá este en tratar de paz hasta que se vea perdido, es preciso que sea esta caida una condicion indispensable de paz. Como no se verificó la guerra sino tan solo por causa suya, que la emprendió él violando los compromisos mas solemnes, y despreciando las promesas mas santas, si se ve en la necesidad de consentir en la paz, no será mas que á fin de salir del paso por el momento, y con la resolucion de aprovechar la primera ocasion para vengarse. No es fácil prometerse que pierda de vista sus vastos planes ni que renuncie á la idea de probar fortuna todavía para llevarlos á cabo, tan luego como haya remediado sus pérdidas y le den los descuidos de los aliados esperanza de éxito mas feliz. Se halla instruido en todas las negociaciones que pueden asegurar el cumplimiento de sus planes;; tendrá cuidado de conservar sus relaciones, y se valdrá de todas cuando sea tiempo de hacerlo con tanto mayor daño nuestro y vuestro, que sus pasadas imprudencias lo harán mas circunspecto y sus reveses todavía mas cauto que en los tiempos atrás. El es quien nos ha enseñado los riesgos de una paz engañadora, y es capaz de consentir en una paz de otra naturaleza. Su pensamiento estriba en que es lícito hacer cuanto se puede; y debemos dar gracias al cielo de que no haya calculado mejor sus empresas y que haya osado mas de lo que podia abarcar. Puesto que se halla ya en tales conflictos no permitamos que salga de ellos; pidamos á Felipe que lo despida de España, pues no podemos estipular una condicion que sea

mas ventajosa para él y para su pueblo. Demos á Europa este egemplo, á fin de que pueda servir de leccion saludable á todo ministro turbulento y ambicioso que tratase de violar los mas solemnes convenios, comprometiendo á los soberanos de un modo tan escandaloso.

«En saliendo de España el cardenal Alberoni, no permitirán jamás los naturales que recobre el poder, y SS. MM. CC. han sacado bien poco fruto de sus perniciosos consejos para volver á desear que regrese. En una palabra, esa paz firmada por el cardenal no será mas que un armisticio de corta duracion, y jamás podremos contar con tratado ninguno, en tanto que no tengamos que entendernos con un ministro español cuyo sistema sea opuesto al del cardenal con respecto á Francia en particular y Europa en general (183).»

Las córtes de Francia é Inglaterra decidieron por lo tanto á fin de derribar á Alberoni, un plan cuya ejecucion se dejó al regente como mas versado en el arte de las intrigas, y que tenia mas medios de triunfar en la córte de España. No tardó en conseguir que el P. Dobauton entrase en sus miras porque el buen confesor aborrecia á Alberoni á causa de que este habia hecho que lo suplantase uno de sus parciales italianos llamado el P. Castro. El confesor indispuso al rey en contra de la persona y conducta del ministro, calificando sus planes de estravagantes y opuestos á los intereses de España, y manifestándole el desórden de todos los ramos de la administracion, desórdenes introducidos tan solo para quitar al soberano la independencia haciendo que ignorase la situacion real de los negocios. Apoyaron este ataque con manifestaciones particulares Patania y Carraccholi, abates sicilianos de buena familia, á quienes distinguia Felipe con su confianza, y finalmente con sus apuntes Riperda, quien despues de cambiar de religion y patria para establecerse en España habia logrado favor en el ánimo del rey para que esto no escitase los celos del ministro.

Esta reunion de quejas hizo suma impresion en el ánimo de un soberano que amaba con pasion su autoridad; pero la reina, protectora hasta entonces de Alberoni, fué la que dió al poder de este su golpe de muerte. Lord Peterbourough á fin de ganar la confianza de esta princesa, bajo pretesto de un viage á Italia, entabló negociaciones con el duque de Parma. No le fué difícil el lograr el consentimiento y la cooperacion de un príncipe cuya situacion lo tenia espuesto á insultos frecuentes por parte de las potencias, á quien los imperiales molestaban con cada paso que daban, y que estaba ofendido al ver la altanería de quien en otros tiempos habia sido vasallo suyo. De él se valieron para decidir á la reina de España que miraba todavía con mucho apego no solo los negocios de su familia sino de su pais natal. El marqués de Corti salió, pues, para Madrid con vastas instrucciones de su soberano, del regente y del rey de Inglaterra, y á fin de estimular su celo se le hizo el regalo de 50,000 escudos (184).

Pero ni los privilegios de Escotti que era consejero íntimo y ministro de confianza, hubieran bastado para burlar la vigilancia ó burlar la venganza de su astuto compatriota, si aquella intriga complicada no se hallase protegida por un agente mas importante que célebre, esto es, por Laura Piscattori que habia sido nodriza de la reina y era entonces azafata. Esta muger, gracias al imperio de la costumbre, habia conseguido, ya que no la confianza, por lo menos el afecto particular de su señora. Nacida en la misma parroquia que Alberoni y de orígen no menos oscuro, hallábase poseida de esa ridícula vanidad que distingue en general á los advenedizos. Su amor propio plebeyo se hallaba ofendido al ver la ostentacion de su compatriota advenedizo como ella; por lo cual entreteníase Laura en cantar y repetir á la reina las coplas que inventaba un dia y otro contra su administracion el ingenio mordaz y fecundo de los españoles. De este modo abria paso para un ataque mas

sério, y bueno es que apuntemos que habian cuidado de poner en ridículo la persona y carácter del ministro mucho antes de que su habilidad y servicios hubiesen dejado de inspirar los miramientos y respetos merecidos (185).

Gracias á la mediacion de Laura, logró Scotti una conferencia particular en la que manifestó los males que traian consigo los proyectos de Alberoni, ofreciendo á esta princesa de parte de los gobiernos inglés y francés ventajas y beneficios mucho mas seguros ó importantes para ella y su familia de cuantos pudiera esperar tras de los esfuerzos mas afortunados, sin que se le pusiese mas condicion que la de contribuir á derribar al ministro. A pesar de la gratitud que le inspiraban los servicios del ministro, y la consideracion que le merecian sus dotes, se hallaba demasiado desanimada con sus propios reveses para negarse á la tentacion de aprovecharse del ofrecimiento que se le hacia. Los enemigos de Alberoni tuvieron, pues, motivo de alegrarse, al ver que la voz decisiva de la reina se unia á las intrigas empleadas ya contra el poder vacilante del ministro.

El ataque se condujo con el mayor secreto, y sin que el mismo Alberoni notase disminucion del favor soberano. En efecto el 4 de diciembre por la noche, último dia de su vida política, despachó con el rey y tuvo una larga conferencia con Scotti; pero al siguiente dia el rey salió para el Pardo, y como si hubiera querido dar mayor publicidad á aquella caida ruidosa, en vez de una comunicacion de costumbre en que se le anunciase la separacion al ministro, dejó un real decreto dirigido al marqués de Tolosa, uno de los secretarios de estado, mandando al cardenal que dejase el ministerio é intimándole la órden de salir de Madrid, en el término de ocho dias y de España antes de tres semanas (186).

Alberoni, aterrado como si un rayo hubiese caido sobre su frente, al leer semejante órden, pidió en va-

no al rey que le concediese una audiencia. Lo único que se le concedió fué permiso para escribir al soberano; pero su carta si llegó á su destino, no produjo alivio ninguno á su triste suerte, antes por el contrario, se le mandó que saliera al punto de Madrid. El tiempo que le quedaba lo empleó en disponerlo todo para su viage y en dar cuenta de su administracion.

Apenas dejó la e cena política, se efectuó en el espíritu público un cambio de que hay pocos egemplos en la historia de los ministros caidos. Alberoni, detestado como estrangero y advenedizo, víctima del ódio nacional, en tanto que tenia en sus manos el poder, consiguió en cuanto cayó de su elevado puesto, un triunfo no menos lisongero que inesperado. La nacion, llena de sentimientos magnánimos y caballerosos, olvidó los errores, las faltas y reveses del ministro, para no acordarse mas que de su capacidad superior é importantes servicios. La vez postrera que pudo recibir gentes en su casa, hubo tal número de grandes y nobles, y personas de todas clases que acudieron á tributarle el último homenage, y espresarle su pesar por aquel contratiempo, que jamás se habia visto tan favorecido cuando se halló en el colmo del favor y del poder. El rey se mostró ofendido y alarmado al ver aquel libre testimonio de estimacion pública; por lo que se dió órden á Alberoni de que saliese un dia antes del plazo señalado en un principio (187).

Cumpliendo la órden del rey, salió el 12, tomando el camino de Barcelona como el mas directo y cómodo para ir á Italia. En Lérida, lo alcanzó un oficial, portador de órdenes del secretario de Estado, con encargo de examinar los papeles que llevaba (188). En su carruage se hallaron varios documentos, y á presencia del comisario rasgó el mismo una letra de cambio de 25,000 escudos. En seguida se le permitió continuar el viage; pero apenas salia de Barcelona, lo acometió una partida de miqueletes que mataron á uno de sus criados, y

á un soldado de la escolta. Robáronle cuanto llevaba, y no sin mucho trabajo logró llegar á Gerona á pié, gracias á un disfraz que pudo tomar. Cruzó el Languedoc y la Provenza, con el permiso del gobierno francés, si bien acompañado y vigilado por el caballero Massien, encargado por el regente de ganar su amistad, á fin de conseguir las revelaciones que se creia fácil alcanzar de un hombre cuyo espíritu debia estar agitado y turbado. El astuto diplomático no cayó en el lazo, sino que entretuvo al emisario con supuestos secretos de importancia; pero creyó que era rebajarse el ocultar sus sentimientos con respecto á su caida inmerecida. Acusó á su soberano de ser el único que tenia empeño en que continuase la guerra, y se propasó hasta el grado de motejar á los soberanos por la ingratitud inaudita que con él habian usado; pintó al monarca como á un marido bonachon guiado por su muger, que impera diciendo á media voz:—Quiero que se me obedezca, y al momento siguiente obedecia con la mayor sumision; calificó á la reina de espíritu diabólico, verdadero botafuego que si convenia á sus intereses particulares, abrasaria al mundo todo con las teas de la guerra (189).

En Antibes se embarcó en una fragata que envió el gobierno de Génova; desembarcó en Sestri de Levante, desde donde se proponia trasladarse á Roma. Pero recibió allí una carta del cardenal Paolucci, secretario de estado del papa, en la que se le prohibia entrar en los Estados de la iglesia bajo pena de encarcelamiento. A esta carta siguió otra en la que se le amenazaba con las censuras de Roma si trataba de tomar posesion de su obispado en Málaga. No pudiendo conseguir un asilo en el territorio de la república, se trasladó en un bote de Sestri á Spesria, y tomando el camino de los Apeninos, se ocultó del mundo y de sus perseguidores.

No menos las circunstancias de la caida de este ministro fueron honrosas para él, que vergonzosas para los soberanos de España. Apenas lo espulsaron, Felipe

y su muger acusaron el espíritu turbulento del cardenal de todos los desastres de la guerra, lamentándose con no menos grandeza que dignidad del ascendiente que le habian dejado tomar, abrumando con el peso de acusaciones injustas, y complaciéndose torpemente en hacer odioso á un ministro ausente, y cuyo crímen habia sido el celo y fidelidad con que habia trabajado, á fin de ejecutar sus planes vastos. En la segunda audiencia que concedieron al ministro inglés, declararon que Alberoni los habia engañado constantemente, comprometiendo además sus augustos nombres; y añadieron que sus exigencias habian perjudicado al bien público y particular; que se valia el astuto ministro de un secretario en estremo hábil para desfigurar toda clase de letras, mostrándoles cartas falsas con objeto de perder y apartar de su lado á las personas sospechosas; que por lo general, sus sospechas recaian en personas de elevado rango, y que no habia crímen ninguno de que no fuese capaz, sin esceptuar siquiera el envenenamiento y asesinato. Por estas razones calumniosas, rogaban al rey de Inglaterra que se empeñase con el regente y el emperador, á fin de que el papa le despojase de la púrpura romana, confinándolo para siempre en una fortaleza (190). Estas quejas injustas y crueles, fueron acompañadas de las mayores precauciones. La misma España se ligó con las potencias aliadas para perseguir á Alberoni con un ardor y refinamiento de venganza de que los tiempos modernos han presentado rara vez egemplo parecido, con respecto á un ministro contra quien no se podia articular crímen ninguno especial y deshonroso.

Inspiran el mayor interés esos hombres estraordinarios que se complace la fortuna en esponer á los mayores rigores; causa admiracion el contemplarlos imperturbables en las mas difíciles circunstancias, como la rocas azotadas por las olas de un mar tempestuoso. Afortunadamente, tambien el interés que se muestra

por lo general de conocer el carácter y circunstancias de la vida de Alberoni nos permite satisfacer la curiosidad del lector. Apartado de las pasiones tumultuarias, de las pasiones encontradas que se agitaban en cuanto se consumó un caida, el ministro desterrado, buscó y halló consuelo en un libro sublime, escrito para probar la vanidad de las cosas terrenales, é inspirar desprecio hácia las grandezas cuyo brillo engaña con tanta frecuencia la ambicion ciega. Consérvase todavía en Parma, en la biblioteca del duque, un egemplar de la *Imitacion de Jesucristo, por Tomas Kempís*, con notas marginales del propio puño de Alberoni, las cuales recuerdan los acontecimientos de aquel viage, y otras particularidades que prueban que aquel libro habia sido el inseparable compañero de todos los dias (191). Sin embargo, apenas dejó de soplar el viento contrario de la adversidad, se entregó á las letras en el silencio del retiro. Varias anécdotas que se cuentan de sus últimas conversaciones, dan á conocer que durante los intérvalos de una vida tan agitada, habia consagrado algunos instantes al estudio de la literatura clásica, y que al leer las mas bellas páginas de Tácito y Tito Livio, pensaba con frecuencia en su elevacion y empresas privadas.

Ha sido juzgado con demasiada severidad Alberoni, aplicándole la máxima exagerada de Richelieu, ministro no menos afortunado que poderoso: *la desgracia es sinónimo de imprudencia*. En tanto que sus amigos nada han omitido á fin de atenuar sus faltas, sus enemigos lo han designado como un hombre que todo lo aventuraba sin mas objeto ni razon de su conducta, que una ambicion inquieta y desmedida. Los mismos historiadores no han temido valerse para juzgarlo de las espresiones que andaban en voga cuando este ministro cayó, siendo víctima de ódios particulares y políticos, y en que habia empeño en desacreditarlo; sin embargo, es indudable que el carácter de este grande hombre de

estado ha pasado á la posteridad con un colorido de disfamacion no merecida.

En cuanto á la naturaleza de las negociaciones que tuvo á su cargo, y en lo que dice relacion con su administracion militar, podra el lector formar un juicio por dos testimonios auténticos de sus rivales y contemporáneos recogidos cuidadosamente en las precedentes páginas; y relativamente al punto de saber si conoció ó descuidó el gobierno interior, y por último si obró con imprudencia y habilidad en la ejecucion de sus proyectos para el bien del estado, basta echar una mirada á las medidas adoptadas durante su ministerio, notando empero, que su poder duró demasiado poco para que fuesen eficaces, y para que pudiese él desarrollarlas como convenia.

Nada diremos de las medidas que tomó para proporcionarse subsidios al principio de la guerra, puesto que no pueden considerarse mas que como recursos á propósito para salir del paso, en una ocasion que no podia él dejar escapar ni remitir á otro tiempo. Pero mas previsor para el porvenir que inquieto en el momento, se propuso mejorar de un modo sucesivo y permanente todo el sistema de la monarquía española. Destruyó el inmenso comercio de contrabando que se hacia en virtud del privilegio de que gozaba el pueblo de Vizcaya de introducir los artículos fabricados en el estrangero, que hasta entonces llenaban los mercados en daño de los artefactos españoles. Abolió varios privilegios onerosos, creó superintendencias en los puertos para evitar los abusos, destruyó el de la antigua division en reinos separados, estableció aduanas en las fronteras y restableció en su plena y entera libertad todas las comunicaciones interiores del comercio. A lo que parece, varias consideraciones particulares impidieron que este cambio no se verificase en el reino de Sevilla, en que el comercio era mas considerable con el Nuevo Mundo que en ningun otro puerto. El fué quien propuso que los de-

rechos municipales de Valencia quedasen abolidos: reemplazó el estanco de los licores fuertes con un derecho de consumo interior sobre el pescado; decretó la esportacion libre de los vinos que hasta entonces habia estado paralizada, á causa de los gastos de conduccion y de los pocos pedidos; espidiéronse nuevos reglamentos para uno de los ramos menos lucrativos de la corona, esto es el comercio del tabaco de la Habana; tomáronse medidas para evitar el comercio fraudulento de las Canarias con América, y por último, se formalizó un proyecto para estender y mejorar el comercio en las costas occidentales del Nuevo Mundo por medio de las naos de Acapulco, sin perjudicar las fábricas de la madre patria. Honra mucho la memoria del ministro el recordar que casi todas estas medidas y mejoras se hicieron no solo luchando con los intereses privados, sino muchas veces, á pesar de los esfuerzos culpables de una resistencia tenaz que fué preciso vencer.

Ademas de las medidas tomadas por Alberoni para proporcionar mercados al comercio, hizo este ministro adoptar otras para fundar nuevas fábricas (1718). Se nicieron ensayos para plantear una de cristales; se construyó un edificio para imprimir obras de religion, traidas hasta entonces de *Antuerpia* (Amberes) establecióse en Guadalajara una fábrica de paños y otra de lienzos, parecidos á los de Holanda. Con este motivo acudieron á España innumerables familias holandesas, y los materiales y tornos se compraron en Inglaterra. Esta manufactura en la infancia todavía, fué apoyada con órdenes terminantes comunicadas á los intendentes y gobernadores de provincia, para promover la compra y consumo de los objetos manufacturados y demas productos del pais, para limitar el lujo de las cosas fútiles, orígen de la dependencia de naciones estrañas, y para recoger á los vagos y mendigos (1718). Por último, en cuanto adquirió cierta estabilidad la fábrica de Guadalajara, se espidió un real decreto mandando que

en lo sucesivo se vistiesen todas las tropas con paño comprado á las fábricas de España (1719).

Tambien se organizó un plan con objeto de investigar exactamente el estado de los productos y recursos del reino, á fin de que pudiese servir este trabajo de base para promover mejoras ulteriores. Salieron varios oficiales de ingenieros á reconocer las provincias, con instrucciones que prueban que ningun manantial de prosperidad, ni el mas insignificante se ocultaba al cuidado del ministro (4 de julio de 1718).

En cuanto á los medios de asegurar el esplendor de la nacion esto es, el ejército y la marina, las miras de Alberoni no fueron menos vastas ni menos importantes que sus demas proyectos económicos. Concibió el pensamiento de que fuese Cádiz uno de los primeros puertos de Europa; trató de mejorar el del Ferrol, y en estas dos plazas marítimas, así como en las de menor importancia, estableció astilleros, arsenales, talleres de construccion y almacenes. Durante el período corto, pero agitado de su gobierno, se lanzaron al mar catorce navíos de línea en los puertos de la Península, y estaban en víspera de ser concluidos otros tantos. Se formó el proyecto de construir en la Habana navíos, los que calculando el influjo del clima, debian ser mejores para la navegacion en los mares de América, que los de Europa. Con objeto de tener en todos tiempos oficiales instruidos, creó un colegio en Cádiz en el que se debia dar educacion á quinientos jóvenes que aprenderian cuanto dice relacion con la teoría de la navegacion y todas las ciencias abstractas; y finalmente cuidó de alentar á los oficiales de mérito tanto de mar como de tierra. Además dió nueva vida á las fundiciones de artillería y á las fábricas nacionales de las demas armas que se hallaban en una inaccion casi total, logrando libertar al pais de la dependencia peligrosa de las potencias estrangeras para el suministro de varios artículos esenciales de equipo marítimo y militar (192).

Si damos credito á los datos recogidos por los contemporáneos, era Alberoni de pequeña estatura, mas bien gordo que flaco, y tenia el rostro algo redondo. Su cabeza era enorme para su talle; pero su mirar era vivo y penetrante. Pintaban sus ojos su ánimo ardiente y ambicioso, aun cuando templase sus miradas cierta espresion de dulzura y dignidad. Era su voz flexible y melodiosa, y cuando queria agradar ó persuadir tomaba un tono y acento que daban irresistible fuerza á sus razones. Por acostumbrado que estuviese al trato cortesano y al bullicio marcial, y aun cuando habia vivido mucho tiempo con gentes de buen tono y personas instruidas, si bien solia tomar un aire de dignidad conveniente á su situacion en las ocasiones que inspiraban energía á su alma elevada, no por eso pudo jamás desprenderse del todo de cierta grosería en los modales que tenian por orígen su bajo nacimiento y sus relaciones de infancia.

Por lo que toca á las cualidades del entendimiento y del corazon, parece que la naturaleza fué tan pródiga con él como avara se mostró de dones esteriores. Literato y hombre de mundo al mismo tiempo, aprendió mucho en la escuela de la esperiencia y á fuerza de vigilias y estudio. Sin contar sus conocimientos en la literatura clásica, se hallaba versado en casi todos los ramos de los conocimientos humanos, y tanto sus conversaciones como su correspondencia, muestra que se hallaba tan familiarizado con los idiomas español y francés, como con el suyo propio. Ademas de una laboriosidad infatigable y profunda, tenia una memoria prodigiosa, poseyendo una facilidad maravillosa para comprender, y espresándose con mucha gracia. La fecundidad de sus recursos inspiraba admiracion; insinuante y persuasivo hasta el último grado, tenia un aire tan natural de sinceridad, franqueza y candor, que sabia conquistar á su antojo el corazon de sus oyentes, y hasta se burlaba de ellos si lo exigia así su interés. A pesar de

que era irascible é impetuoso, sabia comprimir esta vehemencia tan nociva á los que tienen á su cargo las negociaciones de los pueblos, y á tal grado era dueño de sí mismo que en cuantas conferencias hallamos referidas en la correspondencia de los enviados de Inglaterra y Francia, no vemos jamás en sus conversaciones en medio de los raptos de la mayor viveza un solo egemplo de arrebato por su parte en que espresase mas que lo que queria decir, ni gesto ninguno ni palabra indiscreta que dejase percibir sus impenetrables secretos. Sóbrio por costumbre, y comedido en su modo de vivir, se alababa, sin que jamás lo negasen sus adversarios, de haber tenido siempre una vida regular á pesar de los halagos de su elevado destino, y de haber cumplido siempre con exactitud los deberes de su profesion eclesiástica.

Era dulce y afable con sus inferiores; pero tenaz, orgulloso y decidido con sus iguales ó superiores. No podia soportar la menor contradiccion á menos que no viese claramente que era muy puesta en razon, y apenas delante de sus soberanos se habia comprimido su espíritu altanero. Sus mismos amigos confiesan que tenia hasta un grado eminente el ánimo vengativo que se atribuye á sus compatriotas; pero todavía sabia mejor disimular defecto de que tambien se le acusa. Su ambicion era ardiente y estremada, y en general era poco delicado en los medios con tal de que lo llevasen á buen fin. Mas de una vez le aconteció el fracasar en sus proyectos gigantescos, tan solo por el modo de ejecutarlos; y en una palabra, era uno de esos caracteres romanescos que reuniendo cualidades raras á defectos estraordinarios no tienen analogía ninguna con los demas hombres ni en el triunfo ni en la desgracia, y son muy distintos cuando se hallan en el poder ó en la desgracia.

Tanto en Francia como en Inglaterra, han estado durante mucho tiempo los ánimos prevenidos fuertemente contra Alberoni. Cierto es, que cuando se trata de examinar tantos intereses generales ó particulares,

no es muy posible juzgar de un modo completamente imparcial las operaciones de su ministerio. Para juzgar bien, y con exactitud el mérito de un ministro en España, es preciso ser español, y además los testimonios de la opinion pública, son harto débiles é inciertos en un pais en donde la prensa se vió atada con tantas travas para que se pueda formar un cuadro exacto de lo que ha pasado en una época distante ya de nosotros. Sin embargo, hay infinitas pruebas de que al caer Alberoni del poder, un número crecido de personas de toda clase y condicion, se apresuraron á reconocer que habia prestado servicios inmensos al pais. Ortiz que es el mas moderno de los historiadores españoles, últimamente ha hecho justicia de un modo brillante á la memoria de Alberoni que no vacila en poner al lado de Richelieu y Mazarini.

Felipe, movido del respeto que le inspiraba la púrpura romana que vestia Alberoni, no quiso mandarlo prender, concediéndolo permiso para salir de España; pero queriendo que fuese el papa instrumento de su venganza, le consignó varios capítulos de acusacion contra el cardenal, acompañándolos con documentos que sirviesen de apoyo. Se valió de todo el influjo que tenia la corona de España, para conseguir que fuese arrestado, encausado, y juzgado, y por lo tanto, tan luego como Alberoni puso el pié en el territorio genovés, el papa, por medio del cardenal Imperiali, su ministro, consiguió del Senado una órden para retenerlo como culpable contra la santa fé católica, y sostuvo semejante acusacion, dando cuenta de los capítulos de cargo presentados por España, que eran los siguientes:

1.° Que habia empleado el dinero sacado de la cruzada y demás contribuciones eclesiásticas, en hacer la guerra á los príncipes católicos; 2.° que emprendió la guerra contra el emperador, hallándose comprometido en una disputa contra los turcos, perjudicando así á la Italia, y á toda Europa; y 3.°, que movido á ella por

motivos de interés personal, habia prohibido á los súbditos de España que pidiesen al papa bulas para la colacion de los beneficios eclesiásticos.

Despues de una viva discusion, declaró el senado de Génova que los artículos de la acusacion contra Alberoni, no le parecian ni bastante graves, ni bastante probados para violar el derecho de gentes, y para faltar á la hospitalidad que pedia el cardenal. Se negó por lo tanto con nobleza á satisfacer el ódio y resentimientos del papa, del rey de España, y de los aliados, poniendo en libertad á Alberoni; pero no queriendo tampoco la república irritar á los soberanos mas poderosos de Europa, le mandó que saliese al punto de su territorio (193).

Durante el corto tiempo que permaneció Alberoni en los estados de Génova, publicó varias cartas y documentos contestando á los cargos que se le dirigian, acusando al rey de España de los proyectos de guerra, así como de la violacion de la promesa hecha al papa; al mismo tiempo, descubrió las intrigas y proyectos ambiciosos de la reina. Su primer escrito tiene la fecha de Sestri á 11 de febrero, y era una respuesta á la prohibicion que el papa le habia hecho de entrar en los estados de la iglesia; el segundo, escrito tambien en Sestri á 20 de marzo, encierra su célebre apología; el tercero, que no tiene fecha, contiene dos cartas suyas, una dirigida al rey, y otra al duque de Popoli, y por último, el cuarto, del 5 de mayo, tiene por objeto la defensa de su administracion (194).

Las verdades duras que contienen aquellos escritos atrevidos, ofendieron todavía mas á la córte de Madrid, que puso mayor empeño en que fuese degradado, pero los mismos individuos del sacro colegio, se opusieron abiertamente á esta exigencia de España, conociendo harto que seria esto un mal precedente para toda la corporacion; por lo que se limitó el papa á nombrar una comision compuesta de cuatro cardenales, que se en-

tendiesen en los cargos dirigidos contra Alberoni. Obligado este á salir de los estados de la república pidió á su soberano, el duque de Parma, un asilo en su pais natal, y que parece que, como no recibiese contestacion, se dirigió á algunos cantones de Suiza, en donde fué su peticion bien acogida; en vista de lo cual despues de una permanencia de algun tiempo en Sestri dió la vela para Spezzia, cruzó los Apeninos cerca del estado de Módena, y al cuarto dia de su viage, no se volvió á saber de él, como si hubiese desaparecido del mundo (195).

El camino que tomó y el sitio que escogió para residir fueron desconocidos al principio; pero, se supo mas tarde que fijó su residencia en Lugano, pequeña aldea de Italia. Allí lo protegió el gobierno, porque hace notar su cronista que como tuviesen efecto varias tentativas para apoderarse de su persona, se le mandó que se le trasladase á un hermoso palacio situado en un valle á la falda de los Alpes, dándose órdenes terminantes á fin de ponerlo á cubierto de cualquier sorpresa (196). Un año llevaria de residencia en este lugar solitario, cuando con la muerte de Clemente XIII, se le ofreció un cambio favorable, distrayéndolo en su retiro. Con este motivo empleó la córte de Madrid todos sus esfuerzos para que fuese escluido del cónclave, bajo pretesto de que pesaban sobre él todavía graves cargos, sin que se hubiese justificado de ellos; pero los intereses del sacro colegio lo favorecian. No solo se le concedieron pasaportes para viajar, sino que se estampó á las puertas de la catedral de Génova una cita formal, para que acudiese á formar parte del cónclave. Verificóse la misma formalidad en Sestri, en donde habia residido desde la desaparicion, y gracias al celo del abate Vielato, noble genovés, tuvo de ello noticia á tiempo; entonces dejó su retiro con el mismo sigilo que poco antes hizo fracasar los planes de sus perseguidores, y se presentó al momento en casa de uno de sus amigos de Bo-

lonia, desde donde pasó á Roma para asistir y concurrir á la eleccion de nuevo papa (197).

Un escritor contemporáneo describe del siguiente modo su recepcion en aquella capital. «Imposible es que espresemos la impaciencia suma que tenian los romanos de ver al cardenal á su entrada; pero como no se sabia la hora en que tendria esta lugar, los habitantes, durante seis ó siete dias seguidos, corrian presurosos á las puertas para ver á aquel hombre singular. No exageramos diciendo que, con la sola diferencia de poblacion, hubo mayor concurrencia de espectadores que en las procesiones triunfales de los antiguos emperadores romanos en la capital del mundo. No quedó ni una sola persona, por pequeña ó grande que fuese, que no acudiese á las puertas de la ciudad, deseosa de verlo llegar. Esta concurrencia estraordinaria se repitió todos los dias, y á todas horas, cuando por último llegó; hubiérase dicho entonces que los habitantes de Roma habian olvidado sus propios quehaceres para no ocuparse mas que del cardenal, quien cruzando tan solo las calles de la ciudad en su carruage, dejó encantada á toda la poblacion con su afabilidad, modales y condescendencia para dejarse ver; llegando esto á tanto que detuvo el paso de los caballos, y así todo, no quedó el pueblo harto y satisfecho de verlo. Cuando su carruage entraba en una calle, la muchedumbre que lo habia visto ya en la anterior, corria presurosa á verlo de nuevo; y de este modo lo acompañaron hasta su posada aclamaciones y aplausos sin cuenta. No fué igual su recepcion en el cónclave, porque muchos cardenales se opusieron desde luego á su admision, bajo pretesto de que no habia cumplido con las formalidades requeridas para disfrutar el derecho de votar, y los mas procuraron no tratarse con él (198).

Poco á poco sus modales agradables, y la dignidad de su conducta vencieron las prevenciones que contra él existian, y se le permitió que tomase parte en las

deliberaciones del cónclave. El nuevo pontífice Inocencio XIII estaba dispuesto ya á favor suyo; pero á fin de halagar los resentimientos de Felipe y de Francia nombró una comision de cardenales para formar y fallar su causa. Alberoni no solo se defendió por sí mismo, delante de sus jueces con valor y firmeza, sino que publicó una defensa de su conducta, mucho mas enérgica y concluyente que sus escritos anteriores, cuyo título era: *Carta de un hidalgo romano á un amigo suyo* (199). Tuvo tanta voga esta produccion que el partido español se creyó obligado á publicar una réplica en la que se traslucia la verdad al través de las mas amargas invectivas, y estos documentos sirvieron para esplicar muchas particularidades de su vida y administracion, las cuales sin esto hubieran sido desconocidos.

Tal fué la impresion que produjo su defensa que la comision opinó que se le condenase á retirarse á un convento durante tres años; pero el papa conmutó los tres años en uno. Por último, murió el duque de Orleans que era su perseguidor mas encarnizado, calmóse la indignacion de los reyes de España, é Inocencio XIII lo absolvió de todas las censuras confiriéndole el capelo de cardenal con todas las ceremonias acostumbradas. A la muerte de Inocencio contribuyó á la elevacion de Benedicto XIII, y el nuevo papa, por gratitud lo consagró obispo de Malaga, concediéndole la pension ordinaria de que gozan los cardenales.

Han supuesto los enemigos de Alberoni, que habia este atesorado inmensas riquezas en España y que las gastaba en Roma en todos los goces del lujo mas refinado. Resulta lo contrario claramente del testimonio del cardenal Polignac, embajador de Francia en Roma, quien dice que si no se hallaba en la miseria, estaba por lo menos muy lejos de la opulencia que le suponia la maledicencia.

El cardenal Polignac hizo cuanto pudo para alcanzar á su cólega alguna compensacion por la per-

secucion que habia esperimentado por parte del gobierno francés. Desde luego le consiguio un regalo de 10,000 escudos, y mas tarde una pension de 17,000 libras tornesas. Este mismo personage da testimonio del desinteres y elevacion de alma de Alberoni, alabando su magnanimidad por haber olvidado el trato inícuo que habia recibido de la córte de España y rechazado todas las proposiciones del emperador. Polignac trató de reconciliarlo con su antiguo soberano procurando conseguirle el empleo de embajador de España en Roma, vacante por muerte del cardenal Aquavia; mas tarde se valió del favor del mariscal Tessé que se hallaba en Madrid desempeñando un encargo importante para lograr que se le diesen los honorarios de 14,000 escudos, como compensacion de la pérdida de la pension que habia tenido sobre la mitra de Malaga, y hasta el papa apoyó estas negociaciones (200). Tan vivo empeño por Alberoni dió en que pensar al gabinete británico que temia el que volviese á desempeñar su antiguo destino un ministro á quien habia ofendido sin esperanza de reconciliacion y trató de neutralizar con todo su influjo el efecto de los pasos que por el cardenal se daban:

«S. M., escribia el duque de Newcastle á Horacio Walpole, ministro entonces en París, el 25 de enero de 1725, descansa en vuestra actividad acerca de cuanto diga relacion con el cardenal Alberoni, esperando con toda confianza que si teneis alguna ocasion de influir, hareis de modo que la córte de Francia se interese con España á fin de que queden burlados sus planes y los del cardenal Gualfieri. Seria oportuno informar al mismo tiempo de todo al caballero Stanhope á fin de que procure por todos los medios posibles, el impedir que lo emplee la córte de Madrid. Se ha escrito al duque de Parma, de parte de los ministros hace algun tiempo, acerca de los rumores que circulaban de que Alberoni habia recibido permiso para re-

gresar á España. El gobierno de este pais, ha rechazado siempre las repetidas instancias del papa á favor suyo, con objeto de que se le reinstalase en su silla episcopal de Málaga de que forzadamente hizo dimision; á pesar de lo cual, no debe descuidarse precaucion ninguna á fin de privar de toda intervencion en los negocios públicos á un hombre tan peligroso, sobre todo si se considera cuan estraño pareceria hoy semejante acontecimiento (201).»

Este empeño y la prevencion que existia en contra de Alberoni, lograron desvanecer todas las esperanzas de alcanzar el menor favor de la córte de Madrid. La reina contestando al ministro inglés, contestó resueltamente:—Me guardaré bien de proteger á un ministro que ni capaz me juzga de gobernar en el interior de mi casa (202).

En 1732, Alberoni fué muy bien recibido por el infante don Cárlos que habia entonces tomado ya posesion de los ducados de Parma y Plasencia, y consiguió permiso para fijar su residencia en su ciudad nata, en donde fundó y dotó sin mezquindad un seminario, el cual durante la campaña de 1747, fué ocupado por las tropas alemanas que atacaban á Plasencia, el cardenal se refugió dentro de la ciudad y su situacion está descrita del modo siguiente por un oficial francés que se hallaba á la sazon en el ejército combinado de los Borbones, y que lo veia con bastante frecuencia: «Compónese su alojamiento de un solo cuarto cuyos muebles eran una cama, una mesa y cuatro sillas. No pudiendo adquirir leña cortó un árbol frutal que habia en el patio de su casa, con el que hacia lumbre y preparaba su comida frugal con sus propias manos. Tenia entonces unos ochenta años pero estaba muy conservado para su edad; sus modales eran agradables y acompañados de jovialidad; lo que mas le agradaba era narrar, lo cual hacia con la generalidad de los viejos, y con un talento enriquecido en los varios é importantes

cargos que habia desempeñado. Hablaba francés, español é italiano segun los asuntos ó personas con quienes hablaba ó que servian de materias á su discurso. Espresándose en estos tres idiomas con igual energía; de cuando en cuando mezclaba á sus reflexiones citas de Tácito en el idioma original. Los puntos de conversacion que mas le gustaban eran las campañas de Vendome, su propia administracion en España, y los negocios generales de Europa en aquella época, complaciéndose sobre todo en los planes que habia formado para restablecer al Pretendiente en el trono de la Gran Bretaña. Las tropas españolas que defendieron á Plasencia, trataron al cardenal con la mayor veneracion, recordando con entusiasmo los beneficios que España le debia, y haciendo elogios de la energía de su gobierno que escitó los celos de las principales potencias de Europa contra un hombre que llegó á ser temible á causa de su ingenio y capacidad, de la estension de sus proyectos y profundidad de sus planes (203).»

Durante el pontificado de Benedicto XIV, fué nombrado Alberoni vicelegado de la Romanía en donde dió una prueba de su ánimo turbulento y amor á la intriga, dando pasos para poner á la pequeña república de San Marini bajo la dominacion de la Santa Sede, pero el destino de este hombre singular era de ser no menos desgraciado en las empresas pequeñas, como en las grandes. Fracasó precisamente cuando se creia mas seguro del triunfo, á causa de un arranque repentino de entusiasmo popular á favor de la libertad, en tanto que se celebraba la misa. Este acto de ambicion, llamado con razon parodia cómica de sus hazañas en España, escitó la indignacion y desagrado que merecia, quedando el pobre cardenal lleno de confusion al ver que el papa desaprobaba sus planes (204).

Empero, no con pequeñas intrigas se hizo notable Alberoni en el mando de la Romanía, si no cegando las marismas de las cercanías de Ravena, atajando el

curso de los torrentes Ronco y Monconi, que salian de madre todos los años, y escavando una série de canales con objeto de recoger las aguas supérfluas, á fin de arrojarlas al Mediterráneo. Esta obra colosal, digna de los antiguos romanos, añade el autor de quien tomamos estas noticias, trazada y ejecutada á espensas de la Santa Sede; y terminada durante su mando, pasará á la posteridad como un monumento perenne de la habilidad y capacidad de Alberoni (205).

Treinta años sobrevivió á su caida, falleciendo en Roma el 26 de junio de 1752 á los ochenta y ocho años de edad. Habia nacido en Fiorenzuola, aldea de los estados de Parma, el 30 de mayo de 1664.

CAPITULO XXXI.

1720.—1723.

Accede Felipe con pesar á la cuádruple alianza.—Afortunada espedicion contra los moros de Africa.—Dificultades para la ejecucion del tratado de la cuádruple alianza.—Union de España con Inglaterra y Francia.—Negociaciones relativas á la restitucion de Gibraltar.—Correspondencia acerca de este asunto.—Enlaces mútuos entre las familias de Francia y España.—Dificultades que sobrevinieron durante la negociacion.

Al ver completamente derribado al ministro que traia revuelta á toda Europa, parecia que ningun obstáculo se pudiera oponer á la realizacion de la paz. Sin embargo se engañaba quien tal creia porque no sin gran trabajo se logró vencer la repugnancia que tenia Felipe á acceder á la cuádruple alianza (206). En la respuesta que dió este soberano á la primera nota diplomática de los Estados generales de Holanda, no rebajó en nada las exageradas exigencias de Alberoni, insistiendo en ellas, á pesar de las nuevas instancias de los Estados para que accediese al tratado antes de que espirase el segundo término de tres meses, declarando que pasado este plazo se considerarian desligados de todo compromiso, y podrian unirse á los aliados para hacer la guerra á España.

Como nada alcanzasen los pasos que con este motivo dió la republica, entablaron nuevamente sus negociaciones los gobiernos francés é inglés. Sir Lucas Schanb, secretario particular del conde de Stanhope,

salió para Madrid, con encargo de ponerse de acuerdo con Scotti, en tanto que por su parte se valdria el regente de la mediacion del padre Daubenton. El temor de perder la reversion de los ducados de Italia, decidió por último á la reina á prestar su apoyo á este empeño, y á su poderoso influjo se debió el que Felipe, no sin dificultad estremada, diese su consentimiento. Pero al cabo anunció su accesion al tratado de la cuádruple alianza por real decreto de 26 de enero de 1720, en que declaraba que á fin de proporcionar la paz á Europa, sacrificaba sus propios intereses y los del reino (207). Dió conocimiento de este decreto, al punto el duque de Orleans, con objeto de confiar á este la negociacion, pidiéndole su apoyo para recobrar, por lo menos á Gibraltar, no siendo posible Menorca. No tan solo pedia esto en virtud de la palabra empeñada por el rey de Inglaterra, sino con objeto de velar á los ojos de sus súbditos, la vergüenza de haber abandonado sus derechos y desconocido su dignidad.

Al acceder á la cuádruple alianza, renovó Felipe su renuncia á la corona de Francia, desistiendo de todos los derechos que tenia á los paises que se habian desmembrado de la monarquía española. Consintió, por lo tanto en la transmision de la Sicilia al emperador, y de la Cerdeña al duque de Saboya, ofreciendo que evacuaria estas islas en el término de seis meses, y en compensacion, habria de ser reconocido por rey de España y de las Indias. Garantizábase la sucesion eventual á los ducados de Toscana y Parma, á la descendencia de la reina, con la condicion de que estos señorios no serian en ningun tiempo, incorporados á la corona de España, y á fin de asegurar la posesion á los soberanos reinantes, en el caso de estincion de la descendencia masculina, debian ocupar las plazas fuertes seis mil suizos pagados por las potencias mediadoras. Por último, obligábanse el emperador y Felipe á garantizarse recíprocamente sus estados.

Viéndose libre Felipe, por medio de este convenio, de sus mayores apuros en Europa, quiso dar al papa satisfaccion por la violacion de su palabra, y al propio tiempo, para halagar á su pueblo, dirigió su atencion á Berberia, teatro predilecto desde remotos tiempos de la gloria española. Ceuta, el Gibraltar de Africa y una de las llaves del Mediterráneo, habia sido frecuentemente atacado por los moros, y siempre sin éxito, durante un bloqueo de veinte y seis años. Durante este tiempo, inútilmente se habian sacrificado allí cien mil hombres; pero como recientemente hubiesen logrado los africanos proporcionarse el ausilio de varios ingenieros europeos, habian atacado la plaza, en toda regla, y en pocas semanas, adelantaron mas que en todos los ataques anteriores. Felipe con objeto de conservar una plaza tan importante, y de dar mayor estension al imperio español en Africa, aumentó el ejército destinado á la guerra de Italia, y lo preparó todo con tal actividad que hizo cundir el temor en el ánimo de todos los soberanos de Europa, quienes recordaron la energía que acababa de desplegar España bajo la direccion de Alberoni. De todas partes pues se le dirigieron preguntas, á las que no contestó hasta tanto que se hallaron terminados los preparativos de guerra. Entonces impuso silencio al mundo todo, declarando que solo trataba de vengar el honor de sus armas en Africa.

A fines de 1720 una poderosa espedicion preparada cuidadosamente por el activo é inteligente don José Patiño, que habia dirigido los armamentos anteriores, dió la vela de Cádiz con diez y seis mil soldados á las órdenes del marqués de Lede, quien desembarcó á principios de noviembre; y á fines del mes, atacó á los infieles, penetró en sus atrincheramientos, tomó treinta y tres piezas de cañon, y rechazó á los enemigos hacia Argel y Tetuan. Ademas, logró rechazarlos en dos ataques furiosos que iantentaron el 9 y 21 de diciembre, marchando sobre est última ciudad, con ánimo de es-

tender la dominacion española por toda la costa hasta Tunez.

Las nuevas de estas victorias colmaron de júbilo al monarca y á la nacion, y Felipe mandó colgar en la iglesia de Atocha tres estandartes ganados á los infieles. Envió uno al papa como digno tributo de un rey católico al gefe de la iglesia, y como presagio de mayores triunfos. Por primera vez se le vió asistir á la celebracion de un auto de fé, lo cual sorprendió tanto mas cuanto que nadie habia olvidado el horror que mostró en los primeros dias de su reinado, hácia estas fiestas bárbaras que no quiso ver. A vista suya perecieron en esta ocasion en la hoguera doce infelices judíos y musulmanes (208).

Pero ya sea que notase Felipe cuan dificil seria atacar á Tetuan, sea que tuviese que luchar, y esto es lo mas probable, con alguna oposicion por parte del gobierno inglés, á quien daban celos los triunfos de los españoles, porque con esta ocupacion, podian impedir el que entrasen víveres suficientes en Gibraltar, el rey de España mandó regresar á sus tropas vencedoras. El marques de Lede terminó sus operaciones, fortificando mejor la plaza de Ceuta, en donde dejó una guarnicion respetable. Los moros por su parte se prepararon á efectuar un desembarque de sus desorganizadas hordas en las costas de Andalucía; mas como dispersase su armamento una tempestad, se vió libre España del peligro en que le pondria otra invasion de africanos (209).

Al terminar Felipe esta rápida y feliz espedicion contra los enemigos naturales de la nacion española, se ocupó nuevamente de la negociacion entablada con las potencias europeas. Indicaba todo que la accesion de España á la cuádruple alianza completaría las estipulaciones que habia dejado imperfectas la paz de Utrecht; pero los dos soberanos, cuya reconciliacion se buscaba, se hallaban demasiado irritados, el uno contra el otro,

para abandonar sus encontradas exigencias sin aventurar una nueva lucha. No es facil decir quien de los dos se mostraba mas descontento con el tratado que acababa de firmarse.

Sin embargo, cumplió Felipe con las cláusulas que le concernian en la estipulacion, sin duda con pesar, pero de buena fé y con exactitud escrupulosa. En efecto, antes de que espirase el plazo (en el mes de julio), mandó que se retirasen sus tropas de Sicilia, entregó la Cerdeña á Victor Amadeo, y nombró al conde de San Esteban y al marqués de Beretti Landi plenipotenciarios para que se presentasen al proyectado congreso de Cambray (210). Por el contrario el emperador apenas tomó posesion de Sicilia, precio de su accesion al tratado, trató de impedir la transmision de Toscana y Parma á un príncipe de la casa de Borbon, rival suyo. Sin negarse terminantemente á dar su consentimiento, alentó á las demás potencias á fin de que suscitasen nuevas exigencias y pusiesen obstáculos para la realizacion de la cesion estipulada. El duque de Parma ocultó la repugnancia que le inspiraba el nombramiento de un sucesor durante su vida, so pretesto de que no queria admitir una jurisdicion imperial en su territorio y por su parte, declaró el papa el estado de Parma como feudo de la iglesia. El gran duque de Toscana no veia sin disgusto, que su ducado pasase á un príncipe español, porque en esto creia que se perjudicaban los derechos de su hermana, casada con un elector palatino. El emperador con suma destreza, sacó partido de estas objecciones, á favor suyo.

En tanto que Cárlos presentaba dificultades interminables, y que buscaban sus ministros mil pretestos para eludir las condiciones del tratado, ó por lo menos para diferir la ejecucion de el, sobrevino un cambio repentino en las disposiciones de las de mas potencias que habian entrado en la cuádruple alianza. Ocurrieron disputas entre el emperador, Inglaterra y

Holanda, relativamente al comercio de los Paises Bajos La repugnancia que mostraba el emperador en cumplir las estipulaciones que debian garantizar la paz y sus querellas con el rey de Inglaterra como elector de Hannover, paralizaron el celo que hasta entonces habia mostrado el gabinete británico á favor de los intereses de Austria. Las dos córtes de Francia y España, reuniéronse entonces para sacar provechoso partido de este desacuerdo. Felipe con el apoyo del regente, logró alcanzar la proteccion de las potencias marítimas, y con un sigilo y presteza que aterraron á la córte de Viena, formó alianza con Francia é Inglaterra, para mejor asegurar sus derechos.

Combinóse con Inglaterra en un arreglo preliminar, y en convenio separado (13 de junio de 1721), renovando los tratados interiores, especialmente los dos convenios recientes para la revocacion de los artículos esplicativos del tratado y establecimiento del *asiento*. Debianse restituir recíprocamente las propiedades pertenecientes á particulares confiscadas durante la última guerra. El rey de Inglaterra tuvo cuidado de halagar la estremada delicadeza española, comprometiéndose á devolver los navíos capturados por el almirante Byng y á satisfacer el valor de los que habian sido estropeados ó vendidos.

Fué este tratado el preludio de una alianza defensiva con Francia é Inglaterra, firmada en el mismo dia, en la que las partes contratantes se garantizaban mútuamente sus estados; conforme a los tratados de Utrecht, Baden y Lóndres. Confirmaban, ademas la cuádruple alianza, obligándose á ejecutar las medidas que se tomasen en Cambray para terminar la disputa existente entre el emperador y el rey de España. Así mismo se introdujo un artículo que garantizaba al duque de Parma sus derechos, posesiones y dignidades. Se invitó por último á los Estados generales de Holanda á que accediesen á este tratado.

Pero mas fácil era trazar en el papel semejante arreglo que llevarlo á debido efecto. Doliale, y no poco al emperador el tener que renunciar completamente al título de rey de España; por lo que insistió para que la desmembracion que habia hecho Felipe de las provincias, fuese gratificada por las córtes, sabiendo harto que ningun monarca de España las convocaria de propia voluntad. Felipe, por su parte, tambien exigia que la renuncia del emperador, fuera sancionada por la dieta de Alemania, que tambien se mostraba sobrado hostil al gefe del imperio. Con afan estremado trabajaron Inglaterra y Francia con propósito de disipar estos reparos, y por último se verificó en Lóndres el cambio de las gratificaciones. (Setiembre 27 de 1721.)

No tardó mucho en ocurrir otra dificultad, á la que dió motivo la formacion de una compañía de comercio en Ostende para el tráfico con las Indias orientales, medida que tomó el emperador con ánimo de vengarse de las trabas que se le impusieron en el tratado de límites Semejante compañía no era menos hostil á los intereses y miras de Felipe, que á los de las potencias marítimas; por lo que se declararon todos enemigos de esta medida que no era otra cosa á sus ojos mas que una violacion manifiesta de las condiciones impuestas al emperador al entregarle los Paises Bajos.

Al final de tan larga desavenencia, ocurria otro obstáculo que era la dificultad de contentar al rey de España, relativamente á los medios de asegurar la sucesion eventual de Toscana y Parma, por el empeño que mostraba Felipe en poner en las plazas guarnicion de soldados españoles, en vez de soldados suizos, pidiendo ademas una forma de investidura que equivalia á una franquicia feudal absoluta del Imperio (211.)

Pero consistia la dificultad principal en la interminable discusion relativa á Gibraltar y Menorca. Era Felipe sobrado cuidadoso del lustre de su nombre, para llevar en paciencia que se estableciesen en las propias

costas fuerzas estrangeras, y mostró por lo tanto, el deseo mayor de recobrar la posesion de ambas plazas, para quitarse lo que él llamaba *las espinas de los pies.* Durante las negociaciones que habian tenido lugar entre España é Inglaterra, en tiempos del ministerio del conde de Stanhope (1718), Jorge I habia autorizado al regente á que ofreciese la restitucion de Gibraltar, con tal de que España aceptase las condiciones propuestas para el convenio. El mismo conde de Stanhope, durante su mision á Madrid (212) habia hecho este ofrecimiento, que no fué aceptado. Naturalmente las hostilidades que se entablaron poco tiempo despues destruyeron esta promesa, y en las negociaciones posteriores, el regente, sin que lo autorizase á ello la córte de Inglaterra, ofreció tambien este incentivo para facilitar la avenencia. Esta vez se aceptó la proposicion. Verdad es que se celebró la cuádruple alianza, sin pensar en esta frase; pero Felipe, al anunciar su accesion, pidió la recompensa ofrecida, fundándose en la promesa del regente y en su propia declaracion de no aceptar el tratado sin esta condicion.

Por eso sostuvo el regente con calor la peticion que hizo Felipe á la córte de Inglaterra, queriendo mostrarle en este paso, sus buenas disposiciones, ó temiendo tal vez que se rompiese la negociacion en un momento crítico. El rey de Inglaterra sondeó el ánimo de su ministerio, que acababa entonces de adquirir mayor prestigio con el refuerzo de Towsend, Walpole y otros varios whigs que se habian retirado del campo de la política. Stanhope sostuvo la proposicion; pero sus nuevos cólegas fueron de opinion de que no se propusiese siquiera este negocio al parlamento, sino en caso de que ofreciese España un equivalente por semejante cesion. Sin embargo, se trató de disponer á las cámaras para esta discusion; pero la sola idea de proposicion produjo tal indignacion y zozobra, que de todas partes se elevaron al regente observaciones, haciéndole conocer cuan im-

posible era la restitucion de Gibraltar á España. El conde de Stanhope, en una carta á sir Lucas Schanb, entra en pormenores exactos acerca de estas transacciones, las cuales descubren asaz los apuros en que se veia el gobierno.

20 de marzo de 1720.

«Hemos hecho, en el parlamento, una mocion relativa á la restitucion de Gibraltar pidiendo autorizacion para que pudiese el rey disponer de esta plaza para bien de sus súbditos. No podeis imaginaros la bulla que causó semejante proposicion, pues se mostró indignado el público con la sola idea de que, al fin de una guerra tan feliz y empezada con tamaña injusticia por Alberoni, pudiésemos pensar en ceder esta plaza fuerte. Hubo una circunstancia que contribuyo infinito á escitar esta indignacion general, que fué el rumor que esparció la oposicion de que el rey habia contraido un compromiso sério para ceder á Gibraltar.—Es bastante motivo este, decian por todas partes, para encausar á los ministros.—Hánse publicado varios folletos con objeto de alarmar á la nacion, y escitarla á declarar la guerra antes que ceder una plaza de tamaña importancia; por consiguiente nos hemos visto obligados á seguir el torrente y tomar el partido prudente de retirar la proposicion, porque si hubiéramos insistido, hubiera esto producido un efecto del todo opuesto al que apeteciamos, siendo sin duda el resultado una manifestacion que hubiese ligado las manos del rey. Es tal el estado de este negocio como acabo de pintároslo; por lo que tratareis de hacer que entienda el rey de España que si quiere que tratemos con el tiempo de la cesion de Gibraltar, el único medio es que remitamos este punto para tiempo oportuno. Mucho sentimos que se haya mezclado en este asunto la Francia, porque el interés que se ha tomado, nos perjudica y no

poco, á tal punto que varias cartas y observaciones publicadas con este motivo, nos han hecho temer un rompimiento. La zozobra ha llegado al grado de que se empezaba ya á creer que meditaba Francia un cambio de sistema, tomando por pretesto la entrega de Gibraltar, no queriendo decir cuales eran sus verdaderos intentos. La poca prisa que se dió para realizar la evacuacion (213), su silencio profundo con respecto á las negociaciones con España, y el lenguage estraordinario de que usan aquí ciertas personas de la mas alta categoría, parece que son confirmacion de estas opiniones, y esta es la causa de mi viage á Paris (214).»

Apesar de una creencia tan generalizada y tan manifiesta, logró el regente por medió de exigencias importunas, que difiriese el regente su negativa definitiva. Quedó, pues, suspenso este negocio hasta la reunion del congreso de Cambray, y al propio tiempo se echó mano de todos los medios imaginables para ganar á la nacion y parlamento de Inglaterra, halagándolos con la esperanza de que lograrian la adquisicion de la Florida ó la parte española de Santo Domingo, en cambio de Gibraltar, con otras concesiones comerciales. El consejo de gabinete, llegó á consentir en esta proposicion, y el rey escribió á Felipe una carta anunciándole que estaba pronto á ceder á Gibraltar, con la condicion de que conseguiria este equivalente.

Como esperaba Felipe una devolucion absoluta sin condiciones, contando halagar el amor propio nacional de su pueblo con tan apetecida adquisicion, pero como no por eso queria conceder á los ingleses una pulgada de terreno en América, cosa que le desagradaba tanto como tener tan mala vecindad en Europa, rechazó la proposicion con desden, insistiendo en que la promesa fuese absoluta y positiva. La necesidad que habia de contemporizar con él, y el temor de una union mas íntima entre Francia y España, arrancaron al rey una carta que sin contener un compromiso formal y termi-

nante, halagaba el amor propio y daba esperanzas al monarca español.

«Puesto que, gracias á la confianza que tiene á bien dispensarme V. M., decia la carta, puedo mirar los tratados existentes entre las dos naciones como restablecidos y que en virtud de ello, todas las órdenes para el comercio de mis súbditos, las considero como espedidas, no vacilo en asegurar á V. M. que estoy pronto á complacerlo en lo relativo á la restitucion de Gibraltar, ofreciéndole que me aprovecharé de la primera ocasion favorable para terminar este asunto, de acuerdo con mi parlamento (215).»

Dando fé Felipe á esta promesa absoluta ó por lo menos, fingiéndolo así, la aceptó y accedió á la paz (216.)

En vista de este convenio, se entabló una correspondencia larga y activa, y entre las numerosas cartas escritas en aquella ocasion, elegiremos una de Stanhohope enviado de Inglaterra en Madrid, á sir Lucas Schanb, por cuanto presenta la cuestion en su verdadero punto de vista, hace una pintura fiel del carácter de Felipe, del estado del ministerio español, y de los principios de aquel gobierno.

«No debe maravillarnos presumo, que el cuadro que voy á haceros aquí del estado de los negocios públicos no sea mas satisfactorio que el de Inglaterra me mandais, puesto que harto conoceis la natural tenacidad del carácter del rey de España, y los argumentos que ha insistido en alegar siempre por lo tocante á la restitucion de Gibraltar, los cuales, si bien no tienen fuerza, por sí mismos, continúan sin embargo egerciendo mucho peso en su ánimo. A esto teneis que agregar que no solo se considera obligado por vínculos de delicadeza á no ceder despues de haber anunciado públicamente y varias veces á los españoles que se entregaria esto, sino le aconseja la conciencia que no evite cosa alguna para destruir en sus estados esta sentina de hereges.

«Para no robaros el tiempo, os daré cuenta con la brevedad posible de los pasos dados despues de recibir vuestra carta del 18 de noviembre que he recibido el 6 del corriente, así como de cuanto ha pasado desde entonces.

«Entregué al momento vuestras dos cartas al marqués de Scotti, quien me aseguró en términos que parecian en estremo sinceros que no descuidaba nada de cuanto pudiese influir en que consintiese el rey de España en acceder á cuanto desea S. M., lo que conoce muy bien el referido Scotti que es justo en sí mismo, y además tan ventajoso ó mas bien tan necesario á España, que á pesar de la inflexible obstinacion del rey hasta el dia, abriga aun grandes esperanzas de feliz éxito. En resúmen, tanto dijo para infundirle aliento, que si conociese menos al rey y á él no me cabria duda ninguna del resultado.

«Al separarme de Scotti, pasé á casa del marqués de Grimaldo, á quien espuse del mejor modo que pude la justicia de la peticion que tenia encargo de hacer. Este personage concluyó diciéndome que no necesitaba esforzar mucho las razones para convencerlo de la equidad de los deseos del rey nuestro augusto amo, relativas á Gibraltar, declarándome con la mayor confianza que pensaba lo mismo que yo en esta materia, que las dificultades con que se tropiezan no dimanan ni de él ni de ningun otro ministro, sino del mismo soberano, á quien nunca vió desde que tiene la honra de servirlo, tan empeñado como en este asunto, sin pensar en cosa ninguna mas que en la restitucion de Gibraltar; por lo cual se limitaria á dar cuenta al rey de cuanto acababa yo de decirle sin comprometerse á lograr que cambiase el rey de resolucion. Fué, pues, de opinion que debia pedir yo una audiencia á S. M. en la que espusiese mis razones con mayor fuerza y libertad que él mismo pudiera hacerlo. Algunas horas despues de esta conferencia me escribió dos letras participándome que me

recibiria el rey á la mañana siguiente en palacio.

«Como era consiguiente, no falté á esta entrevista, y tuve la honra de conferenciar con el rey solo durante tres cuartos de hora. Omitiré por no ser importuno las razones en que me apoyé, puesto que se limitó todo á repetir el sentido de nuestra carta, y de mis primeras instrucciones. Empezó el rey su respuesta diciéndome que agradecia en estremo las pruebas de consideracion y amistad que le habia dado el rey nuestro augusto amo, ya con las órdenes dadas al comodoro Stuart, ya con el ofrecimiento de mayor número de bageles para servir contra los moros, todo lo cual aceptará gustoso, me dijo, si de ello se ofrece ocasion; que por su parte haria todo lo posible para mostrar su gratitud, encargándome S. M. que nada deseaba tanto como seguir viviendo con él en la intimidad mayor. Con este fin deseaba formar una alianza mas íntima como única que consideraba como beneficiosa para ambos paises, y hasta como necesaria para la seguridad de Europa, pues de lo contrario estaba persuadido de que el emperador alcanzaria el dominio de toda Europa en este mismo año. En seguida me preguntó cuáles son las condiciones que pone S. M. para celebrar un tratado con él; á esto contesté que por ahora el rey mi amo no pedia mas que la confirmacion de los tratados existentes en la epoca del rompimiento, y que se hallan ahora confirmados por la cuádruple alianza y el tratado de armisticio; que en cuanto á Gibraltar y á la compensacion pedida por la restitucion de esta plaza, se dejaria este punto para ocasion mas favorable.

«No puso el rey reparo ninguno en lo relativo á la primera parte; pero en cuanto á la última reprodujo en favor de la restitucion inmediata, todas las razones que le habeis oido varias veces, en particular su acepcion á la cuádruple alianza, contando con esto como condicion *sine qua non*; que así lo declaró entonces al regente, quien le ofreció que se verificaria esto; y en lo que dice

relacion al parlamento, manifestó que sino es fácil adivinar en qué consistia la resistencia de volver ahora la plaza de Gibraltar en beneficio de la paz y tratándose de la prosperidad del comercio inglés, le parecia que no era de esperar concesion ninguna, cuando no existiesen semejantes razones. Traté de convencerlo de la imposibilidad que habia en consentir en lo que pedia á causa del estado presente de los negocios en Inglaterra y del espíritu del parlamento. Procuré hacerle ver que el insistir ahora en este asunto equivalia á dejarlo sin remedio para lo sucesivo. El rey en resúmen me dijo al fin, que meditaria acerca de cuanto le habia espuesto, y que daria órdenes á Grimaldo para que me enterase por escrito de su respuesta dentro de dos ó tres dias.

«En este tiempo he visto todos los dias á Scotti y Grimaldo, el primero me ha dado sin cesar esperanzas y el segundo no me ha desanimado del todo. Por último, recibí el adjunto escrito de Grimaldo, y antes de que os entereis de su contenido debo haceros notar que no son exactas las espresiones que encierra relativas ya sea á la antigua supuesta promesa de Gibraltar, ya sea á las intenciones presentes de S. M. de restituirle mediante un equivalente, cuando sea solo posible; porque jamás se trató de semejante compensacion. En este sentido he hablado yo á los ministros que se hallan aquí, los cuales han convenido conmigo en que se debió redactar esto de otro modo. Así mismo es bien que os diga yo que no se insiste aquí en muchas de las peticiones precisamente á causa del tratado, sino tan solo para manifestar cuáles son las exigencias á que quisiera el rey de España que diese S. M. el consentimiento. Conoceis fácilmente que no considero yo esta respuesta mas que como una nueva declaracion del rey de España, en la que insiste con tenacidad en su primera resolucion, aun cuando Scotti y Grimaldo hayan tratado de persuadirme que era esta una gran cuestion. Pero nada

es mas fácil que demostrarles que las mismas dificultades que atan en el dia de hoy las manos del rey para la entrega de Gibraltar, subsistirán para comprometerlo á que dentro de un año haga esta entrega sin compensaciones; que el alternativo de anular el *asiento* es poco importante, no siendo ya posible reformar este negocio puesto que el parlamento lo ha arreglado ya con la compañía del mar del Sur.

«No he querido tocar á los demas puntos de que se trata en el mismo escrito hasta tanto que se resolviese el primer punto, limitándome á decir en general que deseaba el rey nuestro augusto amo, dar á S. M C. todas las pruebas imaginables de amistad, en cuanto no fuese opuesto á los tratados existentes; pero que de ningun modo obraria en contradiccion con estos mismos tratados. Puedo aseguraros que despues de esta respuesta nada he descuidado de cuanto cabia en mi poder para alcanzar otra mas favorable entendiéndome para ello con los ministros del gobierno, unas veces con Scotti, otras con Grimaldo, con el confesor y con don Andrés del Pez (presidente del consejo de Indias) quienes me aseguran un dia y otro que desean lo mismo, diciéndome, empero, que á dos obstáculos poderosos hay que atribuir la inflexibilidad del rey en este punto, esto es: á la declaracion hecha con tanta frecuencia á los españoles de que se restituiria Gibraltar, y á la idea fija que no sale de su imaginacion de que el parlamento inglés, con objeto de favorecer su comercio, dará por último su consentimiento si vé que el rey de España permanece inflexible en su resolucion. Todos me afirman que harán cuanto de ellos dependa para arreglar este asunto, especialmente el confesor, quien el otro dia, me ofreció hablar de esto al rey: pero como recibiese últimamente una carta de Grimaldo, en la que me manifiesta que sigue el rey inflexible, he tomado el partido de despachar este correo para daros cuenta del estado del negocio, y, si ocurre

algun cambio, tengo intencion de enviaros otro. Lastimoso es que tengais las manos ligadas con respecto á Gibraltar, y que no se pueda sacar partido de este vehemente deseo que de obtener esta plaza tiene el rey de España; porque de lo contrario, podríamos á no dudarlo, á pesar de la impuesta promesa, venderla doble de lo que vale, y lograr inmensas ventajas para nuestro comercio.

«Llego por fin á la parte de vuestra carta en que decís que seria bueno que pudiésemos determinar á la córte de España á darnos la Florida ó la parte que posee en la Isla Española, en cambio de Gibraltar. No debo ocultaros que segun los mejores informes que he podido tomar acerca de las disposiciones del pueblo español en general, y especialmente de los personages que se hallan actualmente al frente del poder, tropezaria esta proposicion con infinitos inconvenientes, por no decir insuperables obstáculos. Los vínculos estrechos de confianza y amistad que me ligan tanto tiempo hace con don Andrés del Pez, me pone al corriente de estas dificultades con mas claridad de lo que pudiera, en cualquiera otra circunstancia; porque desde que lo conozco en nada me ha mostrado este personage mayor empeño que en ver á los franceses espulsados de las factorías españolas del Mississipi, conforme al principio general de que el permitir á los estrangeros que se establezcan en cualquier parte de las Indias Occidentales españolas, tarde ó temprano produciria la pérdida para España de todas aquellas posesiones; y como habeis visto que á causa del cambio ocurrido en el ministerio; se hallan los negocios de Indias totalmente en sus manos; como presidente y secretario de estado de Indias y Marina, nada se ha de esperar de él opuesto á sus sentimientos, aun cuando á la verdad se halle muy dispuesto á favor de los súbditos de S. M. B. en el comercio, y deseoso de influir en la conservacion de la armonía entre ambas naciones. Pero en negocio de este

tamaño, y tan opuesto á sus principios, dudo que puedan halagarnos mucho sus buenas intenciones, pues dos ó tres veces le he hablado ya de este asunto, no como á ministro, sino con la familiaridad y confianza que reina en nuestras conferencias privadas, y lo he hallado tan inflexible en este punto, como el rey de España en lo de Gibraltar. No solo está convencido de que en todos tiempos, será imposible conseguir que convengan los españoles en la equidad de este cambio, sino que ha tratado de probarme que no sabemos nosotros mismos lo que deseamos, pidiendo estas dos posesiones. Me afirma, segun su propio conocimiento, que serian para nosotros una carga, sin provecho ninguno, por ser el pais estéril, y apenas bastante productivo para alimentar á sus habitantes; que no tardaríamos en abandonar semejantes adquisiciones, como Tanger, y por las mismas causas porque nos comprometerian á una guerra continua con los indios y españoles, establecidos allí, y que por consiguiente no podríamos tener otro objeto mas que el de penetrar por allí hácia las minas, ó el comerciar clandestinamente, razones suficientes, una y otra, para que los españoles se nieguen tenazmente á prestar su consentimiento para semejante proyecto.

«Ciertamente importa obrar con precaucion, como indicais, tratando con Scotti, para no escitar los celos de Grimaldo, y os afirmo que el mismo Scotti, tiene no menos recelo y cuidado en este asunto que nosotros. Apesar de todo, y despues de ocultar dos ó tres dias vuestra carta oficial, con objeto de dejar á Grimaldo la iniciativa de este asunto con el rey; se aventuró á mostrarla á los soberanos que aprobaron vuestro modo de escribir, pero no la materia de que trataba vuestra carta. La posicion de Scotti ha variado algo desde que habeis salido vos de Madrid, porque si bien vé á los reyes del mismo modo y con tanta frecuencia como antes, siguiendo en el goce del mismo privilegio de entrar á

todas horas sin ser llamado; sin embargo , estoy firmemente persuadido de que rara vez toma la responsabilidad de presentar por sí mismo negocio ninguno directamente como consejero; tan solo como se ofrecen con frecuencia ocasiones en la conversacion, podrá todavía servirnos, y no poco. La intimidad que con él tengo no me deja ver las cosas de otro modo; porque no pasa casi jamás un solo dia sin que estemos juntos varias horas, y jamás nos separamos sin que me encargue con el mayor cuidado el que no diga á nadie que tratamos de negocios públicos, especialmente á Grimaldo y al confesor, tanto mas que el primero nunca me habla de Scotti.»

Hubiéramos presentado otros varios documentos relativos á este asunto ; pero mas tarde se presentarán ocasiones de valernos de ellos con frecuencia , porque esta es la causa principal de las disputas entre Inglaterra y España (217).

CAPITULO XXXII.

1721—1723.

Reconciliacion de Felipe con el regente, el duque de Orleans.—Recíprocos enlaces entre los príncipes de las dos líneas de la casa de Borbon.—Nuevas dificultades para conseguir una avenencia con el emperador.—Instalacion del congreso de Cambray.—Costumbres y vida monástica de Felipe y de la reina su muger.—Situacion de la córte y del gobierno despues de la separacion de Alberoni.—Influjo pasagero de Scotti, Daubenton, Tolosa, y Mirabal.—Elevacion del carácter de Grimaldo.

Las córtes de Francia y España, favorecidas por semejantes transaciones, estrecharon los vínculos que las unian por medio de enlaces de familia, que convenian á sus proyectos mútuos y debian poner término á su rivalidad política. El regente juzgando con exactitud la fuerza del partido que profesaba las máximas antiguas de estado, tomó el solo camino que habia para disminuir la oposicion, celebrando un enlace de familia con el rey de España. Agradaba mucho á este soberano tal pensamiento destinado á restablecer la union entre las dos coronas de la casa de Borbon, sin despertar los celos de Inglaterra.

Ignórase quien concibió el primero este pensamiento, y de qué modo; lo único que se sabe es que precisamente cuando accedió Felipe á la cuádruple alianza; se entablaron negociaciones para el enlace de Luis, príncipe de Asturias, hijo primogénito de Felipe y su primera muger, con Luisa Isabel hija del regente, y

:

para el de Luisa con la infanta Mariana; hija de Isabel Farnesio. El duque de San Simon, amigo y confidente del regente recibió el encargo de ocuparse de esta negociacion, con cuyo objeto salió para Madrid. Como no tenia la infanta mas que cinco años, la realizacion del enlace se veia tan distante, y aun problemática, que tanto Felipe como el regente podian abrigar, cada uno por su cuenta, esperanzas de heredar la corona de Francia. Pero si por el contrario, se llevaba á cabo en efecto el enlace, la ambicion de los reyes de España, podia darse por contenta viendo á su hija sentada en el trono de Francia (218).

El enlace de don Luis con Luisa Isabel de Orleans calmó el ódio particular que reinaba entre Felipe y el regente, desapareciendo así aquella antipatía que tanta gravedad daba á las menores disputas ocurridas entre las dos naciones. Pero tal era el imperio que egercia el confesor en el alma del monarca español, y tal era así mismo la sumision espiritual á que se veia Felipe reducido, que se vió obligado el regente, á fin de alcanzar la aprobacion y apoyo del padre Daubenton, á nombrar á un jesuita por confesor de Luis XV en lugar del virtuoso abate Fleury, y admitir en Francia la bula *Unigénitus*, lo cual dió á la compañía de Jesus un triunfo momentaneo en perjuicio de los jansenistas, sus mortales enemigos (219).

Los reyes acompañaron á la infanta hasta Burgos, en donde debian recibir á la princesa de las Asturias. Con corridas de toros, y los demás festejos de usanza se celebró la satisfaccion del soberano; pero semejante union lejos estaba de agradar á una nacion que, envaneciéndose con razon de la pureza de la sangre de sus monarcas, no veia con placer que se eligiese la bastarda descendencia de Luis XIV para ocupar un lugar en el trono (220).

Felipe, alentado y tal vez instigado por el monarca trató de burlar la avaricia de las potencias marítimas en

el momento mismo de renovar sus exigencias relativas al emperador. No satisfecho con la renuncia que hizo este del título de rey de España, exigia ademas la cesion de los títulos y honores dependientes de la corona, especialmente el maestrado del Toison de Oro, con el tesoro y archivos de la órden, insistiendo tambien en que se reemplazase al punto las guarniciones suizas con guarniciones españolas en las plazas de Toscana y Parma, y en que no juzgase la dieta del Imperio los derechos del duque de Parma, sino un congreso compuesto de todas las potencias europeas. Como si hubiese ya tomado posesion de aquellos paises, exijia un convenio que fijase entre los estados de Milan y Parma. Así como la cesion de ciertos distritos que facilitaran el comercio de Toscana, y que pertenecia á parciales de la casa de Austria, para contrarestar la autoridad del emperador, pedia tambien que los estados de Mántua, Miramiola, Monferrato y Subbioleta, con otros feudos imperiales se restituyesen á sus poseedores primitivos, y que volviese Italia á la misma situacion en que se hallaba al empezar la guerra de sucesion.

No alcanzaron estas exigencias la aprobacion de las potencias marítimas, y por consiguiente lo rechazó el emperador de un modo absoluto, poniendo ademas estorbos á la negociacion con pedir que se le garantizase la pragmática sancion para las substituciones de sus estados hereditarios, á favor de sus hijas, antes que á favor de la de su difunto hermano José, y á cualquier otro pretendiente á la sucesion de este, como recompensa de la fidelidad con que llenaba las condiciones de la cuádruple alianza.

Con tal diversidad de exigencias, bastando el menor paso de cualquiera para estirpar los celos de los demas, muy lentos debian ser y eran en efecto los progresos de las negociaciones relativas á la reconciliacion; con frecuencia todo se paralizaba aumentándose las dificultades á causa de los encontrados intereses de las

potencias mediadoras. La avenencia efectuada entre Francia y España, aunque no perfecta todavía, no por eso dejó de encaminar al restablecimiento del antiguo sistema político, y el regente, no menos anheloso de satisfacer á Felipe, que de humillar á la casa de Austria, prestaba apoyo á muchas de estas peticiones, aunque contrarias á las estipulaciones de la cuádruple alianza, y muy opuestas á la pragmática sancion. El rey de Inglaterra, por otra parte, olvidando infinitas causas de descontento contra el emperador, favorecia los planes de este para establecer á su familia, queriendo sobre todo alcanzar de él la investidura de Bohemia y Verden, no menos que la abolicion de la compañía de Ostende (221).

No podian menos miras tan poco conformes de producir disputas interminables y tristes dilaciones. A mediados del año 1722 se hallaban ya reunidos en Cambray todos los plenipotenciarios de todas las potencias; pero, no se abrió el congreso con formalidad hasta 1724. Este largo intérvalo se pasó discutiendo puntos de etiqueta, y dando pasos para alcanzar del emperador cartas de investidura para los ducados italianos segun la forma que deseaba España. En semejánte estado se hallaban las cosas, cuando repentinamente se suspendieron las negociaciones á causa de la inesperada abdicacion de Felipe.

San Simon que gozaba como embajador de familia del privilegio de disfrutar con frecuencia del trato de sus reyes, y cuyo amor á los cuentos y anécdotas ha enriquecido sus escritos con pormenores minuciosos á veces muy importantes, que no ven los mas de los observadores, ha delineado el cuadro de la vida monótona é invariable que hacia en aquella época Felipe y la reina. Como los gustos é inclinaciones particulares de los soberanos egercen tan visible influjo en la suerte de las naciones, especialmente en los gobiernos absolutos, trasladando la descripcion de San Simon, ofrecemos á

nuestros lectores un cuadro único en su género que puede contribuir á esplicar los cambios singulares y acontecimientos singulares que ocurrieron durante el reinado de Felipe.

« A las nueve de la mañana descorria la cortina la azafata acompañada de un solo ayuda de cámara francés, con un cubierto y una taza llena de una mezcla caliente compuesta de caldo, leche, vino en abundancia, una ó dos yemas de huevo, azúcar, canela, y un poco de clavo. En tanto que tomaba el rey este ligero desayuno, llevaba la azafata de la reina algun bordado que hacer, cubria con batas á SS. MM. y ponia encima de la cama algunos de los papeles que rodaban por las sillas inmediatas, y en seguida se retiraba con el ayuda de cámara que llevaba vacía la taza. En seguida rezaban juntos SS. MM.

«Grimaldo (entonces ministro de estado), sabiendo la hora, y ademas, teniendo aviso en su covachuela, subia á la cámara de SS. MM. y entraba, á veces le hacian los reyes señas de que esperase, y lo llamaban en seguida al terminar su rezo, porque nadie mas habia, y la cámara de dormir era muy pequeña.

«Entonces desataba Grimaldo sus papeles, sacaba del bolsillo un tintero y despachaba con el rey, y tambien con la reina, á quien no estorbaba sn bordado para dar su parecer; duraba mas ó menos esta ocupacion segun eran los negocios ó la gana de conversar. Al salir Grimaldo con sus papeles, no habia nadie en la antecámara y avisaba á la azafata, quien al punto acudia á presentar al rey las babuchas y la bata, al momento iba el rey á una pieza inmediata, y allí en un gabinete se vestia, ayudándole tres ayudas de cámara franceses, los mismos siempre, el duque del Arco ó el marqués de Santa Cruz, y á veces los dos sin que jamás entrase allí ninguna otra persona.

«Cuando iba ya á concluir, uno de los ayudas de cámara iba á avisar al padre jesuita Daubenton que espe-

raba en la sala de los espejos que iba al punto al despacho del rey, de donde los susodichos ayudas de cámara, dejaban lo inútil del tocador, y no volvian mas. Si hacia el rey alguna seña á los dos personages despues de la salida de los ayudas de cámara, tambien aquellos se retiraban; pero no sucedia esto sino rara vez, pues y por lo general se quedaban cerca de la puerta. El rey hablaba entonces en el quicio de la ventana al padre Daubenton.

«La reina, en cuanto se retiraba el rey de su lado, se calzaba sola con la azafata, que le daba su bata. Este era el único momento en que podia hablar sola á S. M., de aquí provenia el gran poder de la azafata, pero esta ocasion duraba á lo mas medio cuarto de hora, y eso no siempre, si hubiera sido mas largo, lo habria sabido el rey, y querria saber la causa de semejante conferencia. La reina cruzaba la antecámara vacia, y entraba en un gabinete hermoso y espacioso que le servia de tocador. La camarera mayor y dos damas de honor, turnando por semanas, y las camaristas la acompañaban algunas veces, tambien á su lado.

«Cuando concluia el rey con el padre Daubenton, iba al tocador de la reina, acompañado de los dos personages mencionados quienes, durante la conversacion con el padre Daubenton, lo esperaban á la puerta del gabinete, ya dentro, ya fuera. Los infantes asistian tambien al tocador, á donde no entraba con ellos mas que su ayo, y despues del casamiento del príncipe de Asturias, el duque de Popoli y la duquesa de Montellano, y á veces alguna dama de honor de la princesa.

«La caza, los viages, los hermosos vestidos del rey y de los infantes servian de pasto á la conversacion del tocador; oíanse tambien de vez en cuando, algunas ligerillas reprimendas de la reina á sus damas, relativas al servicio, á las relaciones y á la devocion, porque las ataba corto para que no tratasen á muchas gentes. A menudo el cardenal Borja, que tenia la nimiedadp ue-

ril de asistir al tocador, hacia pasar el rato con las bromas de que era forzosamente objeto (222). Duraba lo menos este tocador tres cuartos de hora, estando en pié el rey y cuantos allí entraban.

«Al concluirse el tocador, daban audiencia SS. MM. á los ministros estrangeros, y á aquellos de entre los grandes que pedian audiencia particular. Cuando entraba cualquiera, como quien no quiere la cosa, se retiraba la reina al quicio de una ventana; pero las personas que entraban, harto sabian que le contaria todo el rey, y que no habria de gustarle el que se recatasen de ella, por lo que no dejaban nunca de suplicarle que se acercase, ó por lo menos si no se atrevian, hablaban bastante alto á fin de ser oidas; si persistia en su fingido disimulo Felipe no contestaba cosa ninguna en los negocios de alguna importancia, sin consultar antes á la reina privadamente, ó sin pedirle su parecer en el acto de la conferencia.

«Concluida la audiencia, iban los reyes á misa, y comian á las doce; nadie entraba entonces, esceptuando á las personas que habian asistido al tocador de la reina. Al rey le servian una comida, y otra distinta y mas abundante á la reina, porque era esta aficionada á comer y de todo probaba. El rey comia siempre lo mismo, una sopa comun, capones, pollos, pichones cocidos y asados, un trozo de ternera frita siempre, componian generalmente su comida, sin frutas ni ensaladas, ni queso, y rara vez algo de pastelería; nunca pescado, y solo con frecuencia huevos frescos de diversos modos compuestos; tanto el rey como la reina no bebian jamás mas vino que Champaña.

«En cuanto se acababa la comida, ambos rezaban un poco, y si algo urgente ocurria, Grimaldo entraba entonces á dar cuenta de ello. Como á cosa de una hora despues de comer, salian por un sitio público de la cámara, pero corto, y bajaban por una escalera reservada; subian juntos en un coche, é iban á caza, vol-

viendo por el mismo camino. Las personas que iban con cierta frecuencia y familiaridad á palacio, á veces unas, y á veces otras, se colocaban al paso para ver á los reyes á quienes acompañaban hasta el coche; yo solia ser de este número. No dejaba la reina de dirigir casi siempre la palabra con agrado a cuantos veia.

«Cuando se confesaba la reina no tenia tiempo siquiera para hablar con el confesor, porque el gabinete en que se hallaba con él estaba situado al lado de la cámara que ocupaba el rey, quien si hallaba la confesion demasiado larga, abria la puerta y llamaba á la reina. Al salir Grimaldo rezaban juntos, y otras veces pasaban el tiempo leyendo alguna obra religiosa, hasta la hora de cenar.

«En una y otra comida habia muchos mas platos á la francesa que á la española ó la italiana. Despues de la cena venia la conversacion ó el rosario, en seguida se los acompañaba al cuarto de dormir en donde todo sucedia lo mismo que por la mañana, con la diferencia del tocador de la reina, y de que ni los príncipes de Asturias, ni los infantes, ni el cardenal Borja entraban allí.

«Jamás se podia hablar al rey sin la reina, ni á la reina sin el rey. Ambos á dos tenian estremados celos uno de otro, lo cual hacia que se valiesen de la azafata para que llegase cualquier cosa á oidos de la reina en los momentos del calzado. Rara vez daba á esto oidos la reina, temerosa de que se supiese todo, y se hallase comprometida; pero por lo menos en aquellos momentos podia recibir y leer cartas y hasta escribir algunas, si bien con estremada precipitacion y cuidando de no conservar papel ninguno (223).»

Con tan monótono é invariable modo de vivir y con el carácter del monarca, fácil es de adivinar la confusion y desórden que debian forzosamente reinar. Aconteció lo que acostumbra notarse en una máquina algo complicada, en donde si se rompe ó paraliza el resorte

principal que transmite el movimiento, esperimenta la máquina la inercia funesta, bastando la menor descompostura para paralizarlo todo; lo mismo sucede con los negocios, cuando se adormece el gefe del gobierno en brazos de la pereza ó de la incuria.

Tenia Felipe la presuncion como Luis XIV de ser él mismo su primer ministro y de dirigir los negocios segun las antiguas formas de la administracion nacional; pero despues de luchar algun tiempo para sostener en sus hombros una carga tan superior á sus fuerzas, volvió á caer poco á poco en su acostumbrada melancolía, y sin querer por eso confiar las riendas del gobierno á mano mas diestra, fué descartándose del cumplimiento de los deberes de un monarca, aislándose en los régios salones de su palacio.

La reina cuya actividad y energia se iban haciendo en esta ocasion mas necesarias que en otras, para determinar el ánimo indeciso de su marido en mil puntos, vivia atemorizada con el ódio que profesaba el pueblo al gobierno italiano, y no queria, ó por lo menos aparentaba no querer, mezclarse en asuntos de estado, ocupándose tan solo de lo que personalmente la tocaba á ella y á su familia.

Esta especie de interregno despertó la ambicion de varios palaciegos que ardian en deseos de alcanzar el poder. El marqués de Scotti, durante algun tiempo, disfrutó del favor que habia tenido el ministro por cuya caida habia trabajado con tanto ardor; pero si bien poseyendo las ventajas de su paisano, en cuanto al privilegio de una comunicacion íntima y familiar con los soberanos, no habia recibido del cielo ni la capacidad ni el carácter necesario para apoderarse del timon del estado; y así es que despues de disfrutar durante algunos meses del colmo de la distincion real, volvió á sumirse en su primera nulidad, debiendo el poco crédito que conservó al protectorado oscuro de Laura Piscatori (224).

El padre Daubenton en quien la avanzada edad no habia aun apagado el espíritu de intriga, y que no carecia ni de capacidad ni de sutileza, logró vencer á Scotti en aquel asalto de influjo palaciego. Como á cada instante era necesario para consolar al monarca desconfiado, y escrupuloso cuya conciencia dirigia, llegó á tanto su influjo que todo el mundo lo consideraba como á verdadero primer ministro; pero detúvolo en su vuelo la mano poderosa é irresistible que confunde todas las ambiciones humanas, llamándolo á mejor vida el 7 de agosto de 1724. No hablamos de la muerte de este personage sino porque es célebre en la historia de España; ocurrió en la casa de los jesuitas de Madrid, á donde fué llevado en sus últimos momentos (225). Lo reemplazó en el confesonario el padre Bermudez, jesuita español, muy inferior á él en capacidad y esperiencia, y á quien faltaba la consideracion que dá en el ánimo de un soberano la práctica larga de las córtes y de su ministerio evangélico (226).

Don Miguel Fernandez Duran, marqués de Tolosa, que habia formado parte del ministerio en tiempos de Alberoni, habia adquirido buena reputacion durante el tiempo de su mando, siendo bastante afortunado ó diestro para no haberse visto comprometido en la caida de su favorecedor. Como ministro de la guerra, tenia que conferenciar á menudo con el rey; pero su influjo que crecia de dia en dia, le grangeó el ódio de cuantos aspiraban como él al favor palaciego. Aprovecháronse estos de lo prevenido que estaba el rey en contra de todos los parciales de Alberoni, y con acusarlo meramente de haber tenido secretos tratos para abastecer al ejército africano, derribaron de su destino al misero marqués á quien tanto afligió este contratiempo, que no pudo sobrevivir á él, muriendo de allí á poco.

Tambien iba siendo notable otro personage que ademas del rango elevado que ocupaba en el gobierno, era bien recibido en palacio; llamabase don Andrés del

Pez, presidente del consejo de Indias, persona de reconocida probidad, pero que habiendo encanecido en la rutina de los espedientes, se hallaba impregnado hasta lo sumo de todas las preocupaciones nacionales, y de las peculiares de su destino (227).

Cuando fué separado Tolosa se le nombró ministro de marina; pero no vivió bastante para disfrutar de este aumento de poder.

El marqués de Castelar, que reemplazó á Tolosa en el ministerio de la guerra, y su hermano don José Patiño, muy entendido en la administracion de marina que le estaba confiada, eran tambien dos hombres capaces, notables por muchos modos; favorecíalos la reina en secreto pero su valimiento era de fecha muy reciente para que pudieran de repente elevarse estraordinariamente.

Las demas personas que componian el gobierno y la administracion eran casi insignificantes.

Las formas antiguas del gobierno, menospreciadas ó cambiadas por Orri y Alberoni, habian poco á poco recobrado su imperio, ya por indolencia, ya por celos del monarca. Todavía quedaban tres individuos de aquel consejo de Estado que formaban los hombres mas distinguidos por su rango, mérito ó servicios prestados á la monarquía. La presidencia del consejo de las Ordenes estaba vacante por muerte reciente del marqués de Bedmar; á nadie se habia nombrado para el ministerio de la Guerra ni de la Marina, ni para la presidencia de las Indias, despues del fallecimiento de don Andrés del Pez. El marqués de Campo Florido, gefe de hacienda, se hallaba reducido á causa de una salud endeble, á una nulidad casi absoluta; pero el marqués de Mirabal, presidente de Castilla, gozaba de suma consideracion personal, sin contar la que le daba el elevado puesto que desempeñaba (228). Pero la persona á quien el acaso, mas bien que ningun otro medio, habia abierto el camino para llegar al puesto mas elevado

de la administracion, era el marqués de Grimaldo. Habia nacido este personage en Vizcaya, y como entrase jóven en las oficinas del gobierno, fué oficial en tiempos de Orri, mereciendo que reparase en él su gefe y la princesa de los Ursinos. Por primera vez figuró en 1704, como secretario de las Indias y de la Guerra. Sus modales elegantes, su actividad en el trabajo, la flexibilidad de su carácter, su aire de candor y sinceridad, le grangearon pronto la distincion y proteccion de Felipe, á quien halagaba mucho cierta aparente deferencia con que el marqués escuchaba su opinion y la adhesion sin límites que profesaba este á la persona augusta del rey. Tenia Grimaldo el don de valerse del favor real con tanto tino, que aparentó no tener celos ningunos de la princesa de los Ursinos cuando esta célebre favorita recobró el poder. A pesar de todos los cambios que sobrevinieron mas tarde, permaneció siempre sin apartarse de palacio. Como lo pusiese Orri al frente de los negocios de Estado, se mostró en todos tiempos agradecido á su primer protector, conservándole un afecto que nunca varió.

No perdonó ocasion de ir ganando mas y mas el favor del rey; cuando cayó Orri, subió un escalon, y cuando contrajo el rey segundas nupcias, obtuvo el destino importante de secretario particular de la nueva reina, con retencion de su primer cargo. Supo adquirir gran reputacion, á causa de la prudencia y mesura con que arregló las disputas que sobrevinieron con la Inquisicion; y aun cuando esperimentase su astro un eclipse momentáneo en tiempos de Alberoni, jamas perdió su empleo, ni la distincion del soberano. Al caer Alberoni, tuvo que luchar con dos rivales que eran Scotti y Daubenton; pero su prudencia, su infatigable perseverancia y la muerte del mas peligroso de sus competidores fortificaron su valimiento y aumentaron su poder. Preciso es, empero, confesar que mas convenia á su capacidad un empleos ubalterno que destinos de primer órden. Des-

pues de un ministerio como el de Alberoni, no eran oportunas las circunstancias para empuñar, con el mismo vigor, las riendas del gobierno. Además el viejo y valetudinario Grimaldo carecia de instruccion, sin tener firmezaen el carácter, ni vigor en el entendimiento.

Fué por entonces, nombrado consejero de Estado, y como ministro de estado además, y casi el único organo de la voluntad real, era considerado como primer ministro, aunque de tal no tenia título. Empezó pronto su elevacion á verse oscurecida con espesas nieblas; tuvo que luchar con obstáculos, y si bien hasta entonces, lo habia protegido la reina, despertaron los celos de esta princesa en breve, porque detestaba mortalmente la reina á cuantos iban tomando ascendiente en el ánimo del soberano. Se acusó á Grimaldo de una adhesion exagerada á Inglaterra, y como era consiguiente se vió espuesto á los ataques de los partidarios de Francia. Su cólega el marqués de Castelar, era entre todos, un rival terrible, así es que no tardó en convencerse de la escasez de sus recursos, viendo claramente que era harto inferior á su posicion. Abrumado con el peso de los negocios públicos que se acumulaban de dia en dia, y no pudiendo poner remedio en la desquiciada máquina rentística, ni conseguir que se fijase en este punto la atencion del monarca, creyó que debia descargarse de la responsabilidad pesada de su destino, proponiendo que se admitiese en el consejo al jóven príncipe de Asturias. Encerraba esta insinuacion una idea harto popular para que fuese rechazada; por otra parte, justificó esta recomendacion el príncipe con una inteligencia y capacidad superior á su edad. Pero al cabo de algun tiempo, las gestiones interesadas de la reina y el recelo que carcomia al rey, hicieron fracasar este proyecto. El cambio de residencia del monarca, en tanto que permanecia el príncipe en el Escorial, hizo que se adoptasen otras medidas, y que se apartase totalmente

al príncipe de toda participacion en los negocios públicos.

Tal era la posicion del rey y del gobierno, cuando la mas singular de las revoluciones transformó de repente la córte de Madrid, de suyo tan propensa á cambios (229).

CAPITULO XXXIII.

1724.

Construccion del real palacio de San Ildefonso.—Abdicacion de Felipe.—Actos y formalidades en esta ocasion.—Conjeturas relativas á las causas de este acontecimiento estraordinario.

Todo induce á creer que, de mucho tiempo atras, pensaba Felipe en abdicar la corona, y que á imitacion de Diocleciano, se habia creado un soberbio retiro en donde pudiese gozar de todos los beneficios del trono, sin los inconvenientes casi inseparables. Este retiro era la aldea que tanto amaba, de Balsain, en donde habia gastado no menos de 24.000,000 de duros para la construccion del sitio de San Ildefonso, que en memoria del magnífico palacio construido por Luis XIV, llamaba él su pequeña Versalles (230).

Hállase este palacio situado al Norte de una cadena de montañas que cruzan el centro de España; del lado opuesto se encuentra el magestuoso, si bien sombrío edificio llamado el Escorial, edificado por Felipe II, en medio de estériles montañas, y que se halla espuesto durante el estío, á los ardores del sol, en uno de los climas mas ardientes de Europa. San Ildefonso, retiro favorito de Felipe, forma con este real sitio, el contraste mas agradable como asimismo el mas notable. Situado en un valle reducido que solo recibe los vientos del Norte, es durante los grandes calores del verano,

un retiro fresco y delicioso en donde se aspira el aire balsámico de la primavera, en tanto que por la parte del Mediodia, la montaña parece que se abrasa, tal es el ardor de los rayos del sol, sin ofrecer mas que una superficie amarillenta y árida.

Era llegado el momento en que ejecutase Felipe el proyecto que tenia meditado tan de antemano (231). Sin embargo, nadie tenia noticia de este secreto, si no es la reina, el príncipe de Asturias, Grimaldo, el marqués de Valoure, gefe de la servidumbre francesa, y el confesor. Trató que no sospechase cosa ninguna en la audiencia concedida al ministro de Inglaterra, con motivo de la muerte del duque regente, durante la que se mostró satisfecha y casi alegre. «En esta audiencia, dice Stanhope, que segun me dijo la princesa de Rubec, fué una de las mas largas que SS. MM. CC. dieron en su vida, se mostró la reina alegre, segun costumbre, dirigiéndome varias preguntas, y repitiéndome mas de una vez que, como fuesen de suyo curiosas las mugeres, no debia maravillarme de que en un punto que tan de cerca le tocaba, tuviera deseos de saber qué seria de las investiduras ofrecidas hacia tanto tiempo; y si el emperador, de buen talante y sin hacer uso de la fuerza, ejecutaria sus compromisos con respecto á su hijo; no podia creer, me dijo: que pasase todo así. Durante esta conversacion, permaneció el rey silencioso; pero al punto que la reina nombró los jardines de San Ildefonso, me preguntó si habia visto yo los de Versalles y Marly, y comparó algunas de sus fuentes con otras de San Ildefonso. Refiero esto, porque acontece raras veces que entre el rey en género ninguno de conversacion, y confieso que esceptuando esto, nada nuevo veo en él (232).»

Despues de enterar de su proyecto al príncipe de Asturias particularmente, lo comunicó al consejo de Estado por medio del siguiente mensage:

10 de enero.

«Habiendo meditado durante estos últimos cuatro años acerca de las miserias de la vida con la madurez y atencion convenientes, así como acerca de las dolencias, guerras y turbulencias en las que plugo á Dios darse á conocer á mí, durante los veinte y dos años de mi reinado; considerando asimismo que ha llegado mi hijo el infante don Luis á edad competente; hallándose casado y dotado de toda la circunspeccion, razon y capacidad necesaria para gobernar con acierto, sabiduría y justicia esta monarquía, he tomado la decision de retirarme completamente de los negocios del gobierno, abdicando la posesion de todos mis estados, reinos y señoríos á favor del referido don Luis, á fin de pasar en San Ildefonso una vida retirada con la reina que se ha ofrecido voluntariamente á acompañarme en mi aislamiento; y á fin de poder, libre de todos los demas cuidados, entregarme al servicio de Dios, meditar acerca de la otra vida, y trabajar en la importante obra de mi salvacion eterna. Comunico esto al consejo á fin de que tome todas las medidas convenientes en semejante ocasion, y á fin de que sepa todo el mundo mis intenciones.»

Iba unida á esta comunicacion una lista de las personas que componian el nuevo ministerio, y de los gefes de la servidumbre del rey. Esta lista comprendia ademas el nombre de doce personas que acababan de ser agraciadas con el collar del Toison de Oro.

El acto de abdicacion fué comunicada el mismo dia al consejo de Castilla, en la forma acostumbrada en casos análogos; iba acompañado de un decreto bastante estenso y redactado con el mayor cuidado. A fin de dar á este acto la solemnidad de una ley, dirigíalo el rey á su hijo, y despues de un preámbulo en que anunciaba su abdicacion en términos sobre poco mas ó menos pa-

recidos á los del mensage, le trazaba, por via de consejo, un resúmen de las máximas que habian servido de pauta á su gobierno, y las disposiciones cuya sancion esperaba por parte del nuevo monarca. Si llegase Luis á morir sin hijos, decia, legaba la corona á sus hermanos, segun el órden de sucesion, nombrando un consejó de regencia para el caso de que heredase la corona un príncipe menor de edad. Aconsejábale que defendiese la iglesia, y que sostuviese la Inquisicion como el baluarte de la fé, encargándole que se condujese de modo que no perjudicase á los súbditos, remediando todos los males que pudiese. Despues de estas amonestaciones, recomendaba á la reina y á sus hijos, llamando la atencion de Luis acerca del establecimiento reservado á la línea segunda de su familia, y terminando con el encargo de que ejecutase el testamento que acababan de hacer los reyes.

Este acto fué registrado en el consejo, y en seguida lo llevó Grimaldo al Escorial, en donde lo leyó el nuevo soberano á presencia de toda la córte (14 de enero). Al siguiente dia anunció Luis su aceptacion de la corona, en una respuesta que reasumia el decreto de abdicacion, dictado evidentemente por uno de los mas adictos personages de la córte de San Ildefonso. Despues de espresar su veneracion y sorpresa al ver la devocion y abnegacion del mundo que habian inspirado el retiro de su padre, tomaba Luis el compromiso de sancionar sus disposiciones, siguiendo su parecer, sin olvidar la solemne promesa de respetar á la reina como si fuera su madre, mirando á los hijos de esta princesa como á hermanos. Manifestaba, para terminar el deseo de seguir el egemplo de su padre, retirándose con tiempo de los negocios públicos.—Plegue al cielo, decia, que despues de haber caminado por sobre vuestras huellas, me sea dado tener los mismos sentimientos que teneis vos de las vanas grandezas del mundo, y que convencido intimamente de la nada de todo, pueda imi-

taros tambien en el retiro, prefiriendo la felicidad real y duradera, á las pompas pasageras y mundanas.

Además de la aceptacion de Luis y de la toma de razon del consejo de Castilla, otras varias formalidades eran indispensables para que fuese válida la abdicacion. La cámara de Castilla propuso la convocacion de córtes, á fin de alcanzar el consentimiento de ellas; pero se ofrecieron muchas objecciones contra esta medida. Temia Felipe que una asamblea tan poderosa en otros tiempos se aprovechase de esta ocasion, y recobrase su poder perdido; por otra parte, no estaba muy cierto de la aprobacion de las córtes en lo de su abdicacion. Además, calculaba que una ratificacion tan pública y solemne lo impediria, en caso necesario de volver á tomar la dignidad que abandonaba, no queriendo por lo que pudiera importar verse ligado de tal modo. Despues de deliberar, durante mucho tiempo, se fijó en un recurso muy cómodo y de que habia precedentes, á fin de evitar la necesidad de convocar á los representantes de la nacion. Espidiéronse circulares para conseguir el consentimiento de las ciudades con voto en córtes, y la aprobacion de los otros estamentos se consideró como dada de hecho con la aquiesciencia de los prelados y grandes que residian en la córte.

En cuanto se llenaron estas formalidades, fué proclamado el nuevo soberano en la capital con las ceremonias de costumbre (9 de febrero). Declaró Felipe solemnemente que no volveria á empuñar el cetro, y fué á establecerse en su retiro amado.

El nuevo monarca conservó toda la servidumbre de Felipe, y el ministerio, esceptuando á Grimaldo y Valoure que continuaron desempeñando los empleos de secretario y mayordomo mayor de Felipe. Doña Laura y cinco criadas mas siguieron formando la servidumbre de la reina; sesenta criados poco mas ó menos, componian toda la servidumbre interior de San Ildefonso. Como renunciaba Felipe á la caza, que era su pasa-

tiempo favorito, reformáronse las caballerizas y cocheras; tampoco queria guardia ninguna, y costó trabajo el decidirlo á conservar un destacamento pequeño de tropas en Balsain para el caso previsto de un contratiempo. Se reservó una pension anual de 480,000 duros, resarcible á la reina despues de su muerte. Fijó las pensiones de sus hijos de este modo: 80,000 duros á cada uno de los infantes, y 40.000 á cada infanta. Destinóse así mismo una suma crecida para la terminacion de las obras empezadas en San Ildefonso (233).

Se han hecho varias suposiciones relativas á los motivos que dieron lugar á este acontecimiento estraordinario. La causa principal era sin disputa, aquella mezcla singular de supersticion y egoismo, de indolencia y ambicion que formaba la base del carácter de Felipe. Abrigaba la idea de que el testamento de Cárlos II que lo habia elevado al trono de España, era injusto é ilegal; ni estaba menos convencido de que su renuncia á la corona de Francia tenia un vicio esencial de nulidad. A todas estas consideraciones se agregaba una predileccion fuerte hácia su pais natal que el tiempo no pudo mas que robustecer; por lo que mas de una vez habia abrigado la idea de abandonar el trono español. En medio de los sinsabores que sufrió durante la guerra de sucesion, habia de vez en cuando acogido con alegría el proyecto de abdicar á favor de su competidor el archiduque; pero su muger á quien amaba con delirio, y el confesor Robinet lo habian disuadido de este intento. La complicacion de los negocios públicos despues de la paz de Utrecht, y el bullicio de los acontecimientos que se agolpaban con rapidez durante la brillante administracion de Alberoni no lo dejaron tiempo para pensar en retirarse. Pero en la quietud que siguió á la caida de aquel ministro, se desarrolló la enfermedad hipocondriaca del monarca, llevando consigo la idea añeja de la abdicacion. Ya el duque de Orleans habia tratado en otros tiempos de sacar partido de esta disposicion para

darse prisa á regularizar la sucesion y disminuir el influjo de Felipe en Francia; pero estas tentativas se estrellaron en las manifestaciones de la reina y Daubenton.

Sin embargo, la inclinacion oculta se traslucia cada vez que brillaba la posibilidad de heredar el trono de Francia, inclinacion que renovó con mayor fuerza que nunca la muerte del duque de Orleans, único garante del casamiento de la infanta con Luis XV, y único rival peligroso con que tropezaban sus planes para subir al trono. En la época de su aguda enfermedad, y cuando la salud débil del jóven rey de Francia, hicieron temer su próxima muerte dió sueltas Felipe á sus motivos complicados de religion, interés, escrupulos y ambicion, que se suministraron con las vivas instancias del duque de Borbon que esperaba, declarándose á favor suyo, contrarestar de este modo el poder de la casa de Orleans, rival suya.

Es, pues, claro que se alimentaba Felipe con la esperanza y quizá con la certeza de no tardar mucho en subir al trono de sus mayores, imaginando que se calmarian los escrúpulos de su conciencia, y evitaria la oposicion de las demas potencias, transmitiendo la corona de España á un hijo de su primer muger, y renovando con este motivo sus compromisos, de evitar la reunion de ambas coronas en las mismas sienes.

Cualesquiera que fuesen las disposiciones de la reina antes de la abdicacion, es verosímil que despues de este acto solemne; no veia sin interés y apego la posibilidad de ocupar en breve el trono de Francia, asegurando tan rica herencia á sus hijos. Tampoco le pesaba el salir de un pais que no amaba y en donde no la amaba nadie; por lo que aprobó, por lo menos en secreto, la resolucion que habia tomado su marido, así es que si se decidió á despojarse de los oropeles del trono, es porque creia que seria momentáneo este aislamiento, y que no tardaria en recobrar la misma dignidad, en teatro mas vasto y brillante.

La conducta de ambos soberanos confirma plenamente estas sospechas. Con tal interés tenian fija la vista en el astro que los deslumbraba, á tal punto los entretenia la esperanza de un imperio nuevo, que conservaban secretas y contínuas relaciones con el duque de Borbon, y con el partido español en Francia, teniendo correos listos de trecho en trecho entre las dos capitales. En San Ildefonso se hicieron todos los preparativos necesarios para un viage á Francia, empaquetando los diamantes y plata de la reina; y en conclusion, de tomar todas las precauciones posibles á fin de emprender la jornada tan luego como se recibiesen nuevas de la muerte del jóven monarca, que se esperaban de un momento á otro (234).

Prueba todo además, que apenas abdicó Felipe la corona, meditaba ya un viage á Francia, con pretesto de restablecer su salud, pero cuyo motivo real era el de que madurasen sus planes en el punto de la ejecucion, alentando al propio tiempo á sus partidarios. Es harto probable que favorecia el duque de Borbon estos proyectos, cuyas meras sospechas llenaron de zozobra al gobierno inglés, pensando en la posibilidad de un evento que podia poner en riesgo las renuncias juradas por ambas coronas. En vista de esto se comunicó una nota enérgica al gabinete francés, y el prudente cardenal Fleury calmó tales recelos, no solo prometiendo solemnemente sostener los compromisos existentes, sino obteniendo una declaracion del jóven soberano, en la que se oponia este al viage á Francia del monarca que acababa de abdicar (235).

Si fuesen todavía precisas mas pruebas, bastaria notar que no pudieron ser motivos de religion y amor al retiro únicas razones que decidieron el ánimo de Felipe, porque si así hubiera sido, no se hubiese empeñado en conservar la misma autoridad que aparentaba abdicar, ni habria privado al nuevo soberano de los medios de gobernar, prodigando sus últimos favores á los cor-

tesanos que le eran adictos, ni habria dispuesto la administracion de modo que permaneciese el poder entre sus manos, y en resúmen, no tendria en Segovia, siendo tan urgentes las necesidades del estado, la enorme cantidad de 400,000 ducados, lo cual por sí solo revelaba algun proyecto estraordinario.

No es menos verosímil que este plan estaba concertado con el duque de Borbon y con los gefes del partido español en París, porque el mariscal Tessé, que era uno de los mas vehementes partidarios de la sucesion regular de la corona, fué nombrado embajador en España, á la muerte del duque de Orleans. A pesar de la edad avanzada de este personage, se puso al punto en camino, presentándose en San Ildefonso poco despues de la abdicacion (236). Su viage, en circunstancias tales, no podia tener mas objeto que el de conservar una comunicacion directa con Felipe, para decidirlo á que conservase toda especie de influjo en el gobierno de su hijo, acabando de arreglar de acuerdo con el duque de Borbon los preparativos necesarios á fin de de asegurar la sucesion, que se creia próxima á favor de Felipe que no pensaba en otra cosa.



CAPITULO XXXIV.

1724.—1725.

Advenimiento de Luis I y carácter de este príncipe,—Retrato de la reina su muger.—Desgraciada pareja.—Caprichos y falta de convencimiento de la reina.—Disfavor momentáneo de esta.—Proyecto de divorcio.—Dificultades del nuevo goaierno.—Caracteres y situacion de los ministros.—Influjo dominante de la córte de San Ildefonso.—Planes de la reina viuda para el establecimiento de su hijo don Cárlos.—Principio de desacuerdo entre ambas córtes.—Tentativas para libertar al gobierno de Luis de la dependencia de la córte de San Ildefonso.—Muerte de Luis.—Vuelve á ocupar el trono Felipe contra los deseos que habia espresado, y el parecer de una parte del ministerio.—Situacion de la reina viuda.

De tan corta duracion fué el nuevo reinado, y tan limitado era el poder que egerció el jóven soberano, que apenas es conocido fuera de España el nombre de Luis I. Este príncipe, primogénito de Felipe y de María Luisa de Saboya, tenia apenas diez y siete años cuando por abdicacion de su padre subió al trono con tanta inesperiencia como falta de poder. Por ser español y vivamente apegado á las costumbres y usos de su pais, saludáronle sus súbditos á su advenimiento con aclamaciones unánimes de júbilo; su entrada en la capital fué un verdadero triunfo, y cuando segun la costumbre se proclamó su elevacion con las palabras *Castilla por el rey Luis*, el clamor general del pueblo maravillado le dió espontáneamente el epíteto de *bien amado*. No carecia de capacidad, y si hubiera sido educado con esmero, su talento natural se hubiera aprovechado de tan

buena cultura, teniendo ademas disposiciones felices para el estudio de las ciencias; tambien amaba con pasion las bellas artes, sin que le faltase mas que una educacion esmerada. Tenia su persona cierta elegancia, y su porte y modales formaban singular contraste con el aire frio, turbado y poco franco de su padre; en general se hallaba dotado de gracia y donaire, y la gravedad española se hallaba en él modificada con la afectuosidad afable que caracteriza á los Borbones.

Tan repentina elevacion en edad tan tierna no podia menos de soltar las riendas á la irreflexion y amor de goces, que ès el patrimonio ordinario de la juventud. Desde luego se ocupó de los negocios públicos con tal desden, y respetaba tan poco al público, sin reparar en las leyes del decoro, que con frecuencia salia de palacio despues de media noche con un disfraz cualquiera para recorrer las calles de Madrid, ó para robar fruta en los jardines reales, para tener en la mañana siguiente el pueril placer de reñir y molestar á los hortelanos (237); pero no tardó mucho en calmarse aquella aficion de niño. Escuchaba con atencion las reconvenciones de su padre, quien le manifestaba que semejantes estravíos quitaban la consideracion debida al trono, y debilitaban el respeto y afecto que tienen los pueblos á su soberano. De buen agüero era semejante docilidad, pensando todos que al cumplir la edad de la reflexion, y cuando la esperiencia fuese restableciéndose, justificaria la predileccion con que la nacion lo miraba ya.

Habíase casado Luis, malgrado suyo y contra la voluntad del pueblo español, con Isabel, hija tercera del duque de Orleans, que no habia cumplido todavía doce años. No carecia esta princesa de cierta gracia en los modales, teniendo carácter alegre y otros varios atractivos (238), parecia, pues, dotada de las prendas que pudieran contribuir á la felicidad de su marido, y ser ornamento de una córte; pero por desdicha fué mal dirigida su educacion, y las escenas de una córte licenciosa é in-

moral habian estraviado su entendimiento y corrompido su corazon. Era demasiado jóven al salir de Francia, y se hallaba educada en la escuela de disolucion de que hacia alarde su padre, habiendo presenciado para daño suyo el libertinage de sus dos hermanas mayores la duquesa de Berry y la de Valois. Estas primeras semillas dieron fruto en España, é Isabel desdeñaba los deberes y consideraciones del hogar doméstico, sin pararse en su carácter de reina y en la posicion que ocupaba ante una córte numerosa que tenia las miradas fijas en ella, faltándole solo ocasiones para imitar, sin reparar ninguno, la desenvoltura escandalosa que habia presenciado en París.

Desde los dias primeros de su llegada á Madrid, dió pruebas de su carácter caprichoso, y poco espansivo encerrándose en su cámara con pretesto de indisposicion, y negándose no solo á manifestar el respeto debido á la reina, sino rechazando con desden los obsequios de esta princesa. Se negó asimismo á asistir al baile que se dió para celebrar su enlace, tratando á su marido con visible indiferencia. Mas tarde aparentó corregirse algo, y las amonestaciones de su familia no menos que las órdenes severas de Felipe egercieron tal influjo en sus caprichos y modales desenvueltos, que observó conducta mas moderada ante el público, respetando mas á su marido; pero duró poco este cambio, pues apenas la libertó de todo freno la abdicacion de su suegro, tomaron nuevo vuelo sus caprichos, aumentándose de un modo estraño. Mortificaba á su marido con sus desaires, y se mofaba de la etiqueta cuyo olvido cuesta á veces tan caro, y que contaba ya tantos siglos de existencia en España, y no temia el escándalo que causaba su conducta indecorosa y relajada en una córte de costumbres morigeradas y en una nacion que profesa apego á estas ideas.

El rey Luis que se prometia poder dominar ó por lo menos reprimir tan mal carácter, se decidió á seguir los

consejos de su padre, mortificando á la reina con pruebas públicas de desvío, dando á la condesa de Altamira, camarara mayor, las órdenes que contiene la siguiente carta:

«Viendo que la conducta poco comedida de la reina, es muy perjudicial á su salud, y daña á su carácter augusto, he tratado de vencerla con amistosas reconvenciones. Deseoso de verla corregida, he suplicado á mi virtuoso padre que la reprendiese con la severidad mayor; pero, no advirtiendo cambio ninguno en su conducta, he decidido, en virtud de mi poder, que no duerma esta noche en el palacio de Madrid. En vista de esto, os mando, del mismo modo que á las personas elegidas para este caso, que cuideis de prepararlo todo, á fin de que se halle bien hospedada en el lugar designado, y que no corra ningun peligro su cara salud (239).»

Al regresar por la tarde del Prado, queriendo entrar en el Buen Retiro, fué detenido su carruage en la puerta con órden de llevarla al alcázar; y como preguntase por la causa de tan estraña conducta, se le contestó: *El rey lo manda*. Enfurecida gritó varias veces: *Al Buen Retiro*; pero el mayordomo, encargado de la ejecucion de la órden del rey manifestó nuevamente la voluntad soberana, y la reina se vió obligada á obedecer. Fué encerrada en una cámara con varias personas elegidas entre las de su servidumbre; y dióse le una guardia numerosa, y al punto por medio de una circular se comunicó al cuerpo diplomático su arresto y momentánea reclusion.

Cuando llevaba ya seis dias de encierro, la visitó el mariscal Tessé, embajador de Francia. Se presumia que la edad y carácter de personage tan respetable harian alguna mella en ánimo tan ligero, preparado á la reflexion por el infortunio de aquella especie de encarcelamiento. En esta conferencia confesó que la mitad de los cargos que se le hacian eran exactos y verídicos, pero sostuvo con firmeza que la otra mitad era una ca-

lumnia, sin tratar de negar sus locuras y estravagancias, protestó solemnemente que de nada que tocase á la honra podian acusarla con justicia, mostrándose arrepentida de su conducta pasada, ofreciendo corregirse en lo sucesivo, y pidiendo por último perdon á su marido. El jóven soberano se dió por satisfecho con esto, y despues de despedir á diez y siete mugeres de la servidumbre de la reina que habian aprobado ó favorecido sus imprudencias, le concedió permiso para que volviese al Buen Retiro, saliendo á recibirla hasta el ***Puente Verde***. Iba ella á bajarse para besarle la mano, pero él no lo consintió, abrazándola desde luego, y en seguida la hizo subir á su propio carruage, mostrándose muy solícito de borrar la ostentacion de aquel disfavor con públicas señales de afecto.

Sin embargo, no era mas que aparente esta reconciliacion, los augustos consortes seguian esperimentando igual aversion uno hácia otro. Tan fuerte era la antipatía del rey, que jamás habia consumado su enlace (240).

Felipe que era tan escrupuloso y severo en cuanto decia relacion á las costumbres; tomó parte en los disgustos domésticos de su hijo, pidiéndole perdon con lágrimas en los ojos de haber sido causante de union tan desacorde, habiéndole dado por compañera á una muger que aborrecia con razon; y al propio tiempo declaró que le remorderia eternamente la conciencia de haber causado desórdenes tan reprensibles y lastimosos.

Tanto Felipe como la reina aparentaron creer que su nuera estaba algo demente, y decidieron secretamente el tratar de un divorcio. No se oponia Tessé de ningun modo á este pensamiento, y por su parte el duque de Borbon se pagaba en la idea de mortificar de tan buen modo á la casa de Orleans su rival, elevando si era posible á su hermano al trono de España. Segun este pensamiento se dieron pasos para sondear los sentimientos del papa, encargando á Luis que mientras tanto tratase con miramientos esteriores á su muger,

tanto por lo que tocaba á su dignidad, como para burlar á los curiosos, y quitar toda sospecha del proyecto (241).

Si se hallaba afligido el jóven soberano con los disgustos que reinaban en el interior de su casa, no ofrecia cuadro mas lisongero el estado de los negocios públicos. Aunque no tenia autoridad ninguna, sobrellevaba solo el peso todo de una corona ceñida demasiado temprano á sus sienes, por haber estado siempre apartado de participacion en los asuntos del estado. Tan poco versado estaba en las relaciones con el estrangero como en los pormenores del gobierno interior; por otra parte, su juventud é inesperiencia lo hacian completamente inhábil para manejar el timon del estado. La eleccion de ministros que hizo Felipe para su hijo, y las formalidades establecidas por aquel monarca eran la prueba mas evidente de que Felipe retenia toda la autoridad real, y que las órdenes destinadas á conmover ó pacificar á Europa, no salian del gabinete del soberano de hecho, sino del de San Ildefonso.

Terminadas ya todas las formalidades de la abdicacion, retiráronse Felipe é Isabel á San Ildefonso, con Grimaldo, que era el mismo favorito. Consistia el nuevo gobierno en una junta ó consejo de gabinete, compuesto de siete individuos, sin que se olvidase precaucion ninguna para elegir á personas adictas á Felipe, ó parciales de la reina y de Grimaldo. Poco ó nada se cuidó de que esta eleccion recayese en personas de mérito, con tal que no obrasen sin impulso superior; eran títeres cuyos resortes querian aun manejar Felipe é Isabel. Hé aquí sus caracteres.

El marqués de Mirabal que habia sido representante del rey en Holanda, en donde no mostrando mucha destreza como diplomático, desempeñaba hacia algun tiempo el cargo eminente de presidente del consejo de Castilla, en donde habia entrado como consejero; hallábase dotado de buena razon, de esperiencia, y era

aficionado al trabajo. A la caida de Alberoni, figuró en el gobierno, á causa de sus relaciones con Daubenton y Grimaldo. La proteccion y apoyo de Felipe, no menos que la consideracion aneja á su empleo, hacian que se le enviasen como á resorte principal de la administracion. Adquirió tan alto grado de superioridad al principio del nuevo reinado, que escitó los celos de sus cólegas: sus inclinaciones políticas eran: una aversion profunda hácia Francia, y la creencia de que Inglaterra era la aliada natural de su país. La capacidad de don Diego de Astorga y Céspedes arzobispo de Toledo é hijo de un carbonero de Gibraltar, no era superior á su nacimiento, pero sus costumbres eran tachables. Su adhesion á la causa de los Borbones y los servicios que prestó en Cataluña, durante la guerra de sucesion, lo elevaron de una canongía á la dignidad episcopal. Su ascenso á primado de las Españas, lo debió á las intrigas de los jesuitas que querian tener al frente de la iglesia española á un prelado favorable á sus miras, y á los intereses de la órden.

Don Juan de Camargo, obispo de Pamplona, que desempeñaba el cargo de inquisidor general, no era notable mas que por sus conocimientos en la jurisprudencia eclesiástica; no tenia trato ninguno de gentes, y era enteramente nuevo en el desempeño de las funciones del gobierno.

Don Miguel de Guerra se habia aprovechado de sus viages por paises estrangeros, con motivo de las misiones oficiales que tuvo á su cargo. Primero fué canciller de Milan y luego ministro de España en Francia, y durante algun tiempo desempeñó el empleo de presidente del consejo de Castilla y del de hacienda. Sin embargo, si damos crédito á Stanhope, era un hombre mas bien astuto que entendido, si bien muy versado en el conocimiento de las leyes de España. Durante un poco tiempo vivió apartado de los negocios públicos, á consecuencia de un ataque de paralisis que lo privó casi del uso de la

voz; este ataque que se prolongó, y las dolencias de la edad le impedian asistir asíduamente al consejo de gabinete; pero como era hermano del confesor de la reina, era mirado como uno de los mas protegidos por esta princesa.

El marqués de Valero, presidente del consejo de Indias, era de mediana ó escaso capacidad; habia sido virey de Méjico, y al regreso á España, cargado de riquezas adquiridas en el Nuevo Mundo, le fué fácil alcanzar favor palaciego con magníficos regalos que hizo á la familia real, y sobre todo por la resolucion manifiesta de dejar por heredero al príncipe de Asturias.

El conde de San Esteban del Puerto, sumillers de corps, era aquel mismo grande de España de quien con frecuencia se ha hablado en estos apuntes, como de persona que tan señalados servicios prestó á la casa de Borbon. Su nombramiento fué nominal, porque en aquella época se hallaba ausente desempeñando el cargo de plenipotenciario de España en el congreso de Cambray.

El mas notable é influyente de los individuos del consejo, como se vé, harto heterogéneo, era, sin disputa, el marqués de Lede, de orígen flamenco, presidente del consejo de la guerra, y distinguido a causa de su pericia militar. Ademas de ser activo, diligente y previsor, aguantaba que se le contradijese, pero era como una roca en lo tocante á sus planes y opiniones, muy distinto en esto de sus compañeros. Nada podia igualarse á su celo y alegría durante las ocupaciones y cumplimiento de los deberes de su ministerio, dotado de estremada probidad y notable prudencia, pasaba por adicto á la antigua córte, como agradecido á los favores que habia recibido. Por ser enemigo declarado de la casa de Austria, se hallaba muy bien dispuesto á favor de Francia, sin ser por eso enemigo de Inglaterra (242).

Los individuos mas influyentes del gobierno, aunque no ocupaban destino ninguno en el gabinete, eran los dos hermanos Castelar y Patiño, adictos ambos á la

Francia y enemigos secretos de Grimaldo. A estos personages hay que agregar á don Fernando Verdes de Montenegro, hechura de Mirabal.

En todos los ministerios, dirigian los negocios, durante el nuevo reinado, las mismas personas empleadas por el último gobierno, todas eran afectas á Felipe y á sus ministros: pero el lazo principal que unia á los dos ministerios de la antigua y nueva córte, era don Juan Bautista de Orendany, nombrado secretario de la junta, y al mismo tiempo ministro de Estado. Este personage; mas conocido despues por el nombre de marqués de la Paz, habíase encumbrado, desde la condicion de criado ó page de Grimaldo, hasta el empleo de subsecretario; mas tarde, fué promovido al rango de ministro, destino que egercia ya; no habiendo que cambiar mas que el título. Desnudo de capacidad, sin dignidad ninguna en el egercicio de su nuevo encargo, era bueno lo mas para un trabajo mecánico, ó para la rutina oficinesca; sin que se le conociese mas cualidad buena que la de mostrarse en todos tiempos agradecido á la bondad de su protector. No debemos olvidar tampoco á don Antonio Sopeña, secretario de la Marina é Indias, pero personage totalmente insignificante.

Al considerar los escasos recursos de varios individuos del gobierno, la dependencia en que estaban otros con respecto á la antigua córte, y reflexionando cuan grandes eran la juventud, la docilidad é inesperiencia de Luis, no puede menos de pensarse y creerse que el gobierno se hallaba evidentemente confiado á las mismas manos que antes, y que pesaba todo sobre Grimaldo que era el único capaz, á causa de su esperiencia y confianza que en él tenia Felipe, de continuar las negociaciones entabladas en el congreso de Cambray, y de conciliar las desavenencias complicadas que habian ocurrido entre España y Austria, y las demas potencias europeas. De hecho era Grimaldo primer ministro, continuando como sin ningun cambio hubiese ocurrido en

el gobierno, dirigiendo por medio de sus instrucciones de cada dia, todas las operaciones de Orendayn, ministro de Estado, ni siquiera se tomaba la molestia de ocultar su poder, puesto que en la primera visita de Tessé á San Ildefonso dijo con tono de triunfo.—«El rey Felipe no ha muerto ni yo tampoco.»

Si fueran precisas mas pruebas de la naturaleza y principios del gobierno cuyo resorte principal se hallaba en San Ildefonso, las hallaríamos en las medidas tomadas constantemente á favor del infante don Cárlos. La reina Isabel sobrado impaciente para esperar las deliberaciones lentas del congreso, y el azar de una sucesion fortuita, tomó la resolucion de enviar á su hijo á Italia, como presunto heredero de Parma y Toscana. Declaráronse en contra de este proyecto los individuos todos del nuevo gabinete; pero no se tomó en consideracion semejante operacion, y con el consentimiento de Francia y de las potencias marítimas, se trató de realizar este pensamiento,

El sistema adoptado por Isabel con este motivo, así como los diferentes planes de esta muger turbulenta y ambiciosa, introdujeron en la escena un actor mas, que fué el marqués de Monteleon, notable ya en la carrera diplomática y á quien era totalmente conocida la política secreta de su córte. Habia ido como ministro á Inglaterra durante las negociaciones de la paz de Utrecht y parece que favoreció los planes del ministerio tory de la reina Ana, y que conservando todavía sus relaciones con este partido al advenimiento de Jorge I, era antipático á los whigs. Hemos visto ya que Stanhope arrancó á Alberoni la palabra de su separacion, pero era un agente demasiado útil para que pudiera ser tratado sin consideracion ninguna; así es que permaneció en su puesto, hasta que á consecuencia del rompimiento, recibió órdenes del gobierno inglés de salir de Inglaterra. Despues de una corta permanencia en el Haya, regresó otra vez á Lóndres con el título de emba-

jador, al verificarse la accesion á la cuádruple alianza, y sometiéndose diestramente á las circunstancias, logró conseguir la confianza y favor del mismo ministerio que con tanta aversion lo miraba tiempo atrás.

Llegó Monteleon á Madrid en los momentos mismos de la abdicacion, y el tacto delicado que solo puede dar la práctica de los negocios, le dió á conocer que el nuevo soberano no era mas que una pantalla, y que tanto el gobierno como el poder residian en San Ildefonso. Como fuese vivo, diestro y sobre todo ambicioso, se consagró enteramente á la córte que le ofrecia tantas esperanzas de un porvenir risueño. Se arregló de modo que se concilió la poderosa proteccion de doña Laura, consintiendo en el enlace desigual de su hijo primogénito con la hija de la azafata. Halagó á Felipe en los planes que abrigaba este monarca con respecto al trono de Francia, y con igual éxito acarició la pasion dominante de la reina, y á fuerza de amaños oportunos y de elogios del valimiento que tenia en Inglaterra, logró que le diesen una mision de la naturaleza mas importante por entonces, la de agente de cuanto concerniese al pronto advenimiento de don Cárlos á los ducados de Italia. Sus conversaciones con Stanhope, relativas á esto, como relativas á otros puntos, arrojan luz sobre la situacion de ambas córtes, cuya rivalidad política empezaba á notarse ya. Hé aqui una muestra de ello.

15 de enero de 1724.

«Monteleon, escribe el ministro inglés, no solo confiesa públicamente sino que hace ostentacion de cuantos modos puede, de una sumision ilimitada á la córte de San Ildefonso, y con destreza evita el que se crea que depende de la córte ó de los ministros de Madrid. Pocos dias despues de su llegada dió de ello una prueba evidente. Daba la jóven soberana una comida á las

señoras de la servidumbre en el Retiro, á la que se hallaban convidadas las dos hijas de doña Laura, única favorita de la reina Isabel; una de estas se ha casado últimamente con el hijo de Monteleon, y como estas señoras fuesen á sentarse en la mesa al lado de las damas de honor, la reina misma les dijo alto que se sentasen en otro lugar, so pretesto de que no eran mas de camaristas de la última reina. Al saber semejante ocurrencia se dejó decir públicamente:—Lo celebro infinito; con dos ó tres afrentas mas de este jaez, colmados quedarán mis deseos y mi fortuna asegurada.—Muchos motivos tiene para esta ciega sumision á la córte de San Ildefonso, pensando que reside allí toda la autoridad del gobierno, y contando con el gran valimiento que con la reina tiene doña Laura; mira por lo tanto al jóven soberano y á su ministerio como totalmente insignificantes, y á cuantos componen este último, como divididos á tal punto entre sí que si gozasen de algun poder, lo emplearian unos contra otros. Tiene pocos amigos íntimos; pero su capacidad superior y su grande esperiencia le dan mucha consideracion; y aunque dice públicamente y de intento que no aceptaria empleo ninguno en España, ninguno de cuantos que ocupan los destinos mas elevados, se creerá seguro hasta tanto que reciba colocacion Monteleon.

«El mismo me dijo, que durante su permanencia en San Ildefonso, donde pasó tres semanas, siendo muy bien recibido, todos los dias habló con SS. MM. CC. Todas estas conferencias han tenido por objeto principal el convencernos cuan ventajoso era y hasta necesario para que sus negocios caminasen bien, así como los del resto de Europa, el que reinase la mas estrecha union entre las coronas de la Gran Bretaña y España; que de esto dependia en parte, si no totalmente la sucesion de don Cárlos á la corona, dejando adivinar que la amistad de Inglaterra de que respondia, podria serles muy útil si se presentaba alguna ocasion de alegar á fa-

vor de los infantes, derechos á la corona de Francia. . . . .

«S. M. C. segun me dijo prestó oidos á estas manifestaciones con la mayor satisfaccion, aprobándolas desde luego, especialmente las relativas á la sucesion de la corona de Francia.

«El rey Felipe, cada vez que recaia la conversacion sobre este punto, respondia que veia claro y se hallaba convencido de que la amistad de nuestro augusto amo le seria en estremo beneficiosa, no menos por las ventajas que de ello reportase al infante don Cárlos en Italia, que por la seguridad de la persona de este, y de su sucesion, al hallarse allí. Parece que Monteleon presentó un proyecto trazado de órden del rey Felipe, en el que se designó las medidas que hayan de tomarse para alcanzar este resultado.

«El resúmen de este plan, despues de hacer algunos cambios pequeños indicados por los reyes era que don Cárlos saldria para Italia con la aprobacion, siendo declarado y reconocido por sucesor de los ducados de Parma y Toscana con condiciones que pudiesen satisfacer al soberano reinante, así como á su hermana casada con el elector Palatino. Este plan mereció la aprobacion de Grimaldo, pero no la de Mirabal, á quien se dió cuenta de l para alcanzar la sancion del nuevo gobierno, sin que se hiciera caso ninguno de sus objeciones. . . . .

«Nada tengo que añadir, prosigue Stanhope, á la relacion de Monteleon, si no que se espera ver pronto su proyecto sancionado, y que en vista de esto, se darán órdenes para que salga con destino á Italia, pasando por Lóndres y París. En todo caso, me parece que está muy resuelto á no aceptar aquí destino ninguno por ahora; y para probarlo me asegura que hubiera podido ser nombrado primer ministro si hubiera querido, por que el rey Felipe se lo ha propuesto muchas veces, y hasta le ha hecho vivas instancias para que

admitiese. El motivo que da para no aceptar empleo ninguno, es que le parece casi imposible el sostenerse en ellos mucho tiempo en la situacion presente de las cosas, sin atraerse la animadversion de uno de los dos monarcas, la del padre si en todo no se conducia segun las órdenes terminantes de San Ildefonso, ó en caso contrario la del hijo; porque cree que poco á poco y gradualmente se irá este libertando de la dependencia y sumision á que se presta en el dia. Me ha confirmado el mariscal Tessé lo que me habia dicho anteriormente, mediante el ofrecimiento que se le hizo del rango de primer ministro. Ambos son de parecer que no tardará mucho en proveerse este destino; por que parece imposible que puedan permanecer los negocios en la confusion en que se hallan ahora por falta de una autoridad visible. Las personas que tienen mas probabilidades de alcanzar este empleo son: el presidente de Castilla y el marqués de Grimaldo; sobre todo este último si consiente el rey Felipe en separarse de él.»

El plan de Monteleon fué en efecto adoptado, y se dió al infante el título *de grande príncipe*. El astuto y diestro diplomático fué elegido para ejecutar su propio proyecto con 5,000 doblones de sueldo. Se le dieron ademas credenciales como embajador estraordinario cerca de los príncipes de Italia y en las córtes de Francia é Inglaterra para el arreglo de los negocios de don Cárlos.

Ciertamente se habia obrado con gran prevision al formar el nuevo ministerio; pero es superior al poder de los hombres el cambiar la constitucion humana. Apenas saboreó la junta las dulzuras de la autoridad en el egercicio de su administracion ostensible, bajo las inspiraciones del poder oculto é invisible que salia de San Ildefonso, ya aspiraba á un poder mas real, disponiéndose á sacudir el yugo impuesto por sus protectores. Formáronse dos partidos en este consejo, compuesto de tan hetereogéneos elementos, de los cuales el uno, se

inclinaba á Felipe y el otro á Luis; pero la diferencia era casi ilusoria, por que, si bien es cierto que algunos individuos hacian alarde de conservar un afecto aparente á su primer soberano, todos empero, volvian los ojos hácia el sol que rayaba en el horizonte. En general los palaciegos fueron poco á poco; escatimando su celo en favor de los intereses y deseos de un monarca que acababa de abdicar la corona. Por su parte la nacion, descontenta con el gobierno de la princesa de Parma, se hallaba bien dispuesta á favor de un rey totalmente español y de un consejo nacional. Por último, toda la córte ardia en deseos de ver llegado el momento en que Luis mostrase la menor disposicion á sacudir el yugo que lo oprimia. Pusieron en juego con este objeto todas las intrigas posibles y artificios á fin de alentarlo para que tomase poco á poco el poder conveniente á su dignidad.

Afortunadamente para Felipe, Luis no se cuidaba de los negocios públicos, habiendo depositado toda su confianza en el conde de Altamira, quien desposeido de capacidad y sin ambicion de ninguna clase, no era á propósito para inspirar celos al gabinete desconfiado y envidioso de San Ildefonso.

Así, pues, se hallaba el gobierno sin gefe visible, y aconteció mas de una vez que los ministros de las naciones estrangeras se vieron en la necesidad de dirijir sus comunicaciones á las dos córtes á un mismo tiempo á fin de evitar que tuviese celos una de otra. Lo maravilloso es que no se hallase persona ninguna de verdadero talento y que gozase de merecida consideracion que quisiese tomar sobre sí el terminar aquella situacion anómala en que vivian ambos monarcas. Los vocales de la junta á fin de evitar toda responsabilidad, y grangearse el favor del pueblo, declararon que no eran mas que una pantalla.—Mas que acusarnos de las faltas, decian, y de los descuidos, debiera tenerse en cuenta que carecemos de poder.—El sistema completo del go-

bierno llegó á ser naturalmente objeto del desprecio universal, y el mismo Tessé decia que aquel sainete de *rey* y *no rey*, no podria durar por mas tiempo (243). Sin embargo, á pesar del carácter docil de Luis, se halló, por último, el medio de utilizarlo en daño de la córte de San Ildefonso. La junta, con intento de sustraerse á la autoridad del monarca retirado, trató de limitar, por medio de un reparto nuevo de los negocios, la inspeccion que egercian en sus deliberaciones Grimaldo y Orendayn, resucitando una costumbre que existia en tiempo de los últimos soberanos de la dinastía austriaca. Los vocales se repartian entre sí las relaciones con las potencias estrangeras, tomando cada uno un ramo particular y distinto, y en seguida dando su parecer á la corporacion reunida. De este modo, escluyeron á la secretaría de Estado de toda participacion en los negocios con el estrangero, reduciéndola á ser un solo conducto de sus deliberaciones (244). Esta inesperada medida fué un golpe fatal para el poder de Felipe, y cuando supo el mariscal Villars, en Versalles, este cambio, no pudo menos de esclamar:—A dios á la córte de San Ildefonso; felíz puede creerse si se le asegura su comida y su cena.

Necesitaron tanto Grimaldo como la reina toda su destreza y sagacidad para detener este golpe peligroso. Se consiguió, por fin, una órden de Luis que autorizaba á Orendayn á recibir de cada vocal por separado los informes relativos á su ramo especial, para que los presentase al rey, en el despacho ordinario. De este modo se vió paralizada la fuerza colectiva de la junta, y siendo el secretario de Estado el conducto directo de comunicacion con el rey, tenia posibilidad de dar cuenta de los informes, segun sus miras particulares, modelando su conducta, segun las órdenes que de San Ildefonso recibia.

El partido preponderante en la junta, aunque vencido, no se desanimó, sino que disfrazó su oposicion

con el pretesto plausible del bien público. Sus vocales espusieron, con los mayores pormenores, el desórden que reinaba en la hacienda, haciendo conocer que no bastaban las rentas del estado para cubrir los gastos corrientes; propusieron, por lo tanto, el que se disminuyesen las dotaciones de los dos infantes, y alcanzaron una órden del rey, reduciéndolas á cantidad tan mezquina que apenas si bastaba para una manutencion decorosa. Pero á una mera reconvencion que llegó de San Ildefonso, el dócil monarca anuló el decreto, y no tan solo continuó pagando las antiguas dotaciones á sus hermanos, sino que las aumentó algo para que pudiesen atender mejor al sostenimiento de sus caballerizas y mesas.

Entonces se imaginó atacar con mayor ímpetu al soberano de San Ildefonso. Volvióse á tratar del mal estado de la hacienda, exagerando los mas exaltados de la junta las sumas que se apropió Felipe al abdicar, y los gastos que habia costado su retiro. De resultas de lo cual, se propuso el que se redujese la pension de aquel monarca. Aun cuando esta atrevida proposicion se hallase diestramente disfrazada con el plausible motivo del bien público, ofendió infinito al jóven soberano, quien, no solo negó su sancion á lo que llamaba él un insulto, sino que dió cuenta á su padre de esta tentativa de la junta.

En todo cualquier otro punto que no se rozaba con el amor filial, se mostraba Luis harto dócil, llegando hasta el estremo de conceder varias pensiones, y nombrar á muchas personas que no amaban la antiguacórte para destinos importantes; pero tuvo encargo Mirabál de inspeccionar su conducta, haciéndosele entender que era necesario enfrenar su munificencia, y que era indispensable que anulase aquellos nombramientos. (245)

Estraña era la posicion de Luis, pues, acosado de un lado por las intrigas de las gentes que aspiraban al poder, y del otro contenido por el respeto filial y por

aquel sentimiento habitual de miramientos, y deferencia que solo podia ir debilitando por grados el tiempo, no parecia distante el momento de que se decidiese á egercer de lleno la autoridad real, no contentándose ya con la que solo era una pantalla. Si no lo hubiera dispuesto de otro modo el cielo, como vamos á verlo muy pronto, habria sido preciso ó que el hijo bajase del trono, ó que abdicase el padre mas de veras. ¡Quién sabe si el destierro ó un castillo no hubiera sido el premio del jóven príncipe ó si se hubiese visto precisado á mostrarse severo con su padre, teniendo fuerzas para tanto; pero afortunadamente para la tranquilidad de España, y para la seguridad de Felipe, la muerte del nuevo soberano evitó á tiempo una crisis tan peligrosa.

El 19 de agosto atacaron á Luis las viruelas malignas que no supieron curar los médicos. Al cabo de doce dias (31 de agosto) murió el jóven príncipe á la edad de diez y ocho años, en el octavo mes de su efímero reinado. Durante el breve tiempo de su enfermedad, estuvo muy inquieta la córte de San Ildefonso, sin que nada pueda igualarse á la agonía en que vivia el rey retirado; pero apenas se conoció que no tenia remedio el mal, se decidió Felipe á recobrar la corona. Todavía vivia Luis, y su padre mandó redactar á toda prisa, un documento en quedaba este por heredero del trono y autorizado á ejecutar el testamento de su hijo. Se presentó este escrito á Luis la víspera de su muerte, y el mísero mancebo lo firmó moribundo ya, y á pesar de algunos vicios de forma, fué el título principal en que fundó Felipe las primeras medidas que se dió prisa á dictar apenas espiró su hijo.

En cuanto fallecio el príncipe, el marqués de Mirabal, presidente del consejo de Castilla, y primer vocal de la regencia lo comunicó de oficio á Felipe, instándole para que volviese al punto á la capital. El rey salió, al momento, de San Ildefonso, dió audiencia á Mirabal que fué á esperarlo hasta Campillo, entró en Madrid

con pompa régia, despachó en seguida, con el secretario de Estado, y dió las órdenes necesarias para las exequias de un hijo que lloró, al parecer, con sinceridad.

Felipe y las personas de la servidumbre de Felipe, se dieron prisa á persuadirle que deseaba la nacion unánimemente que recobrase la corona, que sería este el bien mayor que podia acontecer á España, y que nadie dudaria lo mas mínimo, de la legitimidad de aquel mando. Pero imaginó Felipe que una abdicacion tan solemne como la suya, hecha pública por un voto espontáneo espresado libremente, no debia de ser anulada con tan pocas formalidades como pudiera una mera transmision de la corona de un príncipe á su inmediato sucesor, en vista de lo que juzgó oportuno el pedir su dictámen, en caso tan importante, al consejo de Castilla.

Muy dificil de fijar es la naturaleza de la oposicion de esta asamblea á los proyectos de Felipe; pero, no cabe duda que existia en la nacion, en la córte y dentro mismo de palacio, un partido numeroso que desaprobaba el que volviese Felipe á ceñir la corona, por su autoridad propia. Los personages mas influyentes de este partido no tuvieron reparo en decir á Stanhope que su opinion era que no debia el rey ceñir nuevamente la corona; convencidos como se hallaban de la incapacidad del monarca para gobernar, á causa de la ambicion desordenada de la reina. Uno de los mas vehementes de este partido era el mismo marqués de Mirabal, quien so pretesto de afecto á Felipe, se valia de todo el influjo del elevado empleo que desempeñaba, para impedir que el rey volviese á reinar, llegando al estremo de presentar, como consejo, consideraciones políticas y religiosas en términos los mas enérgicos contra esta medida. El confesor Bermudez, ya sea que siguiese las inspiraciones de su conciencia, ó las del propio interés, apoyó estas mismas consideraciones, declarando que no tenian réplica las

objeciones del marqués, y pensando que el acto de volver á subir al trono, despues de abdicar la corona, era un pecado mortal de la naturaleza mas grave. Mirabal, por estas razones, difirió el convocar al consejo hasta cuatro dias despues de la muerte de Luis; y aun cuando no pudiese estorbar á sus compañeros que elevasen un mensage á Felipe rogándole que se sentase de nuevo en el trono, sin embargo en la consulta todas las obligaciones en pro y en contra fueron presentadas detalladamente en los términos mas fuertes y exactos. Esta consulta pérfida, si bien llena de razones y apoyada sobre todo por las reflexiones del confesor, causó la mas profunda impresion en el ánimo supersticioso de Felipe, quien despidió al momento su guardia, diciendo:—No deben tributárseme los honores que son atributo del poder soberano, hasta tanto que se halle mi conciencia tranquila del todo.—Creyó, pues, que debia someter la consulta del consejo á una junta de teólogos que se reunió en el convento de jesuitas. Esta junta, dominada probablemente por el confesor, ofició contra la opinion de recobrar la corona, sugiriendo la idea de que Felipe tomase las riendas del gobierno como regente, á nombre de su hijo Fernando, primero en el órden de sucesion. En su primer rapto de cólera y sorpresa, declaró que no aceptaria ni la corona ni la regencia, dando órdenes para regresar al punto á San Ildefonso.

La reina estaba todavía mas afligida que Felipe, porque mas de un motivo tenia para desear salir de la nulidad en que la habia sumido la abdicacion. Su egoismo y la ambicion de volverse á sentar en el trono eran los móviles que mas imperio egercian en su corazon, sabiendo ya por esperiencia que la posesion presente de una corona vale mas que la larga espectativa de otra, aun mas brillante. Conocia ademas cuantos disgustos acarrea un gobierno á medias, y habia previsto que un consejo de gabinete en Madrid no permaneceria mucho tiempo sumiso á las órdenes emanadas de San Ildefon-

so, por último, conocia perfectamente que el advenimiento de otro yerno y la continuacion de un ministerio puramente español, destruirian sus proyectos en el asunto de la suerte de sus propios hijos. Por lo tanto, no descuidó medio ninguno, ni escaseó paso ninguno para vencer la repugnancia real ó aparente qne Felipe esperimentaba á la lucha indispensable para burlar las intrigas que, bajo el pretesto mentido de celo y adhesion á su persona, ponian estorbos á sus deseos. Se quejó amarguísimamente á Bermudez, á quien principalmente atribuia ella los escrúpulos de su marido, acusándolo de pérfido, traidor Judas, y esto delante del rey. Declaró, en seguida, que si se hallase á las puertas del sepulcro, mas querria morir sin auxilios espirituales que recibir la hostia bendita de manos de tal malvado. Esta vehemencia de la reina alentó á su favorita, doña Laura, á quien la edad, la posicion y la costumbre habian dado el privilegio de hablar con familiaridad y libertad completa. Esta muger, no menos violenta que su señora, se atrevió á reprender al mismo Felipe.—¿No se avergüenza V. M., esclamó, de ponerse bajo la tutela de ese malvado, de ese perverso, dejando que lo dirija, y abandonando el reino á las desdichas de una minoría, en que mandará una junta que quitará indefectiblemente á V. M. todo poder?—Como aparentáse la reina quererla atajar con estas palabras:—Estais asesinando al rey;—la anciana azafata, enfurecida respondió:—No cometeria pecado ninguno; porque de este modo, solo moriria un hombre, en tanto que si S. M. abandona el gobierno, su pueblo, sus hijos, su muger, la monarquía, todos estamos perdidos(248).

Persuadida la reina de que todos estos razonamientos, aunque apoyados por las manifestaciones de Grimaldo, no bastaban para destruir los argumentos del confesor y cambiar la decision de los teólogos, recurrió á Tessé, cuya reconocida adhesion y edad avanzada, le daban mucho influjo en el ánimo de Felipe. El mariscal

se valió, contra la validez de las abdicaciones y juramentos, del argumento trillado de la salvacion pública; declarando en seguida, que el gobierno francés ya no se entenderia con Felipe mas que como rey de España, y que si insistia en su fatal resolucion, abandonaria una córte en donde ya no podria prestar servicio ninguno.

Todavía halló la reina mas medios para contrarestar las intrigas de sus adversarios, logrando concitar en daño de estos la misma autoridad de que se habian valido con éxito para humillarla. Pudo alcanzar de Felipe que se remitiese la decision de los teólogos al consejo de Castilla, en donde logró una censura severa de aquel parecer, acompañada de otra peticion, en que se instaba á Felipe que volviese á empuñar el cetro (247). Todavia dió mayor peso á este parecer, alcanzando otra decision de teólogos que pensaban de distinto modo. Su atrevimiento fué tal que invocó la autoridad mas elevada, en materias de conciencia, que era la del representante del gefe de la iglesia. Llamando al nuncio, que no salia de su cuarto, hacia mucho tiempo, por causa de enfermedad, lo comprometió, con razones que le inspiraba su fecundo genio, á que hiciera causa comun con ella para destruir los escrúpulos que ligaban al rey. El nuncio se mostró mas complaciente que el confesor, y apoyado por teólogos españoles, espuso menudamente á Felipe todas las razones que debian decidirle á volver á ocupar el trono, asegurando así la felicidad de su familia y la gloria de la religion católica. Viendo que producian efecto sus palabras, añadio:—Tambien el soberano pontífice (248) habia hecho voto de no admitir la cátedra de San Pedro; pero se creyó obligado, en conciencia á retractar una promesa precipitada, por el amor que le inspira el bien general. Su Santidad aprobará, estoy cierto, una conducta parecida por parte de V. M.; de antemano puedo responderos de ello, no teniendo tiempo de consultarlo, á causa de la urgencia de asunto tan grave. Seguro estoy de que se empeñaria

con V. M. para que satisfaga el voto general así, pues, señor, ceñíos de nuevo la diadema; no vacilo en responder ante Dios de la retractacion justa de una abdicacion como la vuestra y de las promesas que habeis hecho (249).

Semejantes palabras, en los lábios de un príncipe de la iglesia revestido de tan alta autoridad, arrastraron al monarca que no queria otra cosa mas que el que lo convenciesen. Felipe, con toda intencion, divulgó el razonamiento del nuncio, y el 6 de setiembre dirigió un decreto al consejo de Castilla, en que declaraba que como señor natural y dueño de la corona, tomaba otra vez las riendas del gobierno, sacrificando su propio bien estar y reposo á la felicidad de sus súbditos. Por bien parecer se reservaba el derecho de abdicar á favor de Fernando, su hijo segundo, cuando llegase este á la edad exigida por las leyes, con tal de que no ofreciese semejante medida inconvenientes graves, ofreciendo convocar las córtes para que reconociesen á Fernando como príncipe de Asturias, y le hiciesen el pleito de homenage acostumbrado como sucesor á la corona. (250.)

Gozóse la reina con el triunfo que acababa de alcanzar y no pudo disimular su júbilo, pues no solo la halagaba el recobrar la corona cuya privacion habra costado tanto pesar á una alma ambiciosa como la suya, sino que volvia á adquirir una posicion ventajosa para poder realizar un dia la esperanza que abrigaban ella y su marido de sentarse en el trono de Francia. No temió el dar así un egemplo pernicioso del escaso valor con que los mas de los príncipes miran sus compromisos mas sagrados y solemnes, cuando son opuestos estos á un interés político y al escesivo amor de mando. Las potencias europeas con este egemplo tenian forzosamente que irse acostumbrando á ver con indiferencia la violacion de las promesas mas santas y de que las abdicaciones eran no mas que un juego (251).

La muerte de Luis evitó á su muger la humillacion de un divorcio, habiendo conseguido el afecto del rey y el amor de la nacion con los asíduos cuidados y atenciones tiernas y cariñosas que habia tenido con su marido, no separándose de su cabecera un momento, aun cuando nunca habia tenido la enfermedad contagiosa que lo llevó al sepulcro. En medio de sus cuidados no pudo evitar el riesgo del contacto, y cayó tambien enferma; pero la fuerza de su organizacion y una asistencia mejor entendida, le salvaron la vida. Todavía permaneció en España gozando la pension de que disfrutan las reinas viudas, propuso Tessé el casarla con don Fernando, pero se negó ella á semejante union, no pudiendo soportar las travas de la etiqueta española. Por mediacion de su madre, la duquesa de Orleans, consiguió de Felipe permiso para regresar á Francia, y las disputas que no tardaron mucho en ocurrir entre ambas córtes, precipitaron su viage.

En París habitó el palacio del Luxemburgo, conservando una servidumbre numerosa pagada con la viudedad que le satisfacia el tesoro español; pero su desenfreno dió lugar á escenas escandalosas, y se vió precisada á disminuir su servidumbre. Como nombraba para las plazas vacantes á personas de su agrado, sin miramiento ninguno hácia las prerogativas y reconvenciones del príncipe de Rubec, que conservaba el título de su mayordomo mayor, se quejó este á la córte de Madrid y consiguió una órden segun lo cual tenia la reina viuda que conformarse con las propuestas de este alto funcionario. Ofendió naturalmente á esta princesa altanera esta inspeccion á que estaba sujeta hasta para elegir las personas de su servidumbre; por lo que exhoneró á su mayordomo mayor, y la córte de Madrid, no cediendo en la lucha, suspendió el pago de su viudedad. Entonces se retiró al convento de las carmelitas ocupando las mismas habitaciones en que habia vivido la duquesa de Berry, al pasar de sus amores desenfre-

nados á los actos de penitencia y arrepentimiento; allí permaneció el resto de sus dias, viviendo con los auxilios que le enviaba de tiempo en tiempo la córte de Madrid, y espiando con los rigores de la clausura la mala conducta de su vida pasada. Murió hidrópica en 1742.

CAPITULO XXXV.

1725.

Don Fernando es reconocido por príncipe de Asturias.—Intrigas para alcanzar influjo en el gobierno.—Disolucion de la junta.—Caida de Mirabal y Lede.—Decaimiento del influjo de Grimaldo y elevacion de Orendayn.—Cambio de política en España.—Proposiciones hechas al emperador.—Noticia relativa á Riperdá.—Planes económicos de este.—Negociaciones en Viena.—Despídese á la infanta de Francia.—Casamiento de Luis XV con Maria Leczinski.—Indignacion de los reyes de España.—Proposiciones hechas en vano á Inglaterra.—Alianza con la córte de Viena.

Recobró Felipe el cetro de España con el consentimiento tácito de la nacion, y con no menos facilidad que sino hubiese abdicado. Su primer cuidado fué el convocar las córtes en la iglesia de San Gerónimo de Madrid, para que reconociesen á don Fernando por príncipe de Asturias, y todo se verificó en aquella asamblea segun las formas seguidas en la proclamacion de don Luis, cuando fué jurado como el presunto heredero de la corona (252).

Verificada esta solemne ceremonia, acompañado el rey de la reina y su ministro, se retiró á San Ildefonso, donde permaneció en completa soledad durante cuarenta dias. La causa de este aislamiento era que la reina viuda tenia viruelas y se temia el contacto. Durante este período que interrumpió el curso de los negocios públicos, se empeñó una lucha de intriga y ambicion

entre varios pretensores del poder, así como entre los partidarios de Francia é Inglaterra.

Grimaldo que veia mas de cerca al rey que los demás, fué el primero que se resintió de los efectos de esta rivalidad política porque lo atacaron nuevamente Tessé y el partido francés acusándole de recibir regalos de Inglaterra, y demostrar una parcialidad visible hácia las potencias marítimas. La reina se mostró dispuesta á dispensar su confianza á Orendayn, quien segun costumbre palaciega hizo traicion cobardemente á su bienhechor Grimaldo y trató de suplantarle. La costumbre antigua de despachar con Grimaldo y la conviccion en que estaba Felipe de su mérito, actividad y destreza salvó á este ministro del riesgo en que se vió; pero su influjo se resintió de esta intriga.

Al cabo de cuarenta dias se trasladó Felipe al Escorial para recibir las felicitaciones de su córte y dictar las medidas que hacian indispensables las últimas intrigas. Desde luego estalló su resentimiento contra cuantos se habian mostrado demasiado adictos al último soberano, oponiéndose á que volviese Felipe á empuñar el cetro; en cuyo número fué el primero el marqués de Mirabal. El inglés Keene que residia por entonces en Madrid como agente de la compañia del mar del Sur, describe esta revolucion con la exactitud minuciosa de un testigo ocular del siguiente modo:

«Dos dias despues de la llegada del rey á Madrid, dió órden á Montenegro para que renunciase su empleo de secretario é intendente de hacienda, desterrándole en seguida á Ciudad-Real donde fué arrestado en un convento de caballeros de Calatrava como acusado de dilapidacion (253). Su caida fué el preludio de la del presidente de Castilla, Mirabal, que le habia dado este puesto lucrativo. Grimaldo nombró á Orendayn para que lo reemplazase en la direccion del tesoro, queriendo de este modo ocuparlo, y mostrándole la satisfaccion que le inspiraba su conducta anterior.

«Dos dias despues el presidente de Castilla que habia gozado durante tantos años del favor real, y que ejerció con Felipe mas influjo que ninguno de sus ministros, fué separado de su destino. Se le nombró consejero de Estado con un sueldo de 10,000 ducados que se le dió para suavizar un poco el pesar de su caida. Ya habia notado la disminucion de la confianza del rey y no esperaba mas que una ocasion favorable para dejar su empleo, no olvidando sin embargo de relatar sus servicios para interesar á S. M. y reconciliarse con la córte, pero sus enemigos adivinaron este proyecto y persuadieron al rey á que lo separase precipitadamente, sabiendo que el rey lo recibia todos los viérnes en la presidencia del consejo de Castilla.

«Al momento se despachó un correo á don Juan de Herrera, obispo de Sigüenza para que, acudiese á remplazarlo, el cual como canciller de Milan y en seguida auditor de la *Rota*, habia pasado casi toda su vida en Italia. Desde su regreso á España no habia salido de su diócesis, tanto que era completamente estraño á las intrigas de la córte, sin mostrarse jamás favorable a ningun partido ni mezclarse de otros asuntos que de aquellos que tenian relacion directa con los deberes de su dignidad.

«He tratado con mas empeño de daros á conocer en esta carta todos los pormenores relativos á la caida del presidente, porque se halla unida á los intereses que dominan hoy en España, que son los de la reina. Esta princesa manifiesta vivos deseos de castigar á cuantos han mostrado tibieza, ó por lo menos poco interés en que recobrase el rey la corona, tomando el partido prudente de separarlos del gobierno, temerosa de que vuelvan á anudar sus intrigas. El mariscal Tessé se aprovecha de semejante ocasion, para que pierdan poco á poco la confianza del rey, y por medio de sus agentes, los desacredita cuanto puede para poder en seguida darla el golpe fatal con menos riesgo. Lo mis-

mo está haciendo ahora con Grimaldo, esparciendo rumores falsos acerca de las pensiones que recibe de Inglaterra, con otras lindezas de este jaez. Temo que influya esto en el ánimo receloso del rey ó que quiza el marqués, que es ya de edad avanzada, viendo el trabajo que le costará el sostenerse, prefiera dejar el campo libre á sus enemigos retirándose.

«He notado que en la córte, el círculo de Orendayn, es no menos numeroso que el de Grimaldo. Aquel personage tiene segun parece el mérito de haberse negado á recibir algunos ofrecimientos de los ingleses, durante el reinado del rey Luis, por cuya razon es ahora el favorito de los franceses, y la esperanza de los *jacobitas*. El mariscal le ha hecho últimamente presente de una sortija, sino me engañan mis informes, que no ha querido aceptar sin permiso del rey. La usa actualmente en todas las ceremonias (254).»

La víctima que siguió á este fué el marqués de Lede, á quien cuando se presentó á besar la mano al rey echó Felipe en casa su ingratitud diciéndole con tono severo:—No esperaba yo semejante conducta por parte vuestra (11 de enero). El cortesano se retiró turbado, y poco despues sucumbió, siendo víctima de su ambicion burlada (255).

Conservó Felipe á sus demas ministros, reinstaló á Grimaldo en el empleo de secretario de Estado concediendole el collar del Toison de Oro. Orendayn fué nombrado secretario del despacho de Hacienda, con la superintendencia de los negocios generales del estado, para cuando se hallase Grimalda imposibilitado de desempeñar este cargo á causa de su avanzada edad y de sus continuos achaques. Era este un medio de preparar Orendayn á egercer con el tiempo el elevado destino de primer ministro de la monarquía española.

Apenas organizó Felipe su gobierno interior paró su consideracion en los negocios con el estrangero á fin de anudar la negociacion complicada que se hallaba

entablada en los momentos de su burlesca abdicacion. El congreso de Cambray habia, verdad es, continuado celebrando sesiones durante el efímero reinado de Luis; pero no se trató en ellas mas que de puntos de etiquetas sin desatar de modo alguno, aquel nudo gordiano que ligaba los destinos de España. Sin embargo parecia que iban cambiando de naturaleza las discusiones y que la atencion del congreso se sometia menos á puntos sometidos á sus decisiones en virtud de los artículos de la cuádruple alianza, que á la abolicion de la compañía de Ostende, y la garantía de la pragmática sancion promulgada por Cárlos VI.

Al mismo tiempo la negociacion favorita de la reina habia adelantado algo, gracias á la mediacion de Monteleon; pero la imaginacion viva de este diplomático contó demasiado con el apoyo de las potencias mediadoras. Francia, Inglaterra y Holanda negaron rotundamente su cooperacion para hacer que se admitiese con ausilio de las armas al príncipe español en Italia; y en los mismos momentos en que la revolucion en el gobierno de su pais, abria ancho camino al carácter activo y emprendedor de este personage se vió precisado á permanecer en París encargado de una mision fastidiosa y sin importancia de ningun género.

No tuvo límites ya la impaciencia de Isabel Farnesio, quien terminó repentinamente la negociacion empezada. Los celos de las potencias mediadoras y la tibieza de Francia, llevaron al colmo su indignacion, sin que pudiesen perdonar á esta potencia una indiferencia á que debia estar tanto menos preparada que la creia interesada y dispuesta á sostenerla; pero lo que principalmente la mortificaba, causándole un profundo disgusto, era el ver que el ofrecimiento de Gibraltar no era mas que un lazo preparado por la política inglesa para ir ganando tiempo. Cuando vió que sus proyectos para fijar la suerte de su hijo se hallaban á punto ya de fracasar, volvió los ojos al mismo empe-

rador, confiando que saldria con ausilio de este, del laberinto en que se veia empeñada, consiguiendo de él mayores ventajas que pudieran darle Francia é Inglaterra, cuya mediacion hasta entonces no habia sido mas que ilusoria.

No tardó mucho el emperador en tener noticias de este cambio de sentimientos, y se valió al propio tiempo de los mismos motivos para verse libre de la molesta mediacion de Francia, y mas particularmente de la de las potencias marítimas, de que estaba muy descontento, á causa de las interminables disputas, relativas al comercio y gobierno de los Paises Bajos. Su primer paso fué el hacer que sondease el papa las disposiciones de la córte de España, y teniendo certeza de que sus proposiciones serian bien acogidas, se entendió directamente con la reina, halagando la pasion favorita de esta princesa, que era el engrandecimiento de su familia (256). El agente de estos nuevos y singulares tratados diplomáticos, fué otro Alberoni, quien no obstante, carecia de capacidad superior, y cuya rápida elevacion é inesperada caida, forma época en la historia del reinado de Felipe V.

Juan Guillermo, baron primero, y despues duque de Riperdá, era descendiente de una familia noble oriunda de España, establecida en los Paises Bajos cuando pertenecian aquellas provincias á los dominios de España. Nació en el señorío de Groninga hácia los años de 1665. Creese que estudió en el colegio de jesuitas de Colonia; despues de distinguirse como un alumno dotado de suma capacidad, abrazó la profesion militar, y al concluirse la guerra de sucesion era ya coronel. En los momentos de ócio que le dejaban sus ocupaciones se entregó al estudio de los idiomas modernos, y juzgando que la teoría del comercio y de las manufacturas era el medio mas seguro de prosperar en un pais mercantil, cultivó sucesivamente los diferentes ramos en que se divide la ciencia y la economía política. Aumen-

tóse entonces su fortuna por su enlace con una rica holandesa. Como diputado de su provincia en los Estados generales, llamó la atencion en el congreso de Utrecht; y en consideracion á sus grandes conocimientos comerciales, fué enviado á Madrid para terminar las disputas complicadas que existian entre España y la república holandesa. Como tal enviado, prestó servicios importantes á los ministros ingleses que lo agasajaron en recompensa con presentes considerables. En esta misma época, se consagró al servicio del emperador, quien lo conocia ya por relaciones del príncipe Eugenio, concediéndole aquel soberano desde luego una pension anual. El carácter flexible y agasajador de Riperdá, sus conocimientos en el comercio y de sus manufacturas, su genio inventor y fecundo, y el conocimiento de los idiomas, especialmente del español, le atrajeron la consideracion de Alberoni cuando se ocupaba ya este en su propia elevacion. Riperdá mereció pronto la confianza de este hábil hombre de estado, comunicándole sus proyectos de economía política. Se valió de él Alberoni para los negocios mas delicados, principalmente en las partes que habian sido objeto de sus estudios y meditacion.

Gozando de tales ventajas, era Riperdá á un mismo tiempo espia y agente de las córtes de Viena y Lóndres, empleado público en España, al mismo tiempo que conservaba la representacion esterior de enviado de la república holandesa. Su modo de vivir era estremadamente estraño, y tan poco delicado era en materias de dinero, que llegó su osadía y vileza hasta el grado de recibir 14,000 doblones de la córte de Inglaterra, valiéndose del nombre de Alberoni como precio de la firma puesta en el tratado de comercio (257). Las bribonadas y estafas no se descubrieron desde luego, ó bien no se reparó en ellas en consideracion á su capacidad y servicios; porque continuó ganando el afecto y confianza de Alberoni, cooperando á la elevacion de este al ministerio.

La elevada fortuna de su protector, y las magníficas esperanzas que le hacian concebir los triunfos de los estrangeros en España, lo decidieron para renunciar á su cargo diplomático, naturalizándose en un pais que podia llamarse paraiso de los aventureros. Su notable capacidad, y su carácter ambicioso y turbulento, empezaban ya á escitar los celos de Alberoni, quien manifestó que la religion protestante que profesaba Riperdá, era un obstáculo indispensable para que entrase este personage á servir á S. M. C. Pero semejante objeccion era harto frívola para que sirviese de estorbo á un diplomático tan emprendedor y poco escrupuloso como aquel. Poco tardó el holandés en hallar ocasion de manifestar al rey que las virtudes iminentes de S. M. lo habian edificado, produciendo en su corazon una impresion profunda, y que despues de severas meditaciones, estaba resuelto de un modo irrevocable á abrazar una religion que al mismo tiempo que de asegurar su propia salvacion, lo habilitaba á consagrarse al servicio de un monarca tan grande, tan piadoso y benéfico. Los deberes y sentimientos de la naturaleza decia, lo obligaban á tratar de asegurar un porvenir con que atender á sus necesidades y á las de su familia; pero confiado en que la generosidad y beneficencia del rey lo recompensaria por el sacrificio que hacia perdiendo patria y amigos. Al mismo tiempo insinuaba que sus estudios particulares harian que fuese muy útil en la direccion de la fábrica de Guadalajara que se habia establecido segun sus planes y consejos.

Sus proyectos se realizaron como él habia imaginado; abjuró su religion, y al punto fué nombrado superintendente de la manufactura de Guadalajara con una concesion de terreno y un palacio que habia pertenecido en otros tiempos al almirante de Castilla.

Con el profundo conocimiento de los medios mas á propósito para alcanzar los favores de la córte, procuró Riperdá conseguir cartas de recomendacion del duque

de Parma, por la reina, sirviéndose para esto del influjo del emperador, y siguiendo con escrupulosa esactitud las huellas de Alberoni. Pero los rápidos adelantos de la fábrica que dirigia, y el partido que supo sacar de sus conferencias frecuentes con los reyes, aumentaron los celos de Alberoni que se alarmó al ver un estrangero astuto y emprendedor que seguia su mismo derrotero paso á paso. De repente y sin motivo público fué separado Riperdá de la superintendencia; pero el hábil diplomático disimuló su resentimiento, fingió ignorar al punto de donde venia aquel golpe, y se mostró todavía mas fino y atento con el ministro. Sin embargo, por el mismo tiempo se relacionó con Grimaldo y Daubenton, y por medio de este conducto de que supo valerse, continuó presentando proyectos y planes opuestos al sistema de la administracion, en los que descorria el velo á los errores del ministro director.

Se escucharon tanto mejor estas observaciones cuanto que la realizacion de algunas predicciones hicieron mella en el ánimo del rey, dándole reputacion de persona dotada de estraordinaria prevision y capacidad. En cuanto cayó Alberoni fué Riperdá no solo repuesto en su primer empleo, sino que se le nombró superintendente general de todas las fábricas de España. Continuó conservando su influjo en palacio con nuevos planes y consejos relativos al desarrollo del comercio y al aumento de los ingresos del erario. Consiguió que lo acogiese bien la reina á quien aconsejó que se uniese con el emperador, como medio el mas seguro y decoroso de engrandecer á su familia, casando á su hijo don Cárlos con una archiduquesa. Ya contaba con llegar al ministerio, y se hallaba en vísperas de triunfar, cuando se lo estorbaron Daubenton y Grimaldo reunidos, quienes despues de emplearlo como instrumento para derribar á Alberoni, conocieron su capacidad y superioridad con ojos de envidia, y manifestaron al rey el inconveniente de confiar el timon del estado á un nuevo con-

verso. Entonces asestó Riperdá todos sus tiros contra Grimaldo, y en una série de informes que presentó, exageró sus errores, manifestó menudamente los males que provenian de su impolítica adhesion á la córte de Inglaterra en los momentos en que el gabinete de Lóndres se habia declarado contrario á las miras del de Madrid. La muerte de Daubenton lo libertó de su mas poderoso enemigo; por último, hallábase ya á punto de triunfar de la oposicion de Grimaldo, cuando la abdicacion de Felipe destruyó repentinamente sus brillantes esperanzas.

Durante el retiro momentáneo del rey, sacó partido de la buena opinion que de él tenia la reina, siendo su consejero íntimo y el depositario de todos sus secretos. A causa de sus relaciones secretas con la córte imperial, fué elegido para negociar con la casa de Austria la union que habia aconsejado en otro tiempo y que no dejó de recomendar á la reina. Se le autorizó para contratar la paz con el emperador, para negociar el enlace de don Fernando con la jóven archiduquesa, si consentia el emperador en asegurar al príncipe la posesion de los Paises Bajos y de los ducados italianos, y finalmente para conseguir la reversion de Toscana y Parma á don Cárlos. Tales eran las condiciones que habia acordado Felipe probablemente con él, en tanto que por su parte le daba la reina instrucciones particulares para negociar el enlace de la mayor de las archiduquesas con don Cárlos, cuya union proyectada con la cuarta hija del duque de Orleans, no debia verificarse por esta razon.

Antes de emprender su viage este aventurero diplomático, hizo tentativa tan atrevida como diestra para asegurarse á su vuelta el puesto elevado de primer ministro. Presentó un plan magnífico y muy estenso de las reformas que convenia hacer en la monarquía española, en el cual desarrollaba los medios de mejorar el comercio de América, de crear una marina poderosa, y de aumentar los ingresos del tesoro, dejando de vez en cuan-

do traslucir en su proyecto su oposicion á las dilapidaciones de los ministros anteriores, y á las exigencias de las naciones estrangeras en lo relativo al comercio y al territorio de España.

El lector verá sin duda con interés el bosquejo del proyecto que formaba la base de la administracion propuesta y que mas tarde suministró ciertamente las ideas útiles á mas de un ministro.

Para impedir el contrabando en las Indias occidentales, proponia que se estableciesen algunas escuadras ligeras compuestas en todo de ocho navíos de línea, diez fragatas y doce galeras, que se estacionarian de modo que pudieran recorrer toda la costa del mar del Sur. Pedia además que se enviase una fuerza de tierra de cinco mil hombres y cinco mil caballos, para espulsar á los ingleses de las posiciones que habian invadido. Con el objeto de atender á este gasto, la obligacion de servir en las milicias que habia caido casi en desuso, debia rescatar con un puesto particular á cada provincia, y ademas se le impondra una contribucion de cinco por ciento sobre todos los empleos y pensiones de América, cubriéndose por último el déficit con las rentas de las mitras y beneficios que vacasen.

Hé aquí las principales bases del nuevo sistema de comercio de que se esperaba un resultado eficaz. Dividíase en tres partes á saber: el *asiento* de los negros, el contrabando y el comercio de España con las Indias por Cádiz.

Si no era posible quitar el *asiento* á los ingleses sin esponerse á una guerra, se les debia causar y molestar hasta tanto que lo abandonasen voluntariamente por sí mismos como vejatorio y sin utilidad real. Con este objeto debian darse los salvo-conductos , de modo que no pudiesen llegar las espediciones á las Indias occidentales, sino despues que la flota y las naves , y cuando ya se acabasen las ferias. Se darian órdenes secretas á todos los gobernadores y comandantes para que no con-

sumiesen objetos fabricados en el estrangero, y principalmente en Inglaterra, á fin de que no se acostumbrase á ellos el pueblo, y al mismo tiempo se les mandaria que molestasen á los mercaderes todo lo posible, bajo pretesto de inspeccion. Se privaria á la compañía del Mar del Sur de toda gracia que no se hallase espresamente comprendida en el tratado de Utrecht, sin poder tener depósitos en el mar del Norte, ni vender mas que en las ferias, lo cual era un medio casi seguro de que sufriese algunas pérdidas, y finalmente el criollo que prestase su nombre á los ingleses tendria pena de la vida. Aunque semejantes disposiciones eran tan duras para Inglaterra, creíase que tendria esta potencia que aguantarlas, porque á la menor queja, tendria España que preparar fuerzas marítimas y militares para apoderarse de sus colonias.

En cuanto á la segunda parte, esto es, al contrabando, el rey debia restablecer el antiguo derecho de comerciar solo y esclusivamente con sus colonias de América, y se valdria siempre del pretesto de piratería para apropiarse todos los buques que apresase en los mares de Indias, aun cuando no hiciesen mas que atravesarlas; pero en tanto que se trataria á los ingleses con severidad suma, como á la nacion que mayor fruto sacaba de este comercio lucrativo, deberia tratarse á los holandeses con muchas consideraciones para impedir á las dos naciones mercantes y marítimas de unirse en defensa de sus intereses mútuos. De esto resultará, se decia, que las colonias de las otras naciones en esta parte del Nuevo Mundo, no enriqueciéndose con los tesoros introducidos en ellas desde el continente cercano, quedarán abandonadas como carga inútil, ó bien se rendirán al primer ataque de las armas españolas.

Los reglamentos para el comercio directo de España, tenian por objeto el destruir el comercio de los ingleses y de las demas naciones que pasaban por no ser amigas de España. Debian buscarse retornos para las

mercancías remitidas á América, arreglándose de tal modo que los artículos que no pudiera la madre patria facilitar á América se tomasen á las naciones amigas; sin embargo, no se prohibirian completamente las mercancías inglesas. Para suplir la falta de manufacturas en España, se llamaria y estimularia á fabricantes estrangeros para que se estableciesen en esta nacion. Siguiendo con teson y constancia estas medidas ú otras análogas, la ruina del comercio inglés se miraba como inevitable en menos de dos años.

Proponia igualmente Riperdá que se enviase con cada flota doce navíos del rey cargados, y doce galeones; y estuviesen contínuamente preparados en Cádiz dos galeones, y otros dos en Buenos Aires para servir en los viages siguientes. El gasto de este armamento seria pagado, decíase con los fletes, puesto que los mercaderes preferirian sin duda los navíos del rey, por la razon de hallarse mejor armados; esta medida daria un número crecido de marinos hábiles y de oficiales de mérito, que conociesen los mares de Indias, y en caso de guerra estas flotas y galeones reunidos, formarian una escuadra de veinte y cuatro navíos de línea.

Tambien trataba de dar á conocer la importancia de las Islas Filipinas, bajo el punto de vista comercial, insistiendo en que debia efectuarse un cambio ventajoso entre España y Oriente por aquellas islas. Decia, para apoyar estas razones, que examinando los libros de la compañía holandesa en la India Oriental, habia hallado notas en que estaban apuntados los regalos considerables que se habian hecho á los ministros españoles para alcanzar el permiso de comerciar con las Filipinas, esportando la plata estraida de Méjico. Por lo tanto, proponia la formacion de una compañía española para el tráfico de las Filipinas. Los navíos de esta compañía darian la vela de Cádiz para el mar del Sur, dejarian parte de su cargamento en Chile en cambio de plata y otros productos del pais, y desde allí se encaminarian á las

Filipinas. Depositando estas mercancías en China, Siam y comarcas vecinas para comprar especias y otros artículos de Oriente, debian de regresar por Chile, y cambiar su carga por plata que llevarian á España. Calculaba que de este modo se apoderaba España del comercio de su propio territorio y de sus Indias, con esclusion de los contrabandistas, y que ademas disfrutaria de una parte considerable del rico comercio oriental.

Para seguridad del comercio marítimo de España, habian de formarse en el Ferrol, un puerto y un astillero, con ánimo de ofrecer abrigo á las escuadras destinadas á cruzar durante el estío, para proteger las flotas de América y observar la direccion de los bageles ingleses. Este proyecto sin contar que aseguraba su ejecucion el éxito de las demas medidas, conservaria á la nacion británica en zozobra contínua, lo cual no podria menos de escitar el descontento del pueblo, no solo por el aumento de las cargas públicas, sino tambien por la disminucion del comercio, logrando así la ruina de una nacion sobre cuyos restos podria tan solo España volver á levantar el edificio de su esplendor pasado.

Además de estas mejoras del comercio de las Indias se estableceria una factoría en el Ferrol, para traficar con los paises del Norte, sin olvidar las pesquerías, lo cual debia dar que hacer á veinte mil familias de marinos, y privar á los ingleses de mas de 20.000,000 de escudos que sacaban de España cada año.

Proponia Riperdá al propio tiempo que se prohibiese la importacion de objetos de fabricacion estrangera, tales como sederías, tegidos de lana etc., etc. á medida que las manufacturas nacionales empezasen á desarrollarse. Los primeros que debian dar egemplo eran el rey y los cortesanos, no consumiendo mas artefactos que los trabajados en España.

A fin de dar todavía mas fuerza y desarrollo á este vasto sistema, proponia el que se crease en Madrid un banco que daria el cinco por ciento de interés por todos

los capitales que se depositasen en ella; formándose este banco con el tesoro llamado de San Justo, destinado para socorro de huérfanos y viudas, afectando á ella ademas las sumas que destinasen las corporaciones religiosas para compra de nuevos bienes.

Con la accion combinada de todas estas diversas causas, se prometia el que se efectuase tan prodigioso aumento en los productos industriales, en la poblacion y riqueza nacional, que el rey segun él, podria mantener y sostener en pié un ejército de ciento treinta mil hombres, formar una escuadra de cien navíos y fragatas quedándole además en las arcas del tesoro mas de 2.000,000 de escudos (260).

No podian menos de hacer mella en la imaginacion romanesca de Felipe miras tan profundas, planes tan vastos, propuestos por un hombre cuyas predicciones se habian realizado mas de una vez, y de quien sobre todo era conocido el hondo resentimiento que abrigaba contra Inglaterra y Francia. El rey ofreció al autor fecundo de todos estos proyectos que al regresar de la mision que le habia sido confiada, se le elevaria á la direccion suprema de los negocios públicos, y que se le autorizaria entonces á efectuar la completa regeneracion cuyo plan habia trazado con tanto genio y habilidad para bien de su patria adoptiva.

Con esta firme seguridad salió de Madrid Riperdá, y despues de hacer un viage no menos rápido que secreto, llegó de incógnito á Viena en el mes de noviembre. Importaba dejar burladas las presunciones de los ministros estrangeros y las de cuantos tenian interés en que no se realizasen aquellos planes, por lo que creyó que debia apearse en uno de los arrabales, tomando el nombre de baron de Pfaffemburgo; solo salia de noche para conferenciar con el conde de Sinrendorf, que era el canciller austriaco. Su negociacion fué seguida con el mayor secreto, sin que se trasluciese cosa alguna, ni adelantase un solo paso, durante tres meses, la vi-

gilancia de la policía. Nadie entre las personas que no necesitaba directamente tuvo noticia de su llegada ni del motivo de semejante viage. Ya se hallaba casi concluida su mision, é iba á emprender su regreso con la esperanza del enlace de María Teresa, que era la mayor de las archiduquesas, con don Cárlos; todos en suma debia hacerle creer que el negocio no podia menos de tener éxito feliz, cuando repentinamente tropezó con una oposicion terrible por parte de la emperatriz y de la misma archiduquesa que tenia inclinacion al duque de Lorena. Los ministros afectos al antiguo sistema de la política austriaca se opusieron igualmente á los nuevos convenios proyectados; pero el agente de España, que dispona de sumas crecidas, no economizó sus regalos. Ni siquiera el emperador se avergonzó de alentar este tráfico y venalidad, dando egemplo, y de todos los ministros austriacos, solo Eugenio conservó su desinterés é integridad. Riperdá fué viendo como poco á poco desaparecian todos los obstáculos, gracias al poderoso influjo del oro (261). Con esto se hallaba el asunto, cuando un acaecimiento inesperado hizo desaparecer las últimas dificultades, y apresuró la terminacion de esta negociacion singular y secreta.

El duque de Borbon como primer ministro de Francia, se guiaba por principios políticos y personales, distintos de los que habian dirigido al regente á reunir las dos líneas francesa y española de la familia de Borbon. Opuesto en secreto al duque de Orleans, deseaba poner obstáculos á la sucesion de este á la corona de Francia, en caso de que falleciese el jóven soberano. Formó por lo tanto el proyecto de romper la promesa de casamiento de Luis XV con la infanta, so pretesto de que la tierna edad de su futura esposa quitaria por muchos años toda esperanza de sucesion directa. Deliberó acerca del modo de dar un paso tan delicado, procurando aplazar con mil pretestos la ceremonia del desposorio, que debian verificarse cuando cumpliese siete años la princesa.

En medio de esta perplegidad, sumió en el mayor pesar á la nacion una enfermedad del rey por cuanto daria su muerte lugar á una herencia disputada (262). Se aprovechó sin perder tiempo el duque de Borbon de semejante temor, y despues de muchos pasos para hallar una princesa de edad y rango convenientes, se fijó en María, hija de Estanislao Leczinski, rey propietario de Polonia. En cuanto se convino en este punto, alcanzó el consentimiento del jóven soberano; y á fin de evitar toda oposicion por parte de la córte de Madrid, se decidió que se despediria á la infanta sin aviso ninguno anterior, pero cuidando de disculparse con la urgencia y necesidad imperiosa de las circunstancias.

Parece que á pesar del secreto que se observó en este asunto, los celos políticos ó las confidencias particulares, escitaron las sospechas de la córte de España (263). Las exigencias de la reina de España no solo arrancaron aclaraciones solemnes y repetidas, sino que la ceremonia del desposorio se verificaria al punto. Cuando quedó bien asegurado el plan del duque de Borbon, se llamó de París al mariscal Tessé, y se anunció la fatal nueva al abate Livry, agente subalterno, enviado al intento de la embajada de Portugal, y elegido á causa de su carácter suave y del conocimiento que tenia de la córte de Madrid; era el hombre mas á propósito para tan delicado encargo. Lo singular es que llegó á Madrid sin saber siquiera su nombramiento, y se quedó aterrado al tener noticia de las órdenes cuya ejecucion se le encargaba. Se le mandó que pidiese audiencia y entregase las cartas de disculpa del rey y del duque de Borbon, sin hacer reflexion ninguna ni insinuacion de cualquier clase acerca del contenido de tales cartas antes de entregarlas. De este modo se habia querido evitar cualquier pretesto para negarse á recibirlas, pero su ánimo se hallaba agitado en demasía para que siguiese estas instrucciones al pié de la letra. En cuanto entró en la régia cámara, hincó las rodillas, saltáronsele las lágri-

mas, y descubrió su mensage con una defensa confusa y no estudiada (264). El efecto de tal nueva fué el que debia esperarse de una testa coronada, de un carácter ardiente, y de un corazon en que reinaba ante todas cosas el amor paterno. Felipe rechazó las cartas con indignacion, y la reina tomó un retrato de Luis XVI que llevaba en una pulsera, y lo pisoteó diciendo:—Los Borbones son una raza de diablos; mas recordando al punto el parentesco de su marido, se volvió hácia este, añadiendo: Escepto V. M.—Al ministro francés se le mandó salir con desprecio é ignominia (265).

En el primer momento de exaltacion, no se divulgó el secreto de la mision, aun cuando la estraordinaria agitacion del soberano, y la desesperacion de Livry daban mucho en qué pensar. Cuando, por último, llegó de París la noticia, y todo el mundo la supo, estalló el resentimiento de los reyes de España con mayor fuerza; el ministro de Francia, y todos los cónsules de esta nacion tuvieron que salir de España por órden del rey. Declaró Felipe que no bastaba toda la sangre del mundo para lavar semejante mancha, anunciando su resolucion de no reconciliarse jamás con Francia, en tanto que no se presentase en Madrid el duque de Borbon, y pidiese perdon de hinojos. La indignacion del monarca se generalizó en las clases todas de la sociedad en una nacion tan quisquillosa en puntos de honra. Fué precisa toda la vigilancia del gobierno para impedir un degüello general de todos los franceses que se hallaban en la capital. Cesó entre ambas naciones toda clase de trato, y antes de la llegada de la infanta, se mandó salir de España á la viuda del rey Luis, y á su hermana que estaban ambas en Madrid (266).

En el primer rapto de cólera y violencia de la reina, arrancó esta princesa á Felipe un decreto para que todos los franceses saliesen de España, sin escepcion ninguna; pero despues de alguna meditacion, notó el rey cuán injusto é imposible de ejecutar era aquel decreto,

é ideó un medio bastante chusco para calmar la indignacion de su impetuosa compañera. Mandó llamar á los de su servidumbre, hizo que se abriesen todos los armarios, y se preparáran cofres y baules, como si se tratase de un largo viage. En medio de aquellos preparativos, llegó la reina, y preguntó como era natural la causa de tanto movimiento, á lo que contestó el rey: —¿No se ha espedido un decreto mandando á todos los franceses que salgan de España? Yo tambien soy francés y por lo tanto, tengo que irme como los demas.—Esta chanza produjo mas efecto que las reflexiones mas sérias; la reina se sonrió, y quedó revocada la órden (267).

Felipe llamó al punto al embajador inglés, que era Stanhope, y tanto él como la reina, le refirieron menudamente todas las circunstancias de la afrenta que acababan de sufrir, quejándose violentamente del duque de Borbon por un ultrage que escedia á su doblez. La reina dió rienda suelta á su natural vehemencia, y olvidándose de que se hallaba delante del ministro de una potencia estrangera, esclamó:—Ese perverso tuerto (268) ha insultado á mi hija, porque el rey no ha querido crear grande de España al marido de su moza.—Felipe con mayor dignidad, añadió:—Estoy decidido á separarme para siempre de Francia, lo cual, lejos de otra cosa, fortificará los vínculos de amistad que unen á España é Inglaterra: depositaré toda mi confianza en vuestro soberano, y daré órdenes á mis plenipotenciarios en Cambray que rechacen toda mediacion por parte de Francia, sometiendo el arreglo de todas mis disputas con el emperador á la sola mediacion de la Gran Bretaña.

Sin embargo, Felipe, demasiado impaciente para esperar la respuesta de esta insinuacion, dió órden á Riperdá, que desistiese de todos los puntos en litigio que habian paralizado la negociacion. Entabló por una parte tratos para dos enlaces con la familia de Portugal, tratando de unir á la infanta doña Bárbara con don Fer-

nando, y á la que debió casarse con el rey de Francia, con el príncipe del Brásil. Durante aquel tiempo daba la reina órdenes terminantes á Riperdá para que concluyese el enlace de don Cárlos con la mayor de las archiduquesas.

Jorge I eludió la insinuacion de España, y no solo se negó á romper sus relaciones con Francia, sino que insistió que era necesario el apoyo de esta nacion para defender á España contra el emperador. Llevó esto muy á mal Felipe, y renovó sus órdenes á Riperdá para que terminase la reconciliacion, llamando á los plenipotenciarios que se hallaban en el congreso de Cambray.

Tan mal dispuesto se hallaba el emperador contra Francia, como descontento con Inglaterra; así es que bastaba algunas conferencias para zanjar desavenencias que existian entre ambos soberanos rivales, cuyas guerras é intrigas habian agitado á Europa durante tantos años. Verificóse inmediatamente una alianza entre dos enemigos, encarnizado por largo tiempo uno contra otro, unidos entonces, para satisfacer el mismo resentimiento (269).

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

NOTAS Y OBSERVACIONES.

NOTAS Y OBSERVACIONES.

(1) Casa de Austria, vol. I, pág. 1022.—Torcy, tomo II, pág. 235.

(2) San Felipe, tomo II, pág. 263, 307, 309.

(3) El marqués de San Felipe, que solia hablar con suma exactitud de los asuntos de España, afirma que el objeto de la mision de Ibbeville, fué el de obtener la cesion de los Paises Bajos y el comercio de América para los holandeses. Niega esto el editor de las *Memorias de Noailles* quien asegura, refiriéndose á documentos que tenia á la vista, que se redujo la mision de Ibbeville meramente á la peticion hecha á nombre del elector de Baviera. Empero, tal vez haya dado este editor á las instrucciones escritas y ostensibles de aquel agente, mas importancia de la que en sí tenian; porque la conducta de Luis XIV dá mucho peso al dicho del marqués de San Felipe.

(4) Defensa del tratado de límites.—Lamberti; vol. V, pág. 464.

(5) Cartas de Hene á un tory.—Lamberti, vol. V, pág. 364.

(6) Memorias de Polignac, vol. II, pág. 40.—Larrey vol. IX, pág. 324.

(7) Torcy, vol. II, pág. 393.—Desormeaux, vol. V, pág. 230.

(8) San Felipe, vol. III, pág. 263, 309.

(9) Las conferencias de Gertruydemberg mostraron por parte de los plenipotenciarios de Francia disposiciones mas sínceras de un arreglo que por parte de los aliados, á quienes tenia ciegos el orgullo mas insensato, de que supo sacar partido hábilmente el monarca francés. Cuando parecia segura la paz en virtud de las concesiones hechas por los plenipotenciarios franceses, y que, aceptando la nueva alianza de Luis con sus enemigos contra Felipe, se convino un socorro pecuniario para hacer guerra al monarca español, tratando así de quitar á esta nueva alianza la horrorosa imágen de un padre armado contra su hijo, y de una nacion contra otra que no la habia ofendido, cuando la paz, decimos parecia segura con tales bases, Petkum, diputado de Holanda, declaró que tenia órden de decir á los plenipotenciarios que el rey de Francia debia encargarse solo de la restitucion de España y de las Indias en el término de dos meses, segun el tenor del artículo 37. «Esta manifestacion, dice una *relacion* de las conferencias que existe manuscrita en la Biblioteca del rey en París, a fuerza de ser insensata, pareció fabulosa; por lo que se preguntó al diputado si tenia un poder ó credencial que lo autorizase á hablar de este modo. Contestó que no, y los plenipotenciarios franceses se quedaron estáticos. Los diputados holandeses, empero, se presentaron en la próxima sesion, con poderes esplicativos relativos á la proposicion del señor Petkum, que apoyaron. En vista de esto, se rompieron las negociaciones.»

A los que deseen profundizar el estado real de esta cuestion, que merece tan profundo examen, por su inmenso interés, les aconsejamos que consulten las «Memorias de Torcy; la Conducta de los aliados por Swels, y los Cuatro últimos años de la reina Ana; los Exámenes; las Cartas de Bolingbroke, y la historia de la reina

Ana, por Sommerville, las Cartas de Hare á un diputado tory; la Bella defensa del tratado de las barreras, por Poyntz, atribuida al obispo Nare; la respuesta de lórd Walpole á Bolingbroke, y una esposicion en el Suplemento de Tindan á Rapin, vol. XVI, y los documentos oficiales en Lamberti.

(10) Noailles, vol. 4, pág. 3.

(11) San Felipe, vol. 3, pág. 330.

He aquí loque dice Lamberti, en susMemorias, pág. 165 del V. volúmen; hablando de la prision del duque de Medinaceli.

«El orígen de esta caida fué un escrito sellado que el marqués de Astorga dejó al morir, con órden de ponerlo en manos del rey. En él declaraba que el duque de Medinaceli, primer ministro, revelaba todos los secretos al duque de Uceda, que se hallaba en Italia, quien daba de todo cuenta á la córte de Viena. Un príncipe de Italia, que formaba parte de la grande alianza, consiguió cerciorarse que existia semejante correspondencia; para esto se sirvió de un confidente suyo que se hallaba al lado del duque de Uceda y en quien este tenia confianza, y de todo envió el príncipe pruebas á la córte de Madrid. Conoció el gabinete español que solo Medinaceli podia haber revelado estas circunstancias; poco despues el duque de Uceda se adhirió á la causa del Austria.

(12) Torcy, vol. 2, pág. 330.

(13) Historia de Europa 1710, pag. 545.—San Felipe vol. II, pág. 337,—Carta del general Stanhope á Walpole acerca de la batalla de Almenara, del 13 de julio de 1710.—Papeles de Walpole.—Historia de la reina Ana por Sommerville. pág. 636.

Los oficiales que cercaban al rey al fin de la batalla le instaron vivamente para que se retirase, tomando el camino de Lérida; á muy corta distancia del sitio del combate, se hallaban situados seis escuadrones de los aliados. Favoreció la retirada del rey el valor y presen-

cia de ánimo de Vallejo, que mandaba el regimiento de dragones de su nombre. Este generoso oficial decidió sacrificarse con sus soldados, para salvar al rey; dividió su fuerza en cinco pequeñas divisiones que acometieron simultaneamente con denuedo é intrepidez á los enemigos, dando tiempo al rey y á su séquito para que se retirasen, encubiertos con la obscuridad de la noche.—Targe, Historia, del advenimiento de la casa de Borbon, tomo V, pág. 424.

El marqués de San Felipe, atribuye al marqués de Villadarias el honor de haber contenido los escuadrones enemigos, para dar tiempo al rey á que se salvase. Sea lo que quiera de este hecho particular, se achacan generalmente á Villadarias algunas falsas maniobras en aquella importante jornada.

(14) San Felipe, vol. II, pág. 348.—Historia de Europa, pág. 591, 597.

Existe ademas una carta del general Carpenter á Walpole en la que se dá la gloria de las victorias de Almenara y Zaragoza al general Stanhope, que se alabó de ellas ante la córte y el mariscal. (Manuscritos de Walpole y Sommerville acerca de la reina Ana.)

(15) San Felipe, vol. II, pág. 336.—Ortiz, capítulos XII, XIII, y XIV.

(16) El marqués de San Felipe da cuenta del consejo de guerra celebrado por los aliados despues de la victoria de Zaragoza, y espone estensamente las razones alegadas por los generales ingleses y alemanes, en apoyo de sus pareceres. Las personas inteligentes en la materia pueden examinarlos, y despues de meditar mucho, no se atreverán tal vez á decidirse. Es muy dificil, en efecto, decidir si hubiera sido mas prudente trasladarse rápidamente á Navarra, para cortar toda comunicacion con Francia, que dirigirse á Madrid. La fortuna, que por lo comun decide de todo en la guerra, destruyó los planes de Stanhope.

Empero, este general no era dueño de su voluntad,

y al dirigirse á Madrid no hizo mas que conformarse á las órdenes de su gobierno. «Cuéntase, dicen las Memorias de Noailles, tomo V, pág. 160, que al salir del consejo de guerra celebrado en el alojamiento del archiduque, dijo un oficial inglés á Stanhope:—¿Qué tal, milord? ¿Vamos á Valencia ó á Madrid? A esto contestó tristemente el general.—A Madrid. Tengo órden de la reina y de los aliados de conducir allí al rey Cárlos; y cuando esté alla que Dios ó el diablo lo proteja ó lo abandone, que yo no me encargo de ello, ni tengo que ver con eso.

(17) San Felipe, vol. II, pág. 385.

(18) Ortiz, vol. VII, pág. 203.

(19) Memorias de Noailles, vol. IV, pág. 137.

(20) Noailles, vol. IV, pág. 146.

(21) El historiador de Felipe ha conservado los nombres de los grandes que firmaron el mensage, que son los siguientes: los duques del Infantado, Popoli, Arri, Medina Sidonia, Montellano, Arcos, Abrantes, Baños, Veraguas, Soria, Sovenazó y Bejar; los marqueses de Priego, Astorga, Aitona, Bedmar, Villafranca, Montealegre, Almonacid y Carpio; los condes de Lemos, Peñaranda, Benavente, San Esteban del Puerto, Oñate, Frigiliana y el condestable de Castilla.—San Felipe, tomo II, pág. 370.

(22) Torcy, vol. III, pág. 2.

(23) Noailles, vol. IV, pág. 145 á 158.—Torcy, volúmen III, pág. 2.—San Felipe, vol. II, pág. 264.

(24) A estos guerrilleros debió en gran parte Felipe el triunfo de sus armas. Entre todos don José Vallejo se hizo temer de los aliados, porque no solo les arrebataba los víveres á las puertas de Madrid, sino que hacia continuamente prisioneros. Cerca de Zaragoza arrolló á ochocientos caballos mandados por el baron de Vecel. En Ocaña, sorprendió un regimiento de portugueses, y en las alturas de Alcalá hizo frente al mismo general Stanhope, que lo buscaba con dos mil caballos,

y poco faltó para que hiciese prisionero al rey Cárlos, en el Pardo, á donde habia ido á cazar. Un guarda bosques, que tuvo miedo de perecer en la refriega, fué quien descubrió el secreto.

Otro guerrillero célebre de aquella época se llamaba don Juan de Cereceda.

Asegúranme, dice don Andrés Muriel, que una persona de la servidumbre del rey Fernando VII, y á quien favoreció mucho este monarca, se entretiene hace años en recoger toda clase de noticias relativas á los guerrilleros del tiempo de la guerra de sucesion. Mucho deseamos que tan curiosos datos vean la luz pública, porque las operaciones de estos soldados egercieron mucho influjo en aquella memorable guerra.

(25) El rey Cárlos, y los generales Staremberg y Stanhope, así como los oficiales superiores portugueses que se hallaron en Madrid, viendo que la córte de Lisboa no concedia los socorros que habian pedido, disminuyeron gradualmente sus exigencias; hasta el punto de contentarse con tres mil hombres de infantería, y mil caballos, socorro que aunque pequeño, fué negado, fundándose en que se carecia de lo preciso para tan larga marcha. Ademas se decia que las fronteras quedaban espuestas á las incursiones de la caballería enemiga, la cual, añadíase, demasiados temores habian inspirado ya. Los ministros de las dos potencias marítimas manifestaron que se encargaban de suministrar cuanto era necesario para la marcha de este destacamento, y que, por lo que tocaba á las fronteras, bastantes tropas habria para ponerlas á cubierto de cualquier insulto. Entonces no recibiendo los aliados socorros en tanto que el ejército de Felipe engrosaba de dia en dia, era indispensable la retirada del ejército aliado. *Memorias de Lamberti*, tomo VI. pág. 171.

(26) San Felipe, vol. II, pág. 400.

(27) San Felipe, vol. II, pág. 403.

(28) Entre las acciones brillantes de aquella jorna-

da, cítase el hecho siguiente. El duque de Vendome atacó á Brihuega, y fué rechazado dos veces. Al ir á dar el tercer asalto, el conde de San Esteban de Gormaz, grande de España, capitan general de Andalucía, se colocó en el puesto mas peligroso con los granaderos de las avanzadas. El capitan que los mandaba, sorprendido al ver que un hombre tan distinguido queria ir á su lado, le manifestó cuan inferior era aquel puesto á su clase. San Esteban de Gormaz le contestó friamente que con respecto á semejante asunto, sabia cuanto se le pudiese decir, pero que el duque de Escalona, su padre, mas conocido por el nombre de marqués de Villena, se hallaba hacia mucho tiempo prisionero de los imperiales, tratado infamemente en Pizzygitone, con esposas en los pies, sin que se quisiese admitir rescate ninguno; que en Brihuega babia oficiales generales muy principales, tanto ingleses como imperiales, que estaba resuelto á apoderarse de alguno para libertar á su padre, y si no lo conseguia morir. Con aquel destacamento entró en la plaza, hizo maravillas, tomó con sus propias manos algunos de aquellos generales, y poco tiempo despues los cangeó por su padre, virey de Nápoles, que cayó prisionero en Gaeta con las armas en la mano. — Memorias de San Simon, vol. VIII.

(29) Barres, historia de Alemania, vol. X, pág. 75.

(30) San Felipe, vol. II, pág. 421 á 437.—Historia de Europa, 1710.—Ortiz.

De las refriegas de Almenara, Zaragoza, Brihuega y Villaviciosa, hablan estensamente, por los españoles, el marqués de San Felipe en sus *Comentarios*, y por los aliados, Lamberti, en sus *Memorias*, que copia varias cartas y relaciones oficiales.

Segun el parte que dió á su córte el general Staremberg, de la batalla de Villaviciosa, el ejército de Felipe se componia de treinta y dos batallones y ochenta escuadrones, á saber: veinte batallones formados de los restos de los cuarenta y cuatro que se habian hallado

en la batalla de Zaragoza, y doce sacados del ejército de Estremadura, y cuarenta y cuatro escuadrones formados igualmente de setenta, que habian tomado parte en dicha batalla, con treinta y seis sacados del ejército de Estremadura.

El ejército aliado se componia de veinte y nueve batallones y veinte y siete escuadrones; á saber: cuatro escuadrones imperiales, dos españoles, uno inglés, diez portugueses, seis holandeses y seis palatinos. La infantería consistia en catorce batallones imperiales, cinco españoles, dos portugueses, dos ingleses y dos palatinos. Estos cuerpos estaban muy debilitados, y no podia ser de otro modo, despues de tan penosa campaña, en el mes de diciembre.—Mamberti, tomo VI, página 172.

Villaroel fué quien arrolló gran parte del ejército de Felipe. El marqués de San Felipe dice, hablando de esta batalla, que si el denuedo y habilidad de Villaroel hubieran podido borrar la nota de pasado, se habria cubierto de gloria. Asegura el mismo escritor que en la confusion é ignorancia en que se hallaba Staremberg de la posicion y estado del enemigo despues de la batalla, reunió de noche á sus generales, para decidir el partido que tomaria al siguiente dia; todos fueron de opinion de rendirse, menos Villaroel, que dijo que no era cuerdo decidirse de noche; que al ser de dia, se veria lo que importaba hacer; que por su parte habia arrollado á la infantería española, que no podia reunirse muy de mañana; que habia tiempo para emprender la marcha, tomando el camino de Aragon, en donde habia seguridad completa. No se puede garantizar la autenticidad de esta anécdota siendo San Felipe el único que la refiere; pero no es inverosimil, en vista de la confusion en que se hallaron los dos ejércitos, al llegar la noche.

Al principio Villaroel sirvió á Felipe con celo; pero mas tarde se vió comprometido á causa de sus secretos

tratos con los agentes del duque de Orleans, Laflotte y Regnault; porque es indudable que este príncipe queria heredar el trono de España, en caso de que lo abandonase Felipe V. La imposibilidad en que se hallaba de hablar al rey católico de esta cláusula *en caso de que*, lo empeñó en secretas gestiones, en que consistió todo su crímen. En cuanto fué arrestado el agente Regnault, don Antonio Villaroel salió de Aragon, en donde habia egercido mando, y se presentó en Madrid. Segun las cartas de Fitz Moritz, escritas á favor del duque de Orleans y contra la princesa de los Ursinos, parece que esta trató aunque en vano, de ganar á Villaroel, procurando arrancarle declaraciones contrarias á su honor y lealtad. El general salió de la córte, y se retiró al centro de Galicia,

Segun estas *cartas*, en las que son sospechosas algunas indicaciones, tuvo Villaroel en su retiro noticia de la derrota de Zaragoza, y de la fuga precipitada de la familia real. Conmovido al saber las desgracias de Felipe V, quiso por lo menos, compartirlas, sino podia remediarlas; y se presentó en Valladolid á ofrecer sus servicios al rey. Si hemos de dar crédito á lo dicho en las referidas *cartas*, su ofrecimiento fué mal acogido, y la princesa de los Ursinos quiso prenderlo; pero como le avisasen sus amigos, se decidió á pasarse al ejército del archiduque.

El marqués de San Felipe, por el contrario, al nombrar á las personas que se pronunciaron por el archiduque, al llegar á Madrid, pone á la cabeza de la lista á don Antonio Villarroel, teniente general, *despues de recibir*, dice, *una gratificacion de viage del rey Felipe para acompañarlo.*

Sea de esto lo que quiera, Villaroel, despues de hacer prodigios de valor en la batalla de Villaviciosa con el centro del ejército de Staremberg; siguió hasta el fin la causa del archiduque. En 1714 mandó á los catalanes, y combatió á su frente en el asalto de Barcelona, en

donde fué gravemente herido. Conforme á los artículos convenidos entre los diputados de la ciudad y el mariscal Berwick, fué encerrado en la fortaleza de Alicante con otros generales que servian á sus órdenes, y que igualmente cayeron prisioneros en la toma de la ciudad.

(31) Memorias de Berwick, vol. IV, pág. 515.

(32) En la batalla de Villaviciosa, aconteció al mariscal de Wittemberg, que no pudo retirar sus cañones porque las tropas del rey de España le habia tomado sus caballos de artillería. —Santa Cruz, reflexiones militares, tomo VI, pág. 139.

(33) Ademas de los autores citados en este capítulo han sido consultados Ortiz, Targe, Tindal, y otros varios historiadores.

(34) Memorias de Berwick, vol. II, pág. 182.

(35) Para formarse cabal idea de lo que se quiere espresar en este capítulo, en punto á la revolucion ministerial ocurrida durante el reinado de la reina Ana, es preciso conocer el estado y fuerza de los partidos políticos, que por entonces, se agitaban en Inglaterra. Eran estos cuatro á saber: los torys, los whigs, los jacobitas y los republicanos; pero entre ellos eran realmente poderosos los dos primeros; porque los jacobitas bajo cuyo nombre se designaban los partidarios de la casa de los Estuardos, eran tan poco considerables por sí mismos, que ni siquiera se hubiera hablado de ellos en las discusiones políticas de aquel tiempo, si no se hubiesen reunido á los torys, quienes á pesar de su afecto á la línea protestante, profesaban doctrinas menos opuestas á las de los jacobitas, que los whigs. En cuanto á los republicanos que se componian de la antigua semilla de los partidarios de Cronwell y de algunos presbiterianos, no hubieran podido solos ser algo si no se hubiesen reunido á los whigs. Entre estos últimos y los torys se hallaba realmente disputado el poder.

Los principios políticos y religiosos de estos dos partidos son generalmente conocidos; los whigs eran fa-

vorables á los derechos del pueblo, los torys sostenian los del príncipe, y este sistema de autoridad que se ha designado con el nombre de *prerogativa* de la corona. En materias religiosas, los whigs tenian por divisa la tolerancia y la libertad de la conciencia, sin mas escepcion que con respecto á los católicos; los torys, por el contrario, querian el sostenimiento de las leyes penales y las restricciones en puntos de conciencia, por cuanto este partido poseia las altas dignidades de la iglesia anglicana.

Pero, el carácter tal vez mas pronunciado de division de estos dos partidos consistia en un gran apego por parte de los whigs á cuanto pudiese consolidar la revolucion, y conservar la corona á la rama protestante; y una incertidumbre visible por parte de los torys, siempre que se trataba de terminar la obra de la reforma que habian emprendido de acuerdo con sus adversarios.

Cualquiera que sea el juicio que se forme del proyecto que se atribuye á los torys de haber querido llamar al Pretendiente, en tiempo de la reina Ana, está fuera de duda que este partido tan celoso defensor de la prerogativa de la corona, abandonó este dogma en cuanto se trató de aplicarlo al rey Guillermo; en aquella ocasion fué el partido whig, el que sostuvo los dogmas favorables al poder real.

(36) Memorias de Berwick, vol. II.—Memorias de Machpherson, vol. II.

(37) Lord Darmonth, secretario de estado encargado de los negocios del Sur, no sabia el francés, y por eso estaba encargado lord Bolyngbroke de todos los negocios que tenian relacion con Francia.

(38) Torcy, vol, III, pág. 31.

(39) Torcy, vol. III, pág. 36.

(40) Correspondencia de Bolyngbroke, vol. I, pág. 172.

(41) Noailles, vol. IV, pág. 223 y 228.

(42) Noailles, vol. IV, pág. 231 y 237; vol. V, pág. 142.—San Felipe, vol. II, pág. 8.—San Simon, vol. V, pág. 510.

(43) Refiérese esto sin duda álas proposiciones secretas que hizo por entonces el partido tory.

(44) Tindal, vol. XII, pag. 44.—Noailles, vol. IV, pag. 249.

(45) Noailles, vol. IV, pag. 259.

(46) Noailles, vol. IV, pag. 253.

(47) Correspondencia de Bolyngbroke, vol. I, página 374.

(48) Correspondencia de Bolyngbroke, vol. I, página 374.

(49) Noailles, vol. IV, pag. 204.

(50) Noailles, vol. IV, pag. 255.

(51) Noailles, vol. IV, pag. 383.

(52) Memorias de Noailles, vol. IV, pág. 275.

(53) Casa de Austria, vol. II, pág. 2.

(54) Torcy, vol. III, pág. 406.

(55) Sommerville, Historia de la reina Ana, página 97.

(56) San Felipe, vol. III, pág. 22.—Historia de Europa, 1711.—Cummingham, vol. II, pag. 371.—Ortiz, lib. XXII, cap. XV.—Targe, y otros varios historiadores.—Correspondencia de lord Bolyngbroke.—Informe de la comision secreta de 1615.—Memorias de Polignac.

(57) Correspondencia de Bolyngbroke, vol. II, página 207.

(58) Torcy, vol. III, pag. 292.—Correspondencia de Bolynbroke. vol. II, pág. 222.

(59) Sommerville, Historia de la reina Ana, página 97.

(60) Correspondencia de Bolyngbroke, vol. II, página 278.

(61) «Confiábamos, escribia el ministro desanimado, que la escuadra de Cassart haria rumbo á las islas del

Brasil ó Surinam; pero jamás hubiéramos imaginado que atacase nuestras colonias en unos momentos en que trabajábamos para anudar por todos los medios posibles los vínculos de amistad entre las dos naciones. Comparad esta conducta con la de la reina. En cuanto la leí la carta del marqués de Torcy, en la que parecia que el rey de Francia obligaria á su nieto á aceptar la alternativa de renunciar á una de las dos coronas, dió órden al duque de Ormond para que no se empeñase en ningun sitio ó batalla, y hasta evitó que lo solicitasen los franceses.» No diré que evitase esta órden el que fuese derrotado el ejército; pero lo creo en conciencia. (Correspondencia de Bolyngbroke).

(62) Torcy, vol. III, pág. 299.

(63) «Si preguntais qué precaucion se tomará para asegurar una renuncia que os he presentado como contraria al órden establecido en Francia para la sucesion de la corona, responderé en primer lugar que no se debe esperar que el rey de España escoja la corona de España prefiriéndola á la de sus padres por mil razones fáciles de comprender y sobrado largas de referir.» (Torcy á Bolyngbroke, 8 de abril de 1712).

Hay que notar que esta carta se escribió tan solo diez dias antes de la de Luis XIV que va en el testo.

(64) Torcy, vol. III, pag. 312.

(65) Estado de Europa en 1712, pág. 203.

(66) Informe de la comision secreta.—Estado político.—Tindal, vol. XVIII, pág. 257.—Correspondencia de Bolyngbroke, vol. III, pág. 63.

(67) Noailles, vol. IV, pág. 388.

(68) Algun tiempo despues el presidente del consejo de Castilla, Ronquillo, conde de Gramedo, perdió su destino, de lo cual, segun San Felipe, fué causa el negarse á dar á la princesa de los Ursinos el título de Alteza. Pero el historiador padece una equivocacion grave; aquella fué solo el pretesto para su destitucion, porque el verdadero motivo era la viva oposicion que

habia mostrado en el consejo con motivo del cambio de la ley de sucesion á la corona. El rey lo desterró por esta causa.

Convocáronse las córtes del reino espresamente para deliberar sobre este punto. Los diputados que formaban esta asamblea, decian al rey que se habian reunido en virtud de las cartas convocatorias que se habia dignado S. M. dirigir á sus comitentes. Las provincias y ciudades representadas eran en número de veinte y siete, á saber: Burgos, Leon, Zaragoza, Granada, Valencia, Sevilla, Córdoba, Murcia, Jaen, Galicia, Salamanca, Cataluña, Madrid, Guadalajara, Tarragona, Jaca, Avila; Fraga, Badajoz, Palencia, Toro, Peñíscola, Borja, Zamora, Cuenca, Valladolid y Toledo.

Marina, en su Teoría de las córtes, vol. II, pág. 95 dice: «Que las córtes no fueron convocadas legítimamente, ni conforme á la fórmula establecida; que no se espidieron convocatorias, que no se hizo eleccion de diputados en las ciudades con voto en córtes, y que tan solo se escribió á los ayuntamientos á fin de que enviasen poderes á los diputados del reino, que se hallaban entonces en Madrid, y cuya sumision conocia el gobierno.

Trabajo costará el fijar cual fué la forma empleada para la convocacion de las córtes de Castilla; por que el tiempo ha hecho sufrir á estas asambleas numerosas y frecuentes modificaciones, en punto al número de diputados, ó la forma de convocacion, al modo de deliberar etc. etc. etc. Difícil seria hallar carácter de legalidad á las córtes reunidas desde el advenimiento de la dinastía austriaca, si fuera condicion precisa de la validez de sus actos la independencia del carácter de los diputados, porque si se esceptuan los primeros años del reinado de Cárlos V, las córtes han mostrado constantemente flojedad, por no decir servilismo, y una ciega obediencia á la voluntad de los gobiernos que las convocaron.»

La esclusion de la dinastía austriaca, que se sancionó en las córtes de 1714, llamando á la casa de Saboya en el caso eventual de la estincion de la línea masculina descendiente de Felipe, aun cuando era, sin disputa, una innovacion fundamental en las leyes de Castilla, las cuales no habian hasta entonces reconocido la agnacion rigorosa para la sucesion á la corona, era empero altamente política, por cuanto era grata á los españoles que acababan de conservar la corona á Felipe con inmensos sacrificios, y cortaba de raiz las nuevas guerras para lo sucesivo; al mismo tiempo era una garantía de la conclusion de la paz tan necesaria al pueblo español despues de tantos años de desastres y combates, puesto que contentaba á Francia que veia con júbilo escluida para siempre el Austria, rival suya, del trono español; al mismo tiempo halagaba á Inglaterra que no temia menos la reunion de las coronas del Austria y España, que la de España y Francia.

En cuanto sancionó la asamblea de las córtes el derecho de suceder, concedido á la casa de Saboya, y dió su sancion á la renuncia, los diputados de Aragon hicieron una peticion con objeto de formar parte de la junta de *millones*. Esta junta residia constantemente en Madrid, y se componia por entonces de cinco diputados de Castilla, que eran de derecho, individuos del consejo de Hacienda. Los diputados de Castilla se oponian á esto, dando por motivo que los aragoneses no pagaban el impuesto llamado de *millones*; sin embargo, se decidió la disputa á favor de los diputados de Aragon, fundándose en la consideracion de que si Aragon no estaba sujeto á dicha contribucion, pagaba no obstante aquel reino otros impuestos equivalentes. Se decidió por lo tanto, que las ciudades de Valencia y Aragon sacarian por suerte dos diputados, que concurririan con los de Castilla al sorteo para la diputacion de *millones*. De aquí resultaba que uno de estos diputados, ó los dos podian ser vocales de la junta.

(69) Carta al duque de Shaecosbary, Whitehall, 24 de marzo de 1712.—Correspondencia de Bolyngbroke, vol. III, pág. 509.

(70) Raynal, historia de las Indias Orientales y Occidentales, vol. VII.—Estado de Europa, 1712, pag. 208.—Rostlethwayte, grandes intereses políticos y comerciales de la Gran Bretaña.—Pueden ademas consultarse los mapas de este pais, anteriores á fines del siglo XVII.

(71) Correspondencia de Bolyngbroke, vol. II y III —Lamberti, vol. VII, pág. 319; vol. VIII, pág. 34.

(72) Esta palabra *asiento*, significa *tratado* y en este sentido quiere decir el permiso concedido para emplearse en el tráfico de negros en las colonias españolas.

Hé aquí el orígen y diferentes modificaciones del *asiento*: la primer patente para la importacion de negros en las posesiones españolas de Ultramar, se concedió á los flamencos en 1517. Hicieron estos muy crecidos beneficios y gozaron de este privilegio á pesar de la grande oposicion del cardenal Jimenez, alma del gobierno español por entonces. En 1522, tan numerosos eran los flamencos que escedian á los españoles, y hasta tuvieron la audacia de atacar á estos, de matar al gobernador, y atacar el fuerte de Santo Domingo. Melchor de Avila y Fernando Perez los rechazaron. Alarmó á la córte de España este atentado, y de sus resultas se prohibió la importacion de negros, que cesó completamente en 1580. Por aquella época los genoveses, que habian prestado sumas inmensas á Felipe II para la espedicion de la invencible armada que salió para Inglaterra, no teniendo esperanzas á causas de los apuros del erario, de cobrar tan pronto, lograron resucitar este privilegio hasta tanto que se hubiesen reintegrado del dinero que habian desembolsado. Hasta 1646 gozaron de él, y hallándose entonces totalmente á cubierto, tuvieron que suspender su comercio porque

el gran número de piratas que infestaban aquellos mares, hacia que fuesen dificiles la navegacion y el tráfico.

Mas tarde un tal Nicolás Portia compró varias obligaciones, llamadas *cartillas del pagador real.* Para quedar del todo satisfecho, pidió á la córte el privilegio de la importacion de negros por cinco años, y como la consiguiese, lo trasladó á dos alemanes llamados Consman y Becks, por carecer de los medios de esplotarlo. Los alemanes hicieron enormes beneficios, y no solo no pagaron á Portia las cantidades estipuladas, sino que ganaron al gobernador de Cartagena, que encerró en una fortaleza á Portia, con pretesto de que era lunático. Halló empero el perseguido medios de escaparse y llegó á España, en donde dió cuenta de cuanto habia pasado, ofreciendo al primer ministro grandes ventajas si se le concedia otro privilegio por cinco años, lo cual por fin alcanzó. Estos asientos se concedieron luego á los portugueses, á los franceses y en 1712 á los ingleses.—Lamberti, tomo VII, pág. 124.

(73) Cartas de Bolyngbroke.

(74) Para escribir este capitulo, se han consultado y comparado los «Actos del tratado de Utrecht, Lamberti, vol. VII y VIII; los tratados de la coleccion general de los tratados de paz y comercio; los periódicos y documentos de aquella época; el informe de la comision secreta en 1715, y otros documentos parlamentarios de aquella época; Tindal, en donde se encuentra un tesoro de hechos importantes; los cuatro últimos años de la reina Ana y conducta de los aliados, por Swift; las Memorias de Villars, de Polignac, y las del príncipe Eugenio; las Memorias de Torcy; San Felipe, tomo III; Mabli, Derecho público; Kock, resúmen de la historia de los tratados de paz; la Paz de Utrecht, tomo I; Larrey, Historia de Luis XIV; Historia de la reina Ana, por Sommerville; Historia de Cunninghan, y finalmente la Coleccion de cartas de Bolyngbroke, que suministra

tantas prueblas de la flaqueza y terquedad del gabinete británico, sin las que no seria creible.

No es lugar oportuno este para examinar los motivos secretos que decidieron á la reina de Inglaterra á confiar el poder á defensores decididos de la paz; solamente indicaremos algunos de los argumentos de aquellos ministros, en apoyo de su política.

El objeto de la guerra fué el libertar á Europa del poder de Francia; y este deseo quedó satisfecho, en cuanto Luis XIV sufrió sérios reveses, y quedó imposibilitado de amenazar la independencia de los demas pueblos. Era harto indiferente para Inglaterra que poseyese la corona de España un príncipe de la casa de Borbon, ó de la Austria; porque ciertamente, Felipe V no seria mas temible, unido con Francia, que en otro tiempo Cárlos V, ó cualquiera otro príncipe austriaco que ciñese la corona imperial al mismo tiempo que la de España. Además, era imposible desconocer la opinion de los españoles, que se creyó al principio favorable á la dinastía austriaca. Ya en 1710, el general Stanhope, que mandaba las fuerzas inglesas en España y á quien no se podia acusar de temor por el resultado de sus planes, habia declarado al ministerio inglés que nada quedaba por hacer en España, á causa del amor del pueblo á Felipe V, y de su aversion por el archiduque; que podrian recorrer el pais ejércitos estrangeros *hasta el dia del juicio*, sin alcanzar nada. Finalmente, la batalla de Villaviciosa destruyó todas las esperanzas de establecer al archiduque en España,

Con motivo de la viva discusion de lord Bolyngbroke y el príncipe Eugenio relativamente á este punto, el ministro inglés confesó su sorpresa de oir que el príncipe asentaba como un principio que la córte de Viena no consentiria jamás en la paz, sin la condicion preliminar, impracticable entonces, de dar al emperador la corona de España. A pesar de las razones del ministro inglés, como el general inglés insistia en seguir la ne-

gociacion conforme á esta proposicion, el primero le echó en rostro, con pruebas en la mano, que, desde el principio de la guerra y con menosprecio de las estipulaciones de la grande alianza contra Francia, la córte de Viena, á favor de la que se habia armado Inglaterra, jamás habia dado las tropas y dinero á que se habia comprometido; que Holanda habia hecho lo mismo; de lo que resultaba que el peso de la guerra habia recaido casi enteramente sobre la Gran Bretaña, motivo legítimo para inclinarla á una paz que por lo demas sería equitativa y honrosa. El príncipe Eugenio creyó que era contestar satisfactoriamente presentando una memoria en que probaba que el emperador podria emplear, en la siguiente campaña contra Francia y España, sesenta y ocho mil treinta hombres de infantería, y veinte y dos mil ochocientos de caballería, sin contar cantidades muy considerables. El ministro inglés terminó la conferencia contestando que, aun suponiendo que hubiese bastantes tropas, habia muy poco dinero, que en el caso de que se trataba, con lo futuro no se podia remediar lo pasado, indemnizar á Inglaterra de haber sobrellevado, un año con otro, desde que Ana se habia sentado en el trono, un subsidio de 5,366,621 libras esterlinas (536.962,100 de reales) suma enorme; finalmente, que debiendo la reina á su pueblo el no estenuarlo mas, se hallaba irrevocablemente resuelta á concluir y ajustar la paz.

En cuanto á la conveniencia de esta paz para Inglaterra, si se ponen á un lado los intereses de los partidos tory, whigs y jacobita, que turbaban entonces la nacion, si se juzga esta grande transacion con imparcialídad, se debe presumir en el dia que el plan de pacificacion fué útil á Inglaterra, puesto que fué el principio de la prosperidad que luego alcanzó; y por lo que toca á los aliados, este plan les fué igualmente ventajoso, puesto que el equilibrio que entonces se estableció ha durado ochenta años, esto es, hasta la guerra de la revolucion fran-

cesa. La paz de 1815 lo ha restablecido, con corta diferencia, bajo de las mismas bases.

De que hubo, despues de la paz de Utrecht, una reaccion á favor de los whigs, y de que el parlamento encerró en la torre de Lóndres al conde de Oxford, y lanzó un acto de prision contra lord Bolyngbroke, porque lo habian firmado, solo se debe deducir que los partidos daban entonces, como en el dia, grande importancia á la realizacion de sus planes Ciertamente que aquella era una de las mas bellas ocasiones para humillar la Francia; pero era todavía preciso esponerse á los azares de la guerra, y una batalla que ganase Luis XIV podia cambiar completamente la paz de los negocios públicos.

Si alguna potencia tenia derecho para quejarse era España; porque, tras de padecimientos y sacrificios inauditos, perdia muchas provincias importantes, y la paz se hacia á costa suya. Todavía, verdad es, quedaba esta corona grande y poderosa, y la consolidacion de la nueva dinastía era para ella un gran bien; pero solo se logró contentar á las partes contendientes dando provincias considerables españolas.

Pueden verse los pormenores curiosos tocante á la paz de Utrecht y á las causas que la prepararon, en el *Ensayo histórico* relativo á Bolyngbroke, que precede á las cartas de este ministro, impreso en París en 1808.

(75) Vendome murió de un ataque de aplopegía, que se atribuye á consecuencias de una espléndida cena; tenia cincuenta y nueve años. Sus restos se depositaron en el panteon del Escorial, al lado de los príncipes españoles que no reinaron. Resulta del acta de recepcion de su cuerpo en el monasterio, que se entregó allí el 9 de setiembre de 1712. Bourgoin dice que vió esta acta.

(76) Situacion de los catalanes, examinada en el informe de la comision secreta.—Cartas de Bolingbroke, 1713, 1714.

(77) Desormeaux, vol. V, pág 317.

(78) Muy persuadidos estaban los catalanes que los príncipes de la grande alianza no les prestarian socorro ninguno, y que era en ellos locura el pensar que podria consolidarse su pequeña república, sobre todo abandonándoles el emperador; pero tal era su obstinacion y ódio al gobierno del rey Felipe, que llegaron hasta el estremo de pedir socorros al sultan por conducto del mismo ministro que tenia el emperador en Constantinopla. Ignóranse las condiciones que proponian. Los condes de Saballá y Pinós, que se hallaban en Viena como agentes de Cataluña, dirigieron este negocio, que no tuvo resultado ninguno. No quiso el sultan entrar en esta empresa, ya sea que le pareciese dlficil, ya que no quisiese romper con Francia. Se ha dicho que los catalanes habian ofrecido al sultan la soberania de Cataluña, con solo que les dejase su religion y fueros; pero esto no es probable.

Pero aun suponiendo que solo hubiesen propuesto el formar una república bajo la proteccion de los turcos, este paso demuestra su exaltacion.

(79) Memorias de Berwick, vol. II, pág. 174 y siguientes.

(80) San Felipe.

(81) La pérdida de los sitiados fué de tres mil hombres, entre muertos y heridos, entre los que quinientos cuarenta y tres clérigos y frailes.—Historia general de España, Tablas cronológicas, vol. XX.

(82) Ademas de la descripcion animada que hemos tomado de San Felipe, puede ver el lector el parte de Berwick, que hace igual justicia al valor de los defensores de Barcelona.

(83) La carta de que nos hemos valido para hacer este estracto fué escrita en francés por el mismo emperador, y se conserva en los papeles de Harrington.

(84) Tratado entre la Gran Bretaña y España.

(85) *A la princesa de los Ursinos*:

Witehall, á 25 de enero y 5 de febrero de 1715.

«Ya puede conocer V. A. hasta qué punto el marqués de Monteleon, embajador de España, domina mi razon, porque me ha inspirado la osadía de escribiros. Sé todo el caso que debo hacer de la amistad que este ministro me manifiesta; pero en verdad, señora, que ni me ha concedido ni me concederá jamás un favor que tengo en tanto como el que acaba de concederme, dándome un pretesto para escribir á V. A., y manifestarle los sentimientos de un corazon consagrado á servirla.

«Aunque soy servidor del caballero Lerington (ministro de Inglaterra en Madrid,) no puedo menos de tenerle envidia, pues puede hablar, bajo la proteccion de V. M., á esa gran reina de España, cuyas heróicas virtudes causan la admiracion del siglo presente, y causarán la de la posteridad.

«Como el conde de Oxford (primer ministro de Inglaterra) tiene la honra de escribir á V. A., inútil es que entre yo en pormenores con respecto á los intereses de las dos córtes. Me lisongeo en creer que el marqués de Monteleon ha visto que he hecho por su negociacion cuanto de mí dependia, y me atrevo á asegurar á V. A. que me hallará siendo siempre el mismo.

«No he dejado, señora, de remitir á los plenipotenciarios de la reina todas las instrucciones que me han parecido mas oportunas para asegurar á V. A. en el tratado de paz, el principado que le ha concedido S. M. C. No me es lícito dudar que los ministros hayan dejado de lograr este objeto; pero lo que hay de cierto es que no descuidaré cosa ninguna de cuanto pueda contribuir á mostrar el profundo respeto é inviolable amor de este su etc. etc.—*Bolingbroke*.

En otra carta que escribe á la princesa, con fecha del 13 de setiembre le dice:

«La reina, señora, me ha dado encargo de asegu-

rar de nuevo á V. A. que sostendrá sus pretensiones en lo sucesivo, como antes ha hecho ya, y que quiere mirar á V. A. como á vínculo que debe cimentar la estrecha union que desea conservar toda su vida con SS. MM. CC.

(86) Memorias de Villars, vol. II, pág. 316.

Duclos asegura que Luis XIV se enteró con sobrada indiferencia de las pretensiones de esta princesa ambiciosa; pero que la marquesa *desmarquesada*, (la de Maintenon), obligada á encubrir su grandeza real, no pudiendo consentir que su protegida pretendiese ser públicamente soberana, buscó todos los medios de perderla con el rey, y no tardó en hallarlos.

(87) Duclos, vol. I, pág. 73.

(88) Esta nueva organizacion de los consejos y del gobierno, se llamó por los españoles *la planta de Orri*. Innovacion de semejante naturaleza no podia menos de tener que luchar con una fuerte oposicion por parte de los defensores de la antigua rutina. El marqués de San Felipe, que no era favorable á Macanaz, y que lo califica de autor de estas innovaciones, asegura que la diversidad de juntas, en vez de acelerar el despacho de los negocios, era una demora para el gobierno.

Puede suceder que en los primeros tiempos hayan producido alguna confusion estas reformas; pero la division del consejo en secciones para la discusion de los negocios, los reglamentos mas claros para el despacho, la abolicion de infinitos dias de vacaciones que atrasaban la administracion de justicia, y suspendian el curso de los negocios, eran sin disputa medidas no menos cuerdas que útiles; y de tales mejoras toca todo el mérito á Orri ó á Macanaz.

(89) Antes de que se estableciese el nuevo método de administracion de las rentas provinciales, tenia el tesoro que entenderse con mas de ochenta arrendatarios; porque no solo en cada provincia, sino en cada ciudad habia varios, tanto para las *alcabalas* como

para los *millones*. Lo mismo sucedia con las demas rentas cuyo cobro no podia llevarse á cabo mas que multiplicando los guardas, los recibidores y demas empleados, lo cual causaba gastos considerables y vejámenes sin cuento. En el solo reino de Granada, habia diez y siete arriendos para las rentas provinciales, sin contar con otras infinitas rentas que se administraban ó arrendaban por separado. Lo mismo acontecia en todas las demas provincias del reino; de modo que en cada una de ellas, habia antes tantos arrendatarios como en tiempo de Ustariz en las veinte y una, cuyo número se redujo á diez y seis. Todos son tan de fiar, que pagan con un mes de anticipacion y no hay quiebras, como antes acontecia con frecuencia.—Ustariz, teoría y práctica del comercio y de la marina, pág. 149.—San Felipe, tomo III, pág. 83. Noailles.

(90) San Felipe.

(91) San Felipe, vol. III, págs. 120 á 250.

He aquí el contenido del decreto espedido por el cardenal del Giudice:

«Don Francisco del Giudice, por la divina misericordia, sacerdote cardenal bajo la advocacion de Santa Sabina, arzobispo de Monreal, protector del reino de Sicilia, inquisidor general de todos los reinos y señoríos de S. M., de su consejo de Estado.

«Por el tenor de la presente, mandamos que se recoja, y prohibimos en su totalidad el libro en 4.° impreso en París en 1712, cuyo título es, «Joannes Barclai de potestate papæ, pro Guillelmo parente et adversum Roberti S. R. ecclesiæ cardinalis Bellarninis tractatum de potestate papæ in rebus temporalibus» pues contiene proposiciones de errónea doctrina, herética, impía, injuriosa, á la Santa Sede apostólica y á algunos pontífices de gloriosa memoria, y contra la inmunidad eclesiástica, y que este libro es la defensa de otro anatematizado ya, y que cita otros varios libros prohibidos por el mismo asunto.

«Un libro en octavo escrito en francés que trata de la autoridad de los reyes por lo que toca á la administracion de la iglesia, impreso en Amsterdam en 1700, cuyo autor es el señor Talon, antes fiscal y despues presidente del parlamento de París, por contener proposiciones escandalosas, temerarias, erróneas, contrarias á la Santa Escritura, injuriosas á los santos concilios y opuestas á la autoridad de la Santa Sede, al poder, inmunidad y jurisdiccion apostólica, con tendencias á la heregía y cisma.

«Un papel manuscrito que empieza con estas palabras: *el fiscal general*, y termina: *Madrid* 10 *de diciembre de* 1713, sin firma (este es el escrito de Macanaz), con una adicion que empieza así: *Pondera*, y concluye de este modo: *Se consulta á V. M.*, que contiene cincuenta y cinco párrafos; porque encierra proposiciones sediciosas, escandalosas, temerarias, injuriosas que envilecen la religion y el estado eclesiástico en un todo, y que fué redactado con objeto de destruir toda inmunidad y jurisdiccion eclesiástica, así como el podér apostólico, que ofende los oidos castos, con tendencias á la heregía, cismático, erróneo y herético.

«Queremos que ninguna persona de cualquiera condicion ó clase que pueda ser, conserve, lea ó venda dichos libros, ni conserve copias de ellos ó los imprima, bajo pena de escomunion mayor y de doscientos ducados aplicados al Santo Oficio; á cuyo efecto procederemos etc. etc. Marli 30 de julio.—Cardenal del Giudice, *inquisidor general*; don Antonio Alvarez de Fuente, *secretario del rey y de nuestro consejo.*»

Un mandamiento de inquisidor, dice Duclos en sus *memorias secretas*, tomo 1.°, pág. 110, firmado en Marli y publicado en París, pareció cosa rara. Era á decir verdad, contra un español; pero este español sostenia máximas francesas, y que debian ser de todos los paises. Hubiera Duclos podido añadir que aquel escrito acusando un estrangero en Francia misma á un presi-

dente del parlamento de París, era mas que una estravagancia y que era un insulto que merecia castigo. Es probable que si la princesa de los Ursinos hubiera conservado su influjo en Madrid, el cardenal no solo hubiese perdido su destino de Inquisidor general, sino que la misma Inquisicion habria corrido peligro, porque esta señora favorecia las reformas proyectadas por Orri; reformas que no podian llevarse á cabo sin destruir los abusos introducidos en la administracion eclesiástica. Pero la suerte no lo quiso así, porque desgraciadamente para España la princesa perdió la privanza, y el cardenal conservó su poder. El partido italiano enemigo de la autoridad real, venció á causa del enlace de Felipe V con Isabel Farnesio y del influjo de Alberoni.

Macanaz se retiró á Francia. Hállanse las obras de este magistrado en el *Semanario erudito*, publicado por don Antonio Valladares de Sotomayor. El autor, dice Llorente, en el segundo volúmen de su *Historia de la Inquisicion de España*, levantaba la voz contra los abusos que se cometian en la córte de Roma, contra los de las inmunidades del clero y de los tribunales eclesiásticos; llamaba la atencion pública hácia las consecuencias funestas que tenia para el estado la multiplicacion de los frailes y la de otras varias corporaciones. Los *calificadores* mostraron claramente que los habia inspirado un espíritu de ódio y venganza; pero es bastante estraño el que conste en la causa un libro de Macanaz titulado: *Defensa de la inquisicion*. Los inquisidores lo calificaron de *irónico* porque descubrieron ciertas cosas que no eran ciertas, y su opinion se vió confirmada algun tiempo despues por otro escrito de Macanaz, titulado: *Apología de la defensa escrita por F. Nicolás Jesus de Belando, á favor de la Historia civil de España, prohibida injustamente por la Inquisicion*. A pesar de esta severidad de los inquisidores; Fernando VI permitió á Macanaz que regresase á España, y lo envió mas tarde, como embajador al congreso de Aquisgran.

(92) Gustaba Felipe mucho de los placeres del matrimonio, como lo prueban los relatos de todas las memorias de aquella época. En las Memorias secretas del marqués de Louville, tomo II, pág. 99, puede verse la conferencia que tuvo con el confesor Daubenton y los recelos de este. Pero todas las memorias convienen asimismo en la inviolable fidelidad de Felipe al lecho nupcial; todas aseguran que sus sentimientos religiosos, el amor á sus deberes y el respeto que profesaba á las dos mugeres que tuvo, hicieron que fuese un modelo de fidelidad conyugal á pesar de la ardiente organizacion que le habia dado el cielo.

(93) Duclos, vol. II, pag. 64.

(94) «El rey, dice Duclos, que gustaba mucho de hablar con su confesor de las noticias de Francia, le preguntó un dia qué se decia de nuevo en París:—Señor, contestó Robinet, se dice que V. M. se va á casar con la princesa de los Ursinos.—¡Oh! dijo el rey secamente, eso no.—Tomo I, pag. 74.

«La princesa de los Ursinos, añade Duclos, era demasiado entrada en años para tener hijos; pero él tenia tres hijos que aseguraban la sucesion y con su ardor y sus escrúpulos solo necesitaba una muger propia.»

(95) El autor de la vida de Alberoni, publicada en el Haya en 1722, publica una carta del cardenal á un amigo suyo, en la que asegura que el enlace se ajustó sin el consentimiento, y hasta sin el conocimiento de la princesa de los Ursinos; pero esta carta es evidentemente falsa como lo demuestra el testimonio auténtico de Poggiali, autor de las Memorias de Piacenza, así como la misma confesion de Alberoni en la apología que escribió despues de su caida.

(96) Poggiali lo asegura así refiriéndose á una persona de consideracion á quien Alberoni lo habia contado. Véanse sus Memorias, pag. 279.

(97) San Simon.—Nota relativa á la princesa de los Ursinos, vol. XII, pág. 282.

(98) Duclos, vol. I, pag. 76.—Poggiali, vol. XVI, pág. 282.

(99) Idem.

(100) Hemos tomado esta narracion de varios autores todos dignos de fé, y que conocian los hechos por personas interesadas en este negocio. Entre otros citaremos á Duclos, á quien la duquesa de San Pedro, el marqués de Brancas y otros comunicaron los pormenores que se refieren, y que estos personages sabian por Alberoni; no olvidaremos tampoco á San Simon que nos ha conservado apuntes mas interesantes escritos por el duque de Luynes, relativos á los hechos contados por el conde Chalais y á las comunicaciones de la reina de España á la duquesa de San Pedro.—San Simon, tomo V, págs. 227 á 239, tomo XII, págs. 282 á 309.

Tambien nos parece oportuno citar aquí cuanto dice relacion con la reina de España porque decide el punto mas dudoso de la anterior narracion.

«He notado un pormenor muy importante relativo á la duquesa de los Ursinos, de lo cual la duquesa de Luynes habló á la duquesa de San Pedro á quien profesaba viva amistad la reina de España. Esta última duquesa dijo á la de Luynes que habia hecho muchas preguntas á la reina acerca de esta aventura y que la reina le habia asegurado que en este negocio solo obró en conformidad de un billete del rey, que este se hallaba persuadido de que la princesa de los Ursinos habia hecho cuanto de ella dependia para que se casase con ella, y que habia escrito á la reina que hiciese de modo que se separase á la princesa de los Ursinos, porque esta estorbaria el que viviesen en la union que convenia. La reina de España aseguró que al ver á Alberoni procuró hacer que le sirviese para este plan; pero como no lograse decidirlo se vió precisada á enseñarle el billete del rey de España, lo cual decidió completamente á Alberoni. La reina de España confiesa que tomó las apariencias de un pretesto temiendo perder la ocasion.

San Simon, tomo XII, pág. 309.—Duclos, tomo I, página 82.

Puede tambien el lector consultar á San Felipe, quien empero difiere de Duclos y San Simon en algunas particularidades.

(101.) En Chanteloup residió durante algun tiempo Bolyngbroke, y mas tarde el duque de Choiseul. Luego adquirió la propiedad de este palacio el célebre químico y ex-ministro de lo interior Chaptal, quien lo habitó.

(102) Memorias secretas, vol. I, pág. 83.

(103) San Felipe, vol. III, pág. 151, 163.

(104) Segun las comunicaciones de Doddington (fecha del 6 de setiembre de 1716), era opinion general que despues de la muerte de Luis XIV, saldria al punto Felipe para París; y Alberoni, en su *Defensa*, se atribuye el mérito de haberlo disuadido de emprender aquel viage.

(105) Tratado de comercio entre Inglaterra y España; (9 de diciembre de 1713)—Lamberti, vol. VIII, y otras colecciones de documentos públicos.

(106) Instrucciones y correspondencia del enviado inglés Doddington.—Papeles de Malcombe.—San Felipe, vol. III.

(107) Tomamos estas noticias de la infancia de Alberoni, principalmente de las *Memorias históricas de Piacenza*, de Poggiali, quien habiendo nacido en esta ciudad, y siendo contemporáneo de Alberoni; y además bibliotecario del duque de Parma, se halló en posicion de saber la verdad en esto. Tambien hemos consultado las obras de San Felipe, San Simon, Duclos y la *Vida de Alberoni*, la cual no ha sido dictada por el mismo como se cree, y encierra muchas inexactitudes, pero contiene empero particularidades muy curiosas y auténticas.

(108) Vida de Alberoni en el estado político de setiembre de 1718, pág. 200.—Prólogo de la vida del cardenal Alberoni.

(109) San Felipe, vol. III, pág. 16.
(110) San Felipe.
(111) Defensa de Alberoni.—Historia de Europa, 1721, pág. 201,
(112) Noticia relativa á Riperdá por los dos abates sicilianos Peatania y Carracholí.—Manuscritos de la coleccion de Walpole.
(113) Memorias del regente duque de Orleans.
(114) El enviado británico, por aquella época, se llamaba Bubb; tomó despues el nombre de Doddington, y al fin de su carrera el de lord Melcombe. Quedó en Madrid como encargado de negocios de Inglaterra; á consecuencia de la ausencia de Methum, y dió pruebas en aquellas críticas circunstancias, á pesar de su juventud, de singular circunspeccion y elevada capacidad.
(115) Alberoni.
(116) Papeles de Malcombe en poder de H. P. Vyndham.
(117) Proyecto de tratado en los papeles de Malcombe.—Tratado de comercio entre Inglaterra y España (14 de diciembre de 1715).
(118) Doddington al secretario de Estado Stanhope, (12 de diciembre de 1715).
(119) Doddington al secretario de Estado Stanhope, (27 de abril de 1716.)
(120) San Felipe, vol. III, pág. 169.
(121) Doddington al secretario de Estado Stanhope, (9 de febrero, 1715).
(122) Doddington al secretario de Estado Stanhope, (27 de abril, 4 de mayo y 18 de julio de 1716). Papeles de Malcombe.
(123) Doddington al secretario de Estado Stanhope, (11 de mayo de 1716) manuscrito.
(124) Doddington al secretario de Estado Stanhope, (11 de mayo de 1716), manuscrito.
(125) Doddington al secretario de Estado Stanhope,

(13 y 15 de junio de 1716), manuscrito. Papeles de Malcombe.

(126) Idem.—6 de julio, 1716.

(127) Idem.—16 de julio, 1716.

(128) San Felipe, vol. II, pág, 174 y 179.

(129) Noailles, vol. V, pág. 45 y 55.—Doddington á Stanhope, (5 de agosto de 1716.)

Conocemos en el dia, gracias á las *Memorias secretas* del marqués de Louville, la instruccion particular que le dió el regente para la negociacion de Madrid.

Despues de mandarle que procurase introducir la discordia en el partido italiano de la córte, que se habia apoderado del ánimo del rey por la reina, á quien dominaba Alberoni; despues de recomendarle que indispusiese, por todos los medios posibles, al confesor Daubenton contra Alberoni; que tratase empero de cautivar á este último con muestras públicas de aprecio, á fin de servirse de él contra el cardenal del Giudice á quien se mandaria salir para Italia, atendiendo á que, se decia, él era quien mas se oponia á la felicidad de las dos coronas, y á los verdaderos intereses de S. M. C. continuaba así la instruccion:

«Mando tambien al marqués de Louville que procure el que por lo menos sea separado de Francia el príncipe de Cellamare, cuyas intrigas en esta córte, dirigidas con suma habilidad, grande esperiencia y toda la astucia de un italiano, fomentan casi abiertamente, segun los proyectos de su tio, el cardenal del Giudice, planes sospechosos y perjudiciales, los cuales, dando á entender un porvenir, que Dios quiera evitar, sin respeto ninguno á los tratados, ni á la voluntad del rey difunto, apoyan los esfuerzos de asambleas ilícitas, para formar un partido que, si por desdicha faltase el rey, sumiria á Francia y España en un piélago de nuevas desdichas, destruyendo la seguridad de ambos reinos, lo cual no debe de ser, y encendiendo y dando pábulo en este á una guerra civil que seria la destruccion del

reino y de la familia real, y cuyo fin no puede considerarse sin horror, pues esta guerra haria de Francia un pais conquistado á los ojos de todos los estrangeros que en ella entrasen, con distinto objeto, con pretesto de sostener á un príncipe, pero en realidad, con objeto de repartirse la monarquía, que fué su único deseo durante la última guerra.

«Así es que sabiendo de cierto que los ministros italianos que en el dia gobiernan á España quieren eludir el efecto de las renuncias solemnemente juradas, y que son las únicas que nos han proporcionado la paz, pues hubiera sido imposible sin estas renuncias; como por mi parte, debo hacer todos los esfuerzos imaginables para oponerme á sus planes tan perjudiciales á las dos coronas, y que los deseos de los españoles son conformes á los mios; teniendo tanto deseo de conservar á S. M. C. en el trono de España, como he tenido de consolidarlo en él, encargo espresa y terminantemente al señor marqués de Louville, cuando se vea en estado de hacerlo con seguridad, que manifieste al rey católico el daño que se hace concediendo toda su confianza á italianos, y escluyendo de los destinos mas considerables del estado á los verdaderos y fieles súbditos que tantas pruebas de adhesion le tienen dadas.....—Tomo XI, página 198.

Si damos crédito al autor de las *Memorias secretas*, la negociacion de Louville fracasó, porque el mariscal Huxelles dominado por la aversion que le inspiraba la política estrangera del regente, y por la envidia que tenia al duque de San Simon, habia enviado un agente secreto, con encargo de poner estorbos á todas las medidas del marqués. Este agente era el marqués de Caylus, quien en 1701, habia formado parte de aquel grupo de jóvenes franceses, que acompañaron en la guerra a Felipe V, por órden de Luis XIV, y que tantos disgustos causaron por su frívola conducta. Felipe le habia tenido aficion en aquel tiempo, y con él y el jóven

Masseruno y otros, solia jugar todas las noches, lo cual desagradaba mucho á Vendome y á las personas sensatas de ambos ejércitos. El marqués con estos títulos que le parecian muy imponentes, llegó á Madrid antes que Louville, y gracias á sus advertencias, cada cual se aprestó á la lucha. Daubenton pensaba que iba á ver á un adversario irritado; Giudice al enemigo de Cellamare; Alberoni un rival y Saint-Aignan un heredero.

Louville, viendo que no podia desempeñar su mision, no quiso permanecer en Madrid. Como el príncipe de Cellamare intrigaba en París con una parte de la nobleza, tambien se unió en Madrid á varios grandes de España y personages, conocidos suyos antiguos, á fin de saber por aquel conducto lo que le conviniera conocer, asociados al sistema francés, y echar los cimientos de una liga de que seria gefe en España el embajador francés. Tomóse toda clase de precauciones para el secreto de la correspondencia; convinóse en una cifra, y se inventó un lenguage solo entendido de los conjurados. Celebráronse conciliábulos á los que asistian el marqués de Villadarias, el conde de San Esteban de Gormaz, el duque de Montellano, Guerra, Tinaguero de Moriana, del consejo de Indias los marqueses de Solera y de Rivas, el conde de las Torres, Valdecañas, el conde Capola y el príncipe de Castiglione, aunque este último era italiano. Al cabo de pocos dias, el partido español de la oposicion, que hasta entonces no habia tenido ni gefe ni sistema, recibió nueva forma, y se puso en estado de prepararse á dar los golpes que de tanto provecho fueron mas tarde.

El duque de San Simon asegura que Louville tuvo encargo de ofrecer Gibraltar á Felipe, de parte del regente, con el consentimiento de la córte de Inglaterra, pero que no salió airoso en esta negociacion, por la política de Alberoni. Las relaciones íntimas del duque con el regente hacen creible este aserto; pero se carece

de datos positivos respecto á este ofrecimiento, que por otra parte, se hizo á España varias veces con sinceridad real ó aparente, durante el último siglo, por el gobierno inglés.

Esta tentativa por un lado, y el desaliento por otro, inflamaron los celos mútuos de ambas córtes, y dieron lugar á nuevas intrigas, tanto en París, como en Madrid. Los vínculos que Louville habia contraido durante su permanencia en una capital descontenta, y sus relaciones exageradas del ódio público, decidieron al regente á continuar intrigando por medio del embajador, á quien se dieron instrucciones detalladas. Estos planes abortaron, y no dieron mas resultado que el aumento del desacuerdo entre Felipe y el duque de Orleans, y la consolidacion del poder de la reina y del influjo de Alberoni.

(130) El rey se hallaba entonces en Hannover, y el príncipe de Galles desempeñaba la regencia.

(131) San Felipe, vol. III, pág. 144 y 405.

(132) Doddington al secretario de Estado Methuen, (12 de abril 1717.)

(133) Idem. (7 de junio de 1717) reservado.

(134) El inquisidor general Molinés murió en Milan en 1719.

(135) Cataluña, Valencia y Aragon.

(136) Historia del cardenal Alberoni en italiano, parte II, pág. 151.

(137) Es bastante notable que todos los escritores, tanto nacionales como estrangeros, se hayan quejado de que Alberoni era el único agresor, y que San Felipe, cuya razon hemos elogiado con frecuencia, considere la correspondencia con el duque de Popoli como un ardid político. Empero, tenemos que desdeñar esta autoridad respetable. Conforme á los retratos de los caractéres de Felipe y de la reina, tratados por personas que los observaron de cerca, no tenian necesidad ni uno ni otro de impulsos estraños que escitasen su ambicion. Ademas la

situacion relativa de las córtes de Viena y Madrid, y la repugnancia conocida de Felipe, cuando tuvo que abandonar la Italia, dispensan de probar este hecho y muestran sobrado que no fué Alberoni el autor, sino el mero ejecutor de los proyectos de guerra.

Los dos abates sicilianos, Platania y Caracciolo, que se hallaban perfectamente instruidos de cuanto pasaba en la córte y en el gabinete español, descargan á Alberoni de la imputacion de haber sido el instigador y primer motor de la guerra. Toda la correspondencia del enviado británico, Doddington, que seguia correspondencia diaria con aquel ministro, manifiesta el tormento que se daba, y su afan por evitar el rompimiento de la disputa. Los preparativos á que solo se daba principio en España, el estado de imperfeccion que tenian las espediciones que salieron de los puertos españoles contra Sicilia y Cerdeña, prueban que mas bien queria contemporizar que llegar á un rompimiento. A estas pruebas pueden agregarse otras infinitas de que no era Alberoni autor de la guerra. San Felipe—Ortiz. —Noailles.—Desormeaux.

(138) Noailles, vol. V, pág. 70.

(139) Doddington.

(140) Doddington.

(141) Doddington á Addison, (9 y 30 de agosto de 1719).

(142) Noailles, vol. V, pág. 74 y 76.

(143) Doddington.—San Felipe, vol. III y IV.

(144) Bousse.—Ortíz, vol. VII págs. 307.—Tindal, vol, XIX, pág. 166.

Los documentos notables que prueban estos hechos se hallan en las *Memorias de Lumberti*, tomo X, pág. 226 y siguientes.

(145) Stanhope y Doddington á lord Stanhope. (1 de noviembre de 1717).

(146) Estas comunicaciones, y otras varias de los mismos ministros, se escribieron en francés para que

pudiera leerlas el rey de Inglaterra que no entendia el inglés.

(147) Noailles, vol. III, pág. 88.

(148) No era esta la vez primera que el abate Alberoni se veia espuesto á semejante contratiempo. El duque de San Aignan escribia á Loitnville, el 18 de abril de 1717: «El cardenal del Giudice, al pasar por Lérida, quiso ver el sitio célebre en que Magnani dió de palos á Alberoni. Con este motivo pronunció un discurso patético sobre las cosas humanas; creo que lo vá á regalar al sacro colegio para perder al abate.»

Giudice tuvo el dolor de ver á Alberoni con el capelo de cardenal, á pesar de los palos y de su vehemente oposicion.

Para enterarse menudamente de la negociacion con la córte de Roma relativa á los negocios eclesiásticos de aquella época, léase la *Historia civil de España*, del padre Belando.

(149) Noailles, vol. V, pág. 86 y 93.

(150) Tindal, vol. XIX, pág. 202.

(151) Anécdotas de Stuart, vol. II, pág. 262.—Papeles de Malcombe.

(152) Historical Register (1718). págs. 153, 282.

(153) Cartas de Monteleon, Alberoni y el secretario Crags.—Memorias de sir Robert Walpole, cap. XVII.

(154) Manifiesto del rey de España.—Roupet, vol. I, pág. 234.—Ortiz, vol. XIII, pág. 317.

(155) Segun San Felipe consistia la escuadra española de veinte y dos navíos de línea, tres buques mercantes armados, cuatro galeras, una galiota mallorquina, y trescientos buques trasportes con dos balandras que llevaban treinta y seis batallones completos, cuatro regimientos de dragones, seis de caballería de línea; total treinta mil hombres, entre los que iban ocho batallones de guardias españolas y valonas. Habia á bordo, cien piezas de artillería de sitio, cuarenta mor-

teros y un número proporcionado de municiones, de soldados de artillería, etc. etc.

(156) San Simon, vol. VIII, pág. 253.

(157) El almirante Byng á Stanhope, (26 de junio 1718), Tindal, vol. XIX, pág. 202.

(158) San Felipe, vol. III, pág. 270.

(159) Los españoles no podian menos de desconocer las intenciones de los ingleses; porque como el marqués de Lede manifestase al oficial enviado por el almirante Byng su sorpresa porque su escuadra habia escoltado trasportes con tropas austriacas á bordo, contestó el oficial que el acto de proteger aquellos trasportes no podia considerarse como una hostilidad.—San Felipe, Comentarios, tomo II.

(160) Estado político, vol. XVI, pág. 56, 488.—San Felipe, vol. III, pág. 297 y 306.—Tindal, vol. XIX, pág. 216.

(161) Stanhope á Horacio Walpole, (11 de octubre 1725).

(162) El ofrecimiento de Gibraltar hecho por medio del regente, fué encubierto con tal misterio, que jamás se ha sabido de un modo positivo. La afirmacion de este príncipe que jamás contradijo la córte de Inglaterra no deja duda ninguna de que el rey Jorge I, lo autorizó debidamente á hacer semejante ofrecimiento; pero en qué términos, y si fué ó no condicional, es cosa que no puede asegurarse. Las discusiones que sobrevinieron hacer creer empero que dependia de ciertas condiciones, sin contar la de la pronta accesion de España á la paz.

Duclos, hablando de este proyecto de acomodo, cuenta hechos que parecen inverosimiles, pues dice que el objeto de la mision de Louville en Madrid fué el de renunciar este ofrecimiento de Gibraltar, y que se habian tomado las medidas para la entrega clandestina de la plaza. Al firmar el tratado, recibiria Felipe una órden firmada por el rey de Inglaterra, dirigida al go-

bernador de Gibraltar, para entregar la plaza al ejército español. En virtud de esta órden, la guarnicion española la ocuparia sin oposicion, y el gobernador inglés con la guarnicion se retiraria á Tanger.

El simple relato de estas circunstancias, basta á lo que entendemos, para probar cuán inverosimil es el hecho.

(163) Bayona (2 de setiembre de 1718).—Papeles de Schaub.

(164) Ortiz, vol. VII, pág. 336.

(165) Vida de Alberoni, pág. 440.—Rousset, vol. I, pág. 234.

(166) San Felipe vol. III, pág. 34.—Ortiz, vol. VII, cap. VI.—Tindal, vol. XIX, pág. 386.—Cartas de Monteleon y Alberoni.

(167) San Felipe, vol. III.

(168) San Felipe, vol, III.

Los planes convenidos entre Rusia, Suecia y España eran vastos. Las dos primeras potencias debian armar una escuadra de cincuenta navíos de línea, con un número proporcionado de buques de trasporte para treinta mil hombres, quienes teniendo á Cárlos XII á su frente, desembarcarian en Escocia á donde iria la primera espedicion española. A fin de distraer la atencion, el emperador Pedro entraria en Alemania con ciento y cincuenta mil hombres; España con otra espedicion, conduciria al rey Jacobo á Inglaterra y lo sentaria en el trono de sus mayores. No era esto todo; cuando estuviese restablecida la familia de los Estuardos, las fuerzas de los aliados se dirigirian contra la Bretaña para apoyar en Francia las pretensiones del rey católico, confiando el gobierno de este reino á una persona segura que tuviese encargo de cuidar de la vida de Luis XV, y disipar los temores que esto infundia.

Estos planes permanecian en el mayor secreto, solo Alberoni los conocia en España; pero tuvo la impru-

dencia de revelarlos al baron de Waclet, teniente general al servicio del rey católico, quien enteró de todo á los enemigos de España.—Belando, Historia civil de España, vol. III, pág. 222.

(169) Memorias de Villars, vol. II, pág. 388.—San Simon, vol. X.

(170) San Simon, vol. VII, pág. 146.

(171) Carta interceptada de Alberoni á Celamare.

(172) Refiere así Duclos el descubrimiento de esta conspiracion. «Imaginó Cellamare que nadie seria menos sospechoso que el jóven abate Portocarrero, sobrino del cardenal, quien se hallaba en París hacia tiempo; Monteleon, hijo del embajador de España en Inglaterra, tambien habia llegado de Holanda; y estos dos jóvenes no tardaron en hacerse amigos, prometiéndose regresar juntos.

«Creyó Cellamare que tales correos no podian infundir sospechas; en efecto, ningun caso hizo de ellos Dubois, y sin embargo, todo se descubrió.

«Habia entonces en París una muger llamada la Tillon, célebre zurcidora de voluntades, y por consiguiente muy conocida del abate Dubois. A veces se presentaba en el palacio del regente, y era recibida como todas las demas, porque en aquella córte las mayores indecencias iban encubiertas con el manto de la chanza. Uno de los secretarios de Cellamare tenia cita en casa de una de las pupilas de la Tillon el dia mismo en que debia marchar el jóven Portocarrero. No faltó en efecto, pero llegó tarde, disculpándose con que habia estado ocupado despachando los pliegos que debian entregarse á los dos jóvenes. La Tillon, dejó juntos á los amantes, y se fué á dar cuenta del hecho á Dubois. Al punto salió un correo con encargo de apoderarse de los viageros. Los papeles que llevaban fueron cogidos, y llevados á París el jueves 8 de diciembre. El correo llegó á casa de Dubois, precisamente cuando este entraba en el teatro.

Para dar cuenta de esta conspiracion misteriosa, se han consultado y comparado las Memorias de San Felipe, tomo III, pág. 333, 336. —San Simon tomo VII, pág. 137. Richelieu, tomo II. cap. X,—Memorias de la señora de Staal ó Anécdotas de la regencia, tomo II y III. Escribió estas una dama de honor de la duquesa del Maine y agente suya, llamada Delaulnay, la cual hace un relato de los mas auténticos de la parte que tomó su señora en la conspiracion.

(173) La muerte de Luis XV.

(174) Memorias de Villars, vol. II, pág. 383.

(175) El duque de Orleans mandó salir de España á todos los franceses, concediéndoles seis meses de término para retirar sus capitales, y arreglar sus negocios. Felipe, por el contrario, buscando por todos los medios posibles el aumentar el número de sus parciales en Francia, espidió en el Pardo, á 9 de noviembre de 1718 un decreto á favor de los mercaderes franceses y de todos los individuos de aquella nacion, ofreciéndoles seguridad y proteccion. Resultó de aquí que, en el estado de descontento que existia en Francia, una infinidad de personas de las provincias limítrofes de España, cruzaban los Pirineos, á pesar de las órdenes del duque de Orleans. El medio que empleaban algunas era harto chusco. Vestíanse de peregrinos, y provistos con cartas de sus prelados, decian que su viage tenia por objeto visitar las reliquias de Santiago de Compostela. Este disfraz llamó la atencion del gobierno francés, que impuso severos castigos á cuantos hacian estas peregrinaciones, sin esceptuar á los estrangeros, porque á muchos alemanes y holandeses que estaban en camino para ir á España, se les dió órden de retroceder.—Velando, historia civil de España, vol. III, pág 221.

(176) Rousset, vol. I.

(177) Historia del cardenal Alberoni en italiano, parte II, pág 117.

(178) Memorias de Berwick, vol. II, págs 196 y 323, —San Felipe, vol. III.—Ortiz, vol. VII.

Macanaz instruyó á Felipe del estado lastimoso en que se hallaba el ejército qne volvió á pasar los Pirineos despues del sitio de Rosas. Pero el gobernador francés, que conocia el amor que Macanaz profesaba á su soberano, le intimó la órden de que se alejase de la frontera de España. Se fijó este personage en Burdeos y siguió en esta poblacion, durante toda la guerra, correspondencia con Felipe. El padre Velando asegura que redactó muchos capítulos de su *historia civil*, relativos á aquella época, con arreglo á las notas y cartas originales de Macanaz, conservadas en la secretaría de Estado de Madrid.

(179) Tindal, vol. XIX —San Felipe, vol. III.

(180) San Felipe, vol. III, pág. 364.

(181) San Felipe, vol. III.—Ortiz, lib. XXIII.

(182) Tindal, vol. XIX, pág. 313.

(183) Lord Stanhope al cardenal Dubois, Wanover, (22 de agosto de 1719.)—Papeles de Hardwicke.

(184) Noticia relativa á Riperdá por los abates sicilianos.—Papeles de Walpole.

(185) Duclos, vol. II, pág. 61.

(186) San Felipe, vol. III, pág. 429.

(187) No creyéramos este hecho si no lo afirmaran los enemigos de Alberoni. Llega el estremo de estos hasta confesar que todos los españoles que residian por entonces en Italia tributaban el mayor respeto al ministro caido.

(188) Los papeles que llevaba Alberoni decian relacion todos con su propia defensa; algunos fueron apresados, pero no los mas importantes, porque los habia enviado antes el cardenal con sus carruages, por el camino de Alicante. Algunos escritores aseguran que uno de los papeles cogidos era el testamento de Cárlos II, con el que esperaba Alberoni reconciliarse con el emperador, pero no hay prueba auténtica de esta su-

posicion de que duda San Felipe. La *respuesta á la apología* tampoco habla de este hecho, ni se concibe de que utilidad para el emperador podia ser este papel en la situacion que tenian los negocios.—San Felipe, tomo III, pág. 433.—Ortiz, tomo VII, pág. 447.—Duclos, tomo II, pág. 62.

(189) Muchos errores contienen los pormenores de San Simon y Duclos, y entre otros el ofrecimiento que segun suponen, hizo al regente Alberoni de revelarle sus relaciones con los descontentos de Francia. Este aserto es tanto menos fundado, en cuanto que es contrario al carácter de Alberoni. San Felipe, que tenia poca aficion al ex-ministro, pone en duda este hecho que no confirma ningun testimonio positivo.

(190) Comunicacion de sir Luke Schaub al conde de Stanhope. (Madrid 17 de febrero de 1720.) Papeles de Hardiwicke.

(191) Paggiali.

(192) Ustariz, teoria y práctica del comercio y de los negocios marítimos.—Ulloa, restablecimiento de las fábricas y comercio español.

(193) La conducta noble y generosa de la república de Génova con Alberoni, contrasta de un modo singular con el encarnizamiento de Felipe V, de la córte de Roma, del regente de Francia y hasta del gobierno inglés contra este ministro. El marqués de San Felipe, ministro de Génova refiere en sus comentarios los pasos que dió para que se le entregasen la persona y papeles del cardenal y la noble negativa del senado de Génova.

(194) Notas marginales escritas por Alberoni en su Kempis.—Paggiali.

(195) Historia del cardenal Alberoni en italiano, parte II.

(196) Idem.

(197) Paggiali.—San Felipe, vol. IV, pág. 70.

(198) Viage histórico de Italia, vol. II, pág. 436.

(199) Historia de Alberoni, parte II y apéndice.
(200) Memorias de Polignac, vol II, pág. 210 y 462.
(201) El duque de Newcastle, á Horacio Walpole, (25 de enero de 1725), papeles de Walpole.
(202) Comunicacion de Keene.

Los mas de los cargos hechos contra Alberoni carecen completamente de fundamento, su único delito fué el ceder á los deseos llenos de ambicion de Felipe y llenos de pasion de Isabel Farnesio. Tal vez estos soberanos se empeñaron con tanto encarnizamiento en perder á su antiguo ministro con el fin de ganar la amistad de las potencias estrangeras y conseguir de ellas condiciones ventajosas. No por eso su conducta es menos cruel.

(203) Observacion por Grofely, vol. I, pág. 183.
(204) Con este motivo solia decir Benedicto que se parecia Alberoni á un gloton que despues de haber comido bien, codiciase un pedazo de pan de municion.
(205) Para trazar la historia de la administracion entera y del carácter de Alberoni, hemos consultado y comparado, no solo las historias generales de San Felipe, Desormeaux y Ortiz, la vida de Alberoni, que se atribuye á Rousset, la historia del cardenal Alberoni en italiano, cuya primera parte es original ó traducida del francés, y la segunda una especie de suplemento que contiene la historia de la continuacion de las aventuras. Esta última parte fué, sin duda alguna, escrita por una persona que no conocia su defensa y demas documentos curiosos que hemos citado. Tambien hemos consultado un bosquejo interesante de su vida, por Paggiali, en sus memorias históricas de Plasencia, las memorias de Noailles, de Polignac y de Villars, documentos y papeles en el estado político y en el registro histórico, correspondencia de los ministros y enviados ingleses, y una disertacion moderna y llena de mérito relativa á la vida de Alberoni, por G. Moore.

San Felipe, que era manifiesto enemigo de Alberoni, considera que es prueba evidente la repugnancia de Felipe y demuestra que el hecho de oponerse el rey á aceptar la paz, es prueba de que no habia obrado solo Alberoni, y de voluntad propia, en las pasadas disensiones, y que su señor entraba de lleno en sus miras.

(207) Ortiz, tomo VII, pág. 354.

(208) No refiere Llorente, en su Historia de la inquisicion de España, que haya presenciado Felipe V este auto de fé. Empero hay datos para creer que es cierto este hecho, y uno de ellos es que Louville, que era quien aconsejaba al monarca que no asistiese á estos actos estaba ausente. Ademas, Felipe, que estaba al principio mal con la Inquisicion á causa del influjo de la princesa de los Ursinos, Orri y Macanaz, se reconcilió mucho con los defensores de esta horrenda institucion, á consecuencia de su casamiento con Isabel Farnesio. No cabe duda en que, hasta la muerte de Felipe V, todos los tribunales del Santo Oficio mandaron celebrar, una vez al año un auto de fé público; algunos dispusieron dos, y en Sevilla en 1722, y en Granada en 1723, hubo tres. Así es que, dice Llorente, dejando á un lado los suplicios de América, Sicilia y Cerdeña, se verificaron, durante aquel reinado, 782 autos de fé en los tribunales de Madrid, Barcelona, Canarias, Córdoba, Cuenca, Granada, Jaen, Llerena, Logroño, Mallorca, Murcia, Santiago, Sevilla, Toledo, Valencia, Valladolid y Zaragoza. Las víctimas de esta bárbara persecucion eran, generalmente hablando, los acusados de judaismo ó hechicería.

(209) San Felipe, tomo IV, pág. 44 y 53.—Ortiz, tomo VII.

(210) El plenipotenciario del rey en aquel congreso fué don Melchor de Macanaz, que se hallaba aun en Francia con motivo de la causa abierta por la Inquisicion. El marqués de Grimaldo fué quien le comunicó las

órdenes de S. M., pero el padre Daubenton, bajo pretesto de servir al monarca con mas celo, y tambien á Macanaz, á quien aborrecia, espuso á Felipe que convendria antes de confiar á este personage cargos públicos, terminar aquella causa pendiente de lo cual él se encargaba. Urgia el negocio, el confesor y los inquisidores se condujeron con tibieza; llegó á reunirse el congreso, y Macanaz permaneció en su destierro. (Nota manuscrita del padre Velando, historia civil de España vol. III, pág. 277.)

(211) San Felipe, tomo IV.—Historia de la casa de Austria, vol. III, cap. VIII.—Documentos oficiales en la coleccion de Rousset y otras mas.—Kock, Tratados de paz, tomo. II.

(212) Carta de Stanhope á Walpole, 11 de octubre de 1725.—Papeles de Walpole.

(213) De Fuenterrabía y otros puntos españoles ocupados por los franceses en la última guerra.

(214) El conde de Stanhope á sir Lucas Schaub. París, 28 de mayo de 1720.—Papeles de Hardivicke.

(215) Estracto de la carta de Jorge I á Felipe V: fecha en San James, á 1.° de febrero de 1721.—Papeles de Walpole.

(216) Se ha sacado esta parte de la narraccion principalmente de la correspondencia diplomática del conde de Stanhope, de la de un hermano de sir Lucas Schaub de Walpole y Lutton, ministros ó agentes de Inglaterra en Madrid; París ó Lóndres. Tambien se consultó la correspondencia entre el rey de Inglaterra, el regente y el cardenal Dubois. Puede leerse la narracion de esta negociacion en las Memorias de sir Roberto Walpole, cap. XXXIV.

(217) Stanhope á sir Lucas Schaub Madrid, 18 de enero de 1721.—Papeles de Hardivicke.

(218) Villars, que conocia las intenciones del regente, le hizo este irónico cumplimiento:—Dadme licencia, señor duque, para felicitaros, pues sois el prin-

cipe mas diestro de cuantos hay en el mundo todo. Ni Richelieu, ni Mazarini, que son los dos hombres de estado mas grandes que tuvo Francia, concibieron jamás plan mas vasto. Como el príncipe de Asturias tiene 14 años, y la princesa 10, que cumplirá el 10 de diciembre de 1721, es de esperar que tendrán mayor sucesion que la que podemos esperar de la infanta.—Memorias de Noailles, tomo II.

(219) Memorias de Noailles, tomo V., pág. 126. San Simon y Duclos niegan la interveucion del confesor en este punto, fundándose en que el rey de España jamás hizo la proposicion puesto que no pasó por las manos de San Simon por entonces embajador de Francia en Madrid; pero el hecho indudable es que no hallando dispuesto el P. Daubenton á San Simon á hacer semejante proposicion, obtuvo el consentimiento del regente por la mediacion de su favorito Dubois.—San Simon, tomo VII, cap. IV. Duclos, tomo II.

(220) Francisca María de Borbon, madre de la princesa de Asturias y muger del duque de Orleans, era hija natural de Luis XIV, fué reconocida en 1681.

(221) San Felipe, tomo IV.—Rousset tomo II.—Historia de la casa de Austria, vol. II, cap. VIII.

(222) Era el cardenal Barja persona de escelente carácter; pero sus modales eran el entretenimiento de los cortesanos. Cuéntase que como supiese el duque de Saint-Aignan embajador de Francia, que el cardenal no entendia el francés, se decidió á hablarle en latin, cierto dia que fué á visitarlo. El prelado le contestó en español que no entendia el francés, lo cual viendo uno de los presentes, le hizo notar que el duque le hablaba en latin:—Está bien, replicó el cardenal, no siendo el *latin francés.* Hubo que continuar la conversacion con el ausilio de un intérprete.—Memorias del baron de Polnizt, tomo V, pág. 247.

(223) San Simon, Memorias secretas de la regencia, tomo VII.

(224) Comunicacion de Stanhope, citada en el capítulo anterior.

(225) San Felipe, tomo IV.

(226) Comunicaciones de Doddington y Stanhope.

(227) San Felipe, tomo IV.

(228) San Felipe, tomos I, II, III y IV. Comunicaciones de Doddington y Stanhope.

El padre Velando, en la *Historia civil de España*, refiere menudamente las causas de la muerte del padre Daubenton, de las cuales la principal fué los disgustos que le causó el haber revelado el regente el proyecto que tenia Felipe de abdicar la corona.

(229) Un dia que cazaba el rey Felipe en las cercanías de Balsain, llegó á un sitio llamado la Florida, en donde habia una iglesia dedicada á San Ildefonso, no lejos de una *granja*, que pertenecia á los gerónimos de Segovia. La belleza del lugar maravilló al monarca; mandó comprar la *granja* en 1720, y en 1721, empezaron las obras para la construccion del nuevo *Real sitio*.

(230) Se ha comparado, y harto mal, segun nuestro humilde juicio, la abdicacion de Felipe V á la de Cárlos V. Nada hay, empero, que se parezca menos, esceptuando el hecho material en sí. Cárlos V dejaba el cetro despues de un reinado largo, lleno de gloria y de sucesos; además, se retiró Cárlos V y adoptó la vida de un monarca, desterrando de sí y hasta de su pensamiento los negocios públicos. Por el contrario, Felipe dejaba el trono en la flor de la vida, conservando el fausto de la magestad, y hasta en su retiro tomó parte en los negocios, abrigando el deseo de una corona mas hermosa que la que abandonaba, sin soltar jamás las riendas del gobierno. No puede por lo mismo, compararse su género de abdicacion.

(231) La posesion de los ducados italianos para su hijo don Cárlos.

(232) Stanhope á lord Carteret, 16 de enero de 1724.—Manuscrito.

(233) Acto de abdicacion en San Felipe, tomo IV.

(234) En el mes de febrero, estuvo Luis XV enfermo de peligro, salvándolo tan solo una sangría en un pié.

(235) Memorias de San Simon, tomo VII.—Memorias de Richelieu, tomo III.

(236) Memorias de Walpole, cap. VIII.

(237) Comunicaciones de Stanhope.

(238) Tenia treinta y nueve años Felipe cuando abdicó la corona, y la reina treinta y uno.

Segun asegura el marqués de San Felipe, la embajada del mariscal Tessé tenia por objeto principal el que se aceptase en España el enlace del príncipe del Brasil, José Luis, con la infanta de España, destinada á Luis XV, en cuyo caso el monarca francés se casaria con la infanta María Magdalena de Portugal, hermana del príncipe del Brasil. La razon que se alegaba para justificar estos convenios, era que la edad de la infanta de España y del príncipe del Brasil, era con escasa diferencia la misma, y que teniendo la infanta de Portugal trece años, convenia mejor por esta causa á Luis XV que tenia igual edad. Tomaba Francia á su cargo el arreglar este asunto, sin ausilio ninguno ageno.

(239) Comunicaciones de Stanhope á lord Carteret, 15 de abril de 1724.—*Papeles de Harrington.*

(240) Segun el padre Velando, la causa de la indiferencia del rey Luis consistia en su falta de atractivos; hasta dice que era contrahecha.

(241) Comunicaciones de Stanhope.

(242) No se consumó el matrimonio al verificarse la solemnidad nupcial. Empero el duque de San Simon, afanoso de agradar á su córte, aun cuando no hubiese recibido instrucciones categóricas sobre este particular queriendo dar testimonio del enlace de la princesa de Asturias tanto mas cuanto que los desposados, á causa de la edad y delicadeza del príncipe, no debian habi-

tar juntos hasta el venidero año, alcanzó de SS. MM. CC. que se infringiese la etiqueta española; y á fin de persuadirlos, se apoyo en lo que habia pasado en las nupcias del duque de Borgoña. Parecióle que un egemplo francés bastaria para decidir á Felipe V. En seguida se tomó la precaucion de ganar á varios personages importantes cuya aprobacion bastase para decidir á los demas. Finalmente, se hizo que entrasen en el lecho ambos esposos, con las cortinas descorridas, dejando que entrasen en la cámara cuantos se presentaron, y un cuarto de hora despues cerráronse las cortinas. El duque de Popoli, ayo del príncipe, quedó dentro de la cortina por un lado, y por otro la duquesa de Montellano, aya de la princesa. Despues de algunos minutos se despidió toda la asamblea y se separaron los esposos. —Duclos, *Memorias secretas de la Regencia*, tomo II.

(243) La relacion del desacuerdo entre Luis y su muger, la de su arresto, de su encierro y del proyecto posterior de conseguir el divorcio, se han redactado con arreglo á las *comunicaciones de Stanhope á lord Carteret* del 25 de abril; y al *duque de Newcastle*, de 26 de julio y 10 de agosto de 1724. Como tuvo estos datos por el mismo Tessé y por otros varios empleados de la real servidumbre, no se puede dudar de su autenticidad. San Felipe da cuenta detalladamente de este suceso, mezclando, empero muchas anécdotas y relaciones por oidas no bastante merecedoras de crédito, rectificadas mas tarde por la *Relacion de Stanhope*, tomo IV. Vease tambien las *Memorias de San Simon*. tomo VIII; de *Richelieu*, tomo III; y de Tessé, tomo II, cap. XIV; y Ortiz, lib. XXIII, cap. IX.

(244) Stanhope á Carteret, 23 de marzo de 1724.

(245) Memorias de Tessé, tomo II.

(246) Idem, tomo II, cap. XIV.

(247) Stanhope á lord Carteret, Madrid á 23 de marzo de 1724.

(248) San Felipe, tomo IV.

(249) Memorias de Villars, tomo III.—Idem de Tessé, tomo II.

(250) Insistia el consejo en esta esposicion que se debia de tener por nula la abdicacion, y por absurdo el voto hecho por Felipe de no volver á ceñir la corona, lo primero, porque el único que hubiera podido admitirla, seria el príncipe de Asturias, que solo tenia once años, cuando se verificó; y el segundo, porque no podia llevarse á efecto en daño de los pueblos que sufren los mayores reveses durante las minorías. Añadia el consejo que quien era dueño no podia convertirse en tutor.—San Felipe, tomo II.

(251) Benedicto XIII, elegido en 13 de marzo de 1724, á consecuencia de la muerte de Inocencio XIII.

(252) Comunicaciones de Stanhope al duque de Neucastle.—Madrid 9 de setiembre de 1724.

Pueden leerse dos *consultas* del consejo de Castilla y un informe de la junta de teólogos, en los comentarios de San Felipe.

(253) Ortiz, lib. XXXIII, cap. IX, y X.—Memorias de San Felipe, tomo IV.—De Tessé.—De Villars.

(254) Consistia la mayor dificultad para que recobrase el trono Felipe en el voto que habia hecho, al tiempo de abdicar, de no volver á empuñar el cetro. Creian los teólogos que estaba ligada su conciencia, y muchos legistas eran de la misma opinion.

(255) Memorias de Richelieu, tomo III.—Tessé, tomo II.—Ortiz, tomo VII.

(256) Desormeaux, tomo IV.—San Felipe, tomo IV. Ortiz, tomo VII.

(257) A ser cierto lo que dice el marqués de San Felipe, fué separado Montenegro y encerrado en Ciudad-Real, despues de secuestrados sns papeles y bienes, porque, segun se decia, habia invertido sumas considerables destinadas por el marqués de Campo Florido, su antecesor, para el pago de ciertos créditos, en otros objetos menos importantes, suponiendo que habia

tenido interés en esta medida. A pesar de esto, afirmaba que el mismo rey Luis selo mandó así.

(260) Keene á Horacio Walpole.—Madrid 26 de enero, 1725.

(261) San Felipe, tomo IV.

(262) Casa de Austria, vol. II, cap. VIII.

(263) Doddington refiere que se entregó esta suma á Riperdá para que la diese á Alberoni; Stanhope fué quien descubrió que la guardó para sí.

(264). *Noticia de Riperdá* por los abates sicilianos en la que se vé que sugirió á Alberoni que aquel era el momento favorable para apoderarse del poder por influjo de la reina.

(265) En gran parte hemos tomado estos pormenores relativos á la juventud y proyectos de Riperdá, de los documentos interesantes que vamos á citar, que han sido comunicados á la córte de Inglaterra por los abates sicilianos. A saber: Noticia relativa á la elevacion y «proyectos de Riperdá, y medios de precaver sus re«sultados funestos.—Noticia relativa á los medios empleados por Riperdá, para conseguir el favor de SS. MM. CC.—Manuscristos en los papeles de Walpole, copiados del original español, y comunicados á Walpole en París, 1.° de octubre de 1727.

(266) San Simon, tomo VIII.—Richelieu, tomo IV. Durante la enfermedad del jóven soberano se le escapó al duque de Borbon el decir una noche que subió asustado á la cámara real:—¿Qué será de mí ya no me harán caso? Si sale de esta, es preciso casarlo.—San Simon.—Memorias secretas de la regencia, tomo VIII.

(267) Macanaz que continuaba residiendo en Francia, instruyó al rey de los proyectos del duque de Borbon, sus cartas existen en la secretaria de Estado de Madrid.—Velando, Historia civil.

(268) Memoria de Montgon, tomo I.—Comunicaciones de Stanhope y de Keene.

(269) Noticia de Riperdá, por los abates sicilianos.

INDICE.

CAPITULO DIEZ Y SIETE.—1710.

CAPITULO DIEZ Y OCHO.—1710.

CAPITULO VEINTE Y DOS.—1714.

CAPITULO VEINTE Y TRES.—1715.—1716.

CAPITULO VEINTE Y CUATRO.—1716.—1717.

CAPITULO VEINTE Y CINCO.—1716.—1717.

CAPITULO VEINTE Y SEIS.—1717.

CAPITULO VEINTE Y SIETE.—1717.

CAPITULO VEINTE Y OCHO.—1717.—1718.

CAPITULO VEINTE Y NUEVE.—1718.—1719.

CAPITULO TREINTA.—1719.—1720.

CAPITULO TREINTA Y UNO.—1720.—1723.

CAPITULO TREINTA Y DOS.—1721.—1723.

CAPITULO TREINTA Y CINCO.—1725.

